LA MUERTE Y EL DIABLO

Sergio E. Morales
Grupo J

Tip. El Anuario de la Exportación, Paseo de S. Juan, 54
(Obra compuesta con máquinas LINOTYPE)

Biblioteca Contemporánea

Contribución al estudio de la Evolución de las Ideas

La Muerte y el Diablo

HISTORIA Y FILOSOFÍA
DE LAS DOS NEGACIONES SUPREMAS

POR

Pompeyo Gener
de la Sociedad Antropológica de París

PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO

DE

E. Littré

TOMO I

"EL LIBRO DE ORO"
Label. Enc. 5642
FEDERICO FERRER
MEXICO
SAN JUAN DE LETRAN 4

BARCELONA
—
F. GRANADA Y C.ª, Editores
Calle de la Diputación, 344
1907

Amigos míos:

A vosotros, los que me ofrecisteis, á mi llegada á Barcelona, el banquete de la noche del 21 de Marzo de 1881, con motivo de haberse publicado en París la primera edición francesa de mi libro, á vosotros os toca de derecho la dedicatoria de la presente edición española. Aceptadla, pues, como leve muestra de mi profunda gratitud.

P. Gener.

La obra que ofrecemos hoy al público en edición popular, ha dado nombre en toda Europa y América á Pompeyo Gener. Cuando vió la luz en París sorprendió á las eminencias de la época y le dedicaron artículos Renán, Littré, André Lefèvre, Perrot, Darmesteter, Maspero, etcétera, y entre los literatos Jean Richepin la saludó en un caluroso artículo de Le livre *señalándola como la obra de un genio latino, que es historia y poema, filosofía y arte. Hablamos de la edición francesa.*

En español fué corregida y aumentada tal como la damos nosotros, reproduciéndola de la gran edición española, sin haber hecho modificar nada, pues que la ciencia sólo ha variado en pequeños detalles las afirmaciones hechas por el autor.

LOS EDITORES

Índice del tomo I

Págs.

Al lector XVII
Prólogo de Littré XXV
Prefacio XXXIII

Libro I

La Muerte y la Inmortalidad

Introducción

El Hombre ha creído siempre en la vida; en pos de ella ha formado sus teorías trascendentales. La cuestión de la vida y la de la supervivencia, forman uno de los más graves problemas de la Humanidad—Planteamiento del problema de la Muerte y la Inmortalidad. 37

Parte histórica

Consideraciones generales

Programa de la dos series de civilizaciones á estudiar; la Indica y las que concurren á la nuestra.—Civilizaciones á excluir de este estudio.

I

Los Arios

Religión primitiva de los Arios.—Su desdoble en Orientales y Europeos.—Religión de los Orientales.—Desdoble de éstos en Indos y Bactrios 43

II

La India

Antigüedad del pueblo ario-indo.—Analogía de la evolución de la civilización de la India, y de la indogermánica Occidental. —El método naturalista para las construcciones de un estado social pasado, aplicado al estudio de la India.—Desdoble de los Arios orientales en Iranios é Indos.—El por qué se llaman Indos. Su constitución en el país de los cinco ríos; carácter de éste; su flora y su fauna. Evolución de la religión aria en védica, carácter de ésta: sus dioses lo son de vida; ausencia de divinidades mortíferas. Agni Dios del fuego, generador de la

Págs.

vida. Soma, Dios restaurador, líquido de inmortalidad. Divinidades que luchan por y con el hombre; Indra, guerrero atmosférico; su ejército; los Maruts que manda Rudra. Varuna, Dios de la inmensidad celeste que todo lo presencia; sus desdobles, los hijos de Aditi la inmensidad, dioses solares; mitos de ultratumba; Yama, rey de los difuntos. Destino feliz de los muertos. Los pitris resplandecientes. La metempsícosis se inicia en textos posteriores. Para nada se menta la suerte de los malos. Dignidad de los cantos funerarios.—Cómo empezó la decadencia. Ausencia de la idea de un creador en el Rig. La luz, origen del mundo. Nacimiento de la idea de Brahama; su significación impersonal en el *Sama-Veda;* de neutro se vuelve sustantivo y personal. Otras evoluciones paralelas de las divinidades védicas. Rudra toma importancia. Los Brahamanes conviértense en teocracia. Decadencia de las costumbres; incremento de los ritos fúnebres. El dogma de la caída en Manú. Ideal de renunciación. La metempsícosis como medio de redimirse. *Iatis y Budhas.* Leyenda de Buda Śakia. Carácter desolador del Budhismo. La doctrina de anulación. El Nirvana emancipador; medios para llegar á alcanzarlo.—Extensión del Budhismo y sus causas; sus terribles resultados.—Los Jainos. Secta paralela á la Budhista; analogías. Extreman el ascetismo hasta el suicidio; su respeto á todos los seres; resultado de sus teorías de la expiación.—El Brahamanismo para contrarestar estas sectas; crea dioses populares con biografía. Brahama, Visnhú y Rudra: La trimurti. Brahama pierde importancia, adquiérenla Rudra y Visnhú. Rudra se transforma en Siva, Dios de la muerte; reina en las montañas; sus caracteres terribles; Kali-Durga. Influencias del cambio de comarcas, en esta transformación.—Evolución del antiguo mito solar de Visnhú; viene á reinar en las llanuras; baja á salvar á los hombres. *Avataras.* Origen de la idea de los *avataras* en los *Jinas* y en los *Budhas.* Varios avataras. El de Krisna, dios del amor según el *Mahabaratra.* El de Rama, dios heroico del *Ramayama.* Complicación de estas sectas con el Islamismo y el Cristianismo á fines de la Edad Media. Creación de infinidad de divinidades secundarias.—Funestas consecuencias de estas religiones. Muerte triste del indio sectario. Su inmortalidad negativa. 46

III

Persia

Parentesco entre los *Iranios,* los Arios Indos y los Arios Europeos.—Carácter liberal de la sociedad Irania. Amor al fuego, á la tierra y á los animales. El Iranio delante de la Naturaleza; su idea de la muerte; *Ariman.* Su idea de *Ormuzd* como luz pura. Funerales. El cuerpo expuesto al sol, es devorado por las aves. Viaje del alma después del tercer día de la muerte. El alma vuelve á la luz; el *Feruhuer,* desdoble del *yo,* arquetipo del Hombre; pruebas que sufre después de la muerte.—El mazdeísmo rechaza la Fatalidad. 81

IV

Egipto

Condiciones de existencia del Egipcio; todo lo subordina á la conservación, arquitectura sólida; conservación del muerto. Laboratorio de embalsamamiento. Varias clases de momificación; ésta se extiende á todos los seres. La necrópolis. Las pirámides. Las tumbas de los sacerdotes. Hipogeos de los guerreros. Sólo el sacerdote conocía la morada de cada difunto. La morada de los difuntos en tiempo de las primeras dinastías. La razón del embalsamamiento; todo conspira á la inmovilidad y á la regularidad, hasta la Naturaleza; la vida tomada como simple duración de la forma; la muerte no existe para el Egipcio; es sólo un paréntesis de la vida. La vida se prolonga más allá

Págs.

de la tumba; evolución de la idea del alma y del destino de ésta. Las diversas hipostases del alma; el hombre compuesto de cuatro entidades. Realización de la Justicia después de la muerte. El *Libro de los Muertos*.—El por qué de la momificación de los demás organismos. Ideas poco precisas del Egipcio sobre las especies y sobre la Humanidad.—Conclusión. . . . 86

V

Fenicia

Adoración de los diversos aspectos de la Naturaleza entre los semitas. División de la divinidad en masculina y femenina, benéfica y maléfica. Diversos nombres del Dios. Dios naciente. Nombres de la Diosa, voluptuosa ó siniestra. ¿Es esto un monoteísmo ó un politeísmo? Cultos obscenos y fúnebres del Asia Menor y de la Fenicia.—Biblos ciudad santa. Teogonía y Cosmogonía. La primavera en Fenicia; el verano; muerte de los organismos por el calor; el otoño y las lluvias; renacimiento de la vida. Personificación de estos fenómenos; amor de *Ashera* por *Adon;* éste es devorado por *Molock;* desolación de la Diosa. La sangre del Dios; la resurrección. El templo de la Gran Diosa. Culto del Dios muerto. Cuaresma. Flagelaciones y procesiones fúnebres; el sermón de pasión. Entierro del Dios muerto.—Molok reina en verano; sacrificios de niños.—El Dios resucita y sube al cielo. Orgía sagrada. 104

VI

Los Hebreos

El Hebreo es el esclavo por excelencia; su carácter; sus tendencias terrenales. En qué contribuyó á la civilización. Creyó sólo en la existencia sobre la tierra. Concepción del espíritu como un soplo. El muerto es el *Scheol*. La Justicia divina se realiza por el castigo ó la recompensa en esta vida. Después de las desgracias de Israel esta teoría no sirve. Retribución y castigo, en los descendientes; Job desecha esta teoría.—Cautividad de Babilonia. Es probable que en ésta tomara origen la teoría de cuerpo y espíritu. Ideas del alma y de su destino entre los caldeos. El espíritu, soplo que se va hacia Dios.—La idea de otra vida nace para explicar el triunfo de los enemigos del pueblo elegido; la felicidad al fin de los siglos; resurrección de la carne; Mesianismo. La descripción del fin del mundo y del juicio final, es el asunto de los Apocalipsis, su carácter desolador contribuye á aumentar el malestar de Israel; miedo á las penas de ultratumba. 113

VII

Grecia

La naturaleza del país helénico; tranquilidad y proporción; organización de la sociedad griega conforme á su medio ambiente.—La muerte nada tiene de lúgubre; considérase sólo la vida. Dignidad de los griegos en el morir; funerales; la pira; la sombra. Cremación de los cadáveres encontrados; se rehusa á los traidores y á los tiranos. Urnas cinerarias; la memoria del difunto. Perpetuidad en la patria.—El esclavo carece de inmortalidad.—Analogía de Roma y Grecia. El testamento. 122

VIII

La Decadencia

Descrédito de Júpiter; Baco en Eleusis; la plebe lo aclama. Eskilo y sus amigos protestan; rechazan los dioses del Asia. Los *misterios de Eleusis;* la inmortalidad del alma. El trigo y el

Págs.

vino como cuerpo y sangre de Dios. Necesidad de la venida del Dios de amor. Eskilo y sus amigos perseguidos por ateos. Baco reina por la mujer y por el esclavo. La mujer invoca las divinidades lacrimosas de Oriente. Protesta y condena de Safo. La Diana casta, vuélvese siniestra y crapulosa en Efeso. La muerte entra con el amor en Grecia; los dioses orientales préstanle su carácter siniestro. Prometeo.—Ideas de los filósofos griegos sobre el alma, Demócrito; Leucipo; Heráclito; el *nous* de Aristóteles; Pitágoras y Platón; el alma humana derivada del alma universal según este último; el alma triple; su caída en el cuerpo.—Nacimiento del trascendentalismo en Roma. Alma, *anima* de *anemos* aire; dualismo de cuerpo y alma.—Después de la caída de las Repúblicas, los dioses de Oriente dan á la religión una influencia absoluta; entran en Roma los cultos fúnebres de Egipto. El emperador militar y el dios *Mitra*, preponderancia avasalladora del monoteísmo. *El mediador*. La corrupción entra con los esclavos orientales. Supersticiones. Desprecio de la vida y horror á la muerte. El circo. El reinado típico; Nerón; tentativas de emancipación abortadas; nadie se atreve á oponerse al César; condenas y suicidios. Impotencia moral de los estoicos. La plebe reclama la felicidad en otra vida. Los Apóstoles del Cristo. Origen de la Muerte según los cristianos. La resurrección de los Cuerpos hace prosélitos; las agapas. Milenarismo. La Nueva Babilonia y la Nueva Jerusalem. Mártires. Las catacumbas.—Definiciones vagas del cielo. Definiciones divergentes del alma según Justino, Taciano, Atenágoras, Ireneo, Orígenes, Valentín, Tertuliano, Montano, Manés, y San Agustín, que fija su significación.—Ley de los grandes cambios de la Humanidad. El Cristianismo es el resumen de todas las decadencias de la Antigüedad. 127

IX

La Edad Media

Irrupción de los Bárbaros, sobre el imperio romano. Sus creencias. Carácter de sus divinidades. La recompensa futura en el ejército de Woden; carácter de su idea sobre la muerte. Los jefes se fijan. Conviértense en señores, y adoptan el Cristianismo; el papa los domina; los conventos. Suicidio lento de los ascetas; los de Oriente. Influencias del milenarismo. El año 1000. Miseria y hambre; antropofagia. Las cruzadas. El hambre reaparece; la peste y la lepra vienen después. Degeneración del tipo humano.—Reacción de los que quieren vivir; *la piedra filosofal del Espíritu y el Elixir de larga vida;* resultados de estas investigaciones. — Calamidades de los comienzos del siglo XIV. Excomulgados y Broculacos. La peste se considera como castigo divino en el Norte; en el Mediodía se atribuye á los Moros y á los Judíos. Háblase del *Judío errante;* lo que se dice de él; viene á personificar el sufrimiento eterno.—Baile de San Vito. Danzas furiosas.—Las catedrales congregando al pueblo. El municipio frente al castillo. La opresión y la desgracia del pueblo creyente produce una insurrección mística en las iglesias; venganza idealista contra los poderosos de la tierra por la Muerte. Los sermones igualitarios de la Muerte. Personificaciones de la Muerte en el esqueleto disfrazado. Formas bajo las que se presenta á los mortales. La Muerte acaba por inspirarlo todo. 150

X

La Danza Macabra y el Dies Iræ

Significación de la palabra *Macabra*. Cuál fué la primera Danza Macabra que se pintó. Opiniones de F. Douce y de Champfleury. Opinión que la hace derivar de la danza de San Vito. La macabra del *Osario de los Inocentes* en París. A partir de esto, la danza macabra lo invade todo. Carácter de la muerte en

Págs.

esta representación plástica. Varias composiciones literárias sobre esta danza. La *Danza general de la Muerte*, del códice castellano. El Poema de Plowmann ilustrado por Tory. Holbein se inspira en los refranes populares sobre el triunfo de la muerte. Carácter de la obra de Holbein. La *Danza Macabra* es el mayor ejemplo, en la historia, de pintura crítica. Champfleury pretende que sirve para todas las épocas; es sólo un producto del fin de la Edad Media; la engendraron la falta de condiciones de vida y las ideas místicas. No tiene aplicación en la época presente; ejemplos: las de Grandville y de Rethel.—Carácter autoritario y dogmático del *Dies Iræ;* popular é igualitario de la *Macabra*. Unidad del primero y diversidad de la segunda. La *Macabra* declara el hombre igual al hombre delante de la muerte. El *Dies Iræ* declara al hombre indigno delante de Dios. El *Dies Iræ* como obra de arte. Análisis del canto. Todo en él converge á declarar á Dios árbitro absoluto; el hombre no tiene derecho á reclamar justicia pues es indigno de origen; ni el Justo puede estar seguro de su salvación; único recurso: pedir perdón individualmente. El carácter del hombre de la Edad Media se halla descrito en este canto. Influencia desastrosa é inmoral del *Dies Iræ;* aumenta el miedo de la muerte á causa de la duda que encierra sobre la salvación.—Cómo puede interpretarse en la evolución de la especie, lo que el Cristianismo ha formulado para el hombre individual: la *carne*, el *espíritu*, la *resurrección*. Razón de ser del enterrar los difuntos 173

XI

El Renacimiento y la España católica

El arte reivindica la belleza. Invenciones nuevas; manifestaciones de la vida. El poder civil y el eclesiástico se unen contra la libertad de pensar. Aristocracia del genio. La idea de la muerte vuelve al Paganismo ó al Naturalismo; la reforma conserva la cristiana. La Iglesia recurre al terror para sujetar á los pueblos.—El Catolicismo combatido se refugia en España. Carácter liberal de la España de la Edad Media. El absolutismo, importación germánica. La Iglesia une al absolutismo monárquico, el religioso. La libertad de pensar que España tuvo en los siglos medios, desaparece. El imperio de Carlos V es el cesarismo romano restaurado. Carácter de este emperador; es un caso curioso de atavismo múltiple. Inconvenientes de la monarquía hereditaria. Los reyes de la casa de Austria sirven á la Iglesia. La persona del rey es declarada sagrada. Las únicas ocupaciones dignas son, servir á la Corona ó á la Iglesia; los ingenios españoles, soldados ó religiosos. Sólo se escribe por el Catolicismo. Los obispos inducen á los reyes á que exterminen los herejes. Ferocidad del clero en los países conquistados y en la Península. La purificación por el fuego. Concupiscencia y devoción. La religión aumenta y la población disminuye, á causa de la selección artificial hecha por la Monarquía y la Iglesia. Decadencia de las industrias, del comercio y de la marina en el siglo XVII. El hambre desola las Castillas y se deja sentir en Madrid. El rey roba para comer. Las obras maestras del arte en esta época revelan el hambre y la miseria en su grado máximo; pintores y literatos; su realismo. Carácter sombrío y fúnebre de los monarcas de la casa de Austria; su monumento es una tumba, *El Escorial*. El trascendentalismo generaliza la muerte en España. 193

XII

La Revolución

Francia influída por naciones reformadas. Carácter libertino y lujoso de la corte francesa; sufrimientos de los campesinos; gabelas y prohibiciones de las ciudades. La *Burguesía*, la *Enciclo-*

Págs.

pedia, la *Revolución*.—La reacción y su carácter idealista inspirado en Rousseau. La dignidad en la muerte de los revolucionarios librepensadores es la consecuencia de su ideal humanitario.—El Imperio. 213

Parte filosófica

Introducción

La tendencia á la vida ha impulsado al Hombre á que aceptara otra, cuando no ha podido vivir sobre la tierra. El objetivo de la vida. Vamos á definir cuál es la inmortalidad á que puede aspirar el hombre. 218

I

La Vida y la Muerte

La *Muerte* es sólo una negación; para definirla es preciso definir la *Vida*.—Definiciones de la vida según Sthal, Descartes, Bichat, Pelletan, Kant, Beclard, Blainville, Claude Bernard, Spencer, Virchow y Letourneau. El carácter esencial de la vida. Su intensidad depende de la rapidez del cambio de la materia. Idea de Cuvier sobre el sér viviente. Las fuerzas biológicas pueden reducirse á fuerzas químicas y mecánicas. El ascenso y el descenso de la vida están en relación con la asimilación y la desasimilación.—En qué consiste la muerte; es necesaria á la renovación de la vida, y es la consecuencia forzosa de ésta; morir es haber vivido. Falta de sentido común del temor de morir en sí. 221

II

El Cuerpo y el Alma

¿Qué es el alma?—Refutación del dualismo metafísico del Hombre, y de la idea de que es un sér aparte de la creación. Los únicos dualistas lógicos son los panteístas. Para refutar el dualismo de cuerpo y alma, es preciso refutar la dualidad de substancias en el Universo: Espíritu y Materia. Cómo se han formado estas ideas. Reducción de todo lo que puede ser conocido, en el elemento primero, *el movimiento*. La idea de movimiento encierra las de extensión y duración. La *fuerza* causa hipotética á un movimiento; reducción de la idea de *materia* á experiencias de movimieto. Nulidad de los argumentos «*No hay efecto sin causa*» y «*No hay movimiento sin cuerpo movido*» cuando se aplican al conjunto de las cosas. De la Unidad de la Naturaleza resulta la unidad del hombre. Existen diversos grados de animación relativos á los diversos grados de organización.—El alma es la función del sistema nervioso; las facultades anímicas están en razón directa de la organización cerebral. Relación de la estructura, disposición, composición química, peso y volumen del cerebro, con las facultades psíquicas. Argumentos que se apoyan en la fisiología y en la patología del cerebro: secciones practicadas en los lóbulos; destrucción de los cuerpos estriados y de los tálamos ópticos; alteraciones de la substancia gris; efectos de las lesiones curadas y de la inflamación, de la presión y de la conmoción; efectos de la degeneración de los tejidos cerebrales; eretismo; esclerose y afasia; efectos de la rapidez de circulación de la sangre; de la anemia; de la eterización; de los narcóticos y de los excitantes, su modo de obrar. Todo demuestra que el alma es una función y no un sujeto.—Conformidad de todos los hombres científicos; divergencia de los espiritualistas para fijar el sitio del alma. Para

Págs.

admitir que el alma es una entidad aparte, preciso es demostrar que las facultades anímicas no dependen en nada de la organización de los tejidos nerviosos. 230

III

Inmortalidad

La mortalidad de las funciones anímicas en nada se opone á la inmortalidad del Hombre. La inmortalidad del alma y la resurrección de la carne fueron concebidas en épocas de desgracia; desaparecen estas ideas con la adquisición de condiciones de existencia. No se puede medir la vida por la duración del individuo; ¿de qué depende la energía vital? La suma mayor de vida que hoy alcanzamos, es debida á que nuestra vida reasume las precedentes. La vida crece á medida que los tiempos avanzan, por adquisición individual, por adopción sucesiva, y por herencia acumulada. Gratitud que debemos á todos los que nos han precedido trabajando para las generaciones futuras. Nosotros trabajamos por los que han de venir.—La inmortalidad consiste en dejar sus obras, y su manera de ser á la Humanidad. La existencia no se prolonga sino influyendo sobre la descendencia. Confirmación de esta teoría por la mayor parte de filósofos modernos. Esta inmortalidad nos une á los que han sido y nos unirá á los que serán; solidaridad en el tiempo. Cada uno es inmortal en razón directa de lo que hace; los egoístas y los vulgares carecen de inmortalidad; inmortalidad especial de los talentos malvados y de los que se sacrifican por objetivos inútiles; las reivindicaciones en la historia por la erudición y la crítica.—Refutación del aserto de que esta teoría es depresiva é injusta. La inmortalidad cristiana ya no satisface, es preciso la justificación acá en la tierra. El cielo moderno. . . 255

IV

Consecuencias prácticas

Si morir es haber vivido, cuanto más se haya vivido, menos se temerá la muerte; la muerte en el paroxismo de la vida no inspira horror; el miedo á la muerte proviene de no haber vivido. Por qué el amor tiende á la muerte y ésta al amor. Aumento de la vida; la muerte cada día será menos temida. Error del ascetismo; mortificación cristiana; escepticismo de la vida. Tendencia inversa de la filosofía de la evolución.—*Resumen:* en la antigüedad greco-romana la muerte induce á vivir, individualmente; en el cristianismo, á renunciar la vida presente, en vista de otra de ultratumba; en la edad actual á vivir para nosotros y para la especie.—Inanidad del argumento de la vanidad de la vida porque es pasajera. Condición de una muerte dichosa. Refutación del aserto de que esta teoría es inmoral. La teoría de la recompensa y la pena corresponde á un estado de inferioridad moral é intelectual; su impotencia para producir un estado de moralidad. El cumplimiento de la ley moral depende de la conciencia de la Justicia. Refutación del argumento basado en el malestar de los ánimos. 270

Apéndices

I apéndice. II La India. 284
II apéndice. cap. VII, Grecia, *Las sombras.* 284
III apéndice. cap. VIII, La Decadencia, *De las influencias cósmicas, consideradas como factores de la evolución humana.* . . 285
IV apéndice. *La voluntad y la conciencia.* 289
V apéndice. *Del sentido en que empleamos la palabra «conciencia» en la moral.* 290

AL LECTOR

Al dar á luz esta mi obra en español debo una explicación al público. Hanme tachado, varios críticos, de falta de patriotismo á causa de haberla publicado en francés y en París. De entre éstos, dos muy eminentes concretaron sus acusaciones en dos libros respectivos. Afirmó el uno (*) *que, ni por mi educación, ni por mis gustos, ni por mi instrucción é ideas era yo español, sino uno de tantos materialistas franceses. Dijo el otro* (**) *que yo escribía en francés huyendo de galicismos.*

Yo no sé si se entenderá que no se puede ser español sino siendo católico ultramontano y monárquico absolutista. Precisamente hay razones poderosísimas para creer todo lo contrario, y los tres volúmenes que sobre los Heterodoxos Españoles *ha escrito el primero de los antecitados críticos lo demuestran plenamente. La intolerancia católica y el monarquismo absoluto nos fueron impuestos por la casa de Austria; antes de ella, jamás formaron parte del sentimiento nacional de la Península. Esto por lo que respecta á mis ideas. Por lo que se refiere á mis aficiones y simpatías, tiempo hace que hubiera podido ocupar un lugar distinguido en la instrucción pública de la nación vecina, á haber consentido en abdicar mi nacionalidad por la francesa.*

En cuanto á la segunda afirmación, debo hacer constar que no doy tanta importancia á los detalles del lenguaje, para que tema las incorrecciones hasta el punto de que por no cometerlas, cambie de idioma en mis

---

(*) Menéndez Pelayo. *Heterodoxos Españoles.*
(**) Leopoldo Alas, *Solos de Clarín.*

escritos. Es más arduo á mi entender, conocer lo que son las cosas que saber su nombre en determinado idioma. Nunca he podido escribir sino al impulso de las ideas que he concebido. Una vez concebidas, y debidamente rectificadas, la cuestión principal para mí ha sido el transmitirlas de la manera más adecuada posible. El vehículo poco me ha importado. A haber sido un poco más conocedor en pintura, muchas las hubiera trasladado al lienzo en vez de consignarlas sobre cuartillas. Si con galicismos, germanismos, italismos ó neologismos pudiera expresar con mayor exactitud y fuerza mis conceptos, á sabiendas llenaría de ellos las páginas de mis obras. Siempre me ha chocado la tendencia de ciertos escritores (demasiado abundantes, por desgracia en España), que no perdonan una ligerísima incorrección de lenguaje y en cambio pasan por alto las tergiversaciones y las inexactitudes más lamentables en las ideas. Decir con *por* en, le *por* la, satisfacieron *por* satisficieron, *constituye para ellos un verdadero crimen, mientras que no ponen reparo alguno en que se confundan dos épocas que en nada se parecen y que están á 4000 años de distancia, ó en decir una barbaridad sociológica ó fisiológica de á folio; en una palabra, en dar su opinión sobre materias que se ignoran. Diríase que lo encuentran natural y lógico, de tal manera lo pasan por alto. El gran secreto para escribir bien es pensar, y pensar claro. La mejor educación literaria es la que se basa en el estudio de las matemáticas, en la observación exacta, y en la ausencia completa de la imitación de los clásicos. Las formas que éstos empleaban fueron hijas de ideas y sentimientos distintos de los actuales. Por lo demás, para el lenguaje con la gramática basta. Saber literatura es no saber nada; es conocer la forma por la forma, como si ésta no viniera determinada siempre por el concepto, como si fuera una especie de vestido suelto, un postizo con que se cubrieran las ideas. El fondo y la forma son dos aspectos del discurso y no dos partes distintas y es muy grave error de análisis considerarlas de tal manera. La idea y la frase son una misma cosa y por tanto indivisibles. Sólo las cualidades del pensamiento proporcionan relieve al estilo. Así, entiendo yo que la prosa se debe trabajar por dentro, con las ideas, produciéndola como el vegetal que da flores y frutos al impulso de vigorosa savia;*

no por fuera tal como el artífice que incrusta las piedras de un mosaico, ó que cincela la filigrana de una joya. El que creyera saber algo por sólo saber literatura, me haría el efecto de un loco que se obstinara en nutrirse con las superficies de los objetos alimenticios figurándose que con las meras formas de éstos podía obtener substancia y reparar las suyas desmedradas.

Conste, pues, que no publiqué mi libro en francés porque yo fuera afrancesado ni por temor de cometer galicismos escribiéndolo en español. Si lo publiqué en el extranjero y en una lengua que no era la propia, la razón es muy sencilla; fué porque en España ningún editor lo quiso, ni de balde.

Por dos veces consecutivas fuí á Madrid con mi manuscrito castellano, y vime con los principales editores de la Corte, en aquella época (*). *Unos respondieron á mi oferta:* «No es V. conocido.» *Otros:* «Esta obra nos ocasionaría una denuncia.» *Hasta hubo quien, en tono de protección, me dijo:* «¡ Si Cañete le pusiera un prólogo! (!!)

Hay más; acudí para terminarlo á ciertas eminencias nacionales. Sólo me contestaron dos, y aun una de ellas fué para enviarme en lugar de datos, consejos impertinentes que yo no le había pedido. Las demás diéronme la callada por respuesta. ¿No sabían? ¿No querían? ¡Qué se yo! Entonces fué cuando me decidí á verter mi libro al francés, y me marché á París.

Una vez allí, modifiquélo con arreglo á los continuos adelantos científicos, y en honor á la verdad debo decir, que no acudí á ninguna eminencia de aquella metrópoli, que no me ayudara con toda la contribución que sus conocimientos le permitían darme. Puesto ya en francés correcto, mi original castellano, me decidí á presentarlo al editor Germer Baillière. Este me dijo que le parecía una obra de éxito probable, pero que no entraba en sus planes editoriales, pues que él no editaba sino á autores de gran nombradía. No desmayé por esto y me presenté á Reinwald. Este tomó mi manuscrito y me dijo que volviera por su casa dentro de un mes, al cabo del cual me ofreció publicarlo en la serie de obras en que figuran Hœckel, Darwin, Vogt., Tylor, Lange, etc. Exigióme como condición indispensa-

(*) 1875.

ble que una de las primeras notabilidades científicas de Europa le pusiera un prólogo. Dirigíme á Littré, y éste me contestó, después de haber hojeado mis cuartillas, que, si no tenía mucha prisa, me pondría el prefacio pedido. Contestéle que se tomara todo el tiempo que le pluguiera y volvíme á España. A los pocos meses recibía, toda de puño y letra suya, la extensa carta que hoy encabeza el presente libro.

Firmóme entonces el editor Reinwald el contrato de publicación, pero exigiéndome que cambiara el título á mi obra. El que yo le había puesto era «HISTORIA Y FILOSOFÍA DE LAS IDEAS NEGATIVAS», *y como á segundo título* «La Muerte y el Mal.» *Propúsome él, invertir el orden de los títulos, modificándolos algo.* LA MUERTE Y EL DIABLO, *tenía que ser el que encabezara la portada, como más llamativo y de más efecto;* Historia y filosofía de las dos Negociaciones Supremas, *el segundo á guisa de título explicativo. Resistíme á ello durante un año, pero al final por no quedarme sin editor, accedí á la modificación. Mil accidentes que fuera prolijo relatar me detuvieron la impresión durante algún tiempo, hasta que por fin á principios de 1880 vió la luz pública mi obra, obteniendo un éxito que yo estaba muy lejos de esperar.*

Después de conocido en el extranjero, pensé otra vez probar fortuna en España, y escribí á tres editores de Madrid, los cuales no me contestaron. Marchéme luego á la capital de nuestra patria y mi éxito no fué mejor que el que antes obtuviera. Sólo logré que algún periodista saludara mi llegada á Madrid con pullas de mal género. Fuíme á Barcelona, y un amigo mío, propietario de un periódico, quiso dar á luz mi obra, pero por causas económicas relativas á la administración de su diario no pudo esto tener efecto. La casa Verdaguer encargóse entonces de su publicación, pero tampoco le fué posible á causa de la organización de su biblioteca. Aquí si que confieso que estuve tentado de quemar mi manuscrito castellano, y de no volver á escribir en mi vida ni una sola línea en esta lengua. Comuniqué tal idea á un amigo, y éste me suplicó que esperara algunos días al cabo de los cuales me dijo que ya me había encontrado editor. Este era el señor don Daniel

Cortezo, el cual me ha permitido hacer una edición (*) *elzeviriana que superara á la francesa, encargando á mi amigo don Apeles Mestres que adornara la obra con una portada, 30 frisos y 30 finales de capítulo, tomando para el ornato de la primera los motivos principales de todo el libro, y para el de los segundos los de cada capítulo. Por lo que toca á las iniciales y á algún friso suplementario, lo he escogido y sacado en su mayor parte de las mejores ediciones catalanas del siglo* XVI, *haciéndolo reproducir por el fotograbado, cuyo trabajo, así como el de grabar los dibujos de Mestres, ha sido llevado á cabo por mi amigo don Antonio Gómez.*

*
* *

Debo hablar ahora de una cuestión mucho más elevada, esto es, de la cuestión de método científico. Háseme tachado, por eminentes críticos extranjeros de tránsfuga del positivismo al materialismo (*); *otros viéndome prologado por Littré hanme creído Comtista. No soy ni una cosa ni otra. No hay más que leer el capítulo* El cuerpo y el Alma *del libro primero, para convencerse de ello. Soy positivista por lo que positivista significa partidario del método inductivo. No soy Comtista porque esta doctrina, que era un adelanto en su época, es una disciplina estrecha que degeneró en dogmática hasta dar lugar en los últimos días del maestro, á un misticismo humanitario ridículo. No soy materialista porque nadie ha podido probarme aún la existencia real de la materia como entidad simple é irreductible. La materia en el último resultado no es más que una hipótesis para explicarnos los fenómenos. Si me titulo positivista es porque creo que lo positivo en materia de Ciencia es el ocuparse de los fenómenos y de sus relaciones, viniendo así á la inducción de sus leyes; la averiguación del cómo es lo que á mi manera de ver puede dar resultado á la Humanidad; la del* por qué, *ó lo que es lo mismo la del* en sí, *créola ociosa é impertinente, de puro inaveriguable. Además, si algún día pudiera averiguarse, la tal averiguación nada*

(*) Es la que ha servido de original á esta edición popular, sólo por lo que al texto se refiere.
(*) Wyrouboff, *La Philosophie positive*, Juillet à Décembre 1880.

podría reportarnos. El noumeno *siempre será el eterno enigma de la mente humana, en oposición á los fenómenos, única base de toda Ciencia y de todo conocimiento. Los fenómenos y sus leyes, he aquí lo real, lo positivo, lo que á cada uno pueda proporcionar el máximum de certeza posible. Todo lo que cada uno sabe es el resultado de sus experiencias sobre los fenómenos, y de las que otros han hecho, las cuales le han llegado por la audición ó la vista. La inducción y la generalización llevan á ideas más ó menos exactas sobre las relaciones generales de porciones más ó menos grandes del Universo, y estas ideas son lo que llamamos leyes. Más ó menos exactas, porque para ser exactas tendríamos que conocer la infinidad de hechos que constituyen cada una de estas porciones, y esto es imposible. A todo lo que podemos aspirar es á conocimientos relativos, á representaciones mentales más ó menos aproximadas de series más ó menos grandes de la fenomenalidad. Ideas exactas, idea del conjunto, ¡absolutos imposibles! ¡quimeras puras!*

No acepto la estrecha é inquebrantable división que el positivismo ortodoxo hace de los grupos de fenómenos como fenomenalidades esencialmente distintas, sino como relaciones derivadas las unas de las otras, reductibles todas á una relación general, el movimiento; *así de la Física se pasa á la Química, de esta á la Biología, de esta á la Psicología y á la Sociología, cuyas ciencias en el fondo no son más que variantes de la Mecánica. De modo que todo lo que en la Naturaleza acontece, movimiento es, y por tanto bajo el dominio de la Mecánica cae; y digo es, entendiendo para nosotros, puesto que de los fenómenos no tenemos noción alguna sino en cuanto en nosotros se realizan, ó sea en cuanto modifican nuestro sistema nervioso.*

*
* *

Contestadas estas dos clases de objeciones que se me han hecho, debo pedirle perdón al que leyere, de haberme ocupado de mi persona, aunque por vez primera. Sólo lo he hecho obligado por conceptos equivocados que sobre mis móviles, ó sobre mi sistema se habían vertido en importantes publicaciones. Soy acérri-

mo enemigo de la autobiografía; detesto los autores que en prólogos y exordios encuentran siempre un motivo de falsa modestia para hablar de sí mismos. En toda ocasión ha sido mi regla el objetivismo; entrar en materia y acabar con ella el discurso. ¿Qué le importa al lector lo que se refiera á la personalidad íntima del que habla ó escribe? Ni en bien ni en mal se debe hablar jamás de sí propio, por aquello de que no se puede ser juez y parte en una causa. Sólo debe ser permitido ello cuando el autor tenga que presentar fenómenos que uno solo puede observar en su persona, como en el caso del que describe la generación de una idea, las impresiones de un estado patológico, las sensaciones internas de los diversos grados de la cloroformización, etcétera, etc.

Cúmpleme ahora manifestar que esta edición española está arreglada sobre el primitivo original castellano, rectificándolo según las observaciones de sabios críticos de Alemania, Francia, Inglaterra y Holanda, de conformidad con los últimos adelantos de los conocimientos científicos. Así la presente obra no es una traducción, sino un original corregido y modificado con arreglo á estudios que aun no habían visto la luz cuando se publicó la edición francesa.

Réstame por fin tan sólo, pagar una deuda de profunda gratitud, consignando aquí los nombres de los sabios ilustres, y de los especialistas eminentes, que han contribuído con sus notas, datos, documentos ó aclaraciones, á que yo pudiera publicar esta obra en el presente estado. Estos son: los señores Charcot, Dally, Fernández de los Ríos, Gres, Kern, Maspero, Morel-Fatio, Renan y Tiele.

Reciban, pues, el testimonio de mi inmenso agradecimiento.

P. GENER.

Amsterdam, Septiembre de 1883.

PRÓLOGO

Sr. D. Pompeyo Gener:

Vos sois uno de esos amigos desconocidos, de que he hablado alguna vez, con los cuales basta la menor circunstancia para que se establezca un lazo de unión.

Cada vez que esto me acontece, júzgolo buena fortuna, pues nada hay que satisfaga más nuestros mejores sentimientos que venir en conocimiento de que, distantes de nosotros, existen inteligencias esclarecidas con las cuales estamos en comunicación moral é intelectual, seres á quienes place el devolver lo que han recibido, hasta en el terreno filosófico y general.

Por lo que á vos toca, la circunstancia ha sido la concepción de un trabajo que habéis querido llevar á cabo bajo los auspicios de la filosofía positiva. Joven discípulo de esta filosofía, os habéis dirigido á discípulo más antiguo que, después de treinta años de servirse de ella, la ha encontrado siembre fiel á sus promesas y guía seguro en las graves dificultades mentales de nuestra época.

Bien vale la pena de hacer notar cuán grande es la fuerza de penetración de esta filosofía. Vedla cómo se introduce en medio de la católica España, el país que la Teología ha retenido tan largo tiempo haciéndole refractario á toda invasión del espíritu moderno, y se dirige á inteligencias que atrae, fascina y somete á sus leyes.

Aquí haré notar (sin que esto sea fuera de propósito), que algo análogo me ha pasado con Portugal. Allí también tengo amigos desconocidos que se me han dado á conocer; el lazo de amistad ha sido esta doctrina fundada sobre las ciencias, que da seguridad á la inteligencia y fortalece al corazón en medio de las perturbaciones causadas por la decadencia progresiva de las ciencias antiguas.

Esta fuerza de la penetración de la filosofía positiva, aun á través de los medios más refractarios en apariencia, no es un milagro, sino un efecto natural é histórico de la evolución, que, siendo común á todo nuestro Occidente.

ha preparado más ó menos para recibirla á todas sus razas. Uno de los sabios de mayor renombre en estos tiempos, M. Pasteur, nos ha hecho ver que el aire ambiente contiene una multitud infinita de corpúsculos vivientes, los cuales se cuelan por las rendijas más estrechas, y en cuanto encuentran un terreno á propósito, se multiplican de una manera indefinida. Lo mismo pasa con el ambiente intelectual que nos envuelve por todas partes, si me es permitido servirme de esta expresión; merced á la cultura universal, está lleno de gérmenes de crtica y de ciencia, que se diseminan sin cesar, y que, á pesar de las cerraduras más herméticas, pasan á través de todas las vallas y producen una incomprensible y saludable fermentación.

Desde mi punto de vista, á pesar de ser extranjero á vuestro país, y de estar lejos de él, me atrevo á atribuir una gran importancia á todos los trabajos cuyo objetivo sea el dar á conocer y el propagar en España la filosofía positiva. No se descubre una nueva región sin que existan exploradores que, adelantándose á los demás, practiquen los primeros desmontes. Vos, y los que como vos han recibido análogas influencias, sois los obreros de la vanguardia; y en vuestra misión espontánea no debéis economizar ni el esfuerzo, ni el trabajo, ni el sacrificio.

España atraviesa en este momento la fase, tan bien descrita por la Sociología, que han presentado todos los pueblos occidentales. Recién salida de la Teología, cae en los procedimientos metafísicos. Pero como esta fase ha sido obra más bien de otros países que del vuestro, á ellos se apresura hoy á pedir prestados elementos. Así toda clase de sistemas se precipitan sobre España; en ella se codean el eclecticismo de Cousin, el idealismo objetivo de Krause y el trascendentalismo de Hegel, contra los cuales apenas la Teología puede defender su imperio, antes exclusivo.

Simultáneamente con la libertad de pensar, y con los sistemas metafísicos, han entrado las ciencias modernas con sus métodos vigorosos, con sus llamadas constantes á la experimentación, con su repulsión á todo lo subjetivo, con sus resultados precisos. Ellas son las que han abierto el camino á las doctrinas de la filosofía positiva. Por el pronto éstas se han acantonado en las facultades de ciencias y de medicina en las que han tomado posesión de algunas inteligencias escogidas.

Vuestras confidencias me han dado á conocer el libro que preparáis, hace más de cuatro años, titulado La Muerte y el Mal.—Historia y filosofía de las dos negaciones supremas.—*Estas ideas, que son puramente nominales, cuando se considera el conjunto de las cosas, pero que resultan plenamente reales cuando consideramos nuestra frágil Humanidad, han ejercido, en efecto, una terrible*

influencia en los períodos preparatorios de la historia humana; influencia que se transforma, y sin dejar de obrar de una manera considerable sobre nuestra dura condición, se suaviza hoy gracias á un conocimiento más exacto de las cosas, y á una mejor cultura. Desaparecen los terrores insensatos, acéptanse con resignación las necesidades, y un trabajo incesante que ocupa, dirigiéndolas, todas nuestras fuerzas morales é intelectuales, disminuye las dificultades y los sufrimientos de nuestra existencia. Tal es la obra de la civilización.

La Muerte y el Mal han sido personificados bajo la forma de dos genios formidables, el uno que pertenece principalmente á la Antigüedad pagana, especial el otro de la época intermediaria llamada Edad Media, de la cual forma uno de los rasgos característicos. La investigación del origen y el carácter de las concepciones teológicas, á fin de demostrar que sólo han sido grados necesarios á la evolución total, constituye uno de los servicios más considerables de la filosofía positiva. Una rectificación de este género, tiene un doble fin y realiza dos objetos: por una parte nos defiende de la reacción del pasado, indicando el origen natural, no milagroso, histórico y no providencial, humano y no divino, de todas las instituciones teológicas; y por otra nos priva de caer en el absoluto revolucionario, el cual anatematizando el pasado religioso de la humanidad, y rompiendo con esto el vínculo de filiación, se aparta de la razón de la historia y se convierte en una teoría altamente perjudicial.

Erales imposible á los hombres de los tiempos antiguos, por el mero hecho de pararse á reflexionar sobre el fenómeno de la muerte, el comprender el verdadero papel que en la economía desempeña esa usura de los órganos, que lleva á la disolución de la substancia viviente. Así, transformando un hecho natural que no entendían, en otro sobrenatural que creían comprender, encargaron dicha función á un ser temible que regularmente iba segando las humanas generaciones. A partir de aquí todo se explica; el mito grandioso se ampara de las imaginaciones, y no queda ya más recurso que implorar á la fatal potencia para que retarde el golpe, ó buscar en ritos misteriosos una protección provisional. Los Griegos, para suavizar los rasgos amenazadores de semejante divinidad, diéronle por hermano el Sueño; y para consolar su imaginación contristada, hicieron del descanso diario una imagen del descanso eterno. «Alta quies placidæque similima morti».

Según otra concepción teológica, la Muerte se consideró como un castigo impuesto por causa de infracción del mandato divino. He aquí aún otra explicación subjetiva: no pudiendo comprender por qué sufrimos la

agonía y el fallecimiento, aquellos hombres halláronse satisfechos cuando hubieron presentado á la Muerte como una pena justa. ¿No castigan las autoridades humanas con el último suplicio los crímenes que contra la sociedad se cometen? ¡Concepción caduca y transitoria! La Muerte no es un castigo, como tampoco es un genio. Los animales que nada han infringido, puesto que nada les ha sido mandado, mueren lo mismo que nosotros; esto sólo bastaría para probar que el morir es una necesidad natural de todo organismo. El estudio de las alteraciones á que la vejez lleva de una manera progresiva, atestigua suficientemente que la vida acaba por ser incompatible con los tejidos que ya no conservan ni su trama, ni sus propiedades.

De la misma manera que se especuló teológicamente sobre lo que causaba la muerte, especulóse también sobre lo que la había precedido y debía seguirla.

Por lo que toca á la antecedencia de la Muerte, muchos imaginaron (y varias religiones y naciones se basaron en esta creencia), que los hombres, antes de vivir la vida actual, habían tenido una serie innumerable de existencias á través de las diversas formas de la animalidad; una sanción moral venía á justificarla, sanción moral cuyo dogma era que, según el mérito ó el demérito, subíase ó bajábase en la escala de los seres. Excusado creo decir, que después de los miles de años que los hombres son y mueren, ningún testimonio, ningún hecho, ninguna experiencia ha venido á darnos una prueba de esa vuelta á la vida, ni de las diversas encarnaciones de la metempsicosis.

Respecto á lo que después de la muerte acontece, una opinión muy generalizada (que ha llegado á ser una creencia con su respectiva sanción moral), afirmó que el Hombre, después de la tumba, continuaba viviendo en lugares que se designaban, sin fijar su ruta ni su situación, con los nombres de Paraíso *y de* Infierno. *Como sabéis, una de las más firmes y más saludables proposiciones de la filosofía positiva, es la de que nada podemos saber ni del origen ni del fin de las cosas. Pero—se dirá,—¿pretendéis suprimir sin autorización alguna el estudio de esos problemas que durante tantos siglos vienen ocupando á hombres de nacionalidades y de religiones tan distintas? La supresión es más aparente que real. Bueno fué, á no dudarlo, que la Humanidad se propusiera estos problemas, intentando revelarlos por la vía de las concepciones subjetivas; esto fué amplia tesis de discusiones profundas y variadas, y fuente abundante de preceptos morales y de instituciones sociales. Pero precisamente este trabajo secular que nunca daba resultado, ha indicado por procedimiento negativo que la humanidad*

e había metido en un callejón sin salida, mientras que por el procedimiento positivo, las ciencias descartaban estos mismos problemas como no pertenecientes á su dominio. El dominio de las ciencias es la experiencia, y la experiencia jamás ha alcanzado ni un origen ni un fin. Estas cuestiones son, pues, inaccesibles á los meros métodos, que de hoy en adelante tengan el poder de procurar á las inteligencias emancipadas la convicción y la convergencia. La filosofía positiva, al suprimir estas cuestiones, no suprime en definitiva más que una apariencia, puesto que la vida y el desarrollo, lo cual es lo positivo, no forman parte de ellas. Aquí es del caso la aplicación de aquella frase del Evangelio: «Dejemos á los muertos enterrar sus muertos», *y pasemos á los vivos y á las obras vivas.*

Estas obras vivas de los vivos están todas resumidas en estas palabras: «Servicio de la Humanidad». *Así la filosofía positiva nos aconseja, á nosotros sus discípulos, el hacer lo que se debe por dicho servicio, sin ocuparnos de lo que será después de nosotros, tal como no nos ocupamos de lo que fué antes;* Después de nosotros, Antes de nosotros, *dícese aquí, no en el sentido de la historia, sino en el sentido de lo sobrenatural, del origen y del fin. Como decís muy bien, «la Humanidad marcha hacia civilizaciones desconocidas, pero con una dirección conocida». Esta dirección conocida cae, por entero, bajo el dominio de la ciencia positiva.*

La humanidad antigua, de la misma manera que había concebido un autor de la muerte, concibió un autor del mal. Tifón, Arimán, Satán, representánlo bajo diferente forma objetiva, entre los Egipcios, entre los Iranios y entre los Hebreos; pero donde alcanzó su más alta consagración fué en el catolicismo, de la Edad Media, al llegar á ser el Diablo. Enemigo encarnizado del Hombre, quærens quem devoret, *nos acecha, nos tienta, nos pierde, y se encarga en la otra vida de atormentar á su placer las víctimas de sus emboscadas. Inútil creo indicar que no hay brujería de ninguna especie que haya resistido á la investigación de la ciencia positiva, y que por lejos que se hayan llevado las disquisiciones, siempre el Diablo se nos ha escapado ó desvanecido. A todas estas concepciones subjetivas es preciso aplicar la frase del poeta:* «¡Tenues sine corpore vitas!»

Hoy día se han adquirido nociones positivas, tanto sobre el Cosmos como sobre la organización del cerebro; tiénense ya explicaciones suficientes, lo mismo del mal físico que del mal moral. La necesidad que atormentaba á nuestros antepasados y que la Teología calmó de la única manera que la civilización de aquel tiempo lo

permitía, la ha satisfecho hoy la ciencia positiva, reemplazando así lo que ha destruído.

La creencia de la Edad Media en el Diablo y su intervención en la hechicería, dió un resultado singular, que vuestro libro pone en claro de una manera harto original; hizo considerar como obras diabólicas, y de consiguiente punibles por lo dañinas, las teorías, los inventos, las innovaciones que producía la investigación científica. Si pudiéramos trasladarnos en plena Edad Media, con nuestros instrumentos de física y de química, no cabe duda alguna que las operaciones que con ellos hiciéramos producirían viva admiración y terror, y pasarían por manipulaciones siniestras efectuadas con la ayuda del espíritu maligno. Y tanto es así, que los ensayos, las tentativas, los descubrimientos de los investigadores de la Naturaleza durante el imperio de la creencia en el Diablo, fueron gravemente suspectos y severamente perseguidos por las autoridades espirituales y temporales. Larga es la lista de los perseguidos por tal motivo. Sólo con esfuerzos perseverantes y gracias á muchos sufrimientos, la ciencia positiva ha terminado por triunfar y conquistar su independencia, y con ella la libertad de su evolución.

Y advertid que la lucha del Diablo contra la emancipación no ha cesado todavía. Saliéndose del terreno científico, en el cual no podía sostenerse, ha pasado al terreno social que es hoy como su última trinchera. Las doctrinas resultantes de los descubrimientos de la ciencia positiva, que han hecho la Revolución y la continúan, son hoy tratadas de obras del Diablo por la Teología. Hasta nuestros tiempos seguís la evolución del Diablo, el cuál por la última de sus transformaciones se ha vuelto el enemigo jurado de la reacción. Afortunadamente para nosotros la reacción encuentra obstáculos más efectivos que éste.

Este conflicto social, que es el propio nudo de la situación moderna, sólo la sociología viene á resolverlo afirmando que la Revolución ha sido á la vez justa y necesaria al aniquilar el antiguo concepto del mundo, aunque reconociendo que se precipitaría en el vacío y en la anarquía si no se sometiera á las enseñanzas de la Historia, á las condiciones del orden, y á las leyes de la evolución.

¿Y cuál es la causa de que la Sociología pueda hablar hoy con tanta autoridad? Sólo en virtud de ser ella el perfecto coronamiento del sistema científico, de esta gran jerarquía, en que las matemáticas forman los cimientos, y en que la astronomía, la física, la química y la biología, se suceden, según su orden de creciente complicación, hasta llegar á la doctrina de las cosas sociales, la más complicada de todas. Os habéis apropiado esta jerarquía;

or esto marcháis con tanta rectitud en medio de las dificul-ades de vuestro asunto.

Y ¿por qué las ciencias positivas y la filosofía que le ellas emana dan al hombre y á las sociedades la ga-antía de una evolución conforme á nuestra naturaleza? Porque renuncian resueltamente á perseguir el en sí *de as cosas y el* absoluto, *fijándose sólo en lo relativo. En sto estriba la experimentación y su amplio desarrollo, y on ella toda la certeza que cabe en la condición humana.*

A medida que la Teología decrece, las Ciencias van dquiriendo importancia en la sociedad. A medida que as Ciencias toman importancia en la sociedad, los ele-nentos de la Filosofía positiva se van desparramando. Vuestro libro lo atestigua por lo que á España toca.

E. LITTRÉ

París, Enero de 1876.

PREFACIO

Nuestro Occidente para alcanzar el estado de civilización á que ha llegado, ha tenido que combatir una infinidad de obstáculos que á su evolución se han opuesto, obstáculos que le ha sido preciso vencer á todo trance, para no ser por ellos á su vez vencido. Los elementos, los seres que pueblan nuestro globo, y el propio organismo humano; he aquí lo que ha venido limitando el desarrollo de nuestra especie en general, y de nuestra civilización en particular. Si el Hombre ha aprendido á satisfacer sus necesidades, si ha adquirido conocimientos y formado ideas; si ha poblado la tierra, constituído sociedades, y desarrollado civilizaciones; si ha inventado instrumentos y máquinas para facilitar y perfeccionar el trabajo, y relacionarse más en menos tiempo y con menor esfuerzo; producto ha sido todo, de la lucha que continuamente ha venido sosteniendo, no sólo con lo que le rodeaba, sí que también consigo mismo. Ha tenido que luchar con su propia persona para educar sus sentidos, para hacer uso de sus órganos, para dominar sus instintos, para dirigir su razón. Ha tenido que luchar con los demás de su especie, para lograr establecerse sobre cada país, para defender sus adelantos, de los que estaban más atrasados, ó hacérselos aceptar cuando á ellos eran refractarios. Ha tenido que luchar con los demás seres que poblaban el globo, para proporcionarse alimento, vestidos, albergue y seguridad personal. Y ha tenido que luchar, en fin, como decían los antiguos cosmólogos, con los cuatro elementos reunidos; con la *Tierra*, con el *Agua*, con el *Aire* y con el *Fuego*. Sólo á esta lucha para la vida, sostenida de día en día, y premiada por sucesivos triunfos, debe el haber alcanzado la actual civilización superior que hoy tiene en Occidente, tendiendo aún á estados de mayor perfección y grandeza.

Todas las contrariedades que el Hombre sufre en esta lucha, pueden sintetizarse en dos abstracciones: la *Muerte* y el *Mal*. La *Muerte*, término del individuo en el combate

para la vida; y el *Mal*, negación ó límite del bienestar material ó del bien moral. Historiando estas dos negaciones, seriando los hechos á que ellas se refieren, en una palabra, haciendo su filiación verémoslas decrecer progresivamente, si bien con oscilaciones, en razón directa de lo que progresan de continuo la vida y la justicia entre los hombres. Al verlas decrecer, observaremos como van variando de significación las ideas que sobre tales negaciones se van formando; cómo cada civilización les atribuye un origen diferente, y las refiere á hechos distintos. Y por medio de la filosofía apoyada en los resultados de la ciencia, demostraremos que sólo corresponden á meras relaciones naturales, mostrando lo que de real y verdadero se les opone según el criterio positivo.

El Hombre en su evolución histórica, ha presentado tres maneras de concebir los hechos, lo cual ha motivado la división que de la Historia ha hecho la filosofía positiva, en tres períodos: el *teológico*, el *metafísico* y el *positivo*. Estos períodos, más que tales, son fases que la inteligencia humana ha presentado en la manera de concebir los hechos, pues no se han presentado sucesivamente de una manera regular en la serie de los tiempos. Cada civilización antigua empezó por un período teológico y acabó por uno metafísico. En Grecia y Roma esta última fase adquirió tanta importancia que ya empezó á iniciarse el preludio de un período positivo. Este, sólo es obra y orgullo de la civilización occidental presente, única que lo ha alcanzado. En cada *período teológico* tomaban cuerpo en la mente humana todas las fuerzas de la Naturaleza, todas sus relaciones, dando lugar á que se formulasen las ideas, por medio de símbolos y personificaciones. En estas fases necesarias á las otras, en lo social, como lo es la niñez para llegar á la edad viril, en el individuo, estas dos supremas negaciones son consideradas, á la par que los demás fenómenos naturales, como resultado de la voluntad de seres exteriores y superiores al Hombre. Todas las teologías han considerado al *Mal* como producto de uno ó más seres maléficos sobrenaturales, y á la *Muerte* como el resultado de una voluntad divina, fatal ó providente. En cada *período metafísico*, período meramente de transición, que se compenetra el teológico respectivo, se duda, se razona, se discute, y las personificaciones pierden su cuerpo, pasando á la categoría de entidades inmateriales, especies de fantasmas impalpables; pero los razonamientos se basan aún en los *a priori* de la teología. Por fin, en el tercer período, en el *período positivo*, ó como le llaman los modernos filósofos alemanes, en la *Era del realismo*, la razón obra, no ya sobre las premisas teológicas, sino sobre los datos empíricos, y se forman las

Ciencias que clasifican, y serian estos datos, é inducen leyes de ellos; luego de la comparación de las series de datos y leyes peculiares á cada ciencia, nace la verdadera filosofía.

Y decimos que la verdadera filosofía ha nacido del estudio comparativo de las Ciencias, porque no se puede filosofar con provecho, sino sobre lo que se sabe, sobre lo que se conoce. Filosofar sobre lo desconocido ó sobre lo incognoscible, es una masturbación intelectual, que sólo puede dar por resultado vaciedades ontológicas. La especie humana ha progresado sólo en razón directa de la determinación de las leyes de la Naturaleza, de su generalización, y de sus aplicaciones.

En los períodos teológicos, en que las acciones y reacciones que en el Universo se suceden, eran adoradas como manifestaciones de un sér, ó de varios seres divinos, el Hombre no podía dominarlas. A veces ni tan sólo su investigación le era permitida. Las teocracias se lo privaban. Atentar á las acciones fatales era atacar la voluntad divina, y por lo tanto, un sacrilegio. Después del período de duda, de la lucha y de raciocinios hechos bajo el pie forzado de lo absoluto, vista la falta de éxito de todas las tentativas de especulación pura, éntrase á estudiar todo lo que del Universo cae bajo nuestros sentidos, prescindiendo de todo prejuicio, y el éxito corona de tal modo las tentativas de la investigación y el cálculo, que parece que el Hombre va á dominar la Naturaleza por completo. La principal valla que se oponía á ello, la llevaba en sí mismo. Era una errónea concepción del Universo, que le había impuesto un método contraproducente.

A partir de aquí, en vez de buscar la mente humana una serie de seres hipotéticos, superiores y externos, escondidos detrás de los fenómenos, de los que les supuso un día causa, observa y experimenta la serie de organizaciones que van desde el mineral al Hombre, y la relación con la serie de acciones que paralelamente á la organización, en ellos se manifiestan desde la simple acción molecular, á la voluntad consciente del sabio. Ya no confunde el movimiento bruto del mineral con la simple contractibilidad de los organismos sencillos, la inervación inconsciente de otros más complicados, y la voluntad de los seres más perfectos. Lo que un día creyó efecto de voluntades sobrenaturales, lo ve ya hoy no más que como meros movimientos, acciones físicas, que está en su mano modificar. La ciencia le ha demostrado, que la voluntad es inherente, sólo á un cierto grado de perfección del sistema nervioso, y fuera la superstición del ánimo se ha atrevido con lo que creyó invencible. Eliminando lo absoluto de todas las especulaciones humanas, persiguiendo ya el Hombre, sólo relaciones, han sido abandonadas las

cuestiones de origen y de fin. El Infinito, la Eternidad, no pueden caer bajo nuestro dominio. La sola pretensión de introducirles en una cuestión cualquiera, es causa ya de que no puede ser resuelta. El Hombre jamás podrá decir de dónde salió el Universo ni cuándo terminará, ni tan siquiera si tuvo un principio, y si tendrá un término. Pero el que no sepamos el principio ni el fin, ¿supone, por ventura, el que no podamos saber la dirección de la serie? La dirección del movimiento cae de plano en el terreno científico, lo mismo en la evolución de lo sideral, que en la formación de los organismos, y en la filiación de las sociedades humanas. La Humanidad, siguiendo el movimiento universal, marcha hacia civilizaciones desconocidas, pero con una dirección conocida. La dirección de una serie de fenómenos puede ser determinada perfectamente por la ciencia, ó ciencias á que pertenezcan éstos.

Determinar la dirección que lleva la Humanidad, marchando siempre hacia un mejor estado, para alcanzar cada día mayor suma de vida y de justicia sin llegar nunca á la Inmortalidad y á la justificación en absoluto, es el objeto que nos hemos propuesto al escribir este libro.

LIBRO PRIMERO

La Muerte y la Inmortalidad

INTRODUCCION AL LIBRO PRIMERO

Recién emancipados de las antiguas creencias que hasta el presente siglo habían venido presidiendo la formación de las ideas y determinando los actos en el Hombre, estamos asistiendo en plena libertad de conciencia á la inmensa discusión de los sistemas y de las sectas que trabajan para ofrecer á la Humanidad la solución de los grandes problemas velados hasta aquí por el simbolismo de las religiones.

Uno de los que están más íntimamente ligados con la condición humana, es el de la Muerte y la Inmortalidad.

El Hombre ha mostrado siempre el deseo de extender su personalidad, ó la acción de ésta, á más tiempo del que alcanzaba su vida individual. Según ha sido la organización de la Sociedad en que ha vivido, según han sido sus condiciones de existencia, ha formulado su supervivencia de una manera distinta. Ya ha creído que se perpetuaba transformándose en otros seres, y recorriendo series de organizaciones ascendentes ó descendentes, según hubieran sido sus actos mejores ó peores. Ya se ha forjado una inmortalidad sideral por medio de una emigración continua de un astro á otro. Ya ha fijado su ideal en la absorción de su persona en un Dios Todo, del cual se creyó parte. Ya imaginándose doble, hase figurado que su espíritu íntegro volaba fuera del mundo á gozar ó á sufrir por toda una eternidad, mientras legaba el cuerpo á la descomposición acá en la tierra. Y no sólo el Hombre ha desdoblado su persona en su fantasía, á impulsos del deseo de Inmortalidad que le ha poseído, sino que antes

de llegar á esta concepción dualista háse figurado estar compuesto de varias entidades simples. La creencia en un cuerpo único y en una sola alma, es propia ya de un estado de civilización relativamente avanzado. Varios son los pueblos y las religiones que han tenido por dogma la pluralidad de almas. Los Egipcios, en cierto período de su historia, varias sectas de Alejandría, y aun algunos de los primitivos cristianos, imagináronse al Hombre triple. Tenía, según ellos, un alma superior de emanación divina, que era la Inteligencia, la cual, después de libertada del cuerpo, iba á brillar en el cielo, como los astros luminosos; y tenía también un alma inferior, causa de la vida, la cual animaba nuestros órganos y les impulsaba los movimientos, cuya alma era la que recibía el castigo de las malas acciones que el individuo cometiera acá en la Tierra, alma que se aparecía después de la muerte, alma fantasma, que se ausentaba de nosotros durante el sueño, y que era susceptible de ser mutilada, al serlo el cuerpo, y también de ser destruída con éste. Esta alma era material, aunque más tenue que la substancia de que estaba formada la carne humana, y era análoga al alma de los animales y á la de las plantas. Según esta teoría, el Hombre sólo se diferenciaba de los demás seres por la posesión del Alma-Inteligencia pura, de origen superior, en el cual estribaba la verdadera Inmortalidad. Hanse sucedido todas estas creencias en el período preparatorio de la Humanidad, en esta infancia de su inteligencia que se denomina período teológico. ¿Cómo se resuelve este problema en el período positivo?

Es esta una de las cuestiones más grandes que han agitado á la Humanidad y que la Metafísica no ha resuelto sino elucubrando sobre el pie forzado del dogma. De la solución que se le dé depende el que se justifique el progreso y se tienda á la emancipación creciente del Hombre de todo lo fatal é inconsciente, ó que se mire todo adelanto como una quimera herética y la libertad humana sea un imposible. Pero para resolver un problema es preciso primeramente formularlo de una manera exacta. Casi todos los que se han reputado como insolubles, lo han sido por no haberse planteado su enunciación de una manera conveniente. Las teologías han presentado esta cuestión preguntándose, qué le sucede al Hombre después de la muerte, sin pararse á calcular si después de ser le podía suceder algo, y sin investigar si había algo que atestiguara la continuación del individuo después de su fallecimiento. Para resolver tan arduo problema no le basta á la Filosofía positiva la Sociología. La Sociología, con su método experimental particular, con la filiación de las Sociedades, sólo nos puede dar el conocimiento de cómo se ha ido formando durante la evolución de

los pueblos la idea que sobre este punto han tenido y á impulsos de qué nacieron sus conceptos trascendentales y de finalidad.

A partir de aquí debe descenderse al terreno de la Biología y aun al de la Química para ayudarse de ellas con sus respectivos métodos de comparación y experimentación. La filiación de las Sociedades humanas nos dará la ley ó sea la relación entre la manera de vivir, la muerte que le espera al Hombre y la clase de inmortalidad á que él se figura estar llamado; pero la Biología y las ciencias Físico-Químicas nos eliminarán la formulación trascendental del problema como fuera del dominio de lo que puede ser conocido, y esto dará lugar á que la Filosofía positiva indique la clase de inmortalidad real á que puede aspirar el Hombre.

Parte histórica

CONSIDERACIONES GENERALES

La investigación de lo pasado sirve para darnos la ley de los acontecimientos; y que los acontecimientos sociales tienen sus leyes, á la par que los fenómenos físicos y biológicos, es cosa que á nadie que de ilustrado se precie le es permitido dudar. Así, dados ciertos hechos, se puede predecir lo que de ellos resultar debe, si es que se sabe determinar la relación que tienen entre sí los fenómenos sociales; por ejemplo:

Allá donde aparece una civilización, con carácter propio, nace un arte distinto del de las demás épocas y países, como consecuencia forzosa de la misma.—Cuando por la opresión se pretende detener el progreso de un pueblo ó la emancipación de una clase, se provoca una revolución cuyo impulso está en razón directa del de la reacción que la produjo.—Los comienzos de toda civilización siempre son bárbaros, como las postrimerías son siempre corrompidas; lo mismo que en todo arte, se debuta por el tanteo ó el boceto, predominando la ingenuidad, y se concluye por la miniatura, degenerando en habilidad artificiosa.—Toda organización social como todo organismo natural, al llegar á la plenitud tiende al desdoble; y al desdoblarse la una mitad evoluciona en sentido progresivo hasta transformarse, mientras que la otra retrocede hasta anularse, etc., etc.

Y en tanto existen en la historia relaciones determinables, susceptibles de ser formuladas como leyes, en cuanto se pueden pronosticar acontecimientos futuros, cuando están reinando las causas determinantes de los mismos. No es otro el secreto de muchos profetas que allá en lejanos tiempos admiraron á los pueblos.

Para determinar la ley de la idea que de la Muerte se forman las sociedades y las consecuencias que este concepto tiene para el bienestar de los individuos y para la perpetuación de su memoria, debemos investigar la historia de dos series de civilizaciones paralelas aunque dis-

tintas. La serie india, y la que forma el conjunto de pueblos que han convergido á producir la civilización occidental moderna.

La primera serie cayó en una decadencia de la que no se pudo levantar, á pesar de los esfuerzos del Visnhuismo y de sus derivaciones. La segunda, si sufrió una decadencia, ésta sólo fué un eclipse parcial necesario para su progreso.

Y empezaremos por los Arios en sus dos ramas, Indios é Iranios, y seguiremos por los Presemitas y los Semitas, por ser estos pueblos los primeros que presentan en la Historia un principio de diferenciación entre las ideas relativas á la muerte y las relativas al mal, gracias á ser también los primeros que tienen los rudimentos de una civilización que se aparta del animismo ó del polidemonismo primitivo.

No entraremos á investigar los tiempos prehistóricos, pues si bien recientes hallazgos han dado luz sobre las ceremonias ó actos que ejecutaban los hombres del período cuaternario al morir uno de sus semejantes, esto á nada nos conduciría para nuestro objeto, ya que nada sabemos de lo que pensaban sobre el alma y sobre la inmortalidad del ser humano.

Tampoco nos ocuparemos del animismo de los pueblos primitivos, por las siguientes razones. Sabido es que por el estudio de las creencias animistas y mágicas de tribus salvajes actuales, háse podido venir en conocimiento de lo que debían de ser las creencias no diferenciadas de los primeros pueblos. Ha ayudado mucho á ello, la comparación de conceptos análogos que se encuentran en los documentos antiguos de las religiones de la China, del Egipto, y de los Akkadianos y Sumires, con los de las antedichas tribus salvajes contemporáneas nuestras. Créese no obstante, que aquel estado primitivo no habría llegado ni aún á la altura de los pueblos más incivilizados de nuestros días.

Pues bien, una revista general de estas creencias tan primitivas á nada podría conducirnos para nuestro objeto. Precísanos, así, coger la civilización humana en el momento en que empiezan á diferenciarse las principales nociones que luego han formado la base de las ideas sobre las cuales se apoyan las agrupaciones sociológicas catuales.

Fáltanos ahora decir, por qué prescindiremos de tratar las ideas de la Muerte y de la Inmortalidad entre los Chinos. No lo hacemos, á pesar de habérnoslo pedido un crítico de la *Revue Philosophique*, porque, aunque los Chinos tuvieron una religión en la cual estas ideas estaban ya casi del todo diferenciadas antes del siglo XII de la Era Cristiana, ninguno de sus dogmas, como tampoco

ninguno de sus conceptos ha concurrido á la formación de los que hoy tienen sobre las ideas objeto de este libro, los individuos de las naciones que están dentro de la civilización moderna occidental. Así es que los Chinos pueden considerarse en el curso de su evolución, como una serie divergente.

Esta es, pues, la razón por la cual sólo nos ocuparemos de seriar las nociones que de la Muerte y la Inmortalidad tuvieron los Arios, Presemitas y Semitas, únicos de quienes dimana el estado de cultura que hoy alcanzamos.

I

LOS ARIOS

Eran los antiguos Arios (1) los pueblos indo-germánicos de los que proceden los Indos, Persas, Wendos ó Leto-eslavos, Germanos, Griegos, Romanos y Celtas. Allá en los albores de la Epoca histórica, todos ellos poseían una misma lengua y una misma religión. El carácter de esta última debió ser análogo al de las religiones arias que entran ya en pleno período histórico. No hay duda que daban á sus dioses el nombre *de los celestes ó los brillantes*, *(deva, deus, tivar)*. La idea que se escondía bajo tales palabras, se conservó íntegra entre los Indos, los Romanos, los Leto-eslavos y los Escandinavos; tal vez conservó también una acepción análoga entre los Griegos; pero fué modificada entre los demás grupos, y entre los Persas recibió una significación enteramente contraria y desfavorable. Tenían su primer dios en *Diaus-pitar*, de donde se derivan el *Zeus pater* de los Griegos y el Júpiter de los Latinos. Luego tenían una divinidad de la bóveda celeste, *Varuna* (del cual derivóse Uranós), divinidad que se conservó entre los Indos. Este nombre significa el que cubre envuelve ó circuye. Más tarde vino á ser el dios del Océano, lo cual se explica, pues en su principio debe de haber personificado la concepción primitiva del cielo, esto es, el Océano celeste (2). Creían además en las potencias de la Tempestad y de las Tinieblas, las que luchaban con las de la Luz. Entre estas últimas adoraban un dios del Fuego, amigo del Hombre, el cual hacía descender del cielo el elemento ígneo (3). Una diosa benéfica era la mediadora entre hombres y dioses (Ila,

(1) La acepción del nombre *Ario*, según Benfey y Bopp, es la de *noble*.

(2) Casi todos los pueblos del antiguo Oriente creían que la tierra era llana y que estaba circuída por agua, sobre la cual apoyábanse los bordes de la bóveda celeste, que imaginaban como una campana ó hemisferio vacío, y este hemisferio azul y transparente se les figuraba que era también de agua, y lo llamaban unos, Océano celeste, otros, como los Egipcios, el Nilo del Cielo, etc.

(3) Véase combatida la opinión de Max Müller, el cual afirma que los Arios empezaron por un monoteismo, en el folleto del sabio C. P. Tiele: *Max Müller und T. Schultze über ein problem der Religions Wischenschaft*, Leipzig 1871.

Ida, Ira). El dios del Sol y la diosa de la Aurora deben de haber tenido culto también entre los Arios primitivos.

Es probable que esta religión, no sólo no fuera un monoteismo ó un henoteismo, sino que ni tan siquiera fué un politeismo. Formaría en todo caso, el tránsito entre un polidemonismo y éste. Respecto á la civilización de este pueblo, sólo pueden hacerse algunas conjeturas con más ó menos visos de probabilidad.

Pronto los Arios se dividieron, como todo organismo que al llegar á la plenitud de su evolución tiende al desdoble. No podía dejar de suceder esto en una raza que llevaba en sí el germen de las principales civilizaciones. Su disgregación fué por etapas. Formáronse primero dos grandes grupos. Constituyeron el primero, Indos y Persas; á los cuales los Leto-eslavos quedaron unidos aún por mucho tiempo; y el segundo, Germanos, Scandinavos, Griegos, Romanos y Celtas, que emigraron á Europa; al Norte unos, al Mediodía otros. El primer grupo quedóse aún largo tiempo formando un pueblo único bajo el nombre primitivo de Arios que llamaremos orientales; de su división salió primero la civilización védica, la cual dió origen á la brahmánica, budhista, etc., y después originóse la mazdeista, de los Bractianos y de los Persas.

Dejemos á las ramas europeas de los Arios, cuya influencia en las ideas de la Humanidad estudiaremos más tarde, en el momento en que concurren á la civilización occidental, y pasemos á ocuparnos de los Arios orientales.

La religión de estos Arios la conocemos por la comparación respectiva de las ideas religiosas de los Indos y de los Persas. Lo que tienen de común, debió pertenecer al tronco de que ambos proceden.

Resulta, de esto, que los Arios orientales eran politeistas (4).

Varuna, Mitra y Aryamán eran los primeros de entre los dioses. Varuna es aun el dios del Cielo, y Mitra es el de la Luz, como más tarde entre los Persas. Ambas eran divinidades severas, temidas por todos los que faltaban á la verdad. Aryamán era el compañero el amigo íntimo del Hombre, que presidía el matrimonio; probablemente una personificación del Sol fertilizador, presentándose siempre como un ser bueno y favorable. Estaba asociado á Bagha, el que produce el destino, y este nombre en la primitiva época de los Persas y de los Slavos es genérico de todos los dioses. Parjanya, dios del Trueno, no fué

(4) El carácter dominante de esta primitiva religión debe de haber sido el culto al Fuego, mezclado con restos de polidemonismo, los cuales dieron lugar á prácticas mágicas. Puede indicarse aquí (donde hallamos el primer vestigio de las ideas que perseguimos en este estudio), la introducción de la bebida de inmortalidad, el *soma* ó *haoma*.

conservado por los Persas, pero se le encuentra entre los Indos y los Eslavos.

Los *Devas* y los *Asuras* formaban dos grupos de divinidades de primer orden. Los primeros entre los Iranios fueron divinidades caídas, y por tanto genios maléficos.

Los Arios orientales fracciónanse á su vez en dos ramas; la una es la que en el país de los Siete Ríos forma los Indos, y la otra forma el pueblo del Irán en la Bactriana.

II

LA INDIA

Prueban los cálculos de los historiadores más concienzudos, que el Pueblo indio, con el cual las razas europeas tienen un origen común, alcanzó en tiempos remotos una civilización altamente humanitaria, cuyo límite superior puede fijarse en una época que dista mucho de la nuestra, y que podría evaluarse en unos treinta siglos antes de J. C. (5).

Esta civilización, de origen ario, tiene algo de común con lo que fué luego la antigua civilización greco-romana (6), pero al pasar á su período índico, y sobre

(5) Un crítico ha encontrado exagerada la fecha de 3000 años antes de Jesucristo, que yo fijaba en mi primera edición francesa, para la época en que empezó á tener carácter propio la civilización índica. Este es Angelo de Gubernatis, el cual, en un artículo escrito un tanto á la ligera en la *Nueva Ontología*, refutó dicha fecha así como alguna de las conclusiones que yo sentaba en mi capítulo sobre la India. Para contestarle, no tengo más que transcribir el siguiente párrafo de A. Barth, el célebre historiador de la India, el cual dice así:

«Se ha tratado de evaluar la duración necesaria á la formación gradual de esta literatura (la de los Vedas) y se ha propuesto el XI.° siglo »antes de J. C., como límite inferior de la época en que debió florecer la »poesía de los Himnos. (Max Müller, *Ancient Sanskrit, literature*, »p. 512, c. f., A. Weber, *Indische litteratur geschichte*, p. 2. II° édit). »Teniendo en cuenta todas las circunstancias, estimamos que este término »es aún demasiado próximo á nosotros, y que la época media del desarro»llo de los cantos del Rig Veda puede remontarse muy bien á un período »mucho más alto del que la anterior fecha supone.»

Encyclopédie des Sciences religieuses, A. Barth, *Les Religions de l'Inde*.

Ultimos trabajos de orientalistas eminentes han venido á fijar para los orígenes de los Vedas, una época parecida á la que fijábamos en la edición francesa. Lo que evidentemente es de formación posterior, es la colección de textos que como los Brahmanas forma la segunda etapa de la literatura védica, y aun alguno de los Vedas como el *Atarva-Veda*.

Véase también cómo Marius Fontan (cuyo material de información, y cuyo juicio crítico son innegables) fija en el siglo xxx antes de J. C. la separación de los Ario-indos, de los demás Arios, y el mero hecho de separarse prueba que tendrían disidencia con los demás, ó lo que es lo mismo, que estarían diferenciados y con tendencias propias. Otros varios autores fijan la primera parte de los cantos védicos á una época análoga.

(6) El fenómeno de la semejanza que existe entre ciertas creencias y personificaciones del Cristianismo primitivo, con ciertas otras de las religiones índicas, atribuído á copia mutua, es sólo un efecto de herencia de aptitudes, igual en las dos ramas que de un mismo origen proceden, es decir, dos desarrollos análogos y paralelos.

todo en la época del Budismo, y luego en el de las religiones sectarias, se parece algo á la Edad Media de Occidente. Su evolución en las llanuras que riega el Ganges y en las cordilleras y valles del Himalaya es en un sentido místico panteista, el cual lleva al pueblo del Indostán al más ínfimo nivel á que pueda llegar nación alguna. La India llegó á despreciar la personalidad humana y á deificar la Muerte. Más tarde, bajo la influencia de análogos principios, veremos que la Europa cae en los extravíos del ocio religioso, del quietismo, de la mortificación, de la aversión á la vida, y que el católico rechaza todo adelanto y llega á abdicar de su dignidad hasta descender á un nivel muy parecido al de los partidarios del Budismo.

Por esta razón empezamos el estudio crítico de las civilizaciones á partir de la de los Arios, por la serie divergente de la India, puesto que es una de la primeras que presentó el fenómeno de su desarrollo al impulso humano, y en seguida el de su decadencia por su sumisión á lo absoluto. Precisamente es en el Indostán donde este principio dió los más funestos resultados. Allí los cultos de las divinidades mortíferas tomaron un desarrollo prodigioso. Los ritos fúnebres preséntannos una exuberancia desconocida de otra civilización alguna. Los mitos terribles se hallan multiplicados al infinito. Religiones y filosofías de consuno han conspirado al desarrollo del suicidio. Todo ha venido allí marcado con el sello del desprecio á la vida. Brahmanes, Budistas, Jainas, Sivaitas, y aún Visnhuitas, todos son desesperados de la vida que ñjan su ideal de felicidad en la no evolución, en la retropulsión de la existencia, en la desaparición de la individualidad, en el anonadamiento.

Para darnos cuenta de lo que fué la India primitiva, lo mismo que toda otra civilización desaparecida, conviene adoptar un método sintético, análogo al que emplean los naturalistas cuando quieren reconstituir la Flora ó la Fauna de una época geológica pasada. Existen en la Naturaleza especies que, á causa de la influencia de los cambios en el medio ambiente, y de su poca facilidad de adaptación, han sido eliminadas por la selección natural, ó han sucumbido, víctimas de otras más fuertes, en la lucha por la vida. Han desaparecido sin dejar ejemplares vivientes, al par que ha habido otras que, mientras se transformaban para pasar á formar especies nuevas, dejaban, por decirlo así, representantes vivos ó sea ejemplares de su especie que continuaban perpetuándose con muy pocas variaciones sensibles.

Ahora bien, con la ayuda de los restos fósiles de los primeros, y con los tipos vivientes, no variados, de entre los segundos, puede el naturalista reconstituir la Flora y la

Fauna de un país en una época determinada, que quiera estudiarse, permitiendo la inducción á veces llenar los vacíos que en tales reconstrucciones resulten.

Del seno del enorme caos panteístico de la India actual, los orientalistas modernos han podido aislar creencias, ritos y costumbres cuyo origen se remonta, con ó sin variación, á la más alta antigüedad histórica. Con estos datos y los suministrados por los monumentos y libros antiquísimos de los primeros importadores de las religiones indostánicas, podemos hoy reconstruir en su conjunto los conceptos filosóficos, y los dogmas religiosos que han determinado la evolución de esta serie de civilizaciones cuyo origen á tan antiguo se remonta.

*
* *

Desdoblóse la raza de los Arios orientales en Iranios é Indos. Fueron estos últimos los que se establecieron en el país de los Siete Ríos á las bocas del Indo (7), por lo cual sus vecinos occidentales les llamaron así. En estas comarcas, surcadas por estos brazos de río, que se ramifican á su vez en arroyos y lagunas, donde existía una vegetación espléndida; allí esta rama de los Arios, desarrolló una civilización y formuló sus creencias en códigos y en dogmas, de una manera asaz humana. Esta raza fuerte, inteligente y noble, al separarse de sus hermanos de la Bactriana, descendió al país del Indo, atravesando las altísimas cordilleras que de él la separaban, y se extendió rápidamente por la llanura desalojando á la raza autóctona, que se fué retirando á los países del Sudeste.

Una vez constituídos y afianzados en aquellas comarcas que separaban de las demás del continente elevadísimas montañas; favorecidos por un suelo feraz que les daba hasta cinco cosechas al año en las llanuras y tres en las colinas; teniendo á su vista aquellas inconmensurables praderas esmaltadas de flores sobre las cuales revoloteaban bandadas de mariposas multicolores; rodeados de bosques umbríos que recorrían en la primavera los elefantes ebrios de amor en busca de sus hembras; amenazados por animales hostiles á su persona, como el tigre, el león, el oso, la pantera, el leopardo, el cocodrilo y las serpientes; acompañados de otros domésticos como el buey, el asno y el perro; encontrando á cada paso á miles de indiferentes como el mono, el hipopótamo, el rinoceronte, el búfalo, el antílope, el licornio, la tortuga, y el

(7) *Hapta hiñdu, sapta sindhàvas* ó actualmente el *Panjab* ó *Pancanadá*, cuya traducción es «*los cinco riachuelos*».

loro, el pavo real, el ibis, y, por fin, en medio de una vegetación exuberante de plátanos, bambúes, sicomoros, higueras, azufaifos, ciruelos, cáñamos, palmas y lotos, los Ario-indos, sobre la base de su antigua religión ariana, desarrollaron su nueva religión védica. Si bien ésta conservó el antiguo culto de los espíritus y el de los antepasados, restos de una concepción animista primitiva, en el conjunto desembarazóse de ello para remontarse á un concepto superior. He aquí cual fué éste:

La Naturaleza entera es divina. Así, todo lo que por su grandeza nos impresiona, las montañas, los ríos, las plantas, los árboles, las fuentes, las nubes, son invocadas como otras tantas potencias: y los animales que rodean al Hombre, el caballo que lo lleva al combate, la vaca que lo nutre, el perro que le guarda la morada, el ave cuyo graznido le anuncia algo que ha de llegar, las rapaces que hacen presa en sus reses, ó las fieras que le atacan, todo es objeto de bendiciones ó de deprecaciones. El carro de guerra, las armas ofensivas y defensivas, el arado, el surco fecundo que éste ha abierto, los utensilios, en fin, todo lo que le ayuda en su lucha por la vida, es motivo de culto y aún de augurios. Poco diferenciado en su inteligencia, el Indo supone una acción personal y aún consciente á todo lo que le rodea tendiendo ya desde su cuna el panteismo.

Todos los dioses de su panteón son dioses de vida, divinidades protectoras, rientes, familiares, que le ayudan y cuidan de él y de sus animales amigos. En el Rig no hay ningún dios malvado ni mortífero; la idea de Muerte casi para nada interviene, ésta sólo es concebida como una continuación de la existencia, una vida de otra especie, más tranquila y sin lucha. Tampoco se preocupan de la Muerte los Vedas, que carecen de *escatología;* todas las ideas que inspiran sus estrofas son sobre la duración de las cosas, nada en ellas hay sobre la fin de los tiempos. Sus divinidades principales ó mejor sus agentes cósmicos, son dos, ambos á dos principios de la vida universal: Agni y Soma.

Meditando sobre el grandioso espectáculo de aquella Naturaleza, que bajo formas tan espléndidas se le presentaba, vió el Ario-indo que el Fuego era uno de los primeros auxiliares en su lucha por la existencia. La hoguera protegía al Indo doblemente, ahuyentando con sus resplandores á sus enemigos nocturnos, y dándole calor con su llama. Y el Indo bendijo al Fuego bajo el nombre de Agni, y le llamó *disipador de las tinieblas, generador de la luz, compañero del invierno que pone en fuga á los siniestros fundadores de la obscuridad.* Luego, viendo que al amanecer desaparecían los peligros para el hombre, cantó al

Sol, *que ponía fin á los terrores de la noche;* y por comparación declaró al Fuego imagen de éste.

Efectivamente, Agni, en el Rig, no es tan sólo el Fuego terrestre, es también el Fuego del Relámpago y el del Sol, por los cuales él se manifiesta (8). Su verdadera patria es el cielo invisible, morada mística de la eterna luz y del germen de todas las cosas. Sus nacimientos son infinitos; sobre el altar del montón de leña se presenta al conjuro místico de la fricción continuada de un pedazo de madera (el *arani)* dentro de la cual duerme como el embrión en la matriz de la hembra (9); surge de las olas de los celestes ríos, despertando al bronco clamor del trueno; engéndranlo en la atmósfera los Asvins, con el frote de *aranis* de oro. Es el más joven de los dioses por nacer á cada instante, y es el más antiguo, pues que apareció el primero en el seno de las aguas primordiales. El primer sacrificio originóse con él; él es, pues, pontífice desde la cuna, ya que oficiaba en el Sol y en el cielo antes que *Matarisván* lo hubiese descendido á los mortales y que *Atharván* y los *Angiras* lo hubiesen instituído en la tierra como protector, huésped y amigo de los hombres (10). De él proceden los demás dioses; él organiza el Mundo; él produce y conserva la vida universal. Y al mismo tiempo que la suprema potencia cosmogónica es una especie de *Anima Mundi*, de principio sutil que penetra toda la Naturaleza, dando la fecundidad á las hembras, haciendo brotar y crecer todas las plantas, y desarrollando todos los gérmenes de la tierra. Generador de las infinitas magnificencias naturales, no deja de ser ni un solo instante el Fuego la llama material que devora la leña del altar, así como todo lo que se le ofrece, con el objeto de mandárselo á los demás dioses para que alimenten la creación y tengan fuerzas para hacer salir el sol, brillar las estrellas, correr los ríos, y mover toda la máquina mundial, sin parar ni un solo instante.

Después de Agni, el otro generador de la vida es *Soma,* brebaje fermentado obtenido por presión del tallo de una planta, brebaje embriagador, libación de los dioses y entre ellos de Indra, al cual da siempre nuevas fuerzas en el combate que sostiene contra los demonios. Pero no es solamente en la tierra donde corre: el Soma se reparte también en todos los puntos donde se celebra el sacrificio. Así su existencia como la de Agni, es, no sólo terrestre y atmosférica, sino también mística. Como las de éste, sus moradas son infinitas, pero su residencia suprema está en las profundidades del tercer cielo, donde *Suria*, la hija del Sol lo ha filtrado, y las mujeres de

(8) Rig-Veda, X, 88, 6, 11.
(9) Rig-Veda, X, 5, 1; III, 29; I, 68, 2, etc.
(10) Rig-Veda, I, 83, 4-5; VI, 15, 17; 16, 13; X, 92, 10, VII, 5, 6.

Trita lo han machacado con una piedra sagrada, habiéndolo encontrado *Pushán*, el dios nutridor (11). Allí lo guardaba *Gandarva*, el celeste arquero, cuando el Halcón, símbolo del rayo, y el mismo Agni fueron á arrebatárselo para llevarlo á los hombres, y con él la vida eterna (12). Los dioses lo bebieron y volviéronse inmortales. Los hombres lo serán también el día en que lo beberán en la morada de Yama, en la mansión de los dichosos. Interinamente él es quien les da aquí abajo el vigor y la plenitud de los días. El es la ambrosía y el licor que rejuvenece. El es quien da á las aguas la fuerza de fecundar los campos; él nutre y penetra de virtudes diversas, las plantas, de las cuales es rey; él vivifica la simiente de los hombres y la de los animales; él es, quien subiendo al cerebro, inspira al poeta; entrando en el corazón da fervor á la plegaria; siendo líquido elemento ha engendrado el cielo y la tierra, Indra y Visnhú. Con Agni, con el cual forma una pareja, ha iluminado el Sol, la Luna y las Estrellas; y tomando cuerpo vegetal sobre la tierra es la propia planta Soma, que el acólito despachurra, y cuyo jugo amarillento cae gota á gota dentro de la cuba, prestándose así en persona al sacrificio para dar vida á los hombres.

Siguen á ésta otras divinidades más confusas y menos importantes, cuya personalidad se acentúa según su categoría relativa. El primer grupo de ellas fórmanlo los dioses atmosféricos, dioses activos que en sus continuas correrías á través del espacio luchan por y con el Hombre, destruyendo las causas de la Muerte.

El primero de ellos es Indra, el dios nacional de los Arios, y rey de los cielos en el Rig, el que mata á los enemigos del Indo, el que da la victoria á su pueblo, el que provoca los grandes combates de la atmósfera para libertar las aguas, que los demonios tienen en cautiverio. Ebrio de Soma, hiere con el rayo los monstruos que retienen el líquido elemento, que secan la tierra, y los destruye; revienta á Ani, la serpiente de las nubes y hace caer el aguacero fecundante. Corren en su ayuda Agni y Soma, y Visnhú, el dios del disco solar. Su guardia, que trota detrás de su ígneo vehículo, son los Maruts, genios brillantes del relámpago y de los huracanes. Al pasar sus carros tiembla la tierra, los bosques se inclinan sobre las montañas, y éstas se remueven para abrirles camino; brilla en el firmamento el compacto reflejo de sus armaduras y de sus espadas, óyese el sonido horrísono de sus clarines, el de sus cantos y gritos de guerra contra los monstruos mortíferos, y el silbido de sus látigos; guerreros bienhechores, son los que envían la lluvia, y como

(11) IX, 32, 2; 38, 2; 16; 119, 3; I, 23, 13, 14.
(12) IV, 26, 6, 7; 27; 18, 13; VIII, 82, 9; I, 71, 5; IX, 83, 4.

su padre el rutilante Rudra (que luego vuélvese el *aulladór*), conocen y derraman los remedios, prolongando así la vida de todo lo creado. Rudra, lo mismo que ellos, no tiene ni el menor indicio del carácter siniestro que presentará más tarde. Si da á los hombres la muerte fulminante con sus rayos, es para librarles de incurable enfermedad larga y dolorosa; y luego, envíales socorros y protege los ganados. Su expresión es viva y dulce; su cabellera rubia, larga, sedosa, y flota á merced del aire que su marcha rápida desarrolla. Estas son las tropas que por Indra combaten, pero las más de las veces Indra lucha y triunfa solo; tal es su valor, que no tiene necesidad de ayuda para dar cada día, si es preciso, la batalla á los genios mortíferos: tanta su fuerza, que cuando urge él solo detiene la rueda del carro del Sol malvado, sobre la pendiente del firmamento. Con el vigor de su mirada marca el curso á los ríos, y con sus espaldas sostiene la celeste bóveda sin necesidad de columnas ni de vigas. Es inmenso: la tierra entera cabe en el hueco de su mano y es á la vez soberano y demiurgo (13).

Otro de los dioses importantes es Varuna (14), dios de la inmensidad del cielo. No es un dios activo como Indra, sino un dios que representa la inmóvil majestad del firmamento. Su magnificencia es grande, él ha fijado las estrellas, su ojo es el Sol. Con una mirada fija contempla las obras de los hombres, que remunera, ó castiga con enfermedades terribles. Al culpable endurecido, si no le alcanza la justicia humana él se la aplica, pero sabe distinguir entre la falta y el crimen y es misericordioso con el que se arrepiente. Delante su faz, viene el pecador contrito á descargar el peso de su falta por la confesión directa. Así esta religión especulativa desciende hasta lo más recóndito de la conciencia y realiza la noción de la moral. Varuna es el jefe de un cierto grupo de divinidades abstractas, (*Mitra* el Amigo, *Aryamán* el Fiel, *Bhaga* el Liberal, *Daksha* el Fuerte, *Ansa* el Repartidor), las cuales no son más que desdobles del mismo Varuna. Sin existencia distinta, jamás se las invoca solas, excepción hecha de *Mitra*. Todas estas divinidades son hijas de *Aditi*, la Inmensidad. Vienen luego los dioses solares ó sean nombres que se dan al astro del día. *Suria*, el Sol en cuanto vigila á los Hombres y denuncia sus faltas á Varuna. *Visnhú*, el Sol activo, el compañero de Indra, viajero *Savitri*, el Todo-vivificador, el que levantando ó

(13) Por todo lo relativo á las luchas de Indra véase el Rig-Veda I, 32, y X, 108. Por lo relativo á Rudra y los Maruts véase todo el libro I y II del Rig.

(14) Por lo que á Varuna se refiere véase el estudio que de dicha divinidad hace Darmester en su excelente obra *Ormazd et Ariman*, ó en la monografía de A. Hillebrandt, *Varuna und Mitra, ein Beitrag zur iranese des Veda*.

bajando sus largos y múltiples brazos de oro, despierta á los seres ó les vuelve á sumir en el sueño, perpetuo, caminante infatigable, que en tres pasos recorre los celestes espacios (15), el que más tarde llega á dios Supremo. *Pusán* el Nutridor, que con su arado de oro marca el surco al labrador; el que conoce todos los caminos, que eternamente recorre con un carro tirado por machos cabríos; el buen pastor, guía de hombres y ganados en sus peregrinaciones, el cual conduce á los mortales después de fallecidos por los caminos que recorrer deben para llegar á la mansión de los dichosos. Todos estos mitos solares son vivificadores y benéficos. El Sol mortífero que seca y devora, al cual Indra rompe la rueda y apaga los rayos, simbolizando el Sol canicular que las nubes amortiguan y cuyos calores la lluvia calma, no llega á personalidad divina entre los Ario-indos, como llegó entre los Semitas. La Aurora, *Ushas*, es adorada como una diosa que marcha delante del Sol. Es una imagen brillante y ligera que flota en el horizonte, acompañada de dos gentiles caballeros, los Asvins, hijos del Sol, que son sus amantes. Con ella, cada día, dan la vuelta al mundo sobre sus carros de tres ruedas; al levantar su látigo producen el rocío que engendra la miel en las plantas. Ellos son los que han revelado á los dioses el lugar donde se escondía Soma, el licor de la Inmortalidad; ellos los que corren á librar de las sombras de la noche á los que están en las mayores angustias; ellos los dispensadores de bienes, distributores de remedios, presidentes de la generación.

Los mitos solares conducen inmediatamente á las mitos de ultratumba ó infernales, pero éstos nada tienen de siniestro entre los Indos. El Sol que desciende al fondo de la tierra, es como en todas las otras mitologías el dios que baja á los infiernos; este mito es el resultado de la inteligencia primitiva de casi todos los pueblos. *Yama*, hijo de *Vivast*, el Sol, es el héroe que reina sobre los difuntos. Yama habría podido ser inmortal pero arrostró la Muerte y recorrió el primero el camino del cual no se vuelve, para trillar la ruta que debían de seguir las generaciones futuras. Allá lejos, muy lejos, en las extremidades bajas del cielo (16), allí donde reside la luz primera, y las aguas eternales, reina para siempre, unido á la majestad impasible de Varuna; allí es donde al dulce son de su flauta, reune enderredor suyo á la sombra de las

(15) Casi todos los mitos ario-indos tienen movimiento: Indra-Rudra, los Maruts, Vishnú, etc. Parece que éste sea un caracter de la raza indo-europea. Así paralelamente á ellos, vemos al Wotan-Germánico andar siempre, el que luego se perpetuó en el mal cazador y en el Judío Errante.

(16) Los Indios, como otros pueblos del antiguo Oriente, creían que el cielo era cóncavo, transparente, rodeado de agua, según hemos dicho en otra nota.

ramas del árbol místico, los muertos que han vivido bien. Allí llegan no en corto número como en los cielos de las mitologías semíticas, donde los que entran son muy escasos, sino á bandadas guiados por Agni y Pusán, después de haberlos examinado severamente al paso de dos perros monstruosos que son los guardianes del camino que conduce á la morada eterna. Revestidos de un cuerpo glorioso, ebrios del celeste Soma que los vuelve inmortales, gozan para siempre con el divino Yama, de una felicidad sin fin en el eterno banquete de los dioses. Ellos también son otros tantos dioses resplandecientes que adoran los mortales bajo el nombre de Pitris ó de Padres. A su cabeza están los primeros sacrificadores, los cantores y los poetas de otros tiempos, Atharvan, los Angiras, los Kavis y los Padres por excelencia, iguales á los dioses superiores, que por el sacrificio hicieron salir el mundo del Caos, determinaron el nacimiento del Sol, y encendieron los astros. Ellos envían su luz á sus descendientes en medio de la noche, brillando diseminados por el azul obscuro de la celeste bóveda.

No obstante, no es esta la sola representación que de la vida de ultratumba tiene el Indo. Como á veces los cadáveres no eran incinerados, habla el Rig del muerto reposando en la tierra como el niño en el seno de su madre, ó residiendo en la tumba «la estrecha mansión de barro». Más tarde, pero mucho más tarde, obsérvase que el individuo se disuelve en los elementos y créese que á ellos vuelve para ir á habitar en el seno de las aguas ó en el de las plantas (17) dando principio así á la metempsícosis.

Como se vé, todo era riente en la civilización de los Indos; hasta la misma muerte. Los Himnos casi nada nos dicen de la suerte reservada á los malvados, lo que prueba que éstos no debían de preponderar en esta época, ó que exentos de casta sacerdotal y de dogmas absolutos, con la libertad de pensar consiguiente, no existía la herejía, la cual debía dar el mayor contingente al Infierno y á las divinidades maléficas, que después con el dogmatismo se presentan lo mismo en la India que en las demás religiones. Los criminales, según los Himnos, perecen por completo ó van á parar debajo de tierra, dentro de agujeros profundos y tenebrosos donde son precipitados, y con ellos los demonios, los genios de la destrucción y del fraude.

¡Qué dignidad respiran todos los cantos relativos á la muerte! El difunto es colocado sobre un elevado montón de leña, un macho cabrío al lado, en ofrenda á Agni para

(17) Esta idea encuéntrase excepcionalmente en el Rig-Veda y créese con fundamento que fué añadida en un período posterior al de la primera redacción.

que envuelva el muerto de llamas santas que le libren del dolor. Sobre la pira del difunto se coloca su arco, sube á ella la viuda y se tiende al lado del cadáver del que fué su esposo. Un deudo toma el arco, le ajusta una flecha y va á herirla, pero un hermano del muerto, ó el más antiguo de sus servidores, se interpone y la hace descender diciéndole: «Levántate, ¡oh mujer! y vuelve al mundo de la vida; has subido al lecho de un muerto: desciende de él, que ya has servido plenamente como esposa al que te escogió y te hizo madre». Luego se pega fuego al montón de la leña, y en cuanto arde se saluda al difunto en señal de despedida, y se le desea que revista una nueva forma, que sus elementos sigan el mismo camino que los de sus padres, que reentre en la Tierra y en la Mar. Y dirigiéndose á la Tierra le dicen: «¡Oh, Tierra, ábrete y sé clemente con el recién venido! ¡Acógele con bondad y amor; envuélvele, Tierra bienhechora, como la madre envuelve al hijo con los pliegues de su vestido». Y terminado el acto, el sacrificador se vuelve á los asistentes y les dirige estas palabras: «Aprovechad el tiempo: pasad la vida en el placer por mientras seáis. El Ser creador, que os es propicio, os promete largos años». Al siguiente día los amigos del difunto se reunen á distancia de la casa que fué de éste, y allí, formando círculo alrededor de una hoguera, en el silencio de la noche y ante las estrellas que los contemplan, celebran las cualidades del amigo que dejó de ser, y de todos sus antecesores de que han memoria. Después se levanta el que preside la reunión, y aconseja á los parientes que sean puros, que se aparten del camino de la Muerte, y les desea que alcancen largos años y que lleguen á poseer muchas reses y grandes tesoros. Y dirigiéndose á las viudas, después de terminadas las libaciones, proclama en alta voz que no son verdaderamente viudas, pues viven aún desposadas con el recuerdo de sus maridos, y tienen á gran dignidad el haber pertenecido á tan nobles varones. «Han subido—dice,—á la pira con un tocado festivo y sin lágrimas, y marchan siempre con resolución hacia adelante». «La corriente se precipita—exclama,—dejemos aquí á los que llevan luto y nosotros partamos y gocemos de las placenteras luchas de la vida» (18).

¡Qué noble ejemplo de dignidad en la Muerte! En él pueden aprender los pueblos modernos después de más de cuarenta siglos. Allí, como aquí en Occidente, sólo fué á impulsos del predominio teocrático y de su absolutismo fundamental, que la Muerte se presentó con un carácter funebre. Así podemos muy bien formular la relación entre ambas civilizaciones, diciendo que la época

(18) Rig-Veda. Libro X. *Cantos referentes á los funerales.*

de los Vedas es á las épocas de los Brahmanes y de los Budistas en la India, lo que la Antigüedad greco-romana es á la Edad Media en Occidente.

***

Vamos á ver cómo de este período de vida se decayó hasta los períodos de Muerte sucesivos en que tuvo completo predominio la teocracia brahmánica.

Fijándose un poco sobre la religión de los primeros períodos védicos, se ve que fluctua entre un politeismo y un monoteismo, es decir, que es un monoteismo irradiante cuyo centro cambia. Siempre hay algo de flotante y de poco definido en este panteon primitivo de los Indos, y unas veces el dios, del cual son manifestaciones los otros, es Agni, otras es Indra, Varuna ó Soma. El espíritu teocrático de las Brahmanes que forman ya un cuerpo sacerdotal, no podia contentarse con un sistema indefinido, y tratando de fijar esta noción errante empezó á elevarse á la idea de «el ser existente de por sí» *Svayambu*, ó á la de «el que está á la cuspide de los seres», *Paramesthin*, nombres que pronto tuvo la Divinidad Suprema, dando así, en cierto modo, realidad á las meras palabras.

Los poetas védicos habíanse remontado al origen de todas las cosas. Dirigiéndose á la luz, término comun al Fuego y al Sol, esos generadores ó motores de todo lo creado, se preguntaron quién habia creado tales principios, sin saber á qué dios ofrecer el sacrificio.

«Al principio habia el germen dorado de la luz:
sólo fué el soberano nato del Mundo:
llenaba la Tierra y el Cielo.
¿A quién ofreceremos el holocausto?» (19)

No faltaron vates filósofos que contestaran á la pregunta formulando un sistema de la formación del Universo, y dijeron:

No habia ni ser, ni nada, ni éter;
ni estaba la bóveda del cielo.
¿Para qué, pues, envolver lo que no existia?
... ...
No existia la Muerte ni la Inmortalidad,
nada distinguia la noche obscura del dia luminoso.
Esto es todo lo que era.
«... ... ...

(19) Véase el himno 121, libro X, *Rig-Veda*. Todas las estrofas terminan con la misma pregunta, á la cual el poeta no pudo hallar respuesta.

Así el Todo estaba profundamente velado en el principio en sí mismo.
Y nació y se agrandó por la virtud de su propio calor.
El Amor penetró el primero el Todo».

¿No se ve aquí el presentimiento de lo que después los químicos han llamado la afinidad, ese movimiento molecular que determina la composición y la descomposición de los cuerpos, causa continua de la vida y de la muerte de los organismos, más á más cuando el poeta dice que el *amor* es

«. . . *este antiguo lazo que liga el Ser á la Nada?*»

Y luego lo corrobora afirmando que el deseo *Kama* nació en la substancia en sí, y la creación se hizo.

Y continúa diciendo el canto:

¿Quién sabe? ¿Quién jamás ha proclamado
el punto de donde surgió la vasta Creación?
Los dioses vinieron después de ella.
¿Quién puede saber pues de dónde vino?» (20)

Aquí el poeta declara, con mucho acierto, impertinente la cuestión de principio, afirmando que nadie puede saber de dónde surgió la creación, y que los dioses, estos autores hipotéticos de lo creado, vinieron después de ella. Los poetas védicos, como se puede ver, se inquietaron poco del personaje divino.

Pero pronto una tendencia al desdoble se manifestó entre los Brahmanes. Los más *filósofos* exaltaron la Ciencia, los más numerosos la Fe. Triunfaron los últimos con el entronizamiento de la monarquía absoluta al llegar la época de la dispersión de los Indo-arios sobre el territorio situado al Sudeste de los Siete Ríos. Con su establecimiento sobre las riberas del Ganges y de la Iamuna y su alianza forzosa con los Dasyos amarillos ó negros, la unidad nacional perdióse, y con ella este espíritu fuerte y libre que caracterizaba á los Indos. Entonces es cuando la religión védica da nacimiento al Brahmanismo. Entonces es cuando empiezan las castas (21). Entonces llegan uno tras otro los cultos de muerte, perdiéndose la fresca originalidad de las primeras edades.

Los nombres de *Brahmanaspati*, *Prajapati*, *Svayambu*, empezaban á tomarse ya en el sentido de ser creador del

(20) CUESTIÓN DEL PENSADOR. *Libros sagrados de los vedas.*

(21) Estas fueron la de los Brahmanes, ó sean los sacerdotes; la de los Rajanyas, Kshatryas, príncipes y guerreros; y la de los Vaysias, el pueblo. Los Sudras eran los indígenas que servían de esclavos á los Arioindos, en especial á los Brahmanes.

universo. Algún redactor de los Upanisads, de estos tratados místicos, espíritu metafísico de los que siempre van tras del último por qué quiso hallarle un autor á esta creación anterior á los dioses, y meditando sobre la luz preexistente y por analogía, viendo que según el Rig los dioses creaban en virtud del sacrificio y que éste era sólo utilizado y eficaz en cuanto iba acompañado de la plegaria, atribuyendo á ésta exclusivamente el poder creador, exclamó:

«De Brahma se desplegó la luz brillante»

Pero este Brahma, primer principio, es tan sólo la fuerza, mágica de la palabra, de la plegaria, de esta supuesta herencia especial de los Brahmanes sacrificadores, causa impersonal del universo, existente por sí misma. No es aún una personalidad divina, es sólo una mera abstracción que pertenece única y exclusivamente al terreno de las ideas. Es un concepto vago que encierra la noción de lo increado, de lo inmenso, de lo eterno, *la esencia del ser y del no ser que por él se revela* como dice el canto. No hay más que leer el Kena-Upanisad del Sama Veda para convencerse de que Brahma es sólo la razón de ser de todo lo existente, de los modos de las cosas, de sus formas y de sus movimientos; es sólo una relación universal, una ley de la cual sólo conocemos una parte y á la cual no podemos remontarnos por completo. «*Nadie lo ignora por entero, pero nadie lo conoce perfectamente* —dice,—y luego añade: *sólo les parece completamente conocido á los que lo ignoran enteramente, y los que más lo conocen son aquellos para quienes se presenta como incomprensible.*

Así es que la palabra *brahma* está siempre empleada en sentido neutro en los Brahmanes. Pero el paso estaba dado; encontrada la causa primera del universo aunque fuese usada en sentido neutro, pronto fué adquiriendo cuerpo, hasta que por fin personificóse por completo hasta llegar á usarse en el sentido masculino. Entonces se la substancializó y se formó con ella un ser independiente de lo creado, del cual se hizo depender el Mundo. Así Brahma alcanzó la divinidad pasando de la categoría de concepto abstracto á la de dios inmenso, interventor y regulador de todos los fenómenos, suprema entidad, personal y omnipotente.

Alguna otra evolución, aunque de menos importancia, sufrió el resto de la religión védica; clasificáronse los dioses, según los tres mundos, Tierra, Aire y Cielo; ó según su naturaleza, siendo Agni el Pontífice, Indra el Rey, etc. Los Asuras los más altos de los dioses de los Arios orientales, que entre los Ario-indos conservaron

aún el rango de *Devas*, caen por su semejanza con los dioses de la raza autóctona del Indostán que les era hostil, á la categoría de espíritus malignos. El respeto por los *Devas* decrece, pues los Brahmanes afirman que son superiores á ellos cuando se sacrifican en la soledad. Y Rudra empieza á crecer en importancia preparando así su transformación en Siva.

Al llegar á su período de supremacía, los Brahmanes constituídos en una casta no son ya los poetas cantores. No hacen la plegaria; sólo la recitan. El rito lo es todo, la idea declarada inmóvil no tiene importancia sino en virtud de la fórmula. No obstante, aun no es público su culto, sino individual y particular. Cada brahmán practica en provecho de un personaje que le paga ó en provecho propio; pero las prácticas adquieren una importancia desmesurada, por sí solas ocupan completamente la vida del fiel. Los ritos fúnebres toman un predominio inmenso. Las ceremonias expiatorias vienen á ser diarias, las ofrendas á los muertos son un deber que se hereda, una deuda que pasa de generación en generación y del pago de la cual depende el bienestar de los fallecidos en su otra vida sideral; se llega á prescribir el suicidio de la viuda, haciéndola arrojar en la pira que consume el cadáver del marido, ó enterrándola viva con su esposo difunto; las costumbres adquieren una rigidez indecible; el creyente perfecto, al entrar en una edad ya madura, debe de abandonar su casa, sus ocupaciones, sus hijos, toda su familia, y desprendiéndose para siempre de las obras de la vida retirarse á la soledad de los campos y prepararse con la penitencia á renunciar á sí mismo y así á la Muerte (22). De esta manera se llega á ser un *Iati* (vencedor de su persona) ó un *Sanyasi* (el que abdica su individualidad). Entonces ya no hay necesidad del sacrificio, superior al mundo de los sentidos, el fiel se consagra á la vida contemplativa y llega á la emancipación absoluta, *(moksha)*. El código de Manú le dice al Indio que está en una época de decadencia (23). Los Darmasastras lo presentan como degenerado é infame. «La justicia ha desaparecido de la Tierra», le dicen; y el Trabajo, la Industria es

(22) Véanse los detalles de estos ritos en los antiguos códigos indos de Apastamba, Gautama, Vasistha y Baudhâyana, por G. Buhler, *The sacred laws of the Aryas*, part I. in M. Müller, *Sacred Books of the East* vol. II, Oxford 1879.

(23) «En la primera edad, dice Manú, la Justicia en forma de toro se mantiene firme sobre sus cuatro pies: reina la Verdad; los hombres, exentos de enfermedades, satisfacen todos sus deseos y viven cuatrocientos años. En las siguientes edades la Justicia pierde sucesivamente un pie: las utilidades honradas disminuyen gradualmente en una cuarta parte, y otro tanto se acorta la vida humana; hasta la estatura del hombre mengua: y al terminar la última edad, que es la presente, los hombres convertidos en pigmeos, ya no tienen fuerza para arrancar de la Tierra la menor planta sin el auxilio de un instrumento á propósito.»

considerada como el esfuerzo que tiene que hacer el Hombre para vencer á la Naturaleza en castigo de su dignidad perdida. Las desgracias son vistas como efectos del pecado, las enfermedades como signo de culpas individuales, y los enfermos mueren abandonados á la voracidad de los insectos en los bordes de fétidas y pestilentes lagunas. La inflexible lógica hace la expiación necesaria, y esta tendencia se introduce en el seno de la familia. Los hijos tienen que purgar las culpas de los padres y las de los abuelos. Y los que viven solos, sin recordar á sus antepasados, se entregan á la mortificación para expiar las faltas de todos. De aquí todo un sistema de tormento, de quietismo, de maceración, de penitencia. A más en esta época una pseudo-filosofía extraña, le dice al Indio: «La creación universal es una ilusión producida por la obscuridad que reina en los nombres y en las formas, y esta misma confusión nace de la ignorancia: toda la Creación no tiene más realidad que ésta». Y en esta ignorancia, se le añade, estriba la posesión de Dios, y que por tanto debe conservarla.

Con esta teoría desoladora, sometido á los vaivenes continuos de la Naturaleza, el Indio deseó la quietud, consideró santo el reposo, la inacción divina y el éxtasis el colmo de todas las sublimidades posibles. Su máxima fué: «Más vale estar sentado que de pie, tendido que sentado, y muerto que tendido».

¿Qué de extraño tenía, pues, que deseara reentrar en el gran Todo del que había salido, para terminar una penosa lucha en la cual sabía de antemano que nunca triunfaría? Ya que casi eran sólo males las afirmaciones que le decían podía hallar sobre el suelo, por fuerza *la Nada*, la Suprema negación, debía venir á ser su ideal. Tal fué, y no tardó en venir el Budismo á consagrar el Nirvana.

No obstante, como esta santificación por la renuncia absoluta de sí mismo no la consiguen todos, los pecadores, los impíos, irán al Infierno para sufrir tormentos atroces, y éstos serán muchos. Solamente los que hayan logrado libertarse completamente por un quietismo absoluto, los *Iatis* irán al *Svarga*, al cielo de Indra para gozar en él de la bienaventuranza confundidos con los dioses. Los que sin ser completamente malvados ó impíos no hayan acabado de emanciparse de los sentidos, renacerán bajo una triste condición material, tanto más material cuanto menos hayan sabido librarse de la materia. Sus culpas deberánlas expiar en un estado mudo é inmóvil, oprimidos por los tejidos vegetales, pudiendo sólo manifestar su actividad creciendo en las hojas, y sus pensamientos transformados en flores que brotarán al exterior por las yemas del ramaje; ó si sus faltas fueron menos graves

irán á purgarlas en el cuerpo de un animal, no pudiendo expresar sus dolores ni sus alegrías por medio del habla, sino por medio de alaridos, gritos, relinchos, graznidos ó aullidos según sea el organismo que los aprisione. Sólo cuando las faltas hubieren sido muy leves, la reencarnación podrá ser en un personaje de condición humilde ó elevada según fuesen ellas. Y se afirma que las transmigraciones deberán de continuar hasta la total emancipación de los sentidos, hasta que llegando al supremo grado de la contemplación, y desembarazado de todo elemento material, el Indo se abisme completamente en el alma del Mundo y se confunda con ella. Así los bosques de la India poblároнse de estos ascetas que, tendidos bajo los árboles sagrados, sin ni siquiera alimentarse, Budas perfectos, con la imagen del Sol, el primero de los *Munis* (24) en las plantas de los pies, sumidos en la contemplación absoluta, su cuerpo esquelético cubriéndose de vegetaciones reentraban en la tierra, al tiempo que su espíritu se sumía en la anulación suprema.

Uno de éstos, histórico ó legendario, da nombre á la reforma que acabó casi por anular la vida en la India, extremando más aun la tendencia hacia la Muerte. Este es *Siddharta*, el *Muni* de la tribu de los *Sakia* ó el Buda, como vulgarmente se le llama.

La Leyenda fija su nacimiento á mediados del siglo VI antes de J. C. He aquí lo que dice:

«Para librar el mundo de los males en que estaba sumergido, *el sabio* descendió del Cielo, donde ocupaba el primer lugar entre los dioses terrestres. Los dioses lloraban cuando él partió. Para encarnarse escogió la mujer de un rey, de raza militar, fuerte, hermosa y buena; esta noble dama se llamaba *Maya*, la Ilusión, y era reina de la tribu de Sakia, y habitaba Kapilavascu en el Ayodhya.

»En la época del plenilunio y sin la ayuda de varón alguno, penetró en su seno, y salió al Mundo por el flanco derecho. Al nacer él, las estrellas se pararon, y los que las vieron detenerse en su curso se sintieron poseídos de una alegría inmensa. Del fondo del Himalaya un brahmán centenario corrió á verle.

»Educado como un príncipe, mostró ya desde su infancia aficiones contemplativas. Mandáronlo á las escuelas, y supo más que todos los doctores; su talento era universal. Conocía todas las escrituras, enumeraba los átomos, se hacía obedecer de mil elefantes, no tenía rival en el pugilato, los astros no guardaban secretos para él, levantaba afiligranadas construcciones en cera. La poesía, las artes

(24) Literalmente, *Muni*, significa león. Empléase en sentido figurado para indicar supremacía, realeza, valer y aun fuerza; en este sentido se llamó al *Budha*, el *León de los Sakios*.

y los ejercicios más difíciles le eran familiares; todo, todo lo sabía!...

»Pasábase horas y más horas en estado contemplativo en los jardines. La sombra de los árboles daba la vuelta, pero la del que le cobijaba no se movía de su puesto. Su padre quiso que abandonara la vida de contemplación y le ordenó el casarse; y El, para conformarse con el uso, tomó mujer.

»Tomó mujer y pasó los días en su real palacio, vestido de perlas, envuelto en nubes de perfumes, servido por treinta mil esclavas, contemplando á su pueblo desde lo alto de sus azoteas, sentado en glorietas llenas de campanillas que al pasar el aire producían sinfonías celestes. Pero la vista de las miserias del Mundo le apartó de los placeres y huyó abandonando el palacio y sus comodidades.

»Y se fué á Rajagriha, la capital de Mayadha, mendigando por los caminos, cubierto con harapos recogidos en los sepulcros. Allí oyó á los Brahmanes más famosos y pronto supo más que ellos, y les aventajó en desprendimiento y abstinencia. Anulóse en él toda sensación, todo goce, toda voluptuosidad; y luego, concentrando su pensamiento en una meditación más amplia, conoció que la esencia de la Creación consistía en la ilusión de las formas.

»Entonces realizó cosas sorprendentes. No comió más que un sólo grano de arroz cada día. Sus cabellos cayeron, y su piel volvióse negra; sus ojos dentro de sus órbitas parecían dos estrellas que brillaban en el fondo de dos cuevas. Durante seis años estúvose inmóvil con la imagen del Sol en las plantas de los pies, expuesto á los insectos, á los leones, á las serpientes; y los rayos del Sol canicular, la lluvia torrencial, las centellas, el granizo y la nieve caían sobre su cuerpo sin que él se abrigara ni siquiera con la mano. Los viajeros que pasaban le creían muerto y le echaban compasivos puñados de tierra encima para sepultarlo.

»*Mara*, el dios del Amor y de la Muerte, se propuso tentarlo, y le mandó sus asquerosos servidores con cabezas de rinoceronte, de puerco ó de galápago, cubiertos de escamas, nauseabundos como las fosas de los muertos, aullando, silbando, bramando, entrechocando sus armaduras, blandiendo huesos humanos. Unos echaban llamas por las narices, otros con sus aleteos desarrollaban tinieblas, otros murmuraban fúnebres palabras pasando rosarios de dedos cortados, ó bebían veneno de víboras en las palmas de sus manos; todos hacían gestos imposibles inspirando horror y asco. ¡Pero él los resistió y se desvanecieron!

»Y luego no triunfando con los genios de la Muerte,

mandóle sus propias hijas, los demonios del Amor, de una hermosura indecible, pintadas las mejillas, los labios, las cejas y las pestañas, con dientes blancos cual jazmín, con muslos redondeados cual trompa de elefante, con cinturones de oro que las circuían el talle como un rayo de sol. Unas riendo, otras danzando lúbricamente, otras entreabriendo sus faldas, todas cual reinas con gran séquito de esclavos y de bagajes. ¡Y él se resistió y se desvanecieron también!

»Vencido el demonio del Amor y de la Muerte, pasó doce años nutriéndose de perfumes. Entonces renunciando ya á las prácticas del ascetismo, superior á todas las ilusiones de la realidad, adquiridas las cinco virtudes, obtenidas las cinco facultades, apropiadas las diez fuerzas y las diez y ocho substancias, y habiendo penetrado en las cuatro esferas del mundo invisible, por la contemplación tranquila y sostenida llegó al conocimiento perfecto, alcanzó la Inteligencia Suprema, y se emancipó de los males de la Existencia. Así adquirió en el pueblo de Magadha, sentado en *el trono del Conocimiento*, á la sombra de la sagrada higuera, la suprema dignidad de Buda.

»Y luego empezó á predicar la nueva ley. Primero á Benares, después en toda la India, para libertar los seres del dolor y enseñarles el camino de renunciación que conduce al Nirvana. Masas considerables, pueblos enteros, príncipes y reyes, Brahmanes, y su propia familia se convirtieron. Después de haber triunfado de todos los obstáculos, tuvo que asistir á la destrucción de su ciudad y á la ruina de su familia. Entonces dijo que el gran período era completo en la última de sus existencias, y que predicada la ley nada ya le quedaba que hacer. Los hombres, los animales, los dioses, los bambúes, los sicomoros, las montañas del Himalaya, y las arenas del Ganges, con los millones de millones de estrellas debían entrar en el Nirvana, y hasta los nuevos nacimientos de otros universos, una llama ondularía sobre las ruinas de los mundos aniquilados. Así empezó por entrar El en el Nirvana, á la edad de ochenta años, esperando que los demás seres entraran. Ningún fuego pudo quemar su cuerpo. Este acabó por consumirse al ardor de su propia piedad, y sus huesos retirados piadosamente de las cenizas de la carne, por sus discípulos, fueron depositados cual preciosas reliquias en ocho *Estupas* (25).»

Esta es la leyenda merced á la cual triunfó una religión

(25) Véase THE LALITAVISTARA, *or Momoirs of the early life of Sakya Sinha. Ed. by Rajendralála Mitra.* Calcuta 1853-1877. (Biblioth. Indica), y sobre los orígenes de la leyenda consúltese la excelente obra de Senart *Essai sur la legende du Budha.*

de Muerte, la más exagerada, y la que ha predominado sobre mayor número de conciencias.

El Budismo se presenta en un principio más que como una religión, como una tendencia moral idealista. No niega las divinidades brahmánicas pero no se preocupa de ellas. Las prácticas védicas las pasa por alto. Su ideal es el aislamiento, el renunciar al mundo y á la vida de los sentidos donde sólo el mal se halla. Su doctrina es casi un misterio ateo, su metafísica negativa. Toma las cosas tal como parecen ser. No busca su esencia, ni afirma su realidad. El problema que trata de resolver no es el del ser en sí, sino el de la existencia. Extrema la cuestión de la salvación humana formulada en el *Vedanta* de los *Upanisads*. Reconoce como base de la existencia el dolor: existir es sufrir. La causa del dolor está en el deseo que se agranda incesantemente por la satisfacción misma. La supresión del sufrir sólo es posible por la extinción completa del querer. El camino que conduce á esta anulación de la voluntad, comprende cuatro etapas ó estados sucesivos de perfección, cuyo término es el Nirvana, es decir, el aniquilamiento absoluto de la individualidad, la Muerte por el quietismo. Las condiciones ó causas de la vida están escalonadas de la siguiente manera: la Ignorancia, la Acción, la Conciencia, la Individualidad, la Sensibilidad, el contacto de los sentidos con los objetos, la Sensación, el Deseo, el Amor á la vida, la Existencia, el Nacimiento ó la Generación, y la Vejez y el Sufrimiento. Estas son las doce *Nidanas* de que el Hombre debe libertarse, puesto que la existencia depende de ellas. En cuanto al ser que sufre la existencia (puesto que para el Budismo ésta es el peor de los males), es un compuesto, una resultante, de unos agregados llamados *Skandas*.

Estos en el Hombre son en número de cinco; en la formación de los demás seres entran en menor número. Los cinco *Skandas* están formados por la agregación de noventa y tres principios, que son todos los elementos, atributos ó propiedades materiales, intelectuales y morales del individuo. Fuera de ellos, nada existe, ni principio fijo, ni alma, ni substancia permanente, ni materia, nada absolutamente; ellos forman el ser con su convergencia; y con su divergencia ocasionan la muerte de éste. El Hombre, siendo un compuesto de compuestos, al espirar muere por entero; sólo la influencia de sus actos (*Karman*) le sobrevive, y por ella opérase la formación de un nuevo grupo de *Skandas;* otro individuo surge en otro mundo y continua la existencia del primero. Esta sustitución es tan rápida, que el Buda y los demás santos que han llegado á la omnisciencia hablan de sus existencias anteriores como si su personalidad fuera la misma al

pasar de unas á otras. Verdad es que el Budista no cree renacer, pero sí cree que otro viene á continuarle, y para evitar á este heredero de sus actos el dolor que con la existencia se le lega, el Budismo sienta como ideal humanitario, la abdicación absoluta de la actividad y aun de la personalidad, para que así, no dejando acto alguno, no se provoque la concurrencia de nuevos agregados y por tanto no se determine la formación de otro ser, que por el mero hecho de existir esté ya condenado al sufrimiento; por esto el Nirvana es el ideal de perfección.

Esta es la teoría budista de los libros escritos en *pali*, del Budismo del Sur en completo estado de formación. Pero para llegar á este período de su evolución la filosofía india, tuvo que pasar por un tránsito. Los libros sanscritos del Norte admiten algo de permanente, una especie de yo vago que se transmite á través de estas existencias; pero esa entidad vaporosa no es ya de ningún modo el alma substancial, simple é imperecedera de la filosofía *Sankhya*. De todos modos, parece que el Budismo desde su aparición sentó que el *camino* conducía á la extinción total del individuo, y que la perfección consistía en el no ser absoluto.

La primera de las doce causas es la que el hombre justo debe suprimir: la Ignorancia; y ésta se suprime por la sustracción de los sentidos (no por la observación), así suprimida la primera las demás no pueden ya sucederla, y el Justo desaparece por completo y para siempre, él y toda la serie de seres que le hubieran seguido. Y esta ignorancia no consiste más que en formar por real todo lo que no lo es, y esto es la Creación, el Mundo, lo que nos presentan los sentidos. Toda la realidad de la Naturaleza es vanidad, una visión ilusoria, y, según los Modhyamikas, la substancia de esta ilusión tampoco existe.

Como se ve, en el fondo el Budismo sólo es un humanitarismo negativo, que tiende á suprimir la creación en absoluto. Si quiere librar á los hombres del dolor es por la Muerte, por el aniquilamiento; la beatitud que les ofrece es una irrisión. La supresión del dolor suprimiendo la sensibilidad, y con ella el individuo con toda su descendencia, esta es la moral caritativa del Buda tan decantada por algunos seudo-filósofos.

A los dos siglos de aparecido el Budismo, había dominado casi por completo la India. No se explicarían los progresos de teoría tan desoladora, sino por la leyenda atractiva que se formó sobre el Buda, y por la organización práctica que supo adoptar desde su aparición. Las masas comprenden poco las abstracciones, pero se aficionan por las figuras legendarias; por temperamento son idólatras; si un momento son iconoclastas, es sólo para cambiar de

ídolos. Para formar una procesión, es preciso un santo cristo, dice un refrán, y es la verdad. En la misma democracia las personalidades de los que la han predicado han influído casi siempre más que las ideas que han vertido. Esto ha sido la causa de todos los cesarismos. El Budismo presentó al pueblo indio una leyenda en que aparecía la figura de su fundador llena de dulce majestad, de ternura infinita por todo lo que alienta, de compasión profunda por todo lo que sufre, y esta leyenda pronto fué seguida de otras sobre la vida de los principales santos, cuya delicadeza aun hoy admira. Además, el Budismo se presentaba como altruista, en contra del Brahmanismo egoista. El ideal del Budista era la salvación de los demás, el de Brahmán era sólo su salvación ó la del que le mantenía. El Brahmán tendía á ser un anacoreta, el Budista, un monje, un apóstol que hiciera prosélitos y viviera en común con sus hermanos. Para ello, si no abolía las castas, sabía prescindir de ellas. Hasta «el *Candala*, más miserable que un perro», era admitido en la comunidad budista. No importa que la salvación ofrecida fuera sólo de nombre; no importa que la figura del salvador fuera legendaria. Las muchedumbres, que más se guían por palabras que por realidades, se fueron tras la nueva doctrina, sin considerar que lo único de real y positivo que podía procurarles era el suicidio.

Con la propagación de la doctrina cobraron numerosa importancia las comunidades búdicas, y se enriquecieron. Construyéronse suntuosos templos hipogeos. Vaciáronse montañas para formar inmensos monasterios. Escultores tránsfugas del arte griego, trabajaron estátuas é ídolos con los materiales más preciosos. Y así esta religión atea, esta doctrina abstracta de abdicación absoluta y de sustracción de los sentidos, por un notable contraste, fué la primera que en la India trató de dominar con la fascinación, con el lujo, con el arte. Para apoderarse de la imaginación, impresionó la vista. Al llegar al poder el primero de los mauríes, Condragrupta, por la reacción producida contra la agresión de Alejandro, encontró en estas comunidades sin papa, el más poderoso auxiliar; y en cambio el emperador Sudra, les dió inmunidades sin cuento. Efectivamente, estos monjes mendicantes, estos voluntarios de la miseria, debían de ser los aliados naturales de un esclavo de raza inferior subido al poder por un golpe de fortuna. Luego las irrupciones bárbaras entronizaron en el país del Oeste del Ganges, el predominio de los Tártaros y de los Mongoles, y éstos fueron acogidos por el Budismo cosmopolita de por sí, al igual que el Cristianismo acogió los bárbaros, y comenzó ya la verdadera Edad Media para la India. En esto la literatura budista empieza á tener un carácter violento, y pronto la ira y

el odio más cordial vienen á alojarse en aquellas almas dulces, no tardando en apelar á las pasiones de las masas ó al poder de los príncipes para ahogar en sangre las religiones sectarias que venían ya á presentarse en escena; hasta que por fin el Budismo muere de su propio fracaso. Una decrepitud prematura lo mató, no dejando de él más que algunos restos. Religión de aniquilamiento, se aniquiló á sí misma. Religión de esterilidad, nada produjo, nada que pueda figurar ni entre la poesía ni entre la Ciencia de la India. Su manera malsana de formular y de resolver el problema de la vida le ha valido que sus dogmas confundidos con los delirios de religiones bárbaras, sean patrimonio hoy de esas razas inferiores embrutecidas, de procedencia mongola, que se extienden por la Indo-China y los países transgangéticos. Esta pretendida reforma y esta pretendida moral, no fueron más que el período culminante de la decadencia india que preparó el terreno á los Jainas y á las monstruosidades de la religión sivaita. La organización enervante de esas colectividades quietistas, extendió su espíritu ascético al pueblo de la India, paralizándole su inteligencia y su vital iniciativa, como el Catolicismo hizo en Occidente; sólo que allí fué tal el espíritu de muerte que el budismo en sí llevaba, que ni heregías surgieron ya en sus últimos tiempos: las inteligencias se habían adormecido en la rutina; el suicidio moral estaba consumado.

***

Paralelamente con los Budistas, surgieron los *Jainas*. Estos son los sectarios del Jina, *el victorioso*, como los Budistas lo son del Buda *(el Iluminado)*. Los Jainas sostienen que su fundador Mahavira era un sabio que había llegado á la omnisciencia, el cual vino al mundo para restablecer la pureza de la ley corrompida por los hombres. Una tradición extraña, análoga á la de los Budistas y que á partir de aquí se repite en las religiones sectarias, era lo que daba, á su decir, la fuerza á sus dogmas. La creación, degenerando de día en día, y la talla de los hombres disminuyendo, según afirma el código de Manú, hacían necesaria la encarnación sucesiva de un ser perfecto que fuera renovando sucesivamente la ley á los mortales. El Buda había tenido veinticuatro predecesores. Los *Jinas* habían sido veinticuatro también, pero comprendiéndose en el número el último, y sosteníase que Gautama Buda había sido discípulo de éste. Los Jinas se han sucedido á través de inmensos períodos de tiempo; su talla y su longevidad ha ido decreciendo después del primero Rishabha, que tenía quinientas toesas de alto

y vivió más de ocho millones de años, hasta Vardhamana, el último de ellos, cuya talla y cuya edad fué igual á la de los hombres de la época presente. Como los Budas, los Jinas llegaron á ser verdaderas divinidades redentoras y salvadoras, objeto de culto de parte de sus creyentes. Todos ellos van acompañados de diosas ejecutrices de sus mandatos. Su leyenda es la del mito solar. Las imágenes de esta religión en el Dekhan son de proporciones colosales y se encuentran en gran número en todos los santuarios de la secta, los cuales están en profusión en el interior de los bosques y se distinguen por su estilo especial de una gran elegancia.

La teoría de salvación por el Nirvana, la emancipación de los sentidos, la muerte absoluta como fin, en una palabra, todos sus dogmas son los de los Budistas. Como éstos rechazan los Vedas de los Brahmanes y les oponen sus *angas* como Veda único verdadero. Forman, como los Budistas, comunidades de ascetas cuyo fin es la muerte absoluta; éstos se dividen unos *(svetembaras)*, que van vestidos de blancos hábitos, y otros que van desnudos, ó *(digimbaras)* vestidos de aire; éstos son los que Hesykio, en el siglo III, intitula *gimnosofistas*. Los Jainas se diferencian de los Budistas únicamente en que extreman las prácticas ascéticas y la mortificación hasta el suicidio (26). Buda condena el suicidio provocado, quiere que el Hombre entre en el Nirvana por la abdicación de sus actos, por la anulación de su voluntad. El suicidio provocado es una acción, dice, que da lugar á la formación de otro ser, el cual tiene el dolor de nacer en una forma inferior, y la cuestión es impedir todo renacimiento. Así condena el suicidio por poco eficaz. En cambio los Jainas presentan á Buda como un sibarita y le hacen morir de una indigestión de carne de cerdo. Otra de las diferencias es que creen en un alma eterna, parecida á la de la filosofía sankya, la cual es libertada, y no anulada, por el Nirvana, para entrar de lleno en la beatitud sin fin. Así para ellos el mal está en esta vida y no en la propia existencia; la Naturaleza es sólo una realidad posible. La confesión de los pecados forma parte de sus ritos (27).

Las penitencias extremáronse con tales teorías. El respeto á todo lo animado llegó al grado máximo, para dejar continuar á cada ser su expiación respectiva. El Jaina, compasivo por pura piedad, proclamó el *ainsa*, la

---

(26) Uno de los libros de los Jainas primitivos decía también que el suicidio acrecienta la vida, pero los Jainas del Sud, durante la Edad-Media, lo practican como voto.

(27) Para ver la exposición de la moral de los Jainas, véase el *Yagosutra*, y para la biografía del fundador, el *Kalpasutra*, ó los *Stotras*, ó sean fragmentos de la poesía lírica de esta secta.

abstención de todo lo que tiene vida, y no comía carne por no matar á una criatura que tenía un alma como la suya, por no truncar una expiación del espíritu de un semejante, tal vez el de un hermano, de un deudo, ó de un amigo. Andaba lo menos posible ó caminaba barriendo suavemente el suelo delante de sus pies por no destruir los seres que estuvieran en el polvo; y hasta á veces retenía la respiración ó respiraba á través de un velo, y bebía agua filtrada para no anular la vida de cualquier animalito invisible del aire ó del líquido elemento que él absorbiera sin saberlo.

Así, á pesar de su carácter dulce y apacible, el indio, después de haber aceptado la idea del absoluto, llegó á una falsa concepción de la vida, y de consecuencia en consecuencia fué llevado á la misma práctica del suicidio. Vamos á ver como estas ideas desoladoras se extreman y de compasivas que son en los Jainas, se convierten en implacables y exterminadoras y producen un culto criminal y feroz en una de las religiones sectarias, la de Siva, dios de la Muerte.

El Brahmanismo no reaccionando en contra del Budismo, pero sí respondiendo á las tendencias de éste con análogas tendencias, adoptó la concepción de dioses populares. Ni los dioses abstractos del Rig, ni el abstracto Brahma bastaban á la plebe mezclada ya de mogol y de la raza obscura de los Sudras. Eran precisos dioses con biografía que se encarnaran, que vivieran una vida análoga á la del pueblo y que le trajeran ó le prometieran su salvación. La cosa no fué difícil. Brahma ya sustantivado, Visnhú el dios solar, y Rudra el violento, tenían millones de adoradores. Los tres empiezan á disputarse el primer rango, hasta que transigen en la formación de una Trinidad, la sagrada *Trimurti*. Brahma en ella es el creador; para crear el mundo y la vida toma la forma de un huevo de oro, que es el sol *(Hiranyagarba)*. Pero pronto Vinshú y Siva toman importancia, á expensas de él, por responder más directamente á las aspiraciones de las masas; Siva en las montañas y en las selvas incultas, Visnhú en las ciudades y en las llanuras cultivadas. El primero es dios de Guerra, de Muerte, de Exterminio; el segundo lo es de Amor y de Vida.

Vamos á ver la evolución de estos cultos, y cómo continuaron la decadencia de la India.

Para determinar la formación del mito de Siva debemos remontarnos á fines de la época védica.

Rudra, el antiguo dios védico del huracán, el padre de los Maruts, toma importancia en el Atarva Veda. Invócasele aún como dios de la Vida, pero también como dios de la Muerte, y olvidando el carácter benéfico que tuvo en el Rig, exáltase de preferencia su carácter mortífero.

Se le identifica con Agni, dios del Fuego, pero tan sólo del fuego como elemento destructor. Acompáñanle Bahava, el próspero, y Çarva el arquero, los que han de fundirse con él al transformarse en Siva. También se asimilará á Kala, el tiempo, el cual devora todo lo que en él se produce, y en s useno se produce todo!

En el Yajur-Veda, Rudra y Agni se hallan ya completamente identificados; ya se le llama Izvara, el Señor, ya sube á la categoría de *Mahadeva*, el Gran Dios.

Pronto se esparcen leyendas que relatan sus victorias sobre los *Asuras*. Se cuenta que ha tomado al asalto y destruído su triple ciudad terrestre aérea, y celeste, y que arruinada la *Tripura*, se precipita sobre los dioses y se apodera á viva fuerza de sus ofrendas.

En un texto del Yajur-Veda, el *Saturudriya*, el himno á los cien Rudras, la leyenda ha dado ya cuerpo y carácter completo al dios del Mal. Rudra es ya una divinidad popular, francamente brutal y perturbadora. Es un cabecilla supremo que manda varias partidas de bandoleros celestes. Quédanle aún algunos resabios de su bondad primitiva; pero su generosidad es la generosidad irregular del bandido. Si sus tropas, los *ganas*, protegen á veces los rebaños, guardan las casas y los campos y vigilan los caminos; si él se declara á veces patrón de bateleros, cazadores y aun de gentes de oficio, es porque comercia y gana siempre en el cambio, pues es un mercader astuto con todas las malas mañas de tal, elevadas á su grado máximo. Pero este no es más que su carácter incidental. Su carácter permanente es el del guerrillero. Es el jefe temido de los ejércitos, el dios de los bravos, de los espadachines, de los que combaten en los carros, de los que viven del arco, de la lanza y de la espada. En su persona hállanse confundidos el soldado y el ladrón. Es el jefe invisible de los merodeadores, el capitán supremo de todos los revoltosos, el príncipe de los insurrectos. Sus predilectos son los que vagan de noche por cuadrillas viviendo de la rapiña. Desde lo alto de la atmósfera alienta y preside el pillaje y el saqueo. Su grito de alegría óyese en el discordante ruido de la pelea; su voz bronca, en el redoble del tambor; en el resplandor de los incendios distínguese el destello de sus ojos; por donde él pasa no se ve más que muerte y ruina.

También es el dios de los *Fakirs*, de los vagabundos, de los mendigos, en fin, de todos los que van errantes: como lo es de los penitentes que llevan larga y trenzada cabellera, y de los que se han rapado la cabeza; de los suicidas lentos y violentos. Por sí mismo y por los espíritus que manda, es omnipresente; entra en las casas, vaga por los campos, recorre los caminos, silba en las

ruinas, murmura en las fuentes, penetra con el aire, brota con la yerba en la tierra, y con las hojas en los árboles, las cuales, como le contienen, se secan, caen, se arremolinan y marchan describiendo espirales envueltas en el polvo mientras él viaja en el viento y tiene por vehículo la nube. Su residencia favorita es la selva umbría, ó la llanura solitaria, y truena desde lo alto de las montañas sobre el populacho de la India. Un paso más, y Bahava y Çarva se fundan en él: Kala, el tiempo, que todo lo devora, pasa á ser una de sus formas; toma á Kalidurga por esposa, la que le lleva en dote sus fúnebres cualidades, que él adopta como propias (28), y los que tiemblan ante su poder, de puro miedo le llaman Siva, el misericordioso (28*). Ya nada queda de Rudra, el dios védico de rubia cabellera y mirar altivo en el negro Siva, el dios siniestro de los perdidos y de los Sudras.

Tal es en el Mahâbharata, en donde ya aparece Siva con todo su carácter de dios mortífero, adorado en las montañas, en oposición á Krisna, dios del amor, cuyo culto se practica en las llanuras. Elevado á la categoría suprema de Mahadeva, Gran Dios, por sus adoradores, éstos le consideran por encima de la turba de los demás dioses, y tal es su importancia, que hasta sus contrarios lo veneran formando parte de la Trimurti con Brahama y Vinshú.

Tronando sobre el Kailasa, el monte fabuloso del Norte, más allá del Himavat, con su negra y terrible esposa al

---

(28) La esposa de Siva, cuya piedad todo lo consume, fué una antigua diosa del Fuego. Había sido adorada con los nombres de Ambikâ, siendo esposa de Rudra, y de Umâ, la madre ó la protectora, pero luego de preferencia con los de Kali, la negra, y *Durga* la temible. Bajo estos denominativos, es la diosa de la Muerte; se la representó bajo un aspecto espantoso y se le ofrecían sacrificios sangrientos. Toma una importancia desmedida en el período sivaita y llega á ser la más importante de las diosas, absorbiendo los nombres y propiedades de todas éstas. Sólo ciertas veces con Krinsha, y cuando se la supone esposa de Visnhú se llama *la Majestad de la diosa.*

(28*) Siva significa *el misericordioso*, uno de estos eufemismos por los cuales se esfuerzan los creyentes para aplacar la ira de los dioses que temen. También se ha llamado así al dios de la Inquisición, y las cruentas persecuciones de la Edad Media.

Siva no entra en el Brahmanismo sino en época relativamente próxima á nosotros. La transformación de Agni-Rudra, el fuego-tempestad, en Siva es el punto de partida de su culto, y ésta se marca al entrar en el panteón brahmánico Durga. Tiele, apoyado en estas razones, supone que Siva no es un dios primitivo, sino que es el propio Agni-Rudra al cual se le han agregado las cualidades maléficas de su esposa Durga. Respecto de ésta hay que distinguir dos elementos que entraron en su formación, *Parvata*, la antigua diosa de las montañas, ó Umâ, la diosa madre, ó mejor Ambikâ, la antigua esposa de Rudra se funde con Kali-Durga, la cual no es ariana de origen. Esta es una diosa primitiva de la Muerte y del Mundo subterráneo, cuya concepción se remonta á los habitantes primitivos del Asia central, hallándose vestigios de tal creencia entre los malayos. Así pues, este es el elemento no ario que dominó en Siva. Una prueba de ello es que la mayor parte de su culto es extraño al Brahmanismo primitivo. El Veda rechaza los *cisnadevas* ó dioses del Falo, y no menciona para nada el culto del *Lingam.*

lado, y el dios de guerra, Kanda, por ministro, ejecuta sus designios mortíferos por medio de los *yaskas*, y de los vampiros de mil formas que le sirven.

Es *Mahakala*, el tiempo sin límites, que engendra todas las cosas para el sólo placer de devorarlas; es Mritiyu, la Muerte misma, y su antiguo nombre de señor de los rebaños viene á tomar la significación siniestra de señor del rebaño humano, dueño arbitrario de sacrificar á su antojo las mejores reses, que son los hombres que continuamente extermina. Es el más cruel de los dioses; él envía á placer las pestes y las enfermedades individuales. El culto que exige es sangriento. Al frente de los *Butas*, espíritus malignos, y de los vampiros, ronda de noche, alrededor de los cadalsos, y de los quemaderos de muertos; allí donde hay una hecatombe allí comparece envuelto en las primeras tinieblas de la noche. Es al mismo tiempo dios orgiástico y dios de penitencia. Sus expiaciones son lúbricas, y sus orgías lúgubres. Bajo el primer aspecto es *Bahirava*, dios de la locura furiosa, y revestido de una piel de elefante sangrienta dirige la delirante danza del *tandava*. El *Lingam* lo representa, y exige que ante él se prosternen sus adoradores, lo mismo que ante las serpientes que de él han recibido el espíritu. Como dios de las austeridades es el jefe de los *Joguins*. Al igual que estos ascetas va desnudo, trenzados y largos los cabellos que arrolla encima de su cabeza en puntiagudo moño; sus mortificaciones son espantosas, su ira aniquila; Rama, el amor, quiso un día penetrar en su corazón y de una mirada de su ojo de cíclope fué reducido á pavesas. Para agradarle sus creyentes se mutilan; el suicidio lento, por el martirio continuado es la más grande de las ofrendas que pueden hacérsele. No predica como Buda la anulación del Hombre para librar la humana especie del sufrimiento, no, su fin es el dolor y sus ascetas deben soportar por él la mayor cantidad posible de martirios cruentos. Su figura es horrible. Tiene tres ojos en el rostro; del de la frente se escapa la llama lívida que ha de destruir el mundo. La luna pálida le sirve de diadema, y los símbolos de la producción que ostenta son un toro y un Falo, sobre los que están los de la destrucción, un collar de cráneos y el tridente emblema del relámpago que blande con una de sus muchas manos.

Hemos visto la evolución del mito de la muerte en el Brahmanismo, el cómo Rudra ha llegado á Siva; veamos las causas que operaron esta transformación. Con la dispersión de los Indo-arianos sobre el territorio situado al Sudeste de las Siete Riberas, y con su establecimiento á orillas del Ganges y de la Yamuna sus condiciones climatológicas cambiaron y con ellas los espectáculos que la Naturaleza les ofrecía. Esto por una parte, y luego, en

estos países encontraron ya cultos demoniacos, establecidos entre los indígenas, cultos sombríos, hijos de aquella naturaleza que tantos contrastes presenta. Estas son las causas que á su vez produjeron la preponderancia primero, luego la transformación de Rudra. La Muerte en la India destruía la obra de la Vida de una manera periódica y simétrica, tras de la estación de la generación venía la de la destrucción, tras la época de las lluvias, la de la sequía; el vegetal que hoy brotaba lozano en medio de las aguas de la pasada lluvia, era desecado mañana y quemado al otro día por un sol incendiario; y todos estos fenómenos de la Naturaleza se verificaban en estas comarcas de una manera espléndida. Allí los elementos, la misma prodigalidad presentaban para la vida que para la muerte. Todo se verificaba por grandes masas y de una manera múltiple. Después de un sol deslumbrador, canicular, que tostaba la vegetación, que enrarecía el aire, asfixiaba los animales y secaba las plantas, venía la estación de las lluvias, estación de desastres meteorológicos, necesarios allí á la producción de la nueva vida. Entonces aparecían allá á lo lejos en el horizonte del mar unas nubecillas que se alargaban, crecían, se hinchaban, se multiplicaban, se convertían en colosales nubes, tomaban extrañas formas, rodaban unas encima de otras, se ensanchaban, se obscurecían, se confundían, se difundían, y al cubrir ya todo el espacio visible como una inmensa capa de color plomo, soltaban el agua á torrentes soplando el huracán, rugiendo el trueno, cayendo rayos y centellas que rajaban los árboles seculares y abrían las peñas, ahuyentando las fieras que, despavoridas y aullando, salían disparadas del bosque para ahogarse las más, junto con los habitantes de aquellas comarcas, en las aguas que inundaban la llanura, mientras las serpientes flotaban é iban á juntarse al Ganges como impulsadas por el espíritu del dios que las salvaba y dirigía.

Los Brahmanes pasaron á formular el culto de Siva, tomando pie de estas alternativas. Brahma era un principio bueno, creador, providente; personalizado éste, debía de venir otro divino personaje á formar la antítesis, y vino Siva evocado por la imaginación grosera de la plebe y los esclavos para originar un culto criminal cuya base era el sacro asesinato y el santo suicidio por el beatífico tormento.

Vamos á ver cómo se desarrolla paralelamente y en frente del dios de la Muerte de las montañas el culto del dios de la Vida en las llanuras.

También debemos remontarnos á los Vedas para hallar su origen.

Visnhú era la antigua personificación del Sol, que con tres pasos recorría el Universo. Más tarde los partidarios

estrictos de los mitos solares le adoran con el nombre de Surya y de Adytia. En las leyendas de los Brahmanas, personifica el sacrificio y muere violentamente para renovarse y derramar de nuevo la vida sobre la tierra; pero su importancia aún no ha crecido. Su elevación á dios supremo débese á la poesía épica. En el *Mahabarata* y en su parte moderna se transforma en Khrisna al personificarse sobre la tierra. Este es un héroe, un hombre dios, encarnación de la divina esencia de Visnhú, figura desconocida á los Vedas, cuyos rasgos principales corresponden á Kuladevata, dios étnico de una confederación de clans *rajputas*.

Visnhú pierde sus caracteres védicos y sólo conserva el disco solar, la *cakra*, que es su arma de guerra, y el ave sagrada, *garuda*, que le sirve de montura. El divino caballero impera desde su paraíso *Vaikunda*, con su esposa *Cri* ó *Lakshimí*, la diosa de la Voluptuosidad, de la Belleza y de la Victoria. Toma los atributos de Brahma, y es el huevo solar que dió principio á la naturaleza y á la vida; también se le considera el *primero de los seres*, que lleva en sus repliegues Ananta, la serpiente sin fin, símbolo de la eternidad, que apareció en el origen de todas las cosas flotando por encima de las aguas primordiales. Según vela ó sè sumerge en el sueño místico, da la vida á todos los seres ó los hace reentrar en sí mismo. La muerte no es más que la vuelta al seno de dios, del cual salimos al despertarse él. De su ombligo sale el lotus de oro, del que proceden Brahma y todos los dioses *demiurgos*. No obra sobre los mortales sino indirectamente por sus personificaciones, dios de vida, quiere salvar á los nacidos, y cuando peligran, su espíritu baja á la tierra y toma forma diferente y adecuada. «*Cada vez que la religión del bien periclita* — dice Visnhú — *yo me emito; para defender los buenos, castigar á los malvados, y para afianzar el derecho, me manifiesto á cada edad*». La teoría de los *avataras* realiza en la India, de una manera múltiple y sucesiva, lo que la teoría griega del *Logos* y la del *Xristos* alejandrino en Occidente, la presencia mística y salvadora del ser supremo de la Humanidad por su encarnación sobre la tierra. Esto fué lo que dió el gran éxito al Visnhuísmo. Un misterio en que los místicos pudieran abismarse á su placer, una teoría consoladora para las almas desesperadas, un asunto para las discusiones de los metafísicos, un dios variante que contentara las groseras aspiraciones fetiquistas de los habitantes de los campos, desde el zoomorfismo más bajo, al antropomorfismo más perfecto; todo esto reunido en un cuerpo de doctrina, por fuerza debía de obtener el triunfo más completo. El Visnhuísmo no fué más que un habilísimo trabajo de recopilación de los Brahmanes, en el cual

ndieron todos los elementos humanos y religiosos; todos s grandes personajes fueron declarados *avataras* de snhú, incluso el mismo Buda.

Si los Jinas son 24 y los Budas 25, no son menos nu-erosos los *Avataras* de Visnhú. Estos son 10, 12, 22, 28, en fin, infinitos según los textos que á ellos se ieren. Cada vez que descienden de nuevo sobre la tierra, perfeccionan, estando su perfección en razón inversa la de la Humanidad que decae de día en día. Según Visnhuismo, los primeros son zoomórficos, mezclados antropomorfismo los segundos, y completamente tropomórficos los últimos. Para librar de la muerte los humanos, el divino Visnhú encarnóse primero en tortuga colosal, sirviendo de soporte al mundo, en jabalí para sacarlo del fondo de las aguas, en el pes-do místico que dirigió el arca en que Manú salvóse l universal diluvio, en *Nurisinha*, el Hombre león, jo cuya forma despedazó al demonio que contenía á s dioses, en *Parasurama* ó el Rama del hacha, brahmán rible de la raza de Bhrigu, que destruyó tres veces siete acometidas la raza impía de los *Kshatiryas*, y r fin Krisna, Rama y el Buda, con todos los *Gurus* ó ndadores de sectas religiosas. Estas encarnaciones pueden r completas ó incompletas *(avataras ó ansavataras)* según ntenga el individuo todo el espíritu de Visnhú ó sólo a parte.

Relataremos sólo las que más especialmente se refieren la teoría de la muerte y de la inmortalidad humanas, mo son las de los redentores Khrisna y Rama.

Khrisna (29) es un dios que resume los mitos del ego, del relámpago, del cielo y del sol. Su biografía récese extraordinariamente á la de Buda, como se rece, aunque en menor grado, la de Adonis á la de onissos, y á la de Cristo; en fin, es como la de todos s dioses con biografía que derivan del mito solar. risna es un dios de amor y de vida, que viene para dimir á los mortales y que al morir él perece toda la turaleza por entero. Su elaboración en la humana con-ncia ha sido análoga, sólo varía como personaje épico, reciéndose un tanto más al mesías soñado por los Hebreos e al Cristo alejandrino.

Es un príncipe belicoso, un héroe, tan irresistible en amor como en la guerra. Es bravo y astuto. Su mora-ad es un tanto equívoca. Hijo de *Vasudeva* (el dios ilante), y de *Devaqui*, la multiforme diosa del agua, la luz en Mathura en la Yamuna, entre Deli y Agra, la raza de los Jadoros. La misma noche de su naci-nto sus padres tuvieron que alejarlo escondido, para

(29) Significa el negro.

que no fuera degollado por los sayones del rey Kansa, su tío. Este hacía matar á todos sus sobrinos apenas nacían, pues una voz del cielo le había profetizado que moriría á manos del noveno de éstos. Una vez llegados á la otra ribera de la Yamuna, fué entregado al pastor Nanda para que lo cuidara junto con su mujer Yasoda, y éstos lo educaron como si fuera su propio hijo, en medio de los bosques, guardando los ganados, junto con su hermano Balarama, antiguo dios de la Agricultura, que también como él salvóse del degüello. Krisnha creció con su hermano y se fortaleció matando los monstruos y los demonios que querían perderles. Dios de goces báquicos, entregóse á la embriaguez y al amor sin límites, pasando parte de su vida en voluptuosas aventuras con las pastoras del *Vindarama*. A partir de aquí la vida de Krisnha es un continuado idilio erótico-báquico. Apenas hay voluptuosidad que el dios no persiga para propagar la vida sobre la tierra. Llegados á la juventud los dos hermanos, dan la muerte al rey Kansa y Krisnha reina sobre los Yâdavas, continuando la lucha para purgar la tierra de los monstruos de la Muerte, sosteniendo mil guerras victoriosas contra los reyes impíos. En esto había trasladado su trono á *Ddaraca*, la ciudad fabulosa de las puertas de la puesta del sol, que surge del seno del mar occidental. Allí es adonde le cogió á él y á toda su raza la catástrofe final después de haber visto morir á su hermano y exterminarse sus *yodovos* entre sí en intestina lucha, muere él también herido por la flecha de un cazador en el talón, como Aquiles, dejando á la tierra sumida en la obscuridad y la muerte. A pesar de lo riente de la leyenda, Krisnha no deja de ser un dios siniestro. Sonríe, sí, pero sonriendo preside todas estas destrucciones y sonriendo prepara la catástrofe final que le coge á él y á todo su pueblo. Y su fin es éste, librar á la tierra del peso de una raza magnífica que había tomado un incremento imponderable la cual impedía que la Humanidad caminara á su perfección por las decadencias necesarias á la aparición de nuevos *avataras*. Por ser más riente que Siva, Visnhú no deja de ser un dios de muerte. En el fondo es el tiempo que devora á sus propios hijos.

El culto de Krisnha engendró en la llanura gangética especialmente en los puntos citados en su biografía, unas fiestas análogas á los dionisiacas, misterios de amor, representaciones erótico-dramáticas, en las cuales el pueblo se entregaba á una voluptuosidad sin freno.

Tal es la leyenda según el *Mahabarata*.

La leyenda de Rama, que encontramos en el *Ramayana* es más moderna, al menos como avatara de Visnhú como Khrisna, Rama es un héroe exterminador de monstruos, guerrero victorioso, pero está más idealizado po

poesía y menos dominado por el mito. Es el tipo del
mplido caballero, generoso y sumiso al deber y nos
senta un tipo de nobleza moral perfecta. Hijo primo-
nito de Dasaratha, rey de Ayodhya, y heredero del trono,
nuncia á él para no contradecir la imprudente promesa
e su padre hiciera á su madrasta, y se retira al fondo
los bosques por catorce años. Síguele su hermano
ksmana. Su nombre de *Ramacandra* Rama Lunus, que
distingue de sus homónimos y otras particularidades
e le acompañan, hacen creer que es un dios lunar. Su
ujer Sita á su vez es una *avatara* de *Cri*, mujer de
nhú, y el tipo ideal de las esposas. En su destierro
encaminan hacia los bosques del Sud y allí *Sita* es se-
strada por *Ravana*, rey de los demonios, que se la
va á través de los mares á la isla de Ceylán. Rama
cuentra el rastro, y ayudado de *Hanumat* el de las
rtes quijadas, dios mono, rey de los orangutanes, el
al se pone á sus órdenes con todo un ejército de cuadru-
nos, marcha á su encuentro. Rama, al frente de tales
pas, invade Ceylán pasando por un dique que construye
través del mar para unir Ceylán al continente, dique
l cual hoy el indio supersticioso muestra los restos, que
n los puntos de la cordillera de arrecifes que, saliendo
flor de agua, parecen haber unido la isla á la costa
ina. Asaltada la isla, el rey de los demonios es dego-
do, y Sita salvada vuela á los brazos de su esposo que
la lleva á reinar en Ayodhya. Durante su largo reinado
mundo goza de una felicidad incomparable, mas un
a Rama, cediendo á injustas suposiciones vuelve á
pararse de ella, pero esta separación acaba con una re-
nciliación suprema, después de la cual Sita, entra en el
no de la tierra de la cual saliera, y antes de desaparecer
trega á su esposo sus dos hijos, los que han de continuar
dinastía de los reyes luminosos de la vida en la
dia.

Esta es la última avatara notable de Visnhú; después
ella los *visnavas* cuentan la de Buda, pues según
os en éste encarnóse el dios supremo para consumar
ruina de los malos seduciéndolos con teorías de muerte.
la fin de la edad actual del mundo aparecerá Visnhú
o la forma de *Kalkin* para destruir la maldad por com-
to con el exterminio total de los perversos.

Acabado este ciclo religioso á principios de la Edad
dia con las religiones sectarias y con sus dioses con
grafía, marchan paralelamente el Sivaismo y el Vins-
smo, contrabalanceándose, fundiéndose el primero con
Budismo y llevando al interior de las selvas del Hi-
laya todos los horrores del ascetismo con la mortifi-
ión y el suicidio, predominando casi por completo en
Edad Media. El Visnhuismo es impotente para detener

los efectos mortíferos del Sivaismo y se limita á extender sus ceremonias por las llanuras.

El Visnhuismo y el Sivaismo, hijos del desdoble del Brahmanismo, siguen esta ley de los organismos morales y materiales, cada vez se diferencian más. El uno tendiendo á la vida, el otro á la muerte; luego estas religiones del Induismo, cual el proteo de la fábula, cambian, se funden, se confunden: organismos morales inferiores obran como los físicos de su clase. Luego la influencia islamita y la cristiana dan origen á sectas mixtas, y los Budistas cambian dogmas con los Mogoles y Trastibetanos. El divino pandemonium de la India es inmenso, los dioses se crean á millares, cada dios tiene su hipóstasis femenina, y cada hipóstasis su encarnación, luego todo son triadas, todos se decuplan, se centuplican.

Y esta sucesiva superposición de entidades divinas no se hace de una manera aislada y súbita. Va preludiada, seguida y envuelta por una serie de divinidades intermedias, auxiliares unas, derivadas otras, que formaban verdaderas clases, géneros y especies de sagrados mitos. Pueblo medio envuelto por la Naturaleza, cuya contemplación le embargaba continuamente, al formular sus observaciones por el sistema mítico y personificador que le habían impuesto los Brahmanes, por fuerza debía de humanizar y zooformizar todas las fuerzas naturales, todas las causas determinantes de los fenómenos, y al igual que concediera espíritu ó sea fuerza consciente á todos los cuerpos, debía de darles cuerpo también á todas las fuerzas, ya que á todas como á conscientes las consideraba. Así creó dioses, semidioses, santos, espíritus benéficos ó malignos; dióles forma de hipopótamo, de elefante, de rinoceronte, de cocodrilo, de león, de águila, de pavo real, de tortuga, de caimán, de pez, de pólipo; les mezcló los miembros, les multiplicó las cabezas, los brazos, las piernas; los adornó con flores, frutos, fuego, cráneos, cuchillos, dardos, estandartes, parasoles, escudos, tamboriles, collares, vestidos deslumbradores, mitras y cetros; y los pintó de amarillo, verde, azul, rojo ó negro; y los doró, los plateó y los cubrió con una capa de arcilla, de betún ó de sangre, según quiso hacerles expresar odio ó amor, terror ó alegría, muerte ó vida.

Acostumbrado á lo espléndido de su vegetación y á lo colosal de sus montañas, el Indio dió á sus dioses proporciones gigantescas, descomunales, y los repitió con una prodigalidad asombrosa. Tal fué su fecundidad en producir dioses que llegó á ser comparable á su poder reproductor de la especie. Así creó dioses para los ríos, las montañas, el mar, los árboles, las plantas, los pájaros, las cosechas, las industrias, los cuadrúpedos, las tempestades, la generación, el habla, la música, las estrellas, la

putrefacción, los gemidos y hasta las asquerosas epidemias vinieron á tenerlos (30).

La teocracia brahmínica corrompió el espíritu ingenuo y vigoroso de la raza de los Arias, enervó su carácter y anuló su gran filosofía. Con una insigne ignorancia convirtió los antiguos himnos védicos en plegarias á las monstruosas deidades de aquel caos teogónico. Fué tal su torpeza, que hasta cambió el idioma: trocó el *Sanscrito* por el *Pali*. Con el predominio sacerdotal corrió parejas la degradación de la raza. La omnipotencia de los Brahmanes Sivaitas y el desarrollo de Budistas y Jainas, marcó el período de la mayor desgracia de aquel pueblo: sólo entonces en la India creyeron unos en la transmigración del alma para ver si cambiando de cuerpo encontrarían la felicidad bajo otra forma, y el deseo de la muerte se extendió á otros que no creían la felicidad posible y que la menor suma de desgracia la encontraban en el no ser eterno, de los cuales el suicidio vino á ser el término ordinario de la vida. Al impulso brahmánico hormiguearon por los bosques de la Indostán enjambres de ascetas, escépticos de la vida que se suministraban la muerte á pequeñas dosis por el hambre y por el tormento.

Proclamada la santidad absoluta del Dios-Todo, el hombre vino á ser el criminal forzoso. La dignidad sólo podía residir en el conjunto, la parte no podía tenerla. Este terrible dogma reasumía en un Dios ómnibus toda la dignidad que pudiera caberle á cada individuo por separado. Absorbida la Justicia en un mito infinito, quedábale sólo al fiel la criminalidad del residuo. De aquí el que la expiación que ya venía apoyada por la ley de Manú sobre la decadencia, llegara á ser necesaria y justa, y la humildad y la resignación grandes virtudes. La casta sacerdotal, la única que se comunicaba con el Dios-Todo, pues llevaba en su mente lo absoluto, vino á ser por declaración propia, santa é infalible.

A partir de esta época, el Indio, al estar enfermo, sólo podía ser curado por el sacerdote. Siendo la dolencia un castigo de Dios, lógico era que sólo su mediador pudiera curarla. Cuando el Indio moría, si era un guerrero era quemado en la pira, no sólo con todas sus armas y sus muebles, sino también con todos los seres que de él dependían: ni su mujer se escapaba á tan terrible ley que le imponía el deber de consumirse en las llamas con el que fué su esposo.

A veces el Indio enfermaba en un lugar no lejos del

---

(30) Su potencia teogénica continúa aún en nuestros tiempos, pues no hace muchos años que los Brahmanes de las riberas del Ganges han creado una divinidad especial del cólera morbo asiático, titulada Ola-Bibi.

Ganges, entonces, apenas moribundo, el sacerdote le tapaba la boca y los oídos con limo del río sacro, y conducido á su orilla, allí lo abandonaba para que al sobrevenir la marea lo arrastrara la corriente y las aguas recogieran su alma, llevándola á otra encarnación sobre la Tierra. Los parientes, se suicidaban tras del difunto, si es que en algo le apreciaron cuando vivo. Si el Indio moría en tierras del interior, los sacerdotes metían su cadáver en una de las tinajas de barro que á dicho fin tenían implantadas en el suelo y allí lo guardaban tapado herméticamente.

La inmortalidad positiva del Indio, á partir de la época brahmínica, es casi nula, pues casi nula es su existencia. El muerto no trasciende á los que le sobreviven, más bien es el vivo el que acompaña al muerto en sus transmigraciones. Los hijos que no se suicidan, trabajan toda la vida para procurar un alivio á sus padres en sus transmigraciones sucesivas, pues, como ya hemos dicho, allá en la India, á impulsos de dogmas análogos á los católicos, el Hombre expía en este Mundo los pecados de sus antecesores. La inmortalidad del Indio no traspasa los estrechos límites de la familia, la cual transmite el recuerdo del finado de una manera vaga á sus descendientes.

¡Qué diferencia de esto á lo que se practicaba entre los Arios indos! En la India, como en la Europa, el trascendentalismo produjo los mismos efectos; la indignidad humana, la servidumbre voluntaria, el suicidio lento, el ocio y el embrutecimiento más completo. La santificación del absoluto dió por resultado la muerte del Hombre y anuló su inmortalidad entre los demás de su especie; pero lo que en la India ha sido endémico, pues hasta hoy sus infelices hijos gimen sujetos á tan bárbaras supersticiones, en Occidente fué sólo una epidemia, cuya crisis empezó en el renacimiento. A los tiempos modernos está reservado el expulsar de la atmósfera social sus últimos miasmas.

III

PERSIA

Por las altas llanuras de la Bactria, y en una época que de tan lejana se pierde en las sombras del origen de las civilizaciones, hallábase desparramado el pueblo del Irán, pueblo ario, hermano de los Ario-indos y de los Arios que vinieron á poblar la Europa, titulados Indo-europeos ó Indo-germánicos.

Los hijos del Irán forman una sociedad libre y fuerte, y aunque sin una civilización muy refinada, viven bien, bajo el régimen de principios puramente humanitarios. No degeneran hasta que predomina entre ellos la teocracia, como en la India; sólo el magismo pudo corromperles. Entre ellos no hay castas: su base es la igualdad, reina la dignidad mas no el orgullo. No tienen pontífices, ni templos, ni ceremonias, ni ídolos: no reconocen más autoridad que la del padre de familia, y se distinguen por un vigor y un buen sentido que son la base de su filosofía. Tratan á cada uno por lo que vale, y hasta el animal es querido y cuidado según su rango en la escala de los seres. El fuego es su amigo, él es el que les proporciona el calor durante los fríos del invierno; él y el Sol son los que le derriten las neveras. La tierra es su madre; los animales sus hermanos. Por lo tanto sientan que *el Fuego tiene derecho á la leña*, como *los animales lo tienen al cariño, y la tierra á la semilla.* Descuidada la Tierra da sequías y pestes; descuidados los animales se vuelven feroces, el fuego sin leña se apaga, y entonces el hombre muere acosado por las fieras, por el hambre y por el frío. Cultivada la tierra produce bienes: al que la remueve, la sondea, la mina ó la perfora, le llena la casa de alimentos, de agua cristalina, de ricos metales, y cuando, calentado por el fuego del hogar al clarear el alba va al trabajo, ó al resplandor rojizo del poniente sol, de él vuelve, los animales puros le saludan, los pájaros con sus cantos, el águila altiva con su graznido, los unos le enseñan el amor, la otra la dignidad y la fuerza; y el perro le sigue sumiso, mientras el toro con lento paso tira su carro, y el caballo relincha de alegría al soportar su noble carga. Todos estos seres, cooperadores amigos más bien que esclavos, acompáñanle festivos porque saben

que el Hombre, no sólo para sí trabaja, sino también para ellos.

Todas sus leyes están animadas de esta tendencia: «El que da á la tierra buenas semillas, es más grande que si hubiera hecho diez mil sacrificios».

Todo en el Persa es fuerte: su conciencia, su ánimo, hasta su escritura; como reflejo fiel de lo interno, fija sus palabras con puntas de puñales que clava en superficies de granito. La luz y la palabra para él son cosas iguales, todo habla, todo tiene su lenguaje, los montes, los prados, las plantas, los animales; hasta el universo pronuncia un eterno discurso de lumínico que vuelve sabio al que sabe entenderlo (31). El mal subjetivo, ó el pecado sólo consiste en decaer el ánimo, en abandonarse, en perder la dignidad y la esperanza. El alma no puede ser abandonada; necesita del cultivo cual la Tierra y tiene derecho á ello.

La muerte no es el castigo de una falta, ni un viaje á países ultramundanos, ni una transmigración á otros seres, la muerte sólo es la medida de la vida, un mal positivo, una defección de nuestra fuerza, una derrota en la lucha del Hombre contra la *totalidad* ó el *límite*. Y así la llama el Iranio «la cruel victoria de Arimán»; pero si Arimán (la nada), vence á los seres en detalle, el conjunto le vence á él, dando dos vidas por cada muerte que él causa. La muerte, pues, es una educación para los vivientes.

La máxima desoladora de «ya que hemos de morir tanto vale tarde como pronto», jamás fué conocida de estos nobles Arios que decían «luchar con fuerza para morir tarde, ya que morir tarde es vivir más».

La pereza, el sueño y el invierno, son invenciones de Arimán, como la muerte. Ormuzd, el principio bueno, no es el dios (Dews), éste es Arimán, ó Agromanyus, el demonio, la negación. Ormuzd ó Ahura-Mazda, no es tampoco un ser personal, es sólo la luz, la luz pura que produce la acción, la organización y el trabajo, en una palabra, su concepto es el concepto general del movimiento. Y el Hombre para moverse necesita de alimento que le repare la fuerza que pierde continuamente. «El que no come—dice Zoroastro,—no tendrá fuerzas para hacer obras buenas. Con hambre no se forman labradores valientes ni hijos robustos. El mundo tal cual es necesita alimento para vivir (32).

El alma del mundo emanada, según el Avesta, es en sí fuerza y se aumenta y fortifica por el cultivo intelectual, haciéndola mover continuamente; al morir el Hombre

---

(31) Véase el segundo tomo del Zend Avesta, todo está lleno de este espíritu.

(32) *Vendidad-Sadé, frag. 3, 112-115.*

el alma reentra en la luz y en la acción; en la luz dirigiéndose al sol, en la acción pasando con la carne á formar parte del cuerpo de las aves. No es aún una entidad claramente distinta de la materia, como lo fué después entre los Hebreos, está unida á ella y de ella depende.

Para comprender la idea que del alma tenían los Iranios es preciso remontarse á la de los *Feruers* ó *Fravashis*. Estos, asimilados luego á las estrellas brillantes, son los arquetipos divinos de los seres, que preexistían en la región sideral. Así son los seres antes de vivir, los protectores y guías de los vivientes, y las almas de los difuntos. Los *Fravashis* de los hombres escogieron desde lo alto el descender á este mundo; al bajar se desdoblaron quedando en el cielo un reflejo, que es el que va á buscar el alma del difunto, su mitad, para unirse á ella, volver á completarse y brillar en el firmamento.

Estos Feruers que luchan de lo alto para anular el imperio de la obscuridad y de la materia inerte son los que han producido entre los Hebreos á los ángeles.

Los Feruers de lo alto ayudan al Hombre y le dan vida y fuerza, y cuando estalla la lucha en la atmósfera y se levantan las aguas celestes, ellos corren á mandar la lluvia á sus comarcas, á sus parientes, á sus amigos, á sus descendientes ó á su desdoble, si es que necesitan de ella, diciendo «yo quiero enriquecerme de alegría viendo gozar y enriquecerse mi país» (33).

Tanto adora la acción y la luz el Persa que muere pidiendo luz, y nadie, ni por nada puede negársela. Al muerto no se le entierra. ¿Para qué esconder ni emparedar el cadáver? ¿para qué rehusar al sol lo que de él vino? Si el muerto cambia de composición, es la luz quien lo efectúa para devolver al astro del día la fuerza que nos ha prestado. Además la tierra es pura lo mismo que el agua y el fuego, y por lo tanto, no se la debe impurificar con restos putrefactos.

Al muerto se le coloca tendido boca arriba y de cara á Oriente encima de un plano de jaspe levantado á gran altura, por una gruesa columna ó torre, para que los animales terrestres no puedan devorarlo. El perro, su fiel compañero, con tristes aullidos, llora al pie del fúnebre monumento la muerte de su amigo el hombre, y los parientes aguardan á alguna distancia á que el sol evapore aquellas formas y las aves tomen nuevas fuerzas nutriéndose en los restos de aquellas carnes. Ya que la luz vivió, pues le hizo crecer vegetales que le nutrieron, y le fortificó el cuerpo, ella debe de secarlo: ya que las aves fueron sus amigas durante el día, anunciándole la mañana y la caída de la tarde, purgándole el campo de parásitos,

(33) *Yasth.* 13, 65, sq.

advirtiéndole la tempestad, divirtiéndole con sus cantos al revolotear ligeras en su rededor, ó trayéndole nuevas de los países lejanos, para ellas deben de ser sus despojos. Sí, para ellas y para el sol, que ellas no son más que pequeñas porciones aladas de fuerza solar.

Y los parientes aguardan, en consecuencia, dos ó tres días para ver cómo el sol adopta al muerto. Sus potentes rayos, reflejándose en el pulido mármol, pronto lo desecan y evaporan dejando apenas un pequeño residuo; y las aves acuden, se ciernen encima de la plataforma, asisten á su evaporación y al fin descienden revoloteando en espiral para asimilarse el resto. Y cuando los que fueron sus amigos ó sus deudos ven por la mañana remontarse de nuevo el ave y desaparecer con rápido vuelo dorado el plumaje por la luz del sol que sobre él se refleja, exclaman con entusiasmo: «¡Ya es todo luz! ¡ya el alma ha pasado!»

Durante estos tres días que esperan los deudos, el alma humana está aún alrededor del cuerpo, guardada por los espíritus buenos que son las aves; después de la tercera noche, le llevan á la cima del monte Albordj, de donde se remonta al trono de luz, conducida por la hija de Aura-Mazda, otro yo, alma universal inmutable, que atraviesa los mundos de un vuelo; alma alada absolutamente libre, ángel que en nada se parece al ángel judaico, «que no es, como dice Michelet, el hijo rubio de la gracia, un Gabriel, un discreto con quien se habla y á quien se espera enternecer, y cuya especial indulgencia puede dispensaros de ser justo». Ese ángel que se une al alma es la luz que uno acata, la justicia que uno mismo se ha hecho, es el reflejo de nuestras propias obras, el Feruer ó arquetipo del individuo.

No obstante, para llegar á la mansión eterna de la luz, el alma debe de pasar por una prueba. Consiste ésta en atravesar el puente *Cinvat*. Este se estrecha para los perversos, los cuales caen al atravesarlo, y son precipitados al mundo inferior, para ser atormentados por los espíritus del mal. No obstante, *Craosha* guía á los buenos para que puedan llegar á la morada eterna de la luz y del canto, donde está Ahura con todos los santos.

Pero ni la gloria del cielo ni los tormentos del infierno son eternos. El poder de Angromanyus será aniquilado un día. Tres mil años después de Zoroastro, precedido de dos precursores, nacerá el *salvador* victorioso, de una manera sobrenatural y de una virgen. Cuando la lucha del bien con el mal haya llegado á su período álgido, arderá todo, pero con una llama que sólo abrasará á los malvados: y los buenos, incombustibles por su virtud propia, sentirán sólo un calor agradable. Así todas las criaturas serán purificadas, los muertos resucitados, los

espíritus malignos aniquilados, la tierra renovada y la dominación absoluta del luminoso Ahura comenzará para no acabar jamás.

A pesar de esta adoración de la luz y de la fuerza, el Persa no se sometía á ella en absoluto como ley de Dios, al igual que los demás pueblos del Asia. Muy al contrario, sus ideas eran la antítesis de la resignación á la fatalidad; quería la luz en cuanto da vida, por lo que decía que «vale más morir que perder la luz, pues vivir sin luz es estar muerto y sentirlo». Pero en cuanto la fuerza se le presentaba como á límite, predicaba la lucha contra ella; no para destruirla, sino para dominarla, y alentaba al Hombre en el trabajo, profetizándole de antemano el triunfo final de sus esfuerzos, el triunfo de la luz sobre las tinieblas, de la acción sobre la muerte. ¿Puede darse teoría más sabia, más poética y más edificante? Aunque envuelta en el símbolo y abocetada, veo yo en ella toda la teoría de la industria, de la emancipación del Hombre contra todas las opresiones y fatalidades, que veinticuatro siglos después entre nosotros se ha formulado.

IV

EGIPTO

Los elementos subyugaban al Hombre primitivo. Al organizar sus primeras sociedades encontrábase casi inerme, y toda la Naturaleza se precipitaba en contra suya, como si presintiendo que iba á dominarla se arrepintiera de haberlo producido. En el Egipto, gracias á sus esfuerzos, el Hombre adquirió más condiciones de vida y mejores medios de lucha. Le ayudaban la estructura geológica del terreno, la configuración geográfica del país, la vegetación y el clima. El Egipto alcanzó ya desde su primer período de civilización una posición firme para resistir los formidables elementos naturales. Pudo no avanzar, pero fijó el pie en el suelo y logró no ser derribado. No se proponía más, y esto lo obtuvo. En consecuencia vivió estacionado. Su mejor estado fué el de contemplación; su principal fin el conservarse y preservarse. Reconoció vida en todo lo organizado y juzgó que era digno de ser protegido, lo mismo el animal que la planta; por tanto, puso un especial cuidado en preservar á todos los seres de la acción destructora de los elementos, al igual que lo hacía con su persona.

Impulsado por esta tendencia conservadora, inventó una arquitectura de grandes masas; edificó colosales templos sostenidos por enormes pilares; erigió gigantescas estatuas sobre sólidos sustentáculos; levantó piramidales monumentos de proporciones grandiosas, cuya ancha base era la mejor garantía de su resistencia; en una palabra, creó por doquiera un baluarte de piedra que le protegiera de los rudos embates de los agentes exteriores de aquella potente naturaleza. Así el Egipto pudo batirse á la defensiva en contra de los elementos; nunca logró dominarlos, pero se preservó y le bastó con esto. De aquí el que llevara una existencia estacionada como sus monumentos de granito, y el que por mera inercia quisiera continuar la inmovilidad de su organismo hasta después de la muerte. A este fin, vacióse el suelo de las poblaciones, y los que en ellas moraban, debajo de cada ciudad para los vivos construyeron otra para los difuntos (34). De

(34) Para estudiar las necrópolis véase *Les Antiquités et les Fouilles de l'Egypte*. E. Renan, París, 1865.

tal manera trabajaban los primeros para la conservación de los segundos, que no tardó el Egipto en parecer la civilización de la muerte.

Y no obstante, el pueblo egipcio es el pueblo que más ha creído en la vida, tanto que para él la muerte no existía; sólo era una continuación de aquélla en otra forma.

Figurémonos que nos hallamos en el imperio tebano, en la época que precede la venida de los Hiksos, sobre veinticuatro siglos antes de J. C., y pasemos una revista á esta clase de ciudades subterráneas.

A la entrada de la necrópolis se halla el sagrado laboratorio. Allí se dan al muerto las preparaciones necesarias para hacerle refractario á la acción destructora de los elementos. Dentro de aquel edificio inmenso, compuesto de una larga serie de salas uniformes que se suceden con la misma monotonía que los instantes del tiempo pasado en la inacción, los embalsamadores trabajan en silencio bajo la vigilancia de los sacerdotes de Osiris. Estos se pasean á lo largo de las estancias impasibles y mudos como las cariátides de basalto que, arrimadas á la pared, sostienen con la cabeza la enorme cornisa del edificio. Encima de una mesa de jaspe verde se hallan los cadáveres tendidos; un grupo de anatómicos, provistos de largos ganchos y afilados cuchillos, les extraen los sesos por las narices y los intestinos por el costado izquierdo. En otra estancia una sección de químicos se ocupa en fundir betunes dentro de grandes calderas de cobre y en resolver resinas en aceites volátiles, mientras que otros cortan largas tiras de lienzo que han de envolver á aquél los cuerpos yertos una vez embalsamados. Más allá los escultores tallan, unos, estatuas de madera ó de piedra que sean la verdadera efigie del difunto (35), mientras otros se esmeran en modelar estuches de pasta de cartón (36) de iguales formas que las momias que van á contener dentro de poco; cuyos estuches, una vez secos, pasan al taller de los pintores, los cuales retratan en su parte superior la faz del finado que cada uno de ellos debe contener. En otra sala se baten cajas de cobre; en otra más allá se vacían sepulcros de granito rosa, ó de basalto negro; en otra más retirada se escriben los ejemplares del *Ritual Funerario* encima de láminas de papiro, para que acompañen dentro de sus respectivas envolturas á los que dejaron de existir. Unos vendan los restos humanos, otros los barnizan; aquí les colocan pelucas y postizos; allá los encierran en sus envoltorios con un puñado

(35) El número y el tamaño de estos retratos en escultura variaba según el rango del finado.

(36) La pasta de cartón egipcio estaba formada con algodón, cola fuerte y un poco de yeso.

de trigo (37); más allá pintan los jeroglíficos que constituyen la plegaria y que trazan la biografía del difunto, sobre *stelas* (38) de madera; van y vienen los que llevan las momias con los cánopes, los retratos y otros varios objetos, al lugar en donde esperan su turno para entrar en la necrópolis. En una palabra, no hay nadie dentro del sagrado recinto que no coopere á la confección del fúnebre embalaje, á pesar de lo cual todos permanecen silenciosos, sin que se oigan más ruidos que el silbido que produce el hervor de la caldera que funde las resinas, el apagado chirrido de la lima sorda que pule el cobre, ó los monótonos golpes del martillo que cae uniformemente sobre el escoplo que excava el basalto.

La fatalidad que pesaba sobre el Egipcio durante la vida, continuaba en su cuerpo aun después de la muerte. Al ser embalsamado éralo según la clase social á que perteneciera. Las vendas, los barnices, los colores, los adornos y las cajas que cubrían su cadáver correspondían siempre á su jerarquía (39).

En la última estancia del sacro laboratorio hállanse depositadas las momias, ínterin se las destina el hipogeo que ha de servirles de morada eterna. No hay más que verlas: las hay de rangos tan distintos que sólo tienen de común el ser imputrescibles. La que va liada con vendas de púrpura, que exhala ricos perfumes, que tiene ojos de esmalte y dorados los dientes y las uñas, que ostenta peluca azul y barba de rizados bucles, pertenece á un Faraón; se la coloca dentro de cinco cajas, y como si esto no bastara para proteger al regio cuerpo, se la encierra en un monumento colosal, una pirámide inmensa, para que la guarde durante siglos en sus entrañas de piedra. Las momias de los sacerdotes llevan la máscara del animal que simboliza la divinidad á cuyo culto vivieron consagrados; mil jeroglíficos cubren sus envolturas, jeroglíficos que son plegarias al divino Osiris para que proteja el cuerpo del difunto contra Tifón y sus demonios que habitan las entrañas de la tierra. Las momias de mujer, van enjoyadas según su posición respectiva. Entre éstas, las que no lo son de grandes damas llevan las uñas plateadas,

---

(37) El trigo era el símbolo de la resurrección, porque renace después de enterrado.

(38) Todos los sabios extranjeros que se han ocupado del Egipto han empleado la palabra *stela* para indicar una especie de pirámide truncada que se colocaba derecha en el suelo al lado de la momia y en la cual estaban pintados ó grabados los jeroglíficos que indicaban la biografía del difunto. No existiendo palabra alguna en nuestra lengua para expresar dicho objeto, y siguiendo el ejemplo de los egiptólogos de las demás naciones, acudo como ellos al verbo griego *stao* que significa estar de pie, ó al latino *stare* para formar la palabra *stela*. Y la escribo con *st* para diferenciarla de la palabra *estela* que en español significa una cosa muy distinta.

(39) Diodoro de Sicilia.

ricos collares de piedras preciosas les adornan el pecho, afiligranadas diademas coronan su cabeza. ¡Ni aun después de muertas abandonan su atavío! Las momias de plebeyos van embaladas en groseras cajas de cartón pintado; las de los míseros esclavos, presérvalas sólo un baño de stix lustral, lianas vendas de grosero lienzo, y enciérralas un saco de estera de pita con sólo dos jeroglíficos que expresen su historia. Las momias de elefantiacos y leprosos van embaladas en cajas de madera de palma de formas irregulares; cubren la de los primeros, diversas capas de sales; productos de la destilación seca de los leños las de los segundos. Los olores empireumáticos que despiden proceden de los aceites esenciales que la química sagrada les aplica para detener en la muerte la descomposición de aquellos tejidos que no supo curarles en la vida.

Pero no son sólo momias humanas las que se hallan depositadas en tal recinto. Allí están el buey Apis con los cuernos dorados (40), el elefante empajado, con sus colmillos de plata, el hipopótamo con el diente esmaltado, el caimán y el cocodrilo con collares y pendientes de oro y turquesas; allí están momificados el caballo, el mono, el ave ibis, el perro, el gato, el alacrán, el escarabajo (41); y como si con los animales no bastara, con ellos están también embalsamados el falo y la cebolla, el loto y la palma el cacto y la espiga é infinidad de plantas desde el hongo hasta el fruto de la más perfecta dicotílea.

La forma orgánica que llegaba á nacer en Egipto ya no volvía á entrar en el seno de su madre la Naturaleza. Podía dejar de vivir, de moverse, de servir; pero lo que es transformarse ¡imposible! La materia, que estaba aprisionada en sus contornos, en ellos debía de permanecer eternamente. Para que no se disolviera en el seno de la atmófera, para que no sufriera la acción oxidante del aire, el arte sagrado le oponía una muralla de betunes y resinas, y la rodeaba de un mar de esencias y aceites empireumáticos. Así es que los modernos arqueólogos han hallado debajo del suelo de Egipto treinta siglos resinificados, que los sacerdotes habían almacenado en aquellos hipogeos. La química racional del Hombre nació en Egipto para preservar á los cuerpos organizados de la gran química inconsciente de la Naturaleza, y á su impulso las ciudades se convirtieron, por encima en inmensas farmacias y por debajo en enormes mausoleos (42).

¿Véis estas colosales pirámides truncadas que se levantan sobre la arenosa llanura del desierto? Son tumbas

---

(40) Por todo lo que se refiere al buey Apis, véase Arthur Rhoné: *L'Egypte à petites journées.*
(41) Diodoro de Sic., tomo I.
(42) Véase Plutarco, *De Iside et Osiride*, y Bunsen, *Ægypten.*

de reyes. Para construirlas, los Faraones, cuyos despojos encierran, hicieron remover la tierra y tallar la piedra desde su advenimiento al trono; para traerles el alabastro blanco, el granito rosa y el basalto azul que decoran sus estancias interiores, los principales personajes de la córte recorrieron todos los dominios del imperio. ¿Véis esta cordillera, cuya silueta presenta una línea horizontal ligeramente accidentada? Las montañas que la forman (43) hállanse perforadas por interminables galerías, á las que dan salida una infinidad de celdas iguales, dentro de las que se hallan alojadas las momias de cien generaciones de sacerdotes. Recorriendo de un extremo á otro estos corredores subterráneos, desarróllase á la vista del espectador una interminable letanía de jeroglíficos gigantescos, hombres con cabeza de animal, animales con cabeza humana, dioses zoomórficos que navegan siguiendo á Hero, que está de pie sobre el puente de su barco sagrado, *el buen barco de los millones de años*, el cual, envuelto en los repliegues de la serpiente Mehen, emblema de su curso, lentamente se desliza por la corriente eterna de las aguas celestes. Estos jeroglíficos extraños, que parecen la visión de una pesadilla, fueron inspirados en la idea de la resurrección y de la eternidad de la vida.

Y si saliendo de estas galerías nos dirigimos á la ciudad más próxima, Tebas, Menfis ó Abidos, antes de entrar en ella hemos de encontrar vastos jardines de simétricas monocotíleas, que parecen gigantescos bocetos de vegetales más perfectos. Debajo de estos jardines existen espaciosos hipogeos, que en su interior, á más de las momias de los pacíficos burgueses, albergan ejércitos enteros embalsamados (44). Desde el soldado hasta el caudillo, todos tienen alojamiento en el fúnebre recinto. Dentro de cada mansión fúnebre excavada en el muro, reconócese la graduación del guerrero por la riqueza que envuelve á su momia y por las insignias que le rodean, por los retratos que le acompañan, por la biografía que transcribe su *stela*. El combate, la derrota ó el festín de la victoria, todos los accidentes y peripecias de la vida de la guerra (45), se hallan esculpidos en actitudes ingenuas y pintadas con colores tan brillantes como simples, en los trozos de muro que separan los sarcófagos. Y si abandonando estos fúnebres jardines, al entrar en la ciudad de los vivos, se le hubiera preguntado á cualquier habitante dónde tenía á sus antepasados, habría contestado «lo ignoro»; pues el sacerdote no enteraba á nadie del sitio

(43) Diodoro de Sicilia, I, 64.

(44) Plutarco, *De Isíde et Osiride*, y Wilkinson.

(45) Esta descripción corresponde á un período ya avanzado de la civilización egipcia.

en donde colocaba á los difuntos, para que ninguna mano sacrílega pudiera profanarlos.

Para su colocación tenía un plano geométrico, y nadie más que el sepulturero consagrado á Isis se servía de aquel mapa, que era la clave ignota de aquel gran laberinto sepulcral. El obrero que perforaba el granito subterráneo, transformando las canteras ó las entrañas de la tierra en calles funerarias, no salía jamás del interior de los sepulcros, ni veía más que la ahumada bóveda del techo al resplandor de la oscilante luz de su lámpara. Después de sucumbir al enorme peso de su rudo trabajo, era enterrado en el agujero que él mismo perforara. Así es que el constructor, el único que después del sacerdote sabía las vías de la necrópolis, no podía revelar su disposición á ningún ser profano. Vivía sin comunicación con el mundo, y moría en el interior mismo de la Tierra (46).

Pero, se dirá: ¿á qué tal lujo de industria y arte para aplicarlo al cadáver? ¿para qué guardar con tanto esmero lo que tan sólo es un cuerpo inanimado? Y á tales pre-

---

(46) Según resulta de los descubrimientos hechos en estos últimos años en Egipto, los edificios mortuorios de la época de las primeras dinastías son en forma de pirámide truncada, alineados, formando estrechas calles, decorados con entallados prismáticos que rematan en haccecillos de hojas. Encima de la pequeña puerta que sirve de entrada, hay un tambor cilíndrico, en el cual está el nombre del difunto. El interior, formado por varias estancias, es una verdadera casa del muerto. Este está rodeado de los individuos de su familia, de los domésticos, de sus escribas, de sus perros, de sus monos verdes, todo pintado de tamaño reducido en las paredes de cada estancia. El retrato del difunto en estatua ocupa el puesto de preferencia, y está comunmente repetido. En una grande *stela* se hallan consignados sus títulos y sus hechos, lo que viene á ser, por decirlo así, su necrología.

Además, llenan las paredes los detalles de la vida que llevaba el muerto, y el número de bueyes, asnos, perros, monos, antílopes, gacelas, ocas, gansos, patos, cigüeñas, tórtolas, etc., que poseía, advirtiendo que todos son animales domésticos que le fueron útiles, nada de animales salvajes, carniceros. También acompañan á estas descripciones las de sus viajes y sus actos más importantes de la vida, todo pintado con un realismo y una verdad que asombra. En la época de las primeras dinastías nada simbólico, ni obscuro de sentido, se encuentra en estas fúnebres mansiones. Jamás se halla tampoco en las paredes de estas tumbas representación sensible alguna de la vida militar ni religiosa. El solo personaje divino que allí está pintado es Anubis, y aun de éste hay quien cree que es sólo un mero símbolo y no una divinidad real y efectiva. De las demás divinidades, ni tan sólo el nombre hay en las paredes.

En cuanto á los jeroglíficos del ritual, que más tarde decoró los muros de todas las sepulturas, no se vé allí ni uno solo. No son estas tumbas como las de las épocas teocráticas, capillas funerarias consagradas á un dios, sino la casa del muerto. Todo es allí para él y todo converge á él. El cadáver está escondido en lo más espeso de la construcción, en el lugar que menos pueda uno figurarse, para que no sea profanado; está dentro de una estancia, y contenido en un sarcófago monolítico de grandes dimensiones, excavado en granito ó calcárea blanca, decorado con ornamentos vegetales como los de la fachada del edificio. Escondidas también en el interior de la construcción, se hallan unas estatuitas que representan al muerto.

La data de estos monumentos es de 4000 años antes de J. C.

Todo indica un estado relativo de felicidad, que no se encuentra luego, en las tumbas de las épocas teocráticas. Hasta podríamos decir que en estas tumbas de la primera época no hay nada que inspire tristeza.

guntas de seguro que no habíamos de hallar contestación satisfactoria á no practicar un detenido análisis del medio en el cual vivió el Egipcio, de sus condiciones de existencia y de las creencias y modo de ser que éstas en él determinaron.

El Hombre en Egipto apenas se preocupó de otras fuerzas que de las destructoras. Para él la garantía esencial de la vida era la simple resistencia física, la solidez, la inmovilidad; cuanto más firme era un objeto, era también para él más duradero, y duradero era sinónimo de viable. En consecuencia todo gran movimiento lo reputaba causa de descomposición y de muerte. En el orden arquitectónico preponderan las proporciones colosales: los planos exteriores de sus edificios son convergentes: la construcción que priva es la piramidal por ser reputada la más sólida; el material de obra es la piedra, y se la hace sostener por simple presión vertical. En el orden social la autoridad absoluta del jefe de familia. En el orden religioso, adoraba á dioses impasibles, representados por estatuas simbólicas de cuerpo simétrico y rostro imperturbable. En el orden político, sus Faraones le gobernaban siempre bajo el mismo régimen absorbente, y con una presión tiránica uniforme le determinaban todos sus actos externos. Encerrado entre dos cordilleras de montañas, viendo eternamente reproducirse el mismo flujo y reflujo en el Nilo, sujeto á una temperatura que tenía una oscilación idéntica cada año, debajo un cielo perennemente azul en todas las estaciones, rodeado de animales de andar lento y pesado como el elefante y el hipopótamo, recibiendo una educación geométrica, petrificado por el simbolismo de un dogma fijo y misterioso, ¿qué de extraño tiene que considerando que todo lo que no se movía contrarrestaba las fuerzas destructoras de la Naturaleza, creyera susceptible de vivir todo lo inmóvil, y por lo tanto embalsamara al muerto para disputar aún á la Naturaleza aquellas formas, ya que de la vida sólo la forma había conocido?

Y en esto tenía su motivo. Su Dios, inmanente en la Naturaleza, en una época del año rebosando vida, producía, engendraba, lo animaba todo; hacía brotar los trigos de la tierra y las hojas de los árboles; hacía salir de su marasmo á los reptiles sumergidos en el cieno; hacía venir el agua á los ríos, aparecer flores en la superficie de la corriente; cernerse en la atmósfera el gavilán de la Nubia, y revolotear el sagrado ibis. Pero luego Osiris iba palideciendo, y al palidecer él, languidecía todo; secábanse las hojas, escondíanse los animales, las aguas se retiraban, hasta que por fin el Dios moría, muriéndose con él toda la Naturaleza. Mas su muerte sólo era temporal; Osiris revivía á la estación siguiente y todo volvía

á animarse sobre la Tierra; todas las formas caídas se levantaban, todo ser escondido salía á saludar á Osiris vivo, la Naturaleza entera se organizaba de nuevo. Y lo que el Sol presentaba cada año presentábalo también cada día. Al ponerse el dios solar, era despedazado por el dragón de la obscuridad, Set, dios de la Muerte; bajaba difunto á los infiernos, y atravesaba los profundos lugares subterráneos de los cuales salía victorioso, resucitando por la mañana, y con él toda la Naturaleza entera (47). Este espectáculo de la vida intermitente sugirió al Egipcio el dogma de la resurrección. Así generalizando lo que en la Naturaleza sucedía y aplicándolo en particular al individuo, creyóse que la muerte sólo era un largo invierno, una noche colosal y que el muerto era sólo un ser aletargado que esperaba para volver á vivir el divino impulso. Mas como en este estado el ser, no sintiendo y no moviéndose, no podía defenderse de la acción de los elementos, y por tanto era destruído; y como sólo las formas muertas que se conservan son capaces de revivir, al igual del reptil que aletargado en invierno dentro del cieno del pantano, vuelve á moverse en el estío; así, pues, dijeron al vivo: «Tú conservarás al muerto». Para resucitar, era preciso conservar la forma; al cuerpo yerto Dios podía comunicarle otra vez el alma, pero si no existía, si se descompuso, ¿cómo animarlo? (48). El betún sacro le garantizaba de la descomposición, haciéndole refractario á los agentes desorganizadores. El betún, pues, era la divina mixtura de la inmortalidad, ya que el ser inmortal dependía del ser imputrescible.

Así la única inmortalidad que alcanzó el Hombre en Egipto fué la del cuerpo, si inmortalidad puede llamarse á la perpetuación de la figura.

El pueblo egipcio es el primero que cree en la eternidad de la vida. La muerte para él no es más que temporal, una especie de intermitencia, á semejanza de lo que pasa á su Dios, que muere cada noche para volver á vivir al siguiente día. Así el Hombre es identificado, en los imperios nuevos, al propio Osiris, muriendo y

---

(47) Osiris Hor, era el dios de Tinis Abidos. El de Heliópolis es Ra, dios del Sol también, que penetra en la Tierra, muere y resucita. Bajo la forma de sol levante es Harmachis. Combate también contra el monstruo de las tinieblas Apepi, la serpiente de la Muerte.

Los dos mitos son idénticos en el fondo, en Tinis Abidos y en Heliópolis. Sólo que el mito de Ra en su lucha con el dragón parécese un poco á los mitos solares de los Arios, pues los muertos divídense en dos bandos: en su vida de ultra tumba, los buenos luchan con Ra contra el dragón, y los malos ayudan al dragón en contra de Ra. El mito de Osiris presenta más el carácter semítico y es el que se extendió á Menfis y á casi todo el Egipto.

(48) Hay que tener en cuenta que el Dios del Egipto era más bien el motor interno de la Naturaleza, la razón de ser de sus manifestaciones, más bien que un sér personal como Jehovah, árbitro de crear ó destruir, omnipotente hasta el punto de poder hacer algo de la nada.

entrando con él en los lugares infernales y con él saliendo de ellos para remontarse al cielo y brillar en el espacio. Durante las primeras dinastías sólo los reyes (y aún esto en sentido figurado), eran identificados á Osiris, pero á Osiris vivo y resplandeciente, no al Osiris muerto y subterráneo. Ninguna idea encontramos en esta primera época, no teocrática de las primeras dinastías, relativa á la realización de la Justicia en la vida futura. No hay aún idea de la balanza en que se pesan las almas, ni del terrible tribunal de Osiris. Este es más bien un dios de vida que un dios de los muertos. Todo es vida allí, hasta la muerte misma.

La concepción animista de esta época parece haber sido algo panteista. El Hombre contenía desparramado por todo su cuerpo un *desdoble*, que podríamos llamar su sombra, su motor, formado por una substancia sutil parecida á la de la Divinidad y emanada de ella. Esta substancia, como reflejo fiel del cuerpo, sufría la suerte que éste ocupara en vida. Y más que inmortal esta alma era eterna, pues que moría con el Dios y con él resucitaba. No obstante, en esta época, en que Osiris es Dios de la vida, el Hombre no está aún identificado por completo con él. Esto sólo acontece cuando Osiris es tenido ya como rey de los muertos.

La vida de ultratumba era considerada como una eterna prolongación de la presente, sin premios ni castigos. La terrestre era sólo el preludio de la otra. El reflejo, el *desdoble* del Hombre, continuaba viviendo después de la Muerte, y por esto la tumba estaba arreglada como una verdadera habitación en la época de las primeras dinastías.

Este *desdoble* del Hombre se llamaba *ka* y era el verdadero hombre, el motor responsable del cuerpo, el cual no era más que la costra tangible del individuo. Figurábanse este hombre interno, los Egipcios, como una proyección aérea con el color y la forma corporal del individuo, creciendo con éste, sufriendo las transformaciones y aun las mutilaciones corporales y no existiendo sino en cuanto existía el organismo. Destruído éste, el *ka* desaparecía. Este *desdoble*, viable tan sólo en cuanto sus formas orgánicas se conservaban, si continuaba la vida terrestre en otra vida de ultratumba, era tan sólo gracias á la momificación del cadáver que animara. Y esta teoría no se aplicaba tan solo al Hombre, era más vasta, se extendía á toda la Naturaleza. Los animales, las plantas, los objetos inanimados, tenían también su *ka*. Y el del Hombre se nutría, en su otra vida, con el de los panes, con el de las aves y con el de los demás alimentos; se vestía con el de los vestidos; y usaba el de los objetos que se le ponían en su tumba.

En esta teoría hallamos el por qué del cuidado que ponía el Egipto en embalsamar al muerto para preservarlo de la descomposición; si repetía el cuerpo humano en varias estatuas, era para que el *desdoble* tuviera varios cuerpos de recambio que fueran su provección material y su soporte (49), las cuales le permitieran continuar viviendo en el caso de que su momia fuese destruída. Y cuantas más estatuas se ponían en la tumba más garantías tenía el *desdoble* de vivir eternamente. La misma consideración que hacía para el Hombre, hacía el Egipcio para los demás seres y obraba en consecuencia. He aquí explicada la razón del por qué se sepultaba á los cadáveres con tanto cuidado, el por qué, de proveerlos de tantos objetos, el por qué de darles tan lujosa mansión como morada eterna.

¿Arguye esto la creencia en un alma, entidad individual, inmaterial, sin forma ni propiedades físicas? Creemos que no. Aquí hay que notar, como ya hemos dicho primeramente, que en Egipto hubo una serie de civilizaciones que si bien se suceden sin grandes saltos, sin tránsitos muy violentos, difieren las primeras de las medias, más que la Edad Antigua de los siglos cristianos próximos al renacimiento. Durante las primeras dinastías la creencia en un Dios universal, vivificador, sin representación sensible parece la única: indícanlo el templo que de la época de Chéphren descubrió M. Mariette al Sudeste de la esfinge que está cerca de la pirámide pequeña, y otros descubiertos posteriormente, en los cuales no hay ninguna estatua ni figura alegórica; así como los jeroglíficos de las tumbas de las primeras dinastías. El concepto generador de la religión egipcia fué en estos tiempos el de la indestructibilidad de la vida (50). Esta procedía del Dios, y el alma humana era sólo una emanación divina, no bien distinta de la divinidad misma si bien tampoco completamente identificada con ella. El premio final del alma era el conservarse, el durar como Dios, del cual procedía. Sólo más tarde el muerto acababa por identificarse con él completamente, por fundirse en su substancia, por perder casi su personalidad en su seno (51); sus pruebas de ultratumba, sus sufrimientos, entonces, fueron los del Dios. El cuerpo humano era considerado un recipiente de la divinidad, un vaso sagrado que tenía aprisionada la emanación divina. El alma partía de la divinidad misma para adquirir indivi-

---

(49) *Bulletin Hebdomadaire de l'Association Scientifique de France.* Noviembre 1879.—N.° 628. *Conference* de M. Gastou Maspero *sur l'histoire des âmes dans l'Egypte Ancien, d'après les monuments du Musée du Louvre.*

(50) *Vergelikende Geschiedenis der oude Godsdiesten.* I Stuck: *Geschiedenis van den Egyptischen Godsdienst.*—M. C. P. Tiele. Amsterdam.

(51) Lenormant. *La Magie chez les Chaldéens,* chap. II t. II.

dualidad en el cuerpo humano, pero siendo siempre algo material aunque de una materia más sutil y tenue. En esto se sucedieron las teologías á medida que la teocracia iba preponderando, y al llegar á su período álgido, á su Edad Media, al unificarse varios dioses como representaciones de uno solo, al atribuírsele á éste, en consecuencia, mil formas, vió el Egipto definir el alma por sus teólogos de una manera harto extraña. Consideraron en ella tres hipóstasis distintas. La *inteligencia (Niwu)*, luminosa é ígnea como el Sol, substancia divina, envuelta por el *alma*, substancia más inferior *(bai)*, la cual, á su vez, estaba contenida por el *espíritu* (el *ka* ó desdoble), que impulsaba la sangre, se desparramaba por el cuerpo y tenía la misma forma que éste, cuya suerte seguía y con el cual formaba una pareja íntima (52). El *alma* estaba unida á la inteligencia y con ella sufría las pruebas de ultratumba (53).

Mientras el cuerpo y su *ka* (que aquí es ya sólo un desdoble material, un mero fantasma), se quedaban en la Tierra, la *inteligencia*, unida al *alma*, emigraba al mundo sobrenatural. La vida terrestre era tan sólo uno de los días del *alma* y de la *inteligencia;* después de la muerte comenzaba su gran vida. Esta pareja mística se embarcaba con el Sol en el Occidente de Abydos, en la gran grieta de Pega, y por allí entraba con él, en el dominio de las tinieblas. Este se llamaba comúnmente *el mundo escondido (Amenti);* algunas veces *el mundo opuesto* al actual, *el de la doble Justicia;* otras se le nombraba como el *lugar de reposo*, y, en fin, como el *mundo inferior divino (Cher-Nuter)*. En este sitio debía el Hombre sufrir un juicio en el cual se decidiere si el muerto era ó no Osiris: es decir, si podía ó no podía ser identificado con la divinidad. El mismo Horo ó Ma, la diosa de la Justicia, lo introducían al tribunal de Osiris. Su alma colocada sobre el platillo de una gran balanza era pesada por Horo, Anubis y Tot. Este último anotaba el resultado del peso, y si éste le había sido favorable justificaba al muerto. Luego Horo conducía á éste delante

---

(52) A lo que parece, esta creencia, lo mismo que el dogma de las formas múltiples de la divinidad, es hija de una estratificación de conceptos. Después de haber creído en una sombra humana, material, más tenue que el cuerpo, y de la misma forma que éste, se espiritualizó esta idea de un *desdoble* en el Hombre, y se la llegó á identificar con la substancia divina, luminosa é inteligente; pero los teólogos no pudieron desembarazarse de las concepciones anteriores del alma humana, más groseras y materiales, y las admitieron todas, señalándoles funciones especiales, declarando así al Hombre sér múltiple.

(53) Moisés, siguiendo la opinión egipcia dice: «*El alma es la sangre*». Levítico, XVII, 2. Lauth nos describe los geroglíficos egipcios mostrándonos en el gavilán (que significa el alma y la sangre) el espíritu ó el *ka*, y en la estrella el alma-inteligencia que abandona el cuerpo y se va al mundo sobrenatural. Véase *Horapollon* en *Sitzungsberichte der K. Akademie zu München*, 1876, t. I, pág. 78.

de Osiris, el cual lo recibía sentado sobre su trono, con el monstruo del Infierno delante, los cuatro genios de la Muerte á los lados; y asistido de cuarenta y dos jueces, pronunciaba el fallo supremo. Si el difunto era condenado, debía sufrir una segunda muerte, y ser abandonado para siempre al aniquilamiento eterno. El terrible Set, el dragón Apepi, ó Tum, le cortaban la cabeza, y era en seguida echado á las eternas llamas. *Un morir sin fin* era su castigo, el cual tenía personificado en el demonio *Anai*, onomatopeya por la cual se expresaba el llanto y los gemidos de los infelices condenados. Otras veces se decía que los culpables eran devorados por los demonios de la obscuridad y arrojados bajo la forma de excrementos. Los suplicios variaban según los pecados, y se aplicaban en setenta y cinco círculos. El *Libro de los Muertos* habla de una cierta pena suprema que consistía en poner los condenados en un lugar en que «no ven jamás la luz y nadie se acuerda de ellos».

El que lograba salvarse debía sufrir una purificación por la lucha y por el fuego. Tenía que atravesar más de quince puertas en las cuales le esperaban terribles pruebas. Monstruos que lo atacaban, redes que se le habían tendido lo envolvían, en fin, mil peligros de los que salía victorioso; después de lo cual le faltaba aún atravesar «las regiones desoladas en las cuales nada germina ni crece» que estaban bajo el poder de siete espíritus malignos. Por fin, remontábase, libre y resplandeciente, como Horo, al Océano celeste; allí era invulnerable ya, gracias á las palabras mágicas de los himnos santos, y á la lanza sagrada con que habían combatido en el Infierno. En el Cielo, en los campos bienaventurados del *Aulu*, se le servían manjares deliciosos, y allí podía entregarse á sus ocupaciones habituales, pero con un goce supremo, inundado por la gloria de Osiris. Allí podía también navegar en la barca del propio Horo y brillar por la noche (54) como una estrella, estando unido á la divinidad como un Dios. No obstante, todo lo que acabamos de describir viene transcrito con variantes según las épocas; además parece que se creyó en una resurrección final ó sea en una reincorporación del alma y la inteligencia, en el desdoble y en el cuerpo, lo cual dependía de la suerte que á este desdoble ó á esta sombra le cabía.

Así en ciertos documentos, ésta desciende también al lugar inferior y muere si el individuo ha obrado mal, quedando así imposibilitada su resurrección. Hay que tener siempre en cuenta que estas creencias variaban con las épocas y con las religiones locales de que dependían,

---

(54) P. Tiele, *Vergelikende geschiedenis der onde godsdiesten*, 1 Stuck *Geschiedenis vander Egyptischen godsdienst* m. c.—Amsterdam.

y que en el Egipto siempre hay en sus dogmas algo de indeterminado y flotante, no presentándosenos las ideas nunca con la diferenciación y la individualidad de las actuales.

A más, entre la primitiva creencia en la simple prolongación de la vida, y la que acabamos de describir, encuéntrase otra que forma la transición. Héla aquí: El alma una vez separada del cuerpo tomaba á su placer las formas que más le placían (55), iba á visitar á su cadáver y á su desdoble, subía al Cielo ó bajaba á la Tierra, según se le antojaba, sin que nada pudiera privarla de ello. Como se puede ver, en esta creencia no interviene aún para nada la idea de un tribunal divino. En general, en todas las religiones, la idea de una retribución y un castigo entra en el dogma sólo en una época relativamente avanzada de su desarrollo, época en que el sacerdocio ya constituído y con un poder fuerte reivindica para sí la administración de la justicia sirviéndose para ello de la vida de ultratumba. Esto, si bien marca un período de desarrollo relativo, en la historia de una religión, es una desgracia para el pueblo que está sujeto á ella. La conciencia está dominada completamente por la teocracia, y pronto á la noción de Justicia ésta sustituye la de su dogma. Siempre que es el cuerpo sacerdotal el encargado de definir lo justo, es natural que lo confunda con lo divino, ó que lo subordine á ello. Luego la aplicación de lo absoluto á la idea de la Justicia, la cual no es más que una evaluación de relaciones, produce necesariamente el dogma monstruoso de la eternidad de la pena; y el mísero creyente, con una perspectiva de interminables sufrimientos para la menor de las faltas, arrastra una vida lánguida, triste, exenta de expansión y llena de temores sin cuento. De aquí también el que se mortifique y abandone todo adelanto.

Tal pasó en Egipto, durante las nuevas dinastías, después de las invasiones de los Hyksos, en que predominó el poder sacerdotal. Al extenderse la idea del juicio de los muertos, á la literatura laica sucedió otra sagrada funeraria, y las escenas de la vida real desaparecieron de los sarcófagos para ser reemplazadas por las de la supuesta vida de ultratumba, y en éstas predominaron las terroríficas del Amenti. Entonces fué cuando tomó importancia y creció el *Libro de los Muertos* (56), este ri-

---

(55) Estas formas que tomaba el alma, no eran una transmigración á otros cuerpos, eran, á lo que parece, formas puras de la vida sobrenatural que afectaba después de la presente.

(56) El *Libro de los Muertos* es, á lo que parece, de una época relativamente reciente. No es más que una colección de escritos, cuya redacción pertenece á autores y épocas diferentes. El único ejemplar completo y ordenado que se conoce es el del Museo de Turín, cuyo estilo, tomándolo en conjunto, revela solamente una antigüedad un poco anterior al rei-

tual funerario, lleno de fórmulas mágicas y de conjuros; entonces fué cuando éstas se reprodujeron en las *stelas;* entonces fué cuando la literatura perdió este carácter humano y apacible que encontramos aún en las máximas de Ptahhotep, y en la autobiografía de Sancha, para convertirse en una interminable serie de indigestos comentarios sobre los textos funerarios; entonces cuando entraron las abstinencias, los ayunos, las mortificaciones y las iniciaciones terroríficas en Egipto.

La cuestión de la idea de la supervivencia del Hombre en el país del Nilo, juzgada hasta nuestros días sin suficientes datos por historiadores cristianos, ha sido vista la mayor parte de las veces bajo el prisma espiritualista de la inmortalidad del alma tal como la juzgan nuestros metafísicos. Con este criterio han creído que la revivificación ó la resurrección sólo podía ser considerada posible á impulsos de un alma única, enteramente espiritual como la que imaginaron nuestros teólogos de la Edad Media.

Entre los antiguos que afirmaron esta opinión está Herodoto (57), pero tiene en contra el parecer del estoico Queremón, que habiendo acompañado á Helio Gallo á Egipto, afirma que en aquel país no se reconoció más mundo que el universo, más dioses que las estrellas ni más vida que esta en que vivimos, y que las revoluciones y movimientos de los astros y su influencia sobre las acciones humanas eran expresadas allí en lenguaje mís-

---

nado de Psamético, esto es, al siglo VI antes de J. C. Véase de Rougé.—*Introduction à l'étude du rituel funeraire.*

Tiele, en su *Historia comparada de las antiguas religiones del Egipto y de los pueblos semíticos* (que acaba de ser traducida al francés por G. Collins), opina que los principales textos de ese libro estaban reunidos ya, allá por los tiempos de los reyes tebanos del nuevo imperio; no obstante, señala Tiele cuatro secciones últimas del libro dicho, cuya antigüedad se remonta difícilmente á nueve siglos antes de J. C., y fija como antigüedad máxima para la primera parte de los escritos coleccionados, la XVIII dinastía, ó sean del XIV al XV siglo antes de J. C., haciendo constar que de estos últimos escritos nos ha llegado el texto alterado, por las enmiendas que le han introducido los redactores sagrados de los textos posteriores.

Pero ciertos párrafos y ciertas ideas que existen aún dentro de los últimos capítulos se han encontrado grabadas ó pintadas en tumbas de una época un tanto anterior á la de los Hyksos y por éstos se han colegido las teorías primitivas.

En suma, lo que se llama el *Libro de los Muertos* no es un libro, sino una amalgama de textos diversos, que en los papiros nunca están seriados por el mismo orden, que probablemente los más antiguos no se remontan más allá de la dinastía XI, y que fueron ordenados y unificados por los sacerdotes egipcios en una época muy reciente que podemos fijar después de la dinastía XXVI.

Entre todos los capítulos los hay que son cada uno de por sí un ritual completo de las pruebas de ultratumba. Véanse el LXIV y el XVII. Otros, como el cap. XLV, son sólo una serie de himnos y plegarias, destinadas á que el muerto se sirviera de ellas para salir victorioso en sus pruebas de ultratumba en virtud de la fuerza mágica de aquellas palabras.

(57) Herod. II, 4, 37, 58, 135.

tico (58). San Agustín, que también afirma la creencia de este pueblo en el alma individual única (59), es una autoridad sospechosa, pues por ser cristiano debía de ver la cuestión á través del criterio especial de su dogma. Por lo que toca á los jeroglíficos del rito fúnebre, las momias llevan alguna vez la cara de Horo, lo cual no es más que un atributo de vida, puesto que significa el Sol ó la Naturaleza naciente, mas no la reincorporación del alma y la resurrección de la carne.

Esta alma, parte del Dios, formada de tres entidades distintas superpuestas, no se presenta clara y distintamente separada del organismo en los dogmas egipcios, como tampoco el Dios se presenta muy distinto de la Naturaleza; siempre hay un *no sé qué* de vago y de confuso que no permite deslindar bien la organización del principio que la anima; así mientras la inteligencia vuela hacia la divinidad, la parte corporal del alma, el *ka*, queda aún como adherida al organismo en cierto modo.

En el fondo no se encuentra en los dogmas egipcios esa transmigración de que nos habla Herodoto. Las formas que según algún texto del *Libro de los Muertos* puede adoptar la sombra del difunto temporalmente, son sólo meras apariencias que afecta en el infierno para escapar á los genios maléficos, y reunirse después triunfante con el alma que la acompaña siempre, y con el cuerpo que los espera.

Existe una inscripción en que Ahmés (jefe de los marinos), dice: «he cumplido mis transformaciones», en lugar de *he nacido*. Y nótese que dice *mis transformaciones* y no *mis transmigraciones*. Luego, cuando un individuo ha muerto ha de combatir con animales fantásticos, de los cuales viene á ser presa. Estos están representados en los jeroglíficos por chacales, hienas, zorros ó lobos que pueden devorar á la sombra material é imposibilitar la resurrección. Nada le hubiera importado al Egipcio el perder su sombra y aun su cuerpo, si sabía que su alma y su inteligencia podían alojarse sobre la tierra en uno, ó en varios otros nuevos cuerpos con sus *desdobles* correspondientes, no importa la forma que tuvieran. Al contrario, el Egipcio creía que era de toda necesidad conservar el cuerpo porque sus almas ó desdobles participaban algo de aquél en cuanto á su forma. Así en el ritual de los muertos de Lepsius y en el viaje de Caillaud en Champolión, puede verse cómo el moribundo invoca una potencia ó un Dios para que le preserve cada uno de sus

---

(58) *Porphirii Epistola ad Anebonem ægiptium* en el prólogo de *De Mysteriis Ægipt.*, de Jamblico.

(59) San Agustín, Serm. 361.

miembros, para que le guarde la nariz, la barba, los ojos, los dientes, los brazos, los codos, las piernas, las rodillas, los tobillos, los pies, etc. Todo tiene un protector. ¿Para qué, pues, protejer estas partes, si el cuerpo podía cambiarse por otro? A haber creído el Egipcio en una entidad espiritual simple que transmigraba, no se hubiera obstinado así en conservar una envoltura material que podía sustituir con otra fácilmente. Si fabricaba las estatuas que acompañaban al cadáver, lo más parecidas posible al difunto, y de la materia más indestructible, tantas, en número como sus medios le permitieran, era para que así si se destruía su cuerpo, su alma y su inteligencia pudieran hallar otros iguales.

***

El Egipcio no sólo embalsamaba al Hombre, como hemos dicho ya; embalsamaba también al animal y á la planta, y los confundía á todos en esta comunión de su química sagrada. ¿Por qué? ¿Qué derecho tenían á la inmortalidad el animal y la planta? ¿Qué derecho á la conservación perpetua de su *desdoble?* Prosigamos investigando y hallaremos en su panteísmo la razón de ser de esto que parece irracional é impío á los hombres educados en la metafísica abstracta de Occidente.

El Egipcio criado en el seno de aquella naturaleza tan uniforme, ignoraba el límite entre la planta y el animal, lo mismo que entre éste y el Hombre. Medio hundido en la animalidad que le rodeaba; no estaba seguro de que sus tatarabuelos hubieran sido humanos. El mismo, tal vez, había de retroceder á una forma animal en sus pruebas de ultratumba, como castigo de sus pecados, según fueren sus actos. Además, en la sociedad egipcia, formada por la confluencia de varias razas, había diversos tipos, tan distintos en el color y en la fisonomía como en la inteligencia, lo cual no le sumistraba el concepto de la unidad específica del Hombre. Por efecto de un análisis muy ingenuo, encontró en los animales facultades que creyó iguales unas y superiores otras, á las que él poseía. El cocodrilo, rey del río (60), el águila, reina de los aires, y el león, rey del desierto, le anunciaban la venida del Nilo, metiéndose en el cieno, alejándose por los espacios y huyendo á las arenosas llanuras respectivamente. El ibis, á la venida de las aguas, marchaba enfrente de ellas como si las hubiera ido á buscar á su cuna

(60) Plut. *De Is. et Os.*, caps. LXXIII, LXXIV. Geoffroi de Saint-Hilaire, *Des poissons du Nil.*

para guiarlas á Egipto. En todos reconocía la facultad de discernir, aunque condenados á no poder expresarse con palabras. A más, á partir de la segunda dinastía, sus dioses protectores se revelaban en su iconología sagrada bajo formas bestiales, á impulsos de dogmas que su teocracia había cerrado en el símbolo.

De otra parte, al lado de animales de marcha lenta, pesada y rectilínea, se presentaban á su vista vegetales ondulantes y movedizos; veía á la sensitiva contraerse rápidamente á la menor impresión, cual si experimentara verdaderas sensaciones; encontrábase con la palmera que al llegar la época de la fecundación, se balanceaba movida por el aire, y ebria de amor se propagaba, á pesar de la distancia; observaba á la *acacia mimosa* y á la *persea laurus* que gemían y lloraban cual si se condolieran de que la fatalidad les obligara á vivir enclavadas en un sitio; y á ciertas flores las sorprendía abriéndose de día para recibir el sol, y cerrándose por la noche cuando éste se hundía en los infiernos, ó encogiendo sus pétalos para encerrar prisionero al insecto que les llevaba el polen fecundante, hasta que se lo había depositado en el pistilo.

También en los colores que le presentaba su flora y su fauna hallaba la confusión de estas dos inmensas series de la Naturaleza. Multitud de reptiles que se arrastraban por el suelo y de aves que cruzaban aquella cálida atmósfera, tenían el color verde, el color propio del reino vegetal, y en contraposición tenía plantas y árboles cuyo tinte variaba del amarillo al encarnado. Así no distinguió jamás color alguno que fuera propio de un solo reino, ni de un solo grupo de organismos, y se imaginó que la sensibilidad era patrimonio de todos los seres. De todo esto dedujo que podían tener alma ó espíritu, lo mismo la flor que cerraba sus pétalos por la noche, que el ibis, el rinoceronte, el etiope, el esclavo, ó el magnate que pasaba su vida en suntuoso palacio. En virtud de lo cual se figuró ver sus hermanos inferiores en el animal y en la planta; inferiores, sí, pero al fin hermanos, pues, como él, habían recibido la vida del divino Osiris, y en consecuencia les concedió el derecho de ser inmortales.

Creyendo semejantes suyos á todos aquellos seres que veía con movimientos más ó menos complicados y más ó menos espontáneos, ¿qué de extraño tenía que les concediera los mismos derechos que á sí propio? Lógico era que tratara de inmortalizar por el bálsamo todas aquellas criaturas que sólo diferían de él en tener una forma más ó menos elevada, más ó menos perfecta.

***

En conclusión, en el Egipto el Hombre consiguió no ser anulado por la Naturaleza, pero sin dominarla. Efecto de esta lucha titánica en que no se declaraba la ventaja por ninguna parte, vivió en un equilibrio estático, y después de muerto se hizo preservar cual cuando vivo para que los elementos no triunfaran de él en sus despojos. De la vida sólo la forma exterior había conocido, así es que sólo se empeñó en perpetuar ésta. Tal en vida, tal en muerte.

V

FENICIA

Los pueblos del Asia Anterior, en especial los Semitas, adoraban unos dioses que se confundían con la creación. El universo era su forma visible, el modo de su subtancia, pero no su creación voluntaria y distinta de ellos (61). Sólo el Judío y el Arabe, en un período relativamente moderno concibieron un Dios diferente y creador de la Naturaleza (62).

Reconocían los adoradores de los Dioses cósmicos varios aspectos en ellos. Comparando con la especie humana, lo que de activo y de pasivo tiene el Universo, á impulsos de un raciocinio harto simple, atribuyeron á la Divinidad el género masculino en sus manifestaciones activas, y el femenino en las pasivas. Era *el Dios* en el sol, en la vegetación, en la animalización, y *la Diosa* en la luna, la tierra y el mar. Y cada una de estas fases se dividía á su vez en otras dos, una benéfica y otra terrorífica. Mostrábase la primera, en el Dios y en la Diosa, cuando la Naturaleza parecía morir al secarse la vegetación, y la segunda cuando todo renacía sobre la tierra. En el Dios los dos aspectos se presentan muy distintos, pues es el principio activo; en la Diosa muéstranse más confundidos. Los nombres del Dios y los de sus aspectos, cambian en cada región y aun en cada ciudad; pero casi todos los que se le dan significan dominio, fuerza, señorío. El nombre típico con que le adoran los Arameos es el de *Hadad*, que significa *El único* (63); llámanle *Molek*, *el rey*, en especial los Ammonitas, denominación que luego se extendió; *Chamos*, *el dominador*, los Moabitas; *El*, el Dios

---

(61) La creencia en uno ó más dioses de los cuales la Naturaleza era la manifestación externa, fué común también á los Egipcios y á otros pueblos. Nada tiene esto de particular, pues los modernos orientalistas sostienen, apoyados en la filología y la etnología, que los Egipcios sólo son la primera rama civilizada de la misma familia étnica de la cual proceden los Semitas. Véase Lenormant, *Histoire des sciences occultes.—La Magie chez des Chaldéens*, an 477.

(62) No fué esto poco progreso; extraído el Dios de la Naturaleza, aunque por de pronto se le atribuyeron á ésta todos los males, ha podido ser dominada, y se ha visto que estos males los ocasionaba su divinización más bien que otra cosa.

(63) Hay autores, como Lenormant, que opinan que este nombre sólo se lo daban los de Bambice y Damasco.

por excelencia, los Fenicios y los Cananeos de Palestina; *Ilu* ó Iaoh es el ser absoluto, el eterno (análogo al Iahveh de los Hebreos), en Babilonia, aunque este nombre se usaba poco y sólo en su sentido misterioso (64).

Considerando el Dios como naciente, bajo el aspecto de vida nueva, de fecundación, es Adón, *señor*, en Biblos; Tammuz, en Arka; Zegreus y Atis, en Frigia; Hamon en Cartago, y Elium ó El-Elyon en otros puntos.

Bajo el aspecto femenino la divinidad era llamado en Babilonia *Belit* (Myr-Milytta) la que se la llamaba Taaut cuando se presentaba fúnebre, y Zarpanit (65) cuando voluptuosa, y esta última en Nínive toma el nombre Istar. Era *Astarté* ó *Astoreth* (66) en Sidon; *Bilit-mer*, la mar, y *Bilit-Tihamti*, la Luna, en Cartago; *Ashera* la esposa enamorada, y *Sala* ó *Salambo* (67), la triste, entre los Cananeos; y la denominaban *Atargath* los Arameos de Damasco y Bambice.

Pero los nombres más comunes de la divinidad eran Baal en Fenicia, y Bel en Caldea, cuyos nombres tomaban la determinación femenina para designarla bajo el aspecto pasivo, en cuyo caso se decía Baalath ó Baaleth en Fenicia, y Beleth ó Bilith en Babilonia (68). A estos nombres añadíase el del lugar en donde eran adorados el Dios ó la Diosa, y se decía Baal-Tars, señor de Tiro, Baal-Tsidon, en Sidon, etc.

Y luego el nombre de Bal ó Bel se aplicaba en general á una infinidad de aspectos de la divinidad sideral, según se considerase en una estrella ó en otra, ó bajo una forma animal, en una revolución de astros, etc. Estos eran los Baalim.

¿Puede esta religión, resolverse en mono ó politeismo? A nuestro modo de ver, era más bien un panteismo que en el conjunto de sus manifestaciones resulta un politeismo. No llega á ser un monoteismo riguroso sino en cierta época entre los Beni-Israel. El monoteismo estricto es más escaso de lo que se cree en la historia; el mismo monoteismo cristiano, presenta la divinidad única bajo tres aspectos, y al hijo, según el lugar ó el estado, es decir, la advocación, se le adora bajo diversa forma. En el sentido absoluto de la palabra no ha habido más mo-

---

(64) Lenormant, *Manuel d'Histoire ancienne de l'Orient*, t. III, páginas 186 y 127.

(65) *Zirpanit* ó *Zirbanit* significa *la productriz de gérmenes*.

(66) *Astoreth* significa *su amante*.

(67) Este nombre se aplicaba particularmente á la diosa del mar. Lenormant, en su *Commentaire sur Berose*, pág. 95, cree que es la diosa *Sala*, de Babilonia, esposa del dios *Bin*, que recibe la calificación de *Madre, ummu*, y se llamaría *Sala-ummu*, de lo cual por corrupción salió *Salambó*.

(68) Lenormant, *Manuel d'Histoire ancienne de l'Orient*, t. III, libro IV, *Fenicios*, Religión.

noteismo en la historia que el del Aláh de los Arabes, y aún sobre este último existen dudas.

Esta manera de adorar al dios Naturaleza en el Asia Anterior, dió lugar á cultos monstruosos, obscenos unos, fúnebres y desoladores otros. Donde se mostraron con mayor fuerza fué en Biblos ó Gebal, por lo cual se llamó la ciudad santa.

*
* *

Al norte de la tierra de Canaán, á orillas del mar, frente al Mediterráneo, dominando un territorio extenso y fertilísimo cerca de la cordillera del Líbano, se hallaba la ciudad de Biblos. Formaban su población dos razas que casi estaban ya confundidas; la primitiva que pobló aquel país, y la que inmigró después y venció á la anterior por la fuerza (69).

Los dioses de los primeros eran plácidos y voluptuosos, los de los segundos sombríos y terroríficos: en el fondo eran idénticos. Procedían todos de la deificación de lo sideral y de lo terrestre. La divinidad fundamental era única é inmanente en el Universo; los astros eran sus manifestaciones externas, apariencias visibles de sus hipóstasis emanadas de su substancia (70).

Su cosmogonía tiene algún punto de contacto con la judaica. Al principio de todas las cosas existía el Caos *(bohu)*. El Espíritu estaba sobre las aguas. Pero la Creación nació del Deseo inconsciente, no de una Voluntad guiada por una Inteligencia. La Divinidad tomó forma con la Creación. Así la cosmogonía fenicia en su desarrollo se convierte en teogonía.

En la Siria la primavera preséntase con verdadero esplendor. Una vegetación exuberante cubre aquel suelo. Al calor suave del sol, al voluptuoso beso del aire tibio, las hojas toman un desarrollo enorme, los capullos de las flores se abren, salen ufanos sus pétalos de colores vivos, y perfuman la atmósfera con olores delicados unos, fuertes y embriagadores otros; los árboles destilan bálsamos y gomas; las aves dan al aire sus melodiosos trinos; y las palmeras se balancean al impulso del viento, como si enamoradas unas de otras lucharan indolentemente con el terreno que las sujeta para acortar las distancias que las separan. Todo respira vida y amor sobre la tierra.

Pero avanza la estación, la temperatura va subiendo, viene el verano, llega la canícula; el calor es ya insoportable. El sol quema; á sus rayos humea la tierra, se seca,

---

(69) Tiele. *La Religion des Phéniciens; Origine des Phéniciens et rapport ethnique entre eux et les Israélitas.*

(70) Lenormant, *Les Sciences occultes en Asie.—La Magie chez les Chaldéens*, p. 103.

se pone candente y se agrieta. Casi abrasa al pisarla. Las hojas cambian sucesivamente su color verde por el amarillento y el leonado; se arrugan y se arrollan. Las flores pierden sus pétalos que caen marchitos al suelo. Los tallos quédanse enjutos. La vegetación se tuesta. Los cuadrúpedos corren abierta la boca para aspirar más aire; y para apagar su sed buscan por doquier un poco de agua que no encuentran. Las culebras se enderezan y silban, y los pajarillos caen fascinados en sus fauces. El aire parece que no contiene oxígeno; la atmósfera asfixia. Diríase que la muerte se sirve del fuego para sembrar el exterminio.

Mas, tras del verano viene el otoño; refresca la temperatura, condénsase el agua evaporada que la atmósfera contiene, y sobrevienen las lluvias. Desgaja el aguacero la arcilla ferruginosa de las alturas del Líbano; llévanse los óxidos de hierro las oleadas del torrente; baja de color de sangre el río, que va creciendo por momentos hasta salirse de madre y extenderse desde el monte á la costa, sobre los secos campós. Aquella tierra calcinada absorbe ávida el agua; las raíces de los vegetales beben el líquido arcilloso que transforman en savia; reverdecen y se desarrollan las hojas marchitas; las plantas macilentas levántanse erguidas; las flores fecundadas conviértense en carnosos frutos. Los animales apagan su sed en los riachuelos y respiran la fresca brisa que les vivifica. La vida vuelve á mostrarse con toda su esplendidez sobre la tierra.

Estas alternativas de esterilidad y fecundación, de aridez y exuberancia, de muerte y de vida, ese drama colosal que tenía por teatro la Naturaleza y por actores los elementos y los seres, se formula en aquella teogonía de la siguiente manera: El principio activo del Universo, divinizado en el sol (*Domino Baali Solari*), llamado Adón (71), está enamorado del principio pasivo, personificado en la Tierra, llamado Ashera la cual á su vez está perdida de amor por su amante cósmico. Este, con el fuego de su pasión, la fecundiza; de estos amores siderales nacen todos los organismos que cubren la superficie de la tierra y habitan en los senos de los mares. Todo es amor en el Universo; la misma creación nació del deseo. Pero viene el ardiente sol del verano, que seca la Tierra y quema la vegetación. Es el Molek (72) abrasador, el

---

(71) Se le llamaba *Adón Adonim*, que quiere decir el *Señor de los señores*.

(72) El nombre *Molek*, que quiere decir *Rey*, es siempre empleado en singular con el artículo *el*, y unido á un nombre particular de la divinidad, ó de una ciudad, así se dice *el Molek de tal parte* ó el *Molek tal*. El nombre propio del dios terrible de Fenicia era, según se cree, Ammán ó Ammón. Véase la *Historia comparada de las Religiones antiguas* de Tiele y Levy, *Études Phéniciennes*. III, 39.

Dios de la Muerte, que ha tenido celos de los amores de Adón con la divina Ashera, y le ha asesinado allá en el Líbano, tomando la forma de un jabalí (símbolo del verano) y mordiéndole en los órganos de la fecundidad, para de esta manera hacer estéril á su amada. Después el Dios de la Muerte reina solo, con feroz soberanía. Los ardores de la canícula son sus emanaciones. Por el terror lo domina todo. La divina Ashera se convierte en Salambó y llora la muerte de su amante, en el equinoccio del otoño. Pero sus lágrimas que caen á la Tierra en forma de lluvia, no son inútiles, ni el Dios del Amor ha muerto en vano. La sangre que ha derramado en el Líbano, baja á fecundarla. A su contacto todo revive y se alegra, y el mismo Adonis resucita y aparece de nuevo en el cielo.

La lucha entre la muerte y la vida, la esterilidad y la fecundación se explicó en el Dios por lo que pasa en el Hombre. El Fenicio que no concebía aún la vida individualizada, que confundía la suya con la del Todo, que á la generación de la Naturaleza le atribuía sus propios procedimientos á impulsos de pasiones análogas á las suyas, forzosamente debía participar de los goces y de los sufrimientos del Dios del Universo, y formalizarlos en cultos, que los reflejaran en sus ceremonias.

El culto al Dios y á la Diosa del Amor se prestaba en un suntuoso templo. La Antigüedad está llena del renombre del de la Diosa de Biblos. Hallábase éste en la cima de un monte que dominaba al mar; la fachada hacia Oriente. Era de forma apiramidada; imponente por su masa, basado en zócalos formados por blocs colosales. Rodeábale un atrio sin techo al que daba entrada una puerta dorada. A los lados se levantaban dos giganteseos falos de piedra, de treinta brazas de altura; eran los símbolos del principio masculino (73). El interior del templo deslumbraba; por todas partes brillaba el oro con esplendor salvaje. El oro debía de preponderar en un templo consagrado á las divinidades siderales por una raza dedicada á la navegación y al tráfico (74). El Fenicio había recorrido lejanas tierras. Entre ellas había encontrado una que tenía en abundancia este metal en

---

(73) Mr. Gerhard cree que estas columnas tan altas terminadas por un hemisferio eran el símbolo de la potencia masculina en los cultos del Asia Anterior. Mr. Renán, al contrario, en su *Mission de Phénicie*, lo niega, sosteniendo que los *Meghazil* no eran más que monumentos funerarios, y se funda en que debajo de los mismos se encuentran siempre grandes tumbas. Nosotros creemos que ambos autores tienen razón. Eran monumentos que indicaban la procreación, la vida nueva, y por lo mismo se les colocaba encima de las tumbas como signo de resurrección. La cruz con el asa que simbolizaba el órgano masculino unido al femenino, está también como símbolo de inmortalidad en los sarcófagos egipcios.

(74) Para datos sobre los templos fenicios véase en el tomo titulado *Les religions y les arts de l'Asie Antérieure* el curioso estudio de Jules Soury, *La Phénicie*.

sus entrañas; las aguas de sus ríos lo arrastraban entre sus arenas. Lo fundió, y vió en él el brillo del sol imperturbable, indestructible, como si fuera luz solidificada; y lo consideró pasta sagrada, substancia divina, substractum del valor. Acuñó con él la moneda para el cambio, y revistió de él su templo, para que en sus pulidas planchas se mirara el Dios al remontarse sobre el horizonte. En el interior del templo estaba el sagrario de la Diosa, velado por una cortina de púrpura que impedía el paso á los profanos. Sobre un gran cubo de piedra, al cual se subía por una escalinata, se hallaba el tabernáculo. Era una celda cuadrangular, abierta por el frente, cuyo techo, más saliente que las paredes, sostenían dos columnas (75). En su interior se alojaba una enorme esmeralda cuyo tallado remedaba toscamente el órgano femenino. Era la imagen de la Diosa de la fecundidad; su color verde era el de la vegetación y el del mar, y era luciente por reflejo como la luna. A los lados del templo estaba el bosque sacro de los laureles; debajo de éstos, las sacerdotisas de la Diosa paraban sus pintadas tiendas. No lejos del templo, se encontraba el sagrado estanque (76) poblado por peces, símbolos vivos de la procreación y la fecundidad exuberante; en el centro del estanque, encima de una ara, ardía el incienso que perfumaba el aire.

Cuando con los ardores del verano empezaban á languidecer los vegetales, y la atmósfera á hacerse irresistible, Gebal se convertía en teatro de una fiesta triste, en la que los Fenicios compartían la desolación con la Naturaleza. De todos los puntos circunvecinos convergían á la ciudad santa unas extrañas procesiones. Comitivas de mujeres, esparcidas las cabelleras, rotos los vestidos, descalzas, con cuchillos clavados en las carnes, se fustigaban furiosamente lanzando ayes lastimeros por la muerte del Adón Adonim acaecida en el Líbano. Conducíanlas sacerdotes cunucos al son monótono del tamboril y de la flauta fúnebre, tocando una sonata triste, la sonata plañidera de la pasión y muerte del Dios del Amor que había espirado. Haciendo eco á las flautas, murmurando entre los árboles, el viento llevaba á Biblos los últimos gemidos del divino agonizante (77). Las mujeres de la ciudad uníanse á las del campo, y las comitivas engro-

---

(75) Véase Renán, *Mission de Phénicie, troisième rapport à l'Empereur.—Revue Archéologique.* Vol. V, 1862, pág. 337.

(76) A lo que parece el estanque sagrado era el símbolo del *principio húmedo* del cual salió el Universo, según un dogma común á los pueblos semíticos. Véase Lenormant, *Esai de commentaire des fragments de Berose*, pág. 222.

(77) Los fenicios creían oir en los silbidos del viento los quejidos del Baal Adón que expiraba á causa de su herida. Cuando había ya muerto se le llamaba *Tammuz*, que significa *el separado*.

saban. Los hombres, para imitar el piadoso ejemplo de éstas, empuñaban las fustas de mango de ébano y se azotaban mútuamente. Los azotes se aceleraban; silbaban los cordeles en el aire; la sangre salpicaba los rostros y los muros; las calles rebosaban de disciplinantes; la maceración llegaba al vértigo. Entonces aquellas comitivas desbordábanse por la colina dirigiéndose en tropel al templo (78). Allí en la primera estancia estaba el cadáver del Dios mártir, tendido sobre un catafalco cubierto de púrpura, alumbrado por gruesas antorchas. De sus ingles brotaba aún la sangre. A los cuatro ángulos del local grandes pebeteros de mármol llenaban la atmósfera de humo de mirra. Las gradas del templo estaban guarnecidas con afiligranados cestos y con vasos que contenían plantas secadas por los ardores del sol canicular. Llegados los penitentes al atrio, las mujeres se rapaban la cabeza yendo á depositar las cabelleras al pie del cenotafio y los hombres repetían la fustigación hasta que aparecía el pontífice. Vestido de púrpura y con la tiara de oro, presentábase éste á predicar el sermón de pasión á los fieles. Con acento desgarrador contábales que el joven Dios había muerto de la mordedura de un jabalí rabioso en los órganos de la generación (79). Explicábales que el jabalí era el Molek mismo encarnado, furioso de celos por el amor con que Ashera correspondía al Baal Adón, y añadía que ésta moríase pálida, seca, estéril bajo el imperio del Dios de la Muerte. Y muchos de los presentes conmovidos, por pura piedad se emasculaban, para edificación de los presentes; y con el órgano cortado en la mano corrían á la villa á echarlo en la primera casa que hallaban abierta. En ella se les vestía con la blanca y larga túnica femenina, se les rapaba el pelo y eran *gal-los*, sacerdotes del divino Adonis. El duelo duraba muchos días, hasta que por fin se enterraba al Dios en un cenotafio entre el llanto y los gemidos de las mujeres, los cantos funerarios de los hombres y el humo de la mirra. Concluídos los divinos funerales, una gruta situada en la parte baja y posterior del templo guardaba el santo sepulcro. Y todo el verano era una cuaresma en Fenicia.

Al Dios de la Muerte, que durante este período reinaba solo, la población fenicia le había levantado colosales estatuas de hierro ó bronce. La estatua del Molek era un gigante de metal con cuernos, vacío el cuerpo, para que en él cupieran las víctimas. Para aplacar la ira del

(78) *Fêtes et Courtisanes de la Grèce*, t. I. *Fêtes du Soleil du Printemps.*—Luciani opera, *De Dea Syria.*

(79) *Fêtes et Courtisanes*, etc., t. I.—*Fêtes du Soleil du Printemps.*—Albert Reville, *Revue des deux Mondes*, 15 Mayo 1873.—*La Religion des Phéniciens.* Véase también el capítulo en que trata de la religión de Gebal ó Biblos.

tirano celeste, cuando en el verano imperaba con insalubre soberanía, se le sacrificaban, no animales, sino seres humanos. No quería frutos, ni aves, ni bestias salvajes; el coloso era antropófago.

Los padres condenaban á sus hijos más queridos al suplicio. Dios lo exigía y el sacerdote era el verdugo (80). La divina imagen era calentada, y cuando llegaba al rojo blanco, arrojábasele con una pala el niño en sus entrañas incandescentes. Al sentirse el gigante la tierna criatura en su estómago ígneo, prorrumpía en rugidos de alegría feroz, echando bocanadas de llama fuliginosa que enviaba al cielo, tiznándole su repugnante faz de hollín humano.

Y al Dios de Muerte no se le podían hacer presentes indignos; darle un hijo feo, raquítico ó deforme, hubiera sido hacerle una ofensa,; entregarle un hijo enfermo hubiera equivalido á darle lo que ya era suyo. Debíansele sacrificar los mejores, los más robustos de los nacidos; y los padres mismos se los destinaban, sin poder siquiera estremecerse á los ronquidos del coloso infame.

La razón de ser de estos sacrificios horribles, estaba en el dogma panteista de aquella religión. Cuanto más perfecto era un ser, cuanto más individualizada estaba su vida, cuanta más personalidad tenía, más se apartaba del Todo, y de consiguiente de Dios. En los países del Asia Anterior, el animal rastrero era más divino que el que, ágil, andaba levantado del suelo; éste, más que el ser humano; el niño, más que la mujer; la mujer, más que el hombre; el loco más que el cuerdo. La muerte era la única manera de reentrar en Dios, anularse era pasar á formar parte de la divina substancia; vivir era separarse de El. Así la divinidad, bajo su aspecto terrible, reclamaba una vez al año, por la muerte, algunas de las criaturas que estaban destinadas á tener mayor personalidad, en gracia de la vida que permitía tener al resto de los humanos, que por el mero hecho de ser tales, ya estaban separados de ella.

*
* *

Venía por fin el Otoño, bajaban las aguas rojas del Líbano y el dios vertía la sangre para la salvación de los hombres. Recrudecía entonces el sentimiento, recordábase de nuevo la divina pasión y muerte, y la ciudad santa celebraba siete días de luto, número místico de una revolución lunar. Volvían á tañerse las flautas y

---

(80) *Revue des deux Mondes.*- A. Reville, *La Religión des Phéniciens*, 15 Mayo, 1877.

los tamboriles, cantábanse de nuevo himnos lastimeros, compartían las mujeres el dolor con Salambó, la diosa desolada por la pérdida de su amante, y las maceraciones, los ayunos y las abstinencias se extremaban, hasta que se acababa la revolución lunar y había terminado la semana santa. Entonces los sacerdotes, al son de crótalos, anunciaban á los creyentes que el dios del amor había resucitado. Corrían todos tumultuariamente al templo, habríanles los *gal-los* las puertas del atrio, y se paraban en él no hallando el túmulo ni el cenotafio. Las gradas del altar estaban llenas de vasos de plata en los que había crecido la nueva planta, y en el interior del camarín veíase dentro del tabernáculo brillar la piedra femenina, símbolo de la fecundidad de la Diosa. El Dios había resucitado; no estaba allí sino en el cielo.

La hora de la orgía había sonado (81). A la tristeza sucedía la alegría, á la mortificación el goce, al llanto la risa, á la tumba el lecho. Así como el dolor había llegado á la desolación, el goce era llevado al paroxismo. Una turba de devotos corría al bosque sacro á entregarse á una crápula frenética, delirante. Todos eran de todas y todas de todos. Y no cabiendo ya la bacanal en el bosque rebosaba, y desbordábase por la montaña, invadiendo las calles de la ciudad santa. Bandadas de penitentes ebrios, ó inflamados por el deseo, recorrianla en todas direcciones, coronada de flores la cabeza, floja la túnica, abierto el seno. Las jóvenes que no se habían cortado la cabellera en ofrenda al dios del Amor, le sacrificaban su virginidad, depositando en el templo luego la limosna que les quería hacer el que las había gozado. Biblos, de una penitenciaría, se transformaba en un burdel. Allí reinaba la omnigamia; la crápula sagrada trocábase en soberana.

---

(81) Los detalles de la orgía sagrada, que sucedía á la abstención y á la penitencia después de la resurrección del dios, orgía en la cual cada mujer, á imitación de la diosa, iba en busca de su pérdido amante, encuéntranse en casi todos los historiadores de la Antigüedad que se ocupan de la Fenicia. Véase Arnobio, *Adversus Gentes*, V. 212. Firmicius, *De Errore prof., rell.* 15, y Clemente de Alejandría, *Protrep.* 13. Véanse también Herodoto y Sanconiatón. En estos cultos del Asia Anterior el acto generador era considerado como un acto de religión, y la prostitución era un sacerdocio. Los mismos Hebreos tuvieron en su templo las *quedeschót*, sacerdotisas que se entregaban al primero que llegaba, con tal de que depositara piadosamente una limosna para el culto. La idea que sobre este particular tiene hoy la sociedad, se debe al ascetismo cristiano que consideró el acto reproductor como un pecado.

VI

LOS HEBREOS

Los Hebreos son un pueblo de esclavos por excelencia. Hoy es un Faraón quien los oprime; mañana es un Nabucodonosor quien les encadena. En Egipto construyen las pirámides bajo el látigo de un etiope, en Babilonia son espectadores y actores forzados de las criminales fiestas á Belo; y en los intervalos de sus servidumbres viven sujetos al poder de sus jefes de tribu y á la imposición dogmática de su teocracia. Ni un relámpago de libertad alumbra su historia. El despotismo, exótico ó indígena, pesa siempre sobre ellos como una losa de plomo. ¡Pobre pueblo hebreo! Oidle: errante por el desierto, lo mismo que sujeto dentro de los muros de las ciudades, no abre los labios sino para exhalar quejas. Sus cantos son gemidos; sus poemas lamentaciones. Sus profetas lloran; sus filósofos salmodian, sus legisladores desesperan y maldicen. Su carácter es el del siervo. Tiene la sobriedad de la miseria, la irritabilidad que engendra el sufrimiento, la aridez del desierto, la desconfianza de la desgracia; su móvil es el temor. Sufre opresión y por lo tanto ama á los que se hallan en igual caso; así promete asilo al esclavo escapado de su dueño, lo mismo en la caravana que en el interior de las ciudades. Teme la luz; para él la libertad es la noche; la obscuridad dificulta la vigilancia de los tiranos. Es enemigo de la industria y del trabajo; á éste no lo conoció sino impuesto como pena, mientras fué esclavo de pueblos extranjeros. Nada sabe de arte ni de ciencia; su vida es la del pastor nómada. Pero como á esclavo que es, posee la astucia en alto grado, y compra y vende, y en cada cambio recoge una nueva ganancia; mas la desconfianza le hace atesorar lo que gana, y es mezquino y avaro, y usurero hasta el punto de que sus legisladores tienen que fijar una tasa á sus especulaciones.

En continua dependencia, lo infructuoso de sus esfuerzos, le hacen que espere su salvación de un ser que venga á redimirle, y sueña eternamente en un emanci-

pador que llama Mesías (82). Como está exento de goces, ansía hallarlos en un paraíso terrenal que ve siempre en perspectiva. Si peregrinó por el desierto, si Moisés lo pudo guiar durante tanto tiempo, sólo fué con la espectativa mundana de la tierra prometida. A no haberle dominado por el castigo y por el premio, á buen seguro que no le hubiera podido conducir á parte alguna.

Sus esperanzas, sus creencias, en sus primeros tiempos fueron meramente terrenas: preocupábase poco de la vida de ultratumba; Caín es castigado en vida, así como todos los que faltan á los divinos mandamientos. Su culto era una mezcla informe de ceremonias fetiquistas y politeístas. Todos los dogmas, todos los principios que llevó después á la formación del Cristianismo, los había extraído de pueblos y de libros extranjeros. De algunos de sus profetas y legisladores, dúdase hoy si eran propiamente hebreos. De Daniel hay quien afirma que fué caldeo (83); y de Moisés, esa gran figura, los historiadores que no niegan su personalidad real, vacilan entre si fué egipcio ó árabe. Pero este pueblo desgraciado que hasta para componer sus dogmas tuvo que tomar prestados los elementos, hizo un gran servicio al progreso humano. Abstrajo á Dios de la Naturaleza. Con un Dios separado de la fenomenalidad formó la unidad de creencia. Establecida la unidad, aunque fuera negativa, fácil ha sido sustituirla por otra positiva. La unidad de la Fe ha sido reemplazada por la de la Ciencia; al Dios universal la inducción ha sustituído la universalidad de las leyes. Con un Dios que no estaba inmanente en los fenómenos, que no formaba parte de ellos mismos sino que de ellos estaba separado, ¿no quedaban éstos ya de hecho abandonados á la especulación científica? Cuando el sacerdocio poseía el saber, la inteligencia humana se contentaba con la sabiduría sagrada. Divorciada la ciencia de la Religión, al recogerla la razón la encontró laica. A más, con el proselitismo extendió la idea de unidad, que sin él hubiera perecido en un rincón del desierto. Así ha contribuído al universal progreso esta raza; de la cual tan injustamente dijeron los eruditos del pasado siglo que nada útil á la Humanidad había legado.

Hemos dicho antes que sus móviles eran puramente materiales, y así fué en efecto. No se curó de más vida que la de este suelo, hasta que aprendió de un pueblo

---

(82) El pueblo que es fuerte no espera que nadie le emancipe. Se emancipa él solo. Ningún Mesías ha emancipado ningún pueblo. La emancipación de un pueblo se verifica por el esfuerzo de muchos. Sólo que en la historia se atribuyen á uno los esfuerzos reunidos de varios.

(83) No está bien probado que Daniel no fuera judío. Lo que parece indudable es que una gran parte del libro que lleva su nombre es de origen caldeo.

extraño á creer en otra, bajo la presión de la desgracia (84). *Dormís Señor?*—exclama.—*Ved que yo muero... Y que los muertos no pueden alabaros.* Y cuando adquirió el concepto de alma ó mejor de un espíritu que anima el cuerpo, no lo supo expresar sino por palabras bien poco espiritualistas por cierto. Los términos *Nefesch* y *Ruaah*, los usaba antes como sinónimos de *cadáver* el primero y de *soplo ó viento* el segundo. En la época de Job creía el Hebreo que el Hombre bajaba después de muerto á un lugar subterráneo denominado *Scheol*, que es muy difícil de distinguir de la tumba. Allí los muertos conservaban una vaga existencia, un tanto análoga á la de los *manes* de los Romanos, ó las sombras de la *Odisea* (85). Los difuntos tenían, á lo más, una segunda vida apagada, semiparalizada, en una especie de estado de fantasmas, pudiendo ser evocados, y aparecerse bajo un aspecto corpóreo.

Jamás creyeron en esa alma individual distinta del cuerpo inmaterial y eterna. En todo el libro de Job no se halla la idea de la Inmortalidad ni en un solo versículo. El pasaje del capítulo XIX en las Biblias corrientes, sobre el cual han versado tantas controversias, está traducido por San Jerónimo, ó por Lutero, los cuales lo han falsificado en el sentido espiritualista. En dichos versículos Job alude sólo á alguien que ha de venir á reivindicarle, no á su resurrección (86). En la época de

---

(84) Véase el importante trabajo de Grégoire, *De la croyance des Hébreux à l'inmortalité de l'âme. (Revue des questions historiques)*, t. II, año 1873, pág. 437. Véase también la *Rev. Orientaliste*, núms. 10 á 11, año 1879.

(85) Véase Renán, prefacio de la *Vida de Jesús*.

(86) Efectivamente, en ningún pasaje del libro de Job existe nada que se refiera á la inmortalidad del alma. La idea que domina en algunos versos del cap. III, es la de proclamar la igualdad en la Tumba, ó sea en la Muerte, lo cual es sólo una mera generalización del pensador, no una creencia en un lugar único determinado donde todos vayan á parar. En el capítulo VII continúa la misma idea sobre la Tumba, pues dice que los que bajan á ella no vuelven más. «Si yo hubiera perecido -dice Job en el cap. X—sería como si no hubiera existido»; y la misma manera de ver continúa en todo el capítulo, sin que se haga en él mención alguna de la otra vida, ni del alma, ni de resurrección de los muertos. La locución «ir, para no volver, al país de la obscuridad» indica sólo morir, en lenguaje metafórico. Encontramos también la expresión análoga «la Muerte, fin de todas las virtudes» en el cap. XXX.

El pasaje más controvertido de todo el libro de Job es el cap. XIX, v. 22 á 27. Este pasaje es evidentemente torcido en su traducción, lo mismo en la Vulgata que en la Biblia de Lutero. San Jerónimo le dió la siguiente versión. «*Sé que mi Redentor vive, y que el postrer día resucitaré de la Tierra* (Lutero dice *El me resucitará*) *y seré* REVESTIDO *de mi piel y veré á Dios* EN *mi carne*». Esta traducción y la luterana, han sido las normales en las dos Iglesias, católica y protestante, y han hecho creer que Job profetizaba *la venida de Jesucristo*, y que anunciaba *la resurrección*.

No queremos decir que haya habido mala fe de la parte de ambos traductores. El error consiste en la mala interpretación de algunas palabras. Las palabras que hemos marcado con letras grandes, no existen en el original. Se tradujo por *redentor*, la palabra GOEL y todos los hebraístas saben que el GOEL es sólo *el que defiende los derechos de otro*, y le

los patriarcas, como ya hemos indicado, creíase que el impío era castigado en vida con muerte súbita, y que el justo envejecía terminando su existencia tranquilamente á una edad avanzadísima. Así, según ellos, Dios les justificaba en esta vida. La muerte no les producía idea lúgubre alguna. El Hombre después de la muerte iba á reunirse con sus antepasados en el Scheol.

Pero un día las desgracias cayeron sobre el pueblo de Israel, al contacto con pueblos extranjeros. Entonces la idea de que el Hombre recibe la recompensa sobre la tierra no le satisfizo. El justo era frecuentemente espoliado y moría á veces en los degüellos ó en la esclavitud. Al contrario, el impío, el traidor á su Dios y á su patria, adquiría riquezas y honores, y terminaba tranquilamente su existencia. La antigua teoría patriarcal era, pues, insuficiente. Entonces surgió una nueva explicación, la de la retribución de la descendencia. Los hijos serán dichosos ó desgraciados, se dijo, según los padres hayan sido buenos ó perversos. Pero esta teoría tampoco satisfizo á nadie. «Si Dios me aplasta con la desgracia, ¿qué me importa que colme mis descendientes de beneficios? al fin y al cabo mi carne no lo ha de sentir». Luego la situación de los Hebreos se agravó en el cautiverio de Babilonia. Es probable que allí aprendieran el dualismo que les condujo á considerar el alma como entidad distinta del cuerpo, y puede que influyera también el contacto que más tarde tuvieron con los Persas, imbuídos ya de magismo medo. Sí; en Babilonia, en esa ciudad cosmopolita que quería verificar la unidad de la especie humana, convocando á los pueblos todos á la comunión de la carne, asimilándose las razas extrañas por medio de los hermosos cuerpos de sus mujeres, en esa ciudad fué sin duda en donde los Judíos sufrieron su segunda transformación religiosa. Oyeron á sus señores que el Hombre tiene un elemento tènue que está unido á él bajo la protección de un dios particular á cada individuo, que este elemento

---

reivindica todo lo que injustamente se le rehusa. Este es el sentido propio de la palabra. Así cada uno puede ser el GOEL de otro, según el *caso*. Aquí, el GOEL de Job es sólo *aquel que defenderá la causa de éste, en contra sus acusadores*. Job está convencido que Dios al fin permitirá la reivindicación de su inocencia. Si no antes de su muerte, al menos después de ella. Job vé esta reivindación futura. Se complace en ella y exclama: «*el* GOEL *se levantará sobre mi polvo (tumbo ó tierra) para hablar en mi favor*». Aquí la interpretación de alguna palabra podrá ser dudosa pero el sentido general es claro. El pasaje textual es este: «*pero yo sé que mi defensor vive*». Este no puede ser Dios, pues que pone el GOEL ó defensor en contraposición de éste, que en aquel momento le abate de una manera injusta «*y que á la fin se levantará sobre mi polvo:—despojado yo de mi piel que cae á pedazos—privado de mi carne—yo veo á Dios, si le veo—tomando mi partido—mis ojos lo ven, y no como enemigo... Mi corazón se consume de deseo en mi seno!...*

Véase si en este pasaje hay nada que indique la Resurrección, ni la inmortalidad del alma, ni la venida de Jesucristo para redimir á la Humanidad, como se ha pretendido.

sobrevive al cuerpo, y que puede tener dos destinos distintos después de la muerte del individuo. Las almas privilegiadas (y de aquí sacó la predestinación), alcanzaban por el favor divino una verdadera apoteosis; eran admitidas en el cielo con los dioses, en la *región de plata, de los altares fulgurantes, donde se nutrían de los beneficios del estado de bendición, en las fiestas dichosas y en la iluminación, donde se permanece sin inquietudes ni miserias* (87). De entre éstos, algunos, poquísimos, elegidos que llegaban á obtenerlo sin pasar por la muerte, subían al cielo en cuerpo y alma como Xisutros (88) (el Noé babilónico). Pero esta suerte después de esta vida era sólo para unos pocos, reyes, pontífices, héroes y grandes: para el común de los mortales, separada del cuerpo su parte espiritual (su demonio (89) como decían los Caldeos), iba á parar al *país del cual no se vuelve, al país inmutable*, situado debajo de la tierra y lleno de sombras. De allí sólo podían salir en forma de vampiros para aparecerse de noche y atormentar á los mortales. No obstante, se creía que en el centro de este país había una fuente guardada por dioses infernales, pues que el que bebiera de ella volvería á la luz. Al final de los tiempos las aguas de dicha fuente operarían la resurrección de los muertos (90). Esta resurrección final parece dudosa á ciertos autores. Estas eran las ideas de los Caldeos cuando esclavizaron á los Judíos.

Habían oído ya algo sobre resurrección en su cautiverio de Egipto. El dios solar que de noche muere y desciende á las regiones subterráneas para reaparecer luego, les daba la idea de una inmortalidad posible. Así impulsados por la necesidad y el deseo no tardaron en creer en la dualidad que en el Hombre admitían los Caldeos. Esta parte espiritual, tenue, que es reflejo de un Dios, es el motor interno que sobrevivirá al cuerpo. El cuerpo queda yerto sobre la Tierra y en ella permanece. El espíritu lo forma una substancia leve, impalpable, activa; el cuerpo una substancia grosera inerte, que sólo funciona en virtud de la otra. ¿Por qué el cadáver está yerto? Porque el espíritu se le ha separado. Pero, no obstante, el espíritu no fué considerado aún como una substancia pensante, como un alma con personalidad completa, porque para los Hebreos la personalidad residía en el cuerpo por entero. Mucho más tarde, después de

---

(87) *Rawlinson Cunei Form Inscriptions of Western Asia.* W. A. I. III, 66, verso, vol. 3, 1, 29-36.

(88) El cielo era la morada exclusiva de Iahveh y de los *Beni-eloim*, ó sea de Dios y de los ángeles. El Hombre no podía entrar allí. El Génesis no dice literalmente, de Elías y Enoch, sino que murieron, y no que fueran transportados vivos al cielo.

(89) Utukku.

(90) Diogen. Laërt. *De vita philosoph. proæm.*

la conquista de Alejandro, esta teoría se pronuncia más en el sentido del alma inmortal pensante y consciente. Entonces la influencia platónica se infiltra en el pueblo hebreo al mismo tiempo que las tendencias socráticas, para no desaparecer ya más (91).

Los Hebreos habían hecho una alianza con Dios á cambio de la cual debíales éste de dar la felicidad eterna y el predominio sobre los demás pueblos de la tierra. Y, no obstante, vino un tiempo en que los fieles de Jehovah eran perseguidos, y de los pueblos extraños eran el triunfo y la bienandanza; de estos pueblos que, según les decía su Dios *habían nacido en vano*. El fenómeno no dejaba de ser extraño. Según el creyente, Dios había escogido un pueblo entre todos los pueblos, y este pueblo, era aherrojado, dominado, oprimido, echado de sus hogares por los extranjeros; lanzado en medio de los otros era el ludibrio y el escarnio de los enemigos de Dios; y mientras los fieles padecían, los enemigos de Dios prosperaban. ¡Y Dios lo permitía! Y al judío que no podía creer que Dios le faltaba al pacto, todo se le volvía preguntarle: «Ya que por nosotros has creado el mundo, ya que las otras naciones no son más que una inmundicia, ¿por qué éstas nos dominan y nosotros nos encontramos reducidos á la impotencia? Babel, la hija del mal, la impúdica meretriz crece y prospera, y Sión está desierta». «¡Verdad es que entre nosotros hay pocos fieles, pero entre ellos no hay ninguno!»

Planteado así el problema, la prosperidad había de dársela Dios al fin de los tiempos. La solución estaba en la teoría de la resurrección de la carne, puesto que en el cuerpo residía la personalidad. Esto les hacía posible la justicia por medio de una renovación de este mundo. Perdida toda esperanza de triunfo, su egoísmo se hizo trascendental. Para realizarlo, para verlo satisfecho, les pareció aceptable el reanimar los huesos de los muertos, haciendo entrar en ellos el soplo que había partido.

Así pensaron que Dios por este medio les justificaría. Y creyeron que los que debían ir á gozar, los pocos elegidos, habían de ser ellos, que eran los buenos; y que los que debían de penar en las prisiones subterráneas, debían de ser sus opresores, los malos. De este modo se figuraron alcanzar la justicia que en esta vida no hallaban. Sólo pudieron concebir la emancipación de la servidumbre creando un mundo nuevo. No viendo posible la inmortalidad entre ellos, creyéronla fuera de ellos.

---

(91) Hasta la resurrección de los primeros judeo-cristianos no es más que una reconstitución del individuo, bajo una forma superior, imperecedera y desprendida de los lazos que la unieron á la sociedad terrestre. Es una resurrección de la carne de la cual ésta sale mejorada.

Habituados á la tiranía y recordando sólo servidumbres, trasladaron con su imaginación la vida á otro mundo en donde la esclavitud no pudiera alcanzarles. Faltos de alguien que les hiciera Justicia sentaron que Iahveh debía de venir á administrársela.

Pero sus profetas les habían predicho que vendría un Mesías á emanciparlos. ¿Cómo podía ser esto, si la Justicia debía de llegar sólo al fin del mundo con el juicio que Jehovah hiciera de los hombres? Esto halló solución creando un reinado mesiánico para antes de acabar el mundo. Los *scheol*, convertidos ya en depósito de almas, serían abiertos, y los justos gozarían un reinado temporal con el Mesías sobre los demás pueblos de la tierra, después de lo que vendría el Juicio final. En esta época, sobre 165 años antes del nacimiento de Jesucristo es cuando esta tendencia empieza á hacerse potente. El espíritu de venganza que encierra el corazón del Israelita estalla en forma de Apocalipsis. Varios fueron los que se escribieron desde el que lleva el seudónimo de Daniel hasta el que se atribuye á Esdras (92), escrito en el año 97 de la Era Cristiana. En todos ellos bajo la forma de visión y de diálogo con su ángel se describe con una fraseología exuberante en detalles, la venida del Mesías, las batallas que librará contra los otros pueblos de la tierra, la manera cómo éstos serán derrotados, exterminados, y puestos bajo el yugo del pueblo escogido, el reinado mesiánico, su duración (93) y el Juicio final, junto con el espectáculo que presentará la Naturaleza antes de anularse. Espantosas son las descripciones con que adornan tales documentos aquellas imaginaciones enfermas. ¡Cuánto presagio fatídico! «Antes que el día de Ihaveh venga, las mujeres ya no parirán, la naturaleza cambiará sus funciones, el sol se apagará, caerán las estrellas, las piedras hablarán, brotará sangre de los árboles... Aparecerá Iahaveh entre las nubes con Elías, Enoch, Moisés y Esdras, librados de la muerte, condenará á los malvados á suplicios eternos, y se remontará con los buenos. Y Dios no se entristecerá de los miserables que se perderán en aquel día; ni los padres podrán intervenir por sus hijos, ni los hijos por sus padres». En todos los Aposalipsis se daba todo esto por cercano. Los escritores apocalípticos presentan á las almas de los depósitos diciendo al ángel: «¿Cuándo saldremos?» y el ángel les contesta: «cuando el número de vuestros semejantes sea

---

(92) Renán prueba que todos los Apocalipsis llevan el nombre de un profeta anterior ó un seudónimo. Véase *Revue des deux Mondes*. Mars 1875. *L'Apocalipse del an 97*.

(93) El número de años varía. Pseudo-Esdras se contenta con 400 mientras hay quien opina que durará tanto como dure la tierra. Véase el libro de Enoch, y los titulados de Baruch y XV de Esdras.

completo;» y añaden estos escritos que *los depósitos de almas ya están llenos, que tienen plétora*, (el concepto es bien material por cierto), y que en el mundo han transcurrido las diez partes y media de las doce en que se divide el tiempo que ha de durar. Y como señales evidentes, «la talla de los hombres decrece—dicen,—la raza degenera, ¡no tiene ya el vigor de los primeros tiempos! ¡Todo ha perdido su lozanía!»

Pero el dogma de la resurrección de la carne y el de la inmortalidad del alma tal como se entendió, en vez de curar el alma produjeron ya en seguida el terror y el pánico. Sólo sirvieron para aumentar la infelicidad de los míseros que así creían. Iahveh era árbitro, tenía sus elegidos y estos eran pocos, además era dificilísimo el no haberle faltado, quien en algo le hubiera contrariado ya podía temblar; para una falta finita, se le esperaba un castigo eterno. A más, ¿quién sabía si estaba predestinado para la condenación por la voluntad del Dios omnipotente? Esta desolación de los ánimos se ve en cada línea de aquella literatura tétrica que surgió del dogma de la inmortalidad del alma. ¡Qué desesperación respiran aquellas quejas! «Que la humanidad llore y las bestias se regocijen—exclama el mísero Hebreo,—pues son de mejor condición que nosotros. No les espera juicio de ninguna especie; no tienen que temer tortura alguna, pues después de muertas nada hay ya para ellas.» «¿Para qué darnos la existencia con un porvenir de tormentos? ¡Oh Adán! ¡cuán grande debió de ser tu pecado que nos condena casi á todos por una eternidad al sufrimiento!... Valdría más la nada que la perspectiva de un terrible fallo de ultratumba.» «¡Para qué pasamos la vida en la tristeza y la miseria si nos esperan para después de la Muerte no más que suplicios y martirios!... Más nos hubiera valido que Adán no hubiera sido creado sobre la tierra... ¿de qué nos sirve la inmortalidad, si no hacemos más que obras de condenación?» Y así por este tenor se lamentan de una manera harto desgarradora todos los escritores apocalípticos de esta época. Estas imprecaciones, hijas de creencias tan lúgubres y horrorosas, preludian ya el espantable y sombrío oficio de difuntos, expresión fiel del Cristianismo en la Edad Media. Los cristianos luego se apoderaron de tal manera de los Apocalipsis, que los tales vinieron á formar en los primeros siglos el carácter esencial de su literatura. «Si el Cristianismo agravó tanto el terror de la Muerte—dice Renán,—toda la responsabilidad debe pesar sobre esta clase de libros.» Estas profecías, estas visiones en que la Naturaleza se trastornaba, y la desolación se llevaba á tan alto grado, fueron los primeros síntomas patológicos

de la fiebre delirante que iba á sufrir la humanidad por espacio de algunos siglos.

Hay que advertir que no todos los hebreos siguieron tales creencias. Los más ortodoxos fueron refractarios á tal reforma; rechazaron esta idea de un alma inmortal separable y distinta del cuerpo por disentir de lo dicho en las sagradas escrituras, y no quisieron admitir ni predestinaciones, ni espíritus, ni estados venideros ultramundanos de premios y castigos. A los innovadores llamáronles *herejes*, *disidentes*, *partidarios de Zoroastro*, que es lo que significa la palabra *fariseos*. Pero los Fariseos no tardaron en predominar sobre los Saduceos sus contrarios. Sus doctrinas estaban más conformes con los desastres del pueblo de Israel, y para mayor éxito, la Filosofía griega que empezaba ya á descomponerse por las tendencias orientales, venía á confirmárselas. Bien pronto los Judíos volviéronse helenistas y á su vez dieron filósofos que las formularon de una manera sistemática.

En Israel como en los demás pueblos seriales del Asia, la teoría de la dualidad humana y de la inmortalidad del alma en otro espacio, nació de un malestar social; fué necesaria en algunos pueblos para que una casta soportara la servidumbre que otra le infligía; nació en otros para crearse una felicidad que sobre la tierra no alcanzaban; siempre fué signo de decadencia, de esclavitud y de miseria, pues sólo se desea más vida en otro Mundo, cuando ya no se puede vivir con dignidad en este. Y esta ley histórica que se desprende del estudio de los pueblos asiáticos, verémosla regir también á las sociedades de Occidente.

VII

GRECIA

La humanidad dió un nuevo paso en el camino de la perfección y al darlo salióse del Asia, en dirección á Occidente. Tocóle esta vez el turno á una raza aria, recién establecida en una península é islas adyacentes, que formaba el tránsito del continente asiático al continente europeo. Esta tierra cubierta por una vegetación proporcionada al Hombre, favorecida por una temperatura tibia, limitada en gran parte por las transparentes aguas de un mar apacible, vino á ser el teatro en donde se representara este nuevo acto de la gran comedia humana.

Constituyóse la sociedad griega en el seno de esta naturaleza sonriente y armónica, que la protegía sin ahogarla, y al darse sus instituciones no pudo menos de hacerlo conforme con todo lo que la rodeaba, pues que las sociedades, lo mismo que los seres, son siempre el producto del medio en que se forman. Creó el gimnasio y robusteció al hombre; dió culto al Amor, y poetizó la vida; estudió la forma, y desarrolló el arte; democratizó las costumbres, y pronto la plaza pública vino á ser escuela de oradores; erigió el Pórtico, y se albergó en él la Filosofía; inventó el teatro, cantó el poema, abrió el camino, edificó la casa, planteó el jurado, escribió la historia, en fin, hizo cuanto estuvo en su mano para ennoblecer y embellecer la vida. Si estuvo sujeta siempre al ritmo, si la simetría presidió á todas sus concepciones, debiólo á la configuración del terreno; no viendo en cuanto le rodeaba más que horizontes regulares y proporciones mas equilibradas que tuvieron por fundamento la línea recta.

En una sociedad así constituída la Muerte no podía revestir aspecto lúgubre por ningún estilo; era tan tranquila como la caída de la tarde de un día apacible. Como se vivía bien no se podía morir mal.

El esqueleto era desconocido. La putrefacción del cuerpo ignorada. Al enterrarse un cadáver, sembrábase trigo encima de la tierra que lo cubría, para que germi-

nando éste, hasta la muerte inspirara la idea de la vida (94). La Muerte era considerada hermana del Sueño y de la Noche. Sus atributos lo eran de Amor. La estatuaria le personificaba en un adolescente de bellas formas y rostro impasible con el pie apoyado sobre una antorcha apagada. Hasta en el lenguaje los conceptos relativos á la Muerte y al morir, sólo podían ser expresados por palabras que indicaban actos de la vida (95), y se vivía para fines terrenos, no para un porvenir de ultratumba. Los dioses sólo se relacionaban con el Hombre en cuanto vivía. De aquí el que la muerte en Grecia fuera bella. Gloriábanse los Griegos de morir de una manera tranquila y hasta estética. ¡Con qué dignidad caían los combatientes! ¡Cómo se cubrían con el manto ó con el escudo para no infundir terror á los que pudieran verles! ¡Qué grandes ejemplos del bien morir los que nos legaron aquellos ciudadanos, que en su última hora reunían sus amigos y sus deudos, y se despedían de ellos con la conciencia serena, y con la convicción de haber llegado tal cual debían al fin de su carrera, animándoles á que fueran útiles, á sí mismos, y á la República.

El cadáver era lavado con agua tibia, ungido con aceites olorosos, envuelto en un manto, cubierto de ricas telas blancas y depositado sobre un lecho formado por un escudo ó unas andas, encima del cual los que fueron sus amigos acudían á derramar flores y hojas como último obsequio al que les fué querido. De esta manera, y bajo la custodia de los más íntimos, era expuesto en el pórtico de la casa, para que todos pudieran examinar si presentaba indicio alguno de muerte violenta (96).

Luego se le ponía un óbolo en la boca, y era conducido á la pira al son de cémbalos y liras, acompañado por el séquito de sus deudos, sus amigos y sus admiradores. Una vez allí, se le ponía encima de la leña, se daba fuego al montón, y se echaban substancias aromáticas á las llamas, para que aun bajo esta nueva forma vaporosa le acompañaran los perfumes. Los Griegos creían que el

---

(94) En los tiempos primitivos el cadáver era enterrado de cara á Occidente, uso que se conservó siempre en Esparta. En Megara, al contrario, se le enterraba de cara á Oriente. (Diog. Laert. I, sol, 2. Plut., sol, 10).

(95) Los términos que se empleaban para indicar los conceptos relativos á la muerte nada tenían de fúnebres. La idea de morir se expresaba con las palabras *apoginestai*, *oigestai*, abandonar la morada, y así á los muertos se les llamaba *oigomenoi* (Homero, *Il.*; Eurípides, *Alcest.*, v. 316). Algunas veces en vez de morir se decía *apergestai*, que significa partir para un viaje. En lugar de *ha muerto*, se decía también casi siempre *Bebiooke*, ha vivido, y alguna vez *kekmyke*, ha resistido, ha sufrido, y de aquí el nombre de *kamontes*, que se daba á los muertos.

(96) Eurip., *Troad.*; Eurip., *Hippolyte*, v. 786 y 789; Hom., *Odys.*, v. 44; *Il.*, v. 350; Platón, *Phædon*; Apul., *Plor.*, 1; Virg., *Æneid.*, VI; Laert., Socrat., Æliam.; Var., *Hist.*, lib. I, XVI; Aristot., *Eccles.*, V, 533; Clem. Alex., *Strom.*; Demost., *In Macart.*; Lysias, *Contra Eratost.*; Poll., lib. VIII, VIII; Suid., *In Proúkeito.*

individuo se escapaba como una sombra, de entre el fuego, y que remontaba envuelto en una columna de humo para marchar luego á ese vago país que llamaban Campos Elíseos (97). Así el morir en el mar era mirado con horror, ya que el individuo no podía escaparse en forma vaporosa del seno de las aguas (98). Por esto la ley mandaba al que encontrara cerca de la costa un cadáver arrojado por las olas, que lo quemara ó diera parte á la ciudad para que fuera conducido á la pira. Rehusarlo era tenido por acto de barbarie y castigado severamente por los jueces (99). Los deudos pegaban fuego á la leña. Una vez encendido el fuego al brillar la llama, sonaban trompetas, cantábanse himnos, arrojábase agua lustral sobre los presentes, y los parientes hacían libaciones de ricos vinos en copas doradas brindando cuatro veces solemnemente por la memoria del finado (100). Al tirano y al traidor, rehusábasele el honor de ser quemados, para que ni siquiera su sombra pudiera turbar á los vivientes. Tanto odiaban la tiranía, así fuera nacional como importada del extranjero (101).

Terminada la combustión del cuerpo que devolviera sus elementos á la circulación eterna, dispersado el humo por el viento, quedaba un polvo blanco por residuo, el cual era recogido y guardado piadosamente en la urna cineraria, y ésta era colocada en una columna, pedestal ó monumento á propósito al lado del camino, con la efigie ó el nombre del finado (102), y escenas alegóricas ó máximas morales. Cuando había dos seres unidos íntimamente por el amor, ó por la amistad, estas dos manifestaciones las más perfectas de la atracción universal, para que ni la muerte pudiera separarles, sus cenizas eran mezcladas y guardadas en un mismo vaso, sobre un mismo sustentáculo, en el que se grababan sus nom-

---

(97) La creencia de que un alma se escapa del muerto para entrar en una celeste mansión, es de época relativamente reciente en Grecia. Vésela expresada por vez primera por el poeta Focylide.

(98) En el libro VI de la *Eneida*, Eneas encuentra vagando por los infiernos á la sombra de su antiguo piloto Palinuro, que le dice:

Nunc ME *fluctus habet versantque in littore venti.*

«Entretanto estoy á merced de las olas y los vientos me rebaten contra las riberas».

Dice que *él* está á merced de las olas y es su sombra la que habla, considerándose solidaria del cuerpo que en el mar anda flotando.

Homero, en la *Iliada*, al hablar de los héroes que después de muertos son pasto de los perros y de las aves, dice *autous*, ellos mismos, no sus cuerpos. La idea de las sombras de los muertos y de los manes intervienen bien poco en los actos de los vivientes.

(99) Sophocle, *Antig.*

(100) Valer. Flacc., *Argon.*, lib. III; Hom., *Il.*, 220; Eschyl., *Xoyfor.*, v. 86 y 120.

(101) Diod. Sic. lib. XVI, cap. VI; Pausan., *Mesen.*; Valer. Max., lib. V. cap. III, Homer., *Il.* v. 384, v. 361, sobre tiranos. Hom., *Odyss.*, v. 256, Pausan., *Corinth.*

(102) Hom., *Il.*, v. 243, v. 795; Teoph., *In Caract. Etich.*, cap. XIV, *Peri periergias*; Pausan., I, cap. XVIII.

bres unidos (103), ó en bajo relieve sus dos bustos superpuestos.

Si el hombre moría viejo, quedaba en la memoria de sus conciudadanos el respeto que se supo inspirar por sus acciones. Si había sido indigno sus faltas eran olvidadas; hasta la ley castigaba el murmurar de los difuntos; tamaña ofensa llevaba la infamia más sobre el ofensor que sobre el ofendido (104). Si moría joven no se borraba de la mente de sus amigos su valor y su belleza. ¿Era un vate el finado? sus cantos eran repetidos de boca en boca, á través de las generaciones descendentes. ¿Era un filósofo? todos los que cultivaban la filosofía, se ocupaban de su sistema y de sus conclusiones; sus discípulos le ampliaban, sus contrarios le rebatían, pero todos recordaban con admiración el pensador difunto. ¿Había muerto en defensa de la libertad de la patria? ¡ah! entonces era un héroe, su inmortalidad era completa. Su muerte era seguida de ceremonias cívicas; y luego, se grababa su nombre en mármoles y en bronces, sus azañas eran objeto de un poema y de mención especial en la historia patria, su efigie era colocada entre la de los dioses, se le presentaba en las arengas guerreras como ejemplo en los ejércitos, y los combatientes le veían en lo más recio del combate aparecérsele en el aire, marchar enfrente de ellos y guiarlos á la victoria. ¡Morir por la libertad de la patria no era morir, era vivir eternamente en ella! (105).

Pero hasta aquí no hemos hablado más que del ciudadano, del hombre libre, el cual sólo formaba una parte de los seres humanos que poblaban el suelo helénico. El esclavo, este hombre que á pesar de serlo, sólo era considerado por la ley como una *cosa*, carecía completamente de inmortalidad. Desaparecía sin dejar rastro de sí, como el carnero del rebaño, el perro del huerto, ó el caballo del establo. Los hijos ignoraban las más de las veces quienes fueran sus padres, pues el amo del esclavo le vendía la prole, para que no pudiera confabularse con ella, y así sin solidaridad alguna con sus descendientes, sus actos no trascendían para nada más allá del tiempo que duraba su corta vida individual. No había tenido voluntad, no se le había concedido derecho alguno, sólo había sido una máquina de trabajo para su dueño; ¡qué mucho, que el pobre esclavo desapareciera de la vida, como desaparecen en el seno de la Naturaleza las formas organizadas que no tienen conciencia de sí mismas! Se había declarado el trabajo antitético de la libertad, y como todo error en teoría produce una injusticia en la

---

(103) Eurip., *Alcest.*, v. 366; Hom., *Il.*; *Odyss.*, v. 76; Agat., *Egip.*; Ovid., *Met.*, lib. IV, v. 154, y lib. XI, v. 702.

(104) Demost., *Orat. in Leptin.*; Plutarc. *in Solón.*

(105) Hom., *Il.*, y Eurip.

práctica, por fuerza el hombre libre debió de vivir á costa del hombre esclavo. Aquel derecho recién salido del fatalismo oriental no podía concebir la sociedad de otra manera (106).

En Roma durante los buenos tiempos de la República, pasaba lo mismo que en Grecia. Se vivía bien, se sabía morir cual se había vivido. Pero la inmortalidad del ser humano se extendió más, viniendo á perpetuarse por medio del testamento en el seno de la familia. De Roma puede decirse que en ella el ciudadano podía ser inmortal pública y privadamente. La inmortalidad pública era reservada á los que se distinguían por su talento y virtudes cívicas, y por lo tanto no era extensivo á todos; mas la inmortalidad privada era patrimonio de todo ciudadano, desde el momento en que por ser tal ya tenía la facultad de testar. En el testamento dejaba sus disposiciones á sus sucesores, y aunque el individuo desapareciera, su acción se prolongaba en sus descendientes, los cuales ejecutaban lo que el difunto había dejado escrito.

(106) El mismo Platón en su *República* no puede concebir una sociedad sin que esté basada sobre la esclavitud.

VIII

LA DECADENCIA

Nadie va ya á Delfos, después de perdidas la Lidia y la Jonia. Las respuestas ambiguas del oráculo parécenle al Pueblo subterfugios de los dioses para no declararle de una manera explícita que lo abandonan por completo á su hado adverso. Fáltale ya al divino Zeus el respeto de los mortales. Muchos le juzgan incapaz de gobernar el mundo; pocos le invocan; nadie le demanda nada. Los filósofos le discuten, los poetas le hacen blanco de sus sátiras; y sin apoyo en la conciencia pública, cae de la categoría de dios supremo del Olimpo, entre el estrépito de las carcajadas de los mil que ya no temen sus rayos.

En esto Iaco, hijo del Sol, que había entrado en Eleusis siendo aún un niño, salía transformado en un joven, pero imberbe, gordo y perezoso. Montado en el Belfegor de Babilonia (107), en el asno del príapo, y acompañado de los Faloforos y de los Itifalos, recorre la campiña predicando á los vendimiadores, el amor, la borrachera, la molicie, para aclimatar en Grecia las costumbres exóticas de los cálidos países de Asia.

¿Acudirá el Pueblo á la razón y confiará sólo en su propio esfuerzo, ya que sus divinidades le abandonan, ó sentará en el trono vacante del caduco Júpiter á ese afeminado adolescente de formas mórbidas, que le convida á apurar la copa del placer, como único remedio posible á sus desgracias? Así lo cree Esquilo, que en Marathón y en Salamina fué de los que detuvieron la irrupción de los hombres del Asia y teme ahora no poder detener la de sus dioses.

«Reverencia la Justicia; rinde culto á la Ley; mas guárdate de imponerte señores», le dice al Pueblo heleno desde el teatro, y le muestra la tiranía triunfante con el Baco de Eleusis, tras del cual asoman ya sus melífluas testas los pequeños Bacos de Fenicia, Syria y Frigia,

---

(107) *Belphegor*, significaba en Caldea, *el señor asno*. Este animal que llegaba á Babilonia por el Eufrates cargado de vino era paseado en triunfo y adorado como protector de la concupiscencia.

Adonis, Sabas y Attis. Y con Esquilo están todos los hombres fuertes. Aristágoras, Diágoras, Alcibiades (108), protestan enérgicamente en contra de los misterios del Zagreus frigio. Y Sócrates, Demonax (109) y Epaminondas rehusan el ser iniciados, combaten al mensajero de amor, y como ellos juran jamás ser cómplices del triunfo de la Tiranía. Demasiado sabían que con la elevación del Amor á culto perdían la libertad é inauguraban el imperio de la Muerte. A través de la máscara de paz del mensajero habían visto la faz de fuego del Moloch fatídico. Rehusaban la fraternidad del goce porque les venía impuesta como emanación del dios solar, y la omnipotencia del dios sideral sólo podía existir á expensas de la dignidad del Hombre.

Pero los misterios de Eleusis habían mixtificado ya la conciencia del pueblo griego. Los iniciados eran muchos, y la iniciación se extendía cada día á mayor número. Allí se educaba á los neófitos en un sistema de extralimitación, mezcla simétrica de disipación y de penitencia. Del espectáculo del invierno y del verano; de la tierra estéril y de la tierra fecunda, llena de flores primero y de frutos después; de la oposición de la noche con el día; se

---

(108) *Aristágoras* se distinguió siempre por su amor á la libertad y su odio á los cultos asiáticos, y á la tiranía que en ellos venía involucrada. Hizo sublevar los Jonios contra los Persas, los echó de todas las villas y volvió á restablecer el gobierno popular. Luego sitió á Sardes y la tomó. Viéndose incapaz de sostener por sí solo lo reconquistado se retiró á Tracia. Después de algunas peripecias murió asesinado, se cree, por los partidarios de los cultos orientales. Por su protesta contra las Eleusinas se le acusó de impío.

Diágoras era un filósofo de la escuela de Demócrito. Se le llamaba *el ateo*, por sus ideas contrarias á las supersticiones y cultos que en aquel entonces tomaban preponderancia en Grecia. Se le acusó de haber parodiado con varios amigos suyos los misterios de Eleusis para desacreditarlos. Tuvo que escapar, y se puso su cabeza á precio prometiéndose un talento al que lo matara, y dos al que lo trajera vivo al Areópago. ¡Y este edicto fué grabado en una columna en medio de la plaza pública de Atenas! Díjose luego que había perecido víctima de un naufragio ocasionado por la cólera de los dioses. Esta patraña de los sacerdotes para fomentar la superstición, se desmintió después. Murió tranquilamente en su retiro de Corinto.

Alcibiades capitaneaba la juventud que se sublevaba contra las supersticiones orientales que invadían la Grecia. El, lo mismo que *Epaminondas*, invadieron los templos á mano armada derribando y mutilando los ídolos de los cultos cabíricos y fálicos. No obstante, de carácter menos entero, transigió alguna vez con las ceremonias religiosas asistiendo á alguna de ellas.

(109) *Demonax*, uno de los ciudadanos más viriles de Atenas, filósofo por naturaleza, jamás había sacrificado á los dioses. No quiso ser iniciado en los misterios de Eleusis cuando apenas quedaba persona de alguna posición en Atenas que no lo fuera. La razón que daba era, que una vez iniciado, si tales misterios eran contrarios á la decencia y á las buenas costumbres tendría que revelarlos para apartar á sus conciudadanos de la orgía y la crápula que en nombre de la religión se les imponía; «y si son honestos—decía con razón—entonces los divulgaré por amor á la Humanidad». Estas palabras forman parte del discurso que en defensa propia hizo delante del pueblo de Atenas, que iba á lapidarlo por impío. Fué tal el efecto que produjo, que de contrarios volvió los más en favorables. Desde aquel día fué respetado por todos los buenos ciudadanos de la República.

había formado un rito que con el ayuno se preparaba á los fieles á la orgía, con la obscuridad de las tinieblas á la deslumbradora luz del sol, con la fustigación á la concupiscencia. Allí se representaba por los sacerdotes de Ceres un drama fantástico de muerte y resurrección. Allí se celebraba á media noche una misa orgiástica á la que asistían las novicias desnudas coronadas de iva y de mirto, misa en la cual lá hostia era la espiga, y el cáliz la copa. Porque el grano de la espiga renace después de enterrado produciendo la miés nueva, cantábase en un himno, un extraño paralelo entre ésta y el alma humana. El Hombre renacería después de la muerte, á impulsos de su alma, como el grano de trigo renace de la tierra después de enterrado al impulso divino. Y el vino, ese licor rojo que en sí tiene latente la fuerza que del sol ha recibido, era considerado sangre del dios solar que había bajado á la tierra, y era apurado para adquirir la vida eterna. ¡Con el trigo y con el vino, se comía y se bebía la inmortalidad de Eleusis! La mesa del festín y la del sacrificio se confunden en la Historia. El pebetero se metamorfosea en incensario. La borrachera preludió la fe, y el viático fué el fermento que corrompió y descompuso al Mundo Antiguo.

En estas fiestas el Zegreus frigio inaugura el culto fálico, promulga la ley del amor y hace entender á los iniciados que éste sólo del dios del cielo nos viene, cuando El envía su hijo á la tierra.

«Sin mi mediación—les dice,—sin bajar yo, no habría amor posible y se extinguiría la vida. Sin amor se acabó la reproducción del Hombre, la de los animales, la producción de las plantas. Sin mí, la tierra quedaría despoblada y á obscuras » (110). Y la muchedumbre tiembla ante la idea del ateísmo creyéndole fuente de esterilidad y de muerte.

Un pueblo influído por tales misterios no podía prescindir aún de los dioses. Si unos le abandonaban debía de buscar otros. La potencia teogénica no se había aún extinguido. Así es que desechó los consejos de Esquilo, y los esfuerzos de los que le siguieron fueron vanos. Esquilo era ateo; sobreponía la ley á la divinidad, la Justicia á los caprichos del Olimpo. Hacía más; en nombre de la misma justicia combatía á los inmortales y declaraba en

(110) Baco es la personificación del nuevo Sol, ó sea del Sol de primavera que ha sucedido al Sol muerto en invierno. Al venir á la Tierra con sus rayos da la vida á la vegetación y á los animales. A sus impulsos crecen las cepas que dan el vino. Por esto se le presenta personificado en un joven cubierto de pámpanos y se dice que el vino es la sangre del Dios. Todos los cultos del Asia Menor se basan en el hijo de Dios que viene á traer el amor sobre la Tierra, sea este Attis, Tammuz, Adonis, Sabas, Dionisos, etc. Muchos de estos nombres sólo significan «nuestro señor». Así vino la ley del amor á Occidente, trayéndonos la sumisión absoluta á un Dios, que por nosotros venía á la Tierra á verter su sangre.

su *Prometeo* qué día había de llegar en qué la Divinidad misma sería destronada. El pueblo se horrorizó ante tal blasfemia: rugió inflamado en santa cólera, y el poeta tuvo que escapar para no morir destrozado por las turbas. Porque había suprimido la muerte de los hombres en la escena, se le imputó que los sacrificaba á los genios infernales fuera de ella. Su teatro fué arrasado.

Desterrado Esquilo á lejanas tierras, Aristágoras proscrito, condenado á muerte Diágoras, libre la Grecia ya de impíos partidarios de la ley, Baco sube al Olimpo, recoge el rayo y el águila de Júpiter, é inaugura su reinado derramando corrupción sobre la Grecia á manos llenas. Sus apóstoles fueron la mujer y el esclavo.

El esclavo necesita la borrachera; la crápula le distrae de su mísero estado. Habituado á la esclavitud, ¿qué le importa ya la tiranía, si ésta le sumistra el goce con la mujer y el estupor con el vino? La mujer griega, á su vez, relegada al interior de la casa, no pudiendo seguir al hombre en la vida pública, invoca en su auxilio á las divinidades lloronas de Oriente. Cansada del hombre adulto y fuerte, que la domina, le enamora el tipo del adolescente imberbe, de cuerpo afeminado y alma perezosa. En vano protesta Safo con desesperado acento, en vano entona su heróico canto mixolydiano. Las pulsaciones de su lira no son escuchadas, las vibraciones de sus cuerdas se pierden en el aire. Los sacerdotes la condenan al destierro por impía, y después de su muerte se le achacan inmundos vicios de una cantante de su mismo nombre (111). Pronto Diana, la Luna casta, la hermana de Febo, celebra bodas incestuosas con el soberano señor de la celeste esfera. La virgen doria se transforma en Myr-Militta de Babel, en la Ashera fenicia, en Venus fúnebre. Su amor incestuoso le da remordimientos; por esto inspira el amor de noche, y alumbra sólo débilmente con pálida luz á los amantes cual si temiera descubrir un crimen; su disco lívido brilla con resplandor siniestro; la voluptuosidad que les inspira es una voluptuosidad triste. Ya no corta la vida á los mortales con sus dulces flechas, en lo más culminante de su carrera, privándoles de la decadencia de la decrepitud y de la enfermedad mortal lenta y repugnante; ya no les da la muerte sublime, la *Euthanausia;* prefiere dejarlos vivir en la degradación y el yugo. Ya no inspira el heroismo, sino el erotismo. Sentada en su impuro trono del templo de Efeso preside

---

(111) Según queda plenamente demostrado por los trabajos de los helenistas modernos, hubo dos Safos en Grecia, la una la heroica, la inventora del metro sáfico, que fué desterrada por su oposición á todo lo que produjo la decadencia en Grecia. Vivió feliz en su destierro de Sicilia, casada y con un hijo. La otra, la del salto de Leucade, era una cantante impúdica, conocida tan sólo por sus vicios.

crapulosa mascarada. Las ninfas, vírgenes ayer, convertidas ya en impúdicas vacantes, se revuelcan á sus pies encendidas por el fuego abrasador del deseo que las consume. Todo es allí furor afrodisíaco. Donde estaba la casta diva sólo hay el fetiche orgiástico.

Al extenderse la ley del Amor, se extendió la Muerte en Grecia. Hasta esta época, el Griego no había vivido subyugado á una ni á otra. Su vida era el desarrollo de la fuerza en todas sus acepciones. De la fuerza corporal por la gimnasia; de la intelectual por la Filosofía. Cultivando á un tiempo el valor y la inteligencia, haciendo trabajar por igual los músculos y el cerebro, ¿qué fuerzas podían quedarle para el alimento de esos sentimentalismos eróticos, patrimonio sólo del misticismo y de la holganza? Y siendo, en él, todo acción, todo vida, ¿qué lugar podía dar en sus especulaciones á la muerte? La muerte, si era heróica, ¿para qué filosofarla? por sí sola era ya un ejemplo. Y si no lo era, sólo merecía el olvido para que no contagiara el miedo. Esos enervadores dioses orientales, hermafroditas, tránsfugas del género masculino, unos; afeminados é incestuosos otros; mutilados y ensangrentados todos, enterneciendo á la mujer con su pasión, fueron los introductores en Occidente de la Muerte que da miedo, que espanta, de la Muerte de esclavo. Desde entonces, ¡qué de lamentaciones y gemidos en los funerales! ¡qué de lágrimas, de golpearse los pechos, de rasgarse los vestidos y hasta las carnes! ¡Ya no hay mujer que se convierta en una plañidera, el cabello esparcido, hundidos los ojos, el polvo sobre la frente! La Grecia entera se extremece á la extraña armonía del sollozo y el gemido. La Muerte pavorosa reina en la tierra helénica (112). ¡Pronto reinará en toda Europa y su reinado durará por muchos siglos!

Yo la veo entrar á reemplazar la Muerte digna al son lúgubre de la flauta fenicia y del arpa babilónica, en-

---

(112) La Muerte del dios de la Naturaleza, lo mismo en Caldea, Siria y Fenicia, que en Egipto, producían el terror y la desesperación entre las gentes. ¡La Naturaleza muriéndose toda entera! ¡qué espectáculo más pavoroso! Pero el Sol muerto renacía y con él se vivificaba de nuevo toda la Tierra. Este espectáculo fué explicado por una generación análoga á la humana, y simbolizado en el *mediador*, en el *Señor* que baja al mundo, en el hijo del Dios que nos trae la ley del Amor. Al importarse á Europa el culto éste, importóse también con él el misterio de la muerte de dios, y de consiguiente el pavor y el llanto. Además en estos cultos se favorecía el predominio de la Tiranía, de la arbitrariedad de un monarca sobre el Pueblo; puesto que la sociedad tomaba ejemplo del cielo para constituirse y como en el cielo había un astro, el Sol, que regía á los demás en la Tierra, era lógico que uno se impusiera de una manera absoluta sobre los otros. ¡Sin libertad, sin influir para nada en el gobierno de su patria, el Griego, á partir de este momento, tuvo la muerte triste y mísera del esclavo! ¿Cómo podía tener una muerte dichosa, dejando á su ciudad esclava y no sabiendo si sus hijos serían víctimas mañana del capricho de un tirano!

vuelta en el humo de la mirra (113), haciendo brotar el fúnebre ciprés de sus pisadas, sembrando por doquier la pusilanimidad y la melancolía. Yo la veo entrar por las puertas de Eleusis, entre la embriaguez de los hombres y el delirio producido por la sobreexcitación de la sensibilidad en las mujeres, y dominarlo todo con la propagación de las *adoniseas*, esas fiestas tan lacrimosas como concupiscentes, importadas de *Biblos*, en que las griegas languidecían hasta caer en el deliquio.

¡Ah cómo ruge Prometeo, ya amarrado al Cáucaso, al contemplar la Humanidad entregada á la Tiranía por la mujer y por el esclavo, por el amor y por la *gracia!* Ya no hay calma ni tranquilidad posible acá en la Tierra. Ya se nubló el sereno cielo de la Grecia. No más Razón ni Justicia entre los Hombres. ¡Tiranos! ya sois dueños de los pueblos. ¡Reinad tranquilos de aquí á que el Promoteo se levante libertado por el Hércules revolucionario!

*
* *

Pronto á la viril filosofía de Tales, de Anaximandro, de Anaximenes, de Xenófanes, de Parménides, de Heráclito, de Empédocles, de Leucipo, de Demócrito, y de tantos otros pensadores griegos, sucedieron las elucubraciones metafísicas de Platón y sus discípulos (114), y los delirios aritméticos de Pitágoras.

Ninguno de los filósofos anteriores á la escuela platónica, excepto Pitágoras, concedía personalidad al alma separada del organismo. A lo más alguno admitía su transmigración inmediata á otro cuerpo (115). Casi todos le asignaban como atributo esencial el movimiento. Unos decían: «sus átomos tienen la propiedad de moverse en más alto grado que los de todo lo demás que existe, y por esto vibran á impulso de los objetos externos; así es como el alma viene en conocimiento de todo lo que nos rodea.» Otros, como Demócrito, añadían: «sus átomos no sólo son susceptibles de vibrar, sino que jamás están en reposo, gracias á su configuración esférica», y explicaban los sueños por la continuación de las vibraciones que á uno le ha comunicado lo exterior estando des-

---

(113) La flauta que se tañía en los entierros denominada *Salambó* es ed origen fenicio. El Arpa, *Cyniras*, es el instrumento músical fúnebre de Babel: y la Myrra es el incienso que en esta ciudad se quemaba al muerto.

(114) Empédocles, Leucipo, y además Neso de Chios y Metrodoro, eran ya casi contemporáneos de Platón, aunque estos últimos hayan recibido lecciones de Demócrito.

(115) Los partidarios de la transmigración estaban evidentemente, influídos por ciertos dogmas orientales, Pitágoras sobre todo.

pierto (116). Leucipo sentaba que el alma necesitaba de la respiración, pues era un fuego, un ser ígneo, una combustión, como diríamos ahora; «*cuando no hay aire se apaga*, añadía, *y el individuo muere*, y muere también cuando con el aire se consume el fuego» (117). Heráclito, suponía el mundo rodeado de una esencia divina, fluido tenue que respirábamos (¿habría previsto el oxígeno?) y que nos vivificaba de continuo: y formulaba la vida diciendo que consistía en «un cambio perpetuo de la materia, en un movimiento continuo de emisión y de absorción, cuyo movimiento es el del círculo» (118). Por intuición había adivinado las últimas conclusiones de la Biología moderna. Hasta el mismo Aristóteles, después de haber hablado Platón, considera al alma como «la superior categoría de la forma de la materia» y la define así: «es la primera actualidad de un cuerpo organizado que tiene la vida en potencia.» Pero no tardó en contagiarse; la atmósfera moral estaba llena de los desvanecimientos filosóficos de la nueva escuela y no pudo sustraerse á su influencia. Con la noción del *nous* (119), como forma pura, y su emanación del *cuerpo celeste* dió lugar á los partidarios del seudo espiritualismo á que en lugar de ver en esto la influencia del mundo sideral, del universo sobre la inteligencia, dieran una interpretación errónea del tema é hicieran emanar el alma directamente del cielo y la transportaron allá después de la muerte como punto de partida.

Pitágoras y Platón (120) imaginaron la teoría de la personlidad del alma, desdoblando al hombre así en dos mitades; Platón, influído por Pitágoras, hizo emanar el alma humana del alma universal, y la dividió aún en varias entidades simples como los Egipcios. Así concibió un alma *irascible*, otra *apetitiva* y otra racional. Las dos primeras residían respectivamente en el corazón y en el vientre y morían con el cuerpo; la última residía en la cabeza y era inmortal.

Según él, el alma es de naturaleza ígnea y se aparta de las esencias *(ta ontos onta)*, de las ideas *(idea)* de los tipos primordiales, cuando se encarna en el cuerpo. Entonces se perturba y no se ve más que la sombra de las

---

(116) Aristóteles *De devinat, per somnum*, c. 2. Véase también F. Hœfer, *Biografía general.*—Demócrito.

(117) Véase Aristotel. *De Anima*, I. c. 2.

(118) Hippocrat. *De Alimentis*, VI.

(119) El *nous* que Anaxágoras definía «*Un elemento puro y sin mezcla, más ligero y más sutil que los otros, que es el mayor y el primer motor del mundo inteligente y activo*». Aristóteles lo considera solamente como el alma superior, *inteligencia pura ó alma noética*, en oposición á las almas, *nutritiva, motriz, sensitiva* y *apetitiva*.

(120) Véanse las ideas de Platón relativas al alma, en su *República*, en *Phédon* y en *Gorgias*. Puede consultarse la traducción de Cousin, que es bastante fiel.

cosas. Nuestras ideas sólo son el recuerdo vago que conserva el alma de aquellas ideas primordiales anteriores á esta vida. Cuando el alma del Hombre después de la muerte vuelve á entrar en el alma universal, entonces vuelve á ver todas las cosas bajo su verdadero aspecto, y se nutre de nuevo de las esencias y de las ideas que eran su pasto antes de encarnarse. «El alma se extravía y se perturba, dice Platón, cuando se sirve del cuerpo para considerar algún objeto; entonces tiene vértigos como si estuviera ebria, pues que se une á cosas que por su naturaleza están sujetas á cambio. Cuando contempla su propia esencia entonces se dirige hacia lo puro, lo eterno, lo inmortal, y como ella es de igual naturaleza, queda adherida á ello todo el mayor tiempo posible. Entonces sus perturbaciones cesan, pues se unió á lo inmutable y en este estado del alma consiste la sabiduría, y los verdaderos filósofos son sólo los que la cultivan.»

Y en Roma, á la par que en Grecia, después de haberse dicho por filósofos, poetas y oradores ilustres, que la muerte sólo era el descanso eterno de las fatigas de la vida, aparecieron con la decadencia unos pseudo-filósofos que la dieron por explicar el tema de otro modo. Cavilando sólo sobre lo que les dictaba su vanidad y ayudados por su fantasía, sentaron gratuitamente que en el pensar para nada interviene la substancia organizada de nuestro cuerpo, y por ende que debía haber algo más sutil que lo efectuara; y á este *algo* se le llamó alma, *ánima*, derivación del *anemos* griego, que significa *aire*. Una substancia sutil, una especie de aire interno, es lo que en nosotros piensa, dijeron, y cada cual daba su destino, según su deseo, á este aire una vez escapado del cuerpo. Resistíaseles el que las facultades que poseían desaparecieran con ellos, y quisieron probar que se perpetuaban, para lo cual imaginaron el *ente*, fuera de *lo que es*, cayendo así en plena metafísica. Hasta los hubo que considerándose poseedores del infinito en su espíritu, quisieron que éste no hubiera tenido principio, al igual que se había dicho que no tendrían fin, y sentaron que el alma humana era ilimitada por sus dos extremos. Como consecuencia de este dualismo, fueron acentuando la oposición entre las dos substancias que componían al Hombre, según su ver, y dijeron que disminuyendo las fuerzas del cuerpo, preponderaba el espíritu. Sin las trabas materiales el espíritu era libre en absoluto, ¡cuanto menos materia, más libertad moral! Y no tardó en manifestarse una tendencia bien marcada al ascetismo.

En los buenos tiempos de la República, en Grecia y en Roma, y aun por los reinados de los primeros Césares, no se necesitó en modo alguno de tan extravagante teoría para fortalecer al Hombre. Ilustres patricios, elocuentes

oradores, guerreros insignes, vates inspirados, dieron gloria á su patria sin que determinaran sus actos tales ideas, ni concibieran sus obras bajo su predominio. La sola enunciación de esta teoría, fué ya objeto de general escándalo. Y todo el que de culto se preciaba rechazábala como una útil extravagancia.

Pero las repúblicas de Grecia ya habían sucumbido; la de Roma, después de las luchas de los triunviros, había parado en un César; y las ciudades habíanse quedado sin lo más florido de su juventud, lo más fuerte y lo más inteligente: la guerra las había devastado. El principio de lo divino que el politeísmo greco-latino solo tenía en germen, libre el campo de obstáculos, pudo entonces desarrollarse de una manera exorbitante; sin que nada se les opusiera, los dioses del Asia y del Africa entraron triunfantes, los unos tras de los otros, y la cosa llegó á tal extremo que pronto la religión tendió á absorber la sociedad civil con todas sus instituciones (121). Desfallecida, extenuada ya la sociedad occidental, fueron cayendo sucesivamente sobre de ella los residuos de los corrompidos imperios de Oriente, y esta levadura insana, este fermento pútrido, la puso también en fermentación, y la descompuso.

La Antigüedad sucumbió gracias á estas decadencias que se le vinieron encima cuando ya no pudo resistirlas. El pueblo persa había sido libre, pero mixtificado luego por su unión con los medos, acabó de perder su espíritu viril, al conquistar el imperio babilónico y asimilárselo, para formar la Monarquía universal. El pueblo egipcio, alejado ya de su libre estado primitivo, cada día más oprimido por su teocracia, terminó por convertirse en una nación de sepultureros. Las tribus judaicas, antes republicanas, después de los cautiverios, habían llegado al misticismo, gracias á su subordinación siempre creciente al principio divino, y desesperando ya de todo bienestar sobre la tierra proclamaban una vida para después del fin del mundo. Y todas estas tendencias, hijas de sociedades agotadas, que sólo encerraban desesperación ó servilismo, fueron invadiendo sucesivamente á Europa,

---

(121) La influencia de las religiones orientales la experimentó primero la plebe que la gente culta. Las clases bajas estaban ya llenas de supersticiones cuando los filósofos sertaron la teoría del alma inmortal distinta del organismo. Así vemos á los Atenienses, después de una victoria marítima, condenar á sus generales á muerte, porque en medio de la tempestad que sucedió al combate no se habían detenido á recoger los cadáveres para hacerles las exequias. Estos generales, discípulos de los filósofos, no creían que pudiera sucederle algo al individuo después de muerto, por lo tanto parecióles igual que el cadáver se descompusiera en la tierra ó que lo efectuara en el seno de las aguas. Las turbas, que preferían el descanso del alma de sus parientes á la salvación de la patria, comparecieron de luto delante del tribunal á pedir venganza, y le obligaron á sentenciar á la última pena á sus libertadores.

cuando sus repúblicas habían ya muerto, y en su lugar se había levantado el Imperio.

A partir de aquí los ánimos decayeron apresuradamente; las ideas de autoridad absoluta y arbitraria dimanadas de la del monoteísmo predominaron sobre todo. El monoteísmo se presentó imponente, aterrador. Lo divino aplastaba ya á lo humano. Los paganos estaban acostumbrados á tener, á más de los grandes dioses del templo, los de la ciudad, de los campos, de la plaza, del foro y de la casa. El Dios Unico los había muerto y los paganos se encontraron huérfanos debajo la inmensidad de un Dios universal con el cual no podía concebir su mente una relación directa; y los que aun no podían prescindir de religión pedían á voces algo que les uniera á la divinidad, que les sirviera de intermedio. No tardaron en aparecer filósofos que esparcieron la teoría del mediador, ser que á la vez era dios y hombre, lazo de unión entre éste y aquél. Los espíritus religiosos buscáronle en seguida bajo cualquier forma que se presentara; y las turbas pasaron de la adoración de Baco y Adonis á la de Sabas para caer en fin en la de Mithra, otro dios hijo, soberano señor de los pretorianos. Entonces fueron precisas esas seudofilosofías para disminuir el miedo á la muerte que había invadido el imperio con los nuevos ritos. Así como Grecia había recibido los cultos fúnebres de Fenicia, de Siria y de Frigia, Roma los recibió de Egipto. Sí, de Egipto vino, con aquellos dioses mortuorios, la corriente lúgubre que se fué apoderando por momentos de los ánimos ya asaz contristados. Verdad es que Tiberio proscribió estos ritos desoladores, pero fué en vano. Todo estaba preparado para recibirlos, como todo lo estaba en la tierra helénica, algún tiempo antes, para acoger al dios ensangrentado de Biblos. Dominó éste cuando Grecia no tuvo Esquilos ni Epaminondas que le hicieran frente. Roma, hacía muchos años que había perdido á Scipión, y no tenía ya Catones que pidieran todos los días la destrucción de Cartago.

Se vivía sin mutualismo de ningún género, y se practicaba tan poco la justicia, que los que la tenían en algo predicaban que sólo podía venir de un Ser Supremo, único en quien cabía. Sin lazo alguno de unión entre los ciudadanos, con el menosprecio de la dignidad humana en todos, el Emperador llegó á ser omnipotente; y el Emperador atendía únicamente á los pretorianos que le habían encumbrado. Ellos eran su apoyo; para ellos eran, pues, las riquezas y las distinciones; los demás ciudadanos sólo eran objeto de sus rapiñas y violencias. La orgía báquico-militar se extendía de un confín á otro del Imperio, y el culto de Mithra, que preludiara Grecia con el predominio macedónico, estaba á punto de ser impuesto

como el único verdadero, por la chusma militar de un emperador embrutecido.

Los hombres estaban afeminados, las matronas intervenían en los negocios públicos concediendo favores á cambio de influencia. Inundábase Roma de esclavos asiáticos; corrompidos, degradados, gentes que ni aun antes de la esclavitud habían sido libres; y éstos iniciaban á sus amos en sus enervadores cultos, cuando no alcanzaban los primeros puestos del Estado después de emancipados. Al amparo de las leyes, llegaban á ser tan romanos como los propios hijos de Roma; ésta llegó á verlos con la púrpura imperial en las espaldas. No hubo entonces vicio ni monstruosidad practicada en el Asia Menor, que no se pusiera en boga, y para colmo de desolación llegaron aquellos abyectos ciudadanos, á impulsos de las concupiscencias más brutales, á rehusar el tener hijos. No podían menos de suceder tales cosas: en lugar de una idea, en lugar del derecho, de la libertad, tenían, no un principio, sino un hombre, el César. Y como el César era sólo la personificación de la arbitrariedad, de la ausencia de la ley, la sociedad occidental no pudo ya resistir á los elementos exóticos de descomposición á que las repúblicas habían sido refractarias.

Pronto la superstición se desarrolla en Roma de una manera formidable. Lo que pasa en sueños se toma por apariciones reales. La magia sirve para evocar los muertos. muchos son los que se figuran verlos. La sombra de Calígula aparécese á varios, porque su cuerpo fué enterrado sin las formalidades religiosas, y anda errante hasta que le desentierren y se cumpla con ellas. A los emperadores las almas de las víctimas les salen para atormentarles. Hasta se dice que la de Pompeyo animó á Catón, y levantó el brazo de Bruto para que hundiera su puñal en el pecho de César (122).

Al mismo tiempo entra el desprecio á la vida en unos y el horror á la muerte en otros. Entre los Romanos, lo mismo que entre los Griegos, la desolación presentó estas dos tendencias. Los patricios adoptaban un epicureísmo práctico y sin reparar en los medios, procuraban acumular sobre su persona la mayor cantidad de goces posible. «Que el placer haga olvidar á los mortales su destino», se decía en todas partes; y el opulento ciudadano pa-

(122) Los sueños fueron el origen de la creencia en los aparecidos. Los Romanos cultos llamaban á tales creencias *superstitiones*, de *stare, super*, estar sobre ó fuera de la realidad. Herbert Spencer y Tylor creen ver en los sueños el origen de las creencias animistas, es decir, de la idea de otro *yo*, que puede dejar el cuerpo para ir á otros lugares, y que subsiste aún después de la muerte. Así, por las visiones que en sueños se tienen, de gentes que ya no existen, se creyó en la inmortalidad de estas sombras humanas ilusorias, y se las llamó almas. Esta creencia reaparece en todas las decadencias y estados bárbaros, cuando se olvidan los estudios serios de la Naturaleza.

saba todo el día encenegado en la crápula, porque la sola idea de morir le estremecía, y trataba de apagarla por medio del estupor que la embriaguez comunica. «Gocemos sin acordarnos de la muerte—canta el poeta;—si ha de venir, que el ruido de la orgía sofoque el rumor de sus pasos.» «Disfruta, ¡oh viejo! que con la voluptuosidad y el placer te trasladas á los mejores tiempos de tu juventud.» «Pensemos sólo en hoy, ¿quién vió el mañana?» (123). Y la plebe y los esclavos, privados de alcanzar tales goces, sin medios para proporcionarse tales olvidos, desprecian la vida y se hacen cínicos. En esto el Circo alcanza todo su apogeo. El que era condenado por un ideal, ¿qué mejor podía esperar de una sociedad en tal estado que la muerte? *Vita nihil pejus, mors nihil melius*, decía el filósofo. El esclavo que arrastraba una vida cada vez más miserable, no tenía reparo alguno en hacerse matar matando; pereciendo se libraba de la servidumbre, y allí sucumbía casi sin apercibirse, en el vértigo sangriento del combate. Y el pueblo acudía frenético á tales luchas para perder el miedo á la muerte, á fuerza de ver morir.

El reinado de Nerón es el que más caracteriza estos tristes tiempos. La población de Roma, envilecida por la servidumbre, perdida la dignidad patricia casi sin restos de las virtudes cívicas de otros tiempos, se dejaba diezmar por el Tirano lo mismo que por una epidemia. La obediencia á los castigos era tan completa, que le permitía al César disponer de las vidas con una arbitrariedad semejante á la del Hado. Apenas podía considerarse seguro el que en nada sobresalía, ó el que no poseía cosa alguna que pudiera excitar la envidia del Emperador, ó la de sus corifeos. Y en medio de esto ni tan siquiera hubo quien matara al déspota para libertar á la oprimida patria. Muchos eran los sentenciados á muerte: casi todos sabían su sentencia antes de ser presos, y ninguno se atrevía á morir luchando por la dignidad perdida. Un día unos cuantos patricios, á quienes quedaba aún un resto de la antigua fiereza romana, se conjuraron para libertar á la capital del mundo de su tirano. Descubierta la conspiración por un liberto, ni tan siquiera valor tuvieron para morir como debían. Para librarse de la muerte, los unos se acusaban á los otros. Uno de ellos, Lucano, ¡¡¡llegó á denunciar á su propia madre!!! Subrio, el único que conservó la dignidad y el carácter hasta el último momento, hallándose al lado de Nerón, intentó clavarle la espada; pero otro conjurado le paró el brazo. Pisón, el que estaba destinado á ser el jefe, fué detenido por sus amigos en la plaza; «¡Monta

(123) Anacreonte.

á caballo, que aun es tiempo!—le decían.—¡Llama al Pueblo, arenga á los soldados, que aunque descubierta la conspiración, si tú quieres, podemos llevarla á cabo todavía! ¡Ponte al frente, que nadie faltará á su puesto! Y en todo caso más vale que mueras luchando por la libertad, en brazos de la República, que en el afrentoso suplicio. ¿Qué te importa morir, si tu fin te honrará tanto, como el suyo á tus antepasados, á los ojos de la posteridad que ha de juzgarte?» Pero Pisón era un romano de la Decadencia, y tan nobles palabras no le alentaron. Abatido, dudando del éxito, se encerró en su casa y, esperando á que los soldados fueran á prenderlo, se abrió las venas, no sin haber antes dejado consignado en su testamento su adhesión al César, á instancias de su mujer, que no quería incurrir en el castigo.

La ilustración, la inteligencia, el valor, la antigua nobleza romana, todo se inmola en estos tristes tiempos á una orden del déspota. Los generales que militan en lejanas tierras, al saber que han incurrido en el desagrado del Tirano, prestan humildes la cabeza á la cuchilla, al primer decreto que reciben del poder de Roma. Se llega á más; se piensa en suprimir el verdugo y se encomienda á los mismos condenados el que se ejecuten la sentencia. El César impone el suicidio como una ley del Estado, y los quirites se adelantan á él no esperando ya tan siquiera la orden. Al apercibirse que han caído en desgracia, se meten en el baño tibio, se abren las venas con el estilete, y mueren contemplando cómo su sangre se vierte en el agua, con la tranquilidad del que cumple con un deber sagrado. Y antes de morir, reparten sus riquezas entre sus parientes y sus servidores más queridos; dan la libertad á los esclavos, consignan su postrera voluntad en el testamento, todo como si se tratara de una muerte natural prevista. Torcuato Silano, acusado de querer eclipsar á Nerón en prodigalidad y lujo, al ver que se prende y aherroja á sus libertos más queridos, se encierra en su aposento y se suicida en el baño. La liberta Epicaris, conducida al suplicio después de atormentada por sospechas de conspiración contra el César, se desata el ceñidor y se estrangula. Vestino, temiendo ser condenado, da una cena espléndida de despedida á sus amigos; al terminar el festín, viendo que los pretorianos cercan ya la casa para prenderle, entra en sus habitaciones, llama á su médico, se hace sangrar, y espira en la bañera, sin tan siquiera exhalar la menor queja. El tribuno Silvano se mata al subir al Capitolio. El disipado Pretonio, dentro de la pila, abiertas las venas, recita poesías lúbricas á sus amigos, dispone de sus asuntos, y se complace en abrir y cerrar sus heridas como si se quisiera administrar la muerte á pequeñas dosis. Lu-

cano corrige un poema en el sangriento baño, y al sentirse morir, recita unos versos suyos, en que describe igual clase de muerte en un soldado. Poco tiempo después, su padre se suicida de una manera análoga por haber sido declarado iniciador de la conspiración en que su hijo había intervenido. Veto, víctima de una acusación, estando con el Emperador, se retira á su casa con su familia para morir en su compañía tal como había vivido. Séneca, desangrándose en el agua, anima á sus discípulos que le lloran y les dicta sentencias. Peto Taraseas, que ha disgustado al Tirano por tener el aire grave y el semblante severo, se suicida también, ofreciendo antes su sangre en holocausto á Júpiter. Borea Sorano, procónsul de Asia, es condenado á tal pena por haber gobernado con justicia. Rufo y Próculo, que por sus méritos se hacen sospechosos, se ven obligados al fin á darse la muerte. Crispino, desterrado á la Cerdaña, puso fin á sus días con sus propias manos. Curbulón, guerrero insigne, para prevenir la infamia del suplicio se hunde el gladio en el pecho, y una infinidad de ilustres patricios se matan tan sólo para no vivir sujetos á tal monstruo (124).

Un pequeño número de hombres de carácter, de costumbres honradas y sentimientos puros, únicos restos de la virilidad republicana, soportaba con más valor que los demás su existencia, pero lográbanlo únicamente acostumbrándose á creer que el dolor era un bien y los sufrimientos el solo medio de aleccionarnos en la vida. Pero ¡ay! el mal era de tal índole que la filosofía estóica no podía remediarlo. Desde su aparición ya fué refractaria al Pueblo, que no comprendía tan honradas sutilezas. Y entre creer que era un bien el propio daño y el suicidio, prefirió lo último como remedio más heroico, ya que era el único refugio de la dignidad ultrajada y de la falta de condiciones de existencia. Tal vez los estoicos hubieran hecho prosélitos si hubieran predicado la insurrección y la guerra contra la Tiranía; tal vez de esta suerte se hubiera podido formar alrededor de ellos un grupo potente que contuviera la disolución romana; un centro de conspiración que hubiera enardecido el decaído espíritu de los patricios, haciéndoles ver en último término su libertad positiva; pero los estóicos vivían también en la Decadencia, y no tenían ni siquiera la esperanza de la posibilidad de reconstituir la República. En vez de hundir el bladio en el corazón del Tirano, sólo le dirigían de vez en cuando algún sarcasmo. Si les condenaba á muerte, se conformaban, y á lo más

(124) Todos estos detalles y muchos más pueden verse en Tácito, *Anales*, lib. xv y xvi, y en Suetonio, *Vida de los doce Césares, Nerón.*

increpábanle como Demetrio, que le dijo: «Tú me amenazas con la Muerte y la Naturaleza te devuelve la amenaza.» Algunos, recompensados por él, le despreciaban sus recompensas, y se suicidaban. Otros, sentenciados á la última pena, marchaban al suplicio, haciéndose acompañar por un filósofo. Casio Julio, yendo á morir, les contestó á sus amigos que le preguntaron si el alma era inmortal, que si podía volver se lo diría. Pero fuera de cierta dignidad en el morir, que supo inspirar, la filosofía estóica no curó el mal de las masas; al contrario, preparó el terreno sobre el cual vino á arraigarse el Cristianismo.

En esto la poesía empezó á delirar, y el egoísmo, haciéndose trascendental en la plebe, reclamó la felicidad que no obtenía, para una vida de ultra-tumba, al igual que lo habían hecho los Fariseos entre los Judíos. Aquellas gentes que no tenían en nada el vínculo social, pues pertenecían á razas distintas; que vivían sin un fin, sin saber dónde ni cómo podrían hallar la salvación, encomendaron á una fe la curación del malestar de la época como el que cierra los ojos para pasar una tormenta de miedo de no ver lo que le rodea. La fe debía de remediar lo que no habían podido el epicureismo de los poderosos, el cinismo de los desgraciados, ni el estoicismo de los sabios. Y no tardaron en aparecer los apóstoles del Cristo, esos fariseos reformados, y en nombre de la fe añadir á la inmortalidad del alma, que no podía hacer prosélitos, el dogma extraño de *la resurrección de la carne*. «Tanto crimen, tanta maldad, tanta corrupción siempre creciente—decían,—propiedad es de nuestra naturaleza miserable. Nuestros primeros padres eran libres; Dios les había hecho inmortales, puros, felices; y les había dado por mansión un paraíso. Pero desobedecieron el mandato divino, quisieron comer la fruta prohibida, y su horrendo pecado los volvió frágiles, desgraciados y mortales. Su culpa se hizo hereditaria, y trascendió á toda su descendencia; y nosotros sus hijos, la llevamos encarnada al venir al Mundo. El pecado y la Muerte son las consecuencias de tal desobediencia: ¡la muerte del cuerpo, y el pecado que es la muerte del alma! ¡Mas Dios, siempre misericordioso, envió á su hijo sobre la tierra para destruir la obra de Muerte; y éste instituyó el Bautismo, y murió en cruz para salvarnos! ¡Sin el Bautismo no hay salvación posible! ¡Sólo por él nos libramos de la muerte del alma! ¡El día del Juicio Dios nos resucitará con *estos propios cuerpos nuestros*, para llamar á los que le hayamos sido fieles á vida eterna!»

La inmortalidad del alma de los dogmas orientales se introdujo en Grecia por medio de la misteriosa fiesta de Eleusis: la resurrección del cuerpo proclamada por

los cristianos tuvo su festín sacro de propaganda en las agapas. Con motivo de la Pascua, para conmemorar la memoria de un difunto ó para celebrar cualquier otra solemnidad, reuníanse los hermanos en Cristo, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, ricos y pobres, y en santa confusión, tendidos en lechos, celebraban comiendo el futuro reinado del hijo de Dios sobre la Tierra. La copa pasaba de mano en mano. La Sangre de Jesucristo era apurada con piadoso fervor. Y con ella el amor divino se encarnaba en los hombres. Hermanos y hermanas se besaban en señal de paz, y templábanse mútuamente el ardor místico en que se abrasaban (125). Al practicar la ley del Amor allí, en nada infringían el *non fornicari et non manducare de idolothytis* del Apóstol; allí no cabía pecado, el monstruoso pecado del contacto carnal con las sacerdotisas de Venus, las hijas del Diablo. Allí el cristiano, al abrazar á la mujer que tenía al lado, abrazaba á una criatura redimida por el butismo, como él, y el bautismo les había hecho impecables (126). Y el Espíritu Santo al igualarlos á todos exigía la comunidad del amor como la de toda otra posesión sobre la tierra. La propiedad de una mujer, lo mismo que la de una hacienda, en detrimento de la comunión, hubiera sido un egoísmo indigno de un cristiano. El Obispo Nicolaus (127), acusado de poseer para él solo una mujer hermosa, tuvo que hacer entrega de ella á sus hermanos en Cristo. Dios había creado la belleza para todos, no para que fuera objeto de monopolio alguno.

Una literatura apocalíptica vino á predicar el acontecimiento pavoroso del próximo fin del Mundo. Andábase anunciando por todas partes y en todos los tonos, que el reino de los cielos estaba cercano, que se notaban ya los síntomas precursores, y que se iba á efectuar la segunda venida del hijo de Dios en breve plazo. «Bajará de entre las nubes—decían,—con todos los Santos, Patriarcas y Profetas gloriosos librados de la muerte, y resucitará á sus fieles con sus propios cuerpos, y con todos formará un reino en el cual se gozarán mil años de ventura.» «Seis

---

(125) San Pedro, hablando de las agapas, dice que «hay falsos doctores que sólo cultivan sus placeres, y que sus festines fraternales son puras orgías». A consecuencia de lo que llegó á hacerse en tales banquetes, se prohibió el uso de lechos y el besarse hombres y mujeres. No obstante esto, los abusos continuaron hasta el punto de que en el año 397 el tercer Concilio de Cartago se vió precisado á decretar su abolición.

(126) Los primeros padres de la Iglesia entendían por fornicación, el comercio carnal con las hijas del paganismo. Lo prohibieron por ser causa de idolatría, por la manera como se hacía, por las invocaciones á Adonis, á Baco, á Cupido y á Venus. El Concilio de Jerusalén interdijo el cohabitar con las cortesanas de la idolatría. Y San Pablo anatemiza lo mismo. De modo que en la fornicación lo que prohibían no era el amor sensual, sino el que éste fuera ejercido con mujeres paganas, que hacían abjurar la ley de Jesu-Cristo á los cristianos.

(127) Nicolaus fué uno de los primeros discípulos de los Apóstoles.

fueron los días de la creación, uno el de descanso; seis mil años tiene el Mundo (128), mil han de ser, pues, los de reinado.» Y después de haber argumentado así, se pintaba *la Nueva Jerusalén*, lugar de tantos goces, de una manera harto material y grosera. No se describía en ella la dicha de goces intelectuales y afectivos, que esto para nada hubiera seducido á aquella plebe; ni una vida puramente pastoril y patriarcal, pues hubiera sido asaz pueril para gentes que vivían en civilización tan refinada: necesitábase un incitante fuerte, algo que deslumbrara, y así se dijo que la ciudad cristiana estaría formada de oro y pedrería, que correrían por sus vegas ricos vinos, que las aves de más brillante plumaje y suculentas carnes volarían por sus alrededores, que aquellas tierras les ofrecerían inmensas cosechas de sabrosos frutos sin necesidad de cultivo alguno, y que, por fin, allí vivirían libres de las leyes de la propiedad, á las cuales estaban subordinados. Pero, en cambio, para los paganos, se dijo que sólo habría maldición y dolo. Roma fué llamada *la Nueva Babilonia*. Sus calles, sus arcos de triunfo, su Foro, sus monumentos, sus estatuas, todo, enteramente todo, había de desaparecer en un mar de azufre ardiendo. Para sus sabios, para sus filósofos estaban reservadas las llamas del fuego eterno; para sus hombres públicos las mazmorras subterráneas; para sus jueces, el tremendo fallo del Juez enojado; el tormento para todos. Y los cristianos más fervientes decían que su mayor placer sería regocijarse en verlo. ¡Con qué feroz alegría nos describe el violento Tertuliano esta hipotética escena futura! Su estilo preludia el regocijo cruel de ciertos inquisidores españoles al presenciar las quemas en masa, de Toledo, de Madrid ó de Sevilla.

Prometiendo así á los esclavos, á la plebe, á los patricios desgraciados, á todo el que sufría, en una palabra, reintegrarle su persona, en otro reino en el cual pudiera gozar los placeres más exquisitos, los cristianos no tardaron en atraerse la mayor parte de aquella abigarrada muchedumbre que en aquel entonces formaba la población de la capital del Mundo.

Mal podía la idea de la Inmortalidad del alma, expuesta por los filósofos en un lenguaje metafísico, hacer prosélitos entre tal gente. La plebe romana material y embrutecida por las costumbres que originara el cesarismo, no podía, ni tan siquiera comprender, lo que con la abstracción *alma* se le significaba, ni aun presentándosela

(128) Prevaleció en los primeros siglos la opinión de la primitiva Iglesia de Antioquía. Esta afirmaba que desde que Dios creó el Mundo, hasta que envió su hijo sobre la Tierra habían transcurrido 6000 años. Otras Iglesias posteriores redujeron, andando el tiempo, este número, hasta que por fin la *Vulgata* vino á fijarlo en 4000.

materializada en una substancia. ¿El alma—preguntaba,—come? ¿Bebe? ¿Goza? Y como algún filósofo escandalizado les contestara que al alma le bastaba con sólo tener conciencia, se reían de él estrepitosamente, pues á fuerza de sufrir los unos, y de entregarse á la crápula los otros, habían perdido todos hasta la noción de lo que esta palabra significaba.

Pero los Apóstoles, á la inmortalidad del alma habían unido la resurrección del cuerpo; y le decían á aquel pueblo que Jesucristo se lo daría todo junto, y pronto; y este refinamiento de fariseísmo produjo todo su efecto. Por fuerza, el consorcio de estos dos principios debía de obtener un completo éxito entre gentes que, faltas de condiciones de existencia, é ignorantes de todo conocimiento real y positivo, se veían obligados á despreciar la vida á cada paso. Se les prometía otra mejor y no tardaron en aceptarla. En todo caso, ¿qué perdían en ello? De aquí vino que muchos soldados tiraran las armas enfrente del bárbaro que amenazaba la patria, diciendo: «¡Somos cristianos!» y que las tribus del Norte pusieran más de una vez en peligro el territorio del Imperio.

El poder de Roma temió por su suerte. Las predicaciones con la propiedad, contra la familia, contra la esclavitud, las maldiciones al César, los insultos á los funcionarios más altos del Estado, el desprecio á las leyes, la profanación de los templos de las demás religiones, el abandono de los cargos públicos, civiles ó militares, pronto motivaron la persecución de los cristianos por parte del gobierno (129). Y muchos de ellos que no vivían ya para lo presente, y que como buenos creyentes deseaban imitar á Jesucristo, no rehusaron el martirio. La divina pasión y muerte les invitaba á ello. ¿Por qué huir de la muerte, si tenían la certeza de que su alma volaría al cielo y su cuerpo resucitaría luego mejorado? Así las persecuciones que algunos emperadores llevaron á cabo, fueron completamente inútiles. Los cristianos se multiplicaron de una manera prodigiosa, y las catacumbas se llenaron de habitantes que vivían cerca de sus hermanos muertos, seguros de que pronto saldrían todos de allí triunfantes.

Pero aquí surgió un grave conflicto. Era preciso que esta alma que debía de subir á la gloria, y que esta gloria que debía de ser su morada fueran definidas. Y los doctores del Cristianismo no se ponían de acuerdo. El grosero materialismo de la plebe influía en los que de

(129) Todo gobierno obra igual con los innovadores que le ponen en peligro. Por lo que toca á las crueldades de las persecuciones, debe tenerse en cuenta que durante la Edad Media se ha bordado y afiligranado de martirios la vida de los Santos de los primeros siglos. Crueles y duros eran los emperadores, pero débese tener en cuenta el que todos los ciudadanos, cristianos ó no, sufrían sus vejaciones, y que muchos de ellos protegían y toleraban á los cristianos, mientras perseguían á los demás.

ella habían salido. Debajo de la mitra del obispo divisábase muchas veces el duro testuz del esclavo. Influía también la religión y la raza de que procedían. ¿Quién no ve en Tertuliano al hijo de Africa, emancipado apenas del Molek-Ammón, del dios ardiente de Cartago? Y ¿quién no adivina al oir la estridente palabra y el estilo delirante de Montano, el frigio eunuco, ex sacerdote de Cibeles? Los que procedían de las escuelas filosóficas de la Grecia daban las definiciones de sus respectivos maestros, y los que procedían del Talmud ó de la *Cábala* todo lo resolvían con números, letras, líneas y figuras.

¿Qué es el cielo? El cielo—decía Manés,— no es más que la *tierra celeste* ó sea la extremidad superior. En la extremidad inferior está la *tierra mortal*, y colocaba á la cúspide del cielo á la Divinidad impasible. Su hijo estaba debajo de ésta, frente á frente del espíritu de las Tinieblas. Para unos era todavía un resabio del cielo caldeo ó asirio, de esta región sideral en la que los astros son manifestaciones sensibles de las diversas hipótesis de un Dios único; y decían que *reentrábamos en el Unico*, para gozar de una dicha inefable; que el hijo de Dios, Xistros, estaba en el Sol; y alguno añadía que las almas salidas de este mundo emigraban á las estrellas las cuales eran los arquetipos de las mismas; que se paraban en la Luna, en donde se purificaban, y que luego ascendían hasta el Sol mismo. Otros concebían el cielo como una ciudad en la que se disfrutaba de ventura perpetua. Los hubo que afirmaron que el cielo era un domicilio eterno, una herencia que no puede contaminarse ni marchitarse, en donde *los justos brillarán como el Sol al lado del padre*. Y añadían los que después fueron considerados como más ortodoxos que «en el cielo no hay muerte, ni dolores, alaridos, ni trabajos.. Los justos estarán como los ángeles en el paraíso—decían,—oirán palabras inefables que el hombre no puede expresar; verán á Dios cara á cara, y Dios será Todo en Todos.»

No menor confusión reinó para definir el alma. Los que antes de ser cristianos habían sido discípulos de Platón ó de Aristóteles, la consideraban según sus filosofías respectivas. Los mismos apologistas no se pusieron de acuerdo sobre este punto. Justino, después de muchas divagaciones sobre el tema, no admite un espíritu inmaterial, y *considera una herejía el creer que el alma es transportada al cielo*. Afirma sólo que *los hombres resucitarán con sus propios cuerpos* el día del Juicio. *Taciano* define el alma diciendo que es *un espíritu inferior unido á la materia* y que *la facultad de ser inmortal se la comunica otro espíritu superior más puro* que á su vez le está unido; sin que nos diga lo que entiende por espíritu, ni de qué clases los hay. Atenágoras afirma ser *de Natu-*

raleza espiritual, pero *con propensión á turbarse por sus tendencias materiales* (130). San Ireneo asegura que el hombre está formado de tres substancias, el *cuerpo*, el *alma* y el *espíritu*. Este es el principio de la vida sobrenatural del alma, *es parte del espíritu de Dios mismo que por su gracia se halla presente en el alma de los justos*. Y no tardó Metodio en corroborar la teoría con nuevos argumentos. También Orígenes se adhiere al sistema, pero modificándolo. El alma—dice,—*es una especie de espíritu*, pero añade que *el adjetivo incorpóreo no existe en las sagradas escrituras*, y que *un espíritu en el verdadero sentido de la palabra significa también un cuerpo*. Admite asimismo las tres substancias, pero las considera á todas tres existentes en todo hombre, y cree que el espíritu después de la muerte se dirige á Dios, del cual es parte, aunque el que lo haya poseído haya hecho de él mal uso. En este caso atribuye la culpa al alma, que no supo ó no quiso aprovecharlo, y al cuerpo, que le incitó al pecado, por lo cual el cuerpo y el alma son los que sufren el debido castigo. Valentín sienta que en el mundo existen dos clases de almas; las unas, que llevan en sí alguna partícula divina, entrarán con Achamoth en el Pleroma; las otras, más inferiores, que han tenido necesidad del *Cristo de aquí abajo* para salvarse, subirán al cielo con el Demiurgos, pero quedando fuera del divino concierto el día en que el mundo sea consumido por el fuego (131). Otros gnósticos admiten dos almas distintas en perpetua lucha dentro de cada hombre; la una es buena, la otra es malvada, y según la que triunfa son nuestras obras.

Pero se presenta Tertuliano con su *Tratado del alma* y todos enmudecen (132).

El materialismo brutal de su argumentación aplasta. Sienta que *todo lo que es real es un cuerpo;* y que de por consiguiente lo es también el alma. *Podrá ser tenue, lucida y aérea*—exclama—*pero es un cuerpo y no un cuerpo vano sino un cuerpo visible* (133). *Si no fuera corporal*

---

(130) Para más detalles véase la excelente obra del Dr. Donaldson, titulada: *Historia de la doctrina cristiana.*

(131) Véase la gnosis de Valentín en el tomo II de este libro, capítulo VI.

(132) Efectivamente, Tertuliano fué el que derrotó á los que afirmaban la pluralidad de almas en el hombre y la diversidad de ellas en el género humano, sentando que el hombre sólo tenía una y que ésta era igual en todos. No fué esto poco adelanto, después del alma triple de los Egipcios y del alma también triple ó doble de ciertos alejandrinos paganos ó cristianos, el fijar la unidad del alma, y sólo la dualidad humana; de esto á la unidad ya no más faltaba un paso.

(133) *Ostensa est mihi anima corporaliter, et spiritus videbatur; sed non inanis et vanæ qualitatis, imo quæ etiam repromitteret, tenera et lúcida, et aerii, et forma per omnia humana.*

Esta es la extraña definición que Tertuliano da al alma humana en su *Tratado de Anima*, cap. IX.

el alma, ¿cómo podría estar afectada por el cuerpo? ¡Así como la corporalidad no quita á Dios nada de su sublimidad y omnipotencia, en nada destruye su inmortalidad la del alma! Lo que llamamos espíritu no es más que un cuerpo de una especie y forma particulares. Añadiendo por fin que *Dios es un aire luminoso, purísimo, desparramado por todas partes.* Y dirigiéndose á algunas sectas que predican la metempsícosis, las increpa, diciéndoles: *El alma tiene la forma humana porque el flúido adopta la forma del cuerpo que la contiene, pero nunca el líquido del vaso chico llenará el grande ni el de éste cabrá en aquél; ¿cómo queréis que se extienda el alma de un hombre hasta llenar un elefante, ni que se comprima y reduzca hasta caber en una mosca?* Y luego defiende su inmortalidad, diciendo: *como es simple no puede disolverse, ni descomponerse y por esto debe de durar eternamente.*

Y pronto Montano viene á confirmar estas teorías, dando las reglas para poder ver los espíritus. *Son visibles*—dice,—*para aquellos que dominen el cuerpo por la flagelación y el ayuno. Son precisas muchas plegarias, mucha mortificación, tres cuaresmas al año, y abstención de matrimonio para volverse más sutil, y llegar á poder verlos. Siguiendo este sistema una hermana en Cristo llegó á percibir un alma; era tenue y muelle al tacto, tenía la forma del cuerpo humano, y la transparencia y el color azul del cielo.* Tras de lo cual no faltan ya santos y doctores que afirman resueltamente que se ven y que se tocan. *San Macario el Egipcio* (134) y *Lactancio* (135), si bien aseguran su corporalidad, no llegan á caer en tales extremos, y Gregorio de Nazianza no concibe en el *espíritu* más propiedad que el *movimiento* y la *difusión.* Fausto, obispo galo, opina que el *alma está compuesta de aire*, é infinidad de obispos discuten sobre la densidad de dicho aire y el color que presenta, citando muchos en su apoyo el haberlo visto salir del cuerpo de los moribundos á quienes asistieron en sus últimos momentos.

En tan lamentable confusión se hallaban las ideas sobre este punto, cuando aparece Manés y con sus teorías acaba de complicar la discusión del tema. Con un lenguaje oriental, expone una teogonía panteísta para probar que *en el universo sólo hay un alma extendida por todas partes como el agua de un río que se divide en muchos riachuelos.* Y la oye exhalar suspiros en el viento, quejarse en la piedra que se talla, bramar en el mar tempestuoso; y la ve escupir fuego desde el cielo y llorar leche por las heridas de la higuera de la India cuando

---

(134) *Homélie*, IV, pág. 21., A., et *Homélie*, VIII, pág. 44, D., 45, C.
(135) *Divin. Institut.*, II, 10, pág. 156; et 13, pág. 167.

se le arrancan las hojas. Según él, el alma de cada criatura no es más que un rayo celeste aprisionado en la materia, de la cual se escapa *por el perfume, por las esencias, por los olores, por todo lo tenue y ligero como el pensamiento.* Y acaba su teoría afirmando la metempsícosis inmediata en el cuerpo de los animales y de los vegetales sobre la Tierra, y la mediata en los astros.

Por último aparece Agustín é intenta resolver el conflicto. Fija lo que es la Materia, diciendo que su gran cualidad es la extensión; y sobre todo, funda por oposición, sus argumentos para probar la *inmaterialidad del alma. Todo lo que no es materia y existe en realidad, se llama propiamente espíritu,* dice; y defiende la inmortalidad partiendo de que *el alma siendo la vida no puede morir (!).* San Agustín es verdaderamente el primero que dió las bases sobre las cuales se fundó la escuela espiritualista ortodoxa. Claudio Mamerto sigue á Agustín, y Nemesio, obispo fenicio, propaga en Oriente la misma idea de que *el alma es una substancia inmaterial,* defiriendo sólo en afirmar *su preexistencia.*

Cuando así se discutía en la sociedad del imperio sobre cuestión tan trascendental, el Cristianismo había llegado ya al poder, y los bárbaros marchaban en tropel sobre ella para destruir la corrompida y decadente civilización de los Césares, y dar lugar, con la mezcla del elemento germánico, á la situación feudal de la Edad Media, punto culminante de la crisis que atravesó la sociedad del Occidente.

*
* *

Cuando la Humanidad sufre una de esas evoluciones que cambian su aspecto por completo, no es el genio de un hombre, ni el esfuerzo de un pueblo elegido, ni la influencia de una teoría exclusiva ó de un invento aislado, lo que produce el cambio. Son una multitud de conjurados extraños, que conspiran sin conocerse para establecer un ideal: son varias tendencias convergentes, son invenciones distintas, explosiones parciales, muchos genios, algunos pueblos, que como convocados por la ley de la Evolución, concurren todos á producir la Nueva Era. Y la transformación no es obra de un momento; tiene sus antecedentes, sus prodromos, sus causas anteriores que la determinan, sus preludios vagos; y la preceden profetas que mirando el curso de las cosas la adivinan, y sabios que por el cálculo la formulan mucho tiempo antes de que se realice. Tanteos infructuosos, utopias irrealizables, intentonas que abortan, groseros bocetos de lo que ha de ser, anuncian su venida.

Siguiendo este criterio suministrado por el estudio de la filiación de las sociedades humanas en el trans-

curso de los tiempos, hemos descrito lo que convergió á la ruina de la sociedad antigua de Occidente y á la producción de la idea del *dualismo substancial;* y de la manera que partiendo de él se llegó á explicar la muerte y la inmortalidad en el Hombre, con los dogmas pavorosos que lo formularon.

Así hemos hallado, al mísero hebreo adoptando sus teorías farisaicas en el cautiverio de Babilonia; hemos estudiado las causas de la decadencia de Grecia, tales como la adopción de los cultos solares del Asia Menor, las elucubraciones de Pitágoras y los sentimentalismos de Platón; la preponderancia de los discípulos de éstos dieron á lo divino hasta desvanecer la filosofía sumergiéndola en el misticismo. Hemos determinado las condiciones en que entró la ley del amor, santificando el vino, dirigiéndose á la mujer, propagándose entre los esclavos, y ofreciéndose como panacea de la libertad que se perdía. Hemos observado en Roma, dominada por los Césares y sus pretorianos, poblada por muchedumbres heterogéneas, preponderar el elemento oriental, y desarrollarse la tendencia al suicidio y las luchas del circo á causa del malestar de la época y de la falta de condiciones que permitieran sobrellevar una existencia digna. Hemos visto la importancia del estoícismo, y tras de él aparecer el apostolado, predicar la resurrección de la carne, unirla á la inmortalidad del espíritu, fundirla con la esperanza mesiánica, hacer prosélitos en aquellas masas desgraciadas, y entre la omnigamia y el celibato, el ayuno y el agapa, el odio al mundo y el amor al prójimo, el materialismo grosero, y el espiritualismo epiléptico, que llegaba á la visión, al éxtasis, á la profecía delirante, levantarse el Catolicismo, recoger la herencia de todas estas decadencias, fundirlas en el seno de su Iglesia y obtener con ellas un solo dogma, el dogma universal de la condenación del linaje humano, y de la sola salvación posible en una vida eterna de ultratumba. Con él se ha cerrado el período teológico de la Historia en Occidente. La teología debía de llegar hasta este punto, para que el Hombre se emancipara de ella. Mientras se basaba en la deificación de la Naturaleza, la emancipación era imposible.

Determinado ya el carácter del dogma que se formó al acabar la Edad Antigua vamos á ver cómo se desarrolló por lo que toca á la Muerte y á todo lo que con ella se relaciona, en el transcurso de la Edad Media, durante la cual reinó en Europa en todas las conciencias. Y luego veremos, del mismo seno de esta edad religiosa salir las protestas, los conatos de libertad, las tendencias á la vida, que nos han producido por su aparición progresiva, la Era moderna.

IX

EDAD MEDIA

En este estado se hallaba Roma cuando los bárbaros penetraron en ella, tras reiterados ataques, derribando el Imperio de los Césares, como un huracán derribaría á un árbol muerto, carcomido y minado por las raíces. Al saberse en el Norte la ruina de Roma, todas las tribus se armaron para precipitarse sobre el imperio Latino, y comenzaron á bajar sobre el Mediodía unas tras otras sin darse ni siquiera tiempo para repartirse el botín que recogieran en las ciudades. Las irrupciones bárbaras se sucedían de tal manera, que casi se estratificaban.

¡Qué horrible aspecto el de Europa durante estas invasiones!

Bandadas de hombres supersticiosos impulsados por la codicia, que á la ferocidad y la estupidez del salvaje unían la corrupción del oriental (136), entraban á saco en las ciudades, violando las mujeres, robando los caudales, asesinando á ancianos y niños, derribando los monumentos, quebrando los objetos de arte, devastándolo todo; y luego quemaban los restos para que el fuego no dejara ver la huella de su barbarie en los desechos. Los incendios eran los mojones que marcaban su camino; las ciudades y villas destruídas, los montones de humeantes ruinas, sus monumentos. El arte desapareció; no quedó vestigio de ciencia alguna; las bibliotecas habían sido reducidas á cenizas. El comercio detuvo sus giros. La brutalidad y la ignorancia se extendieron rápidamente. Y

(136) Muchos historiadores han tratado de presentarnos á los bárbaros como tipos de pureza de costumbres, de fortaleza, de dignidad é independencia. Nada más erróneo que esto. Si eran sobrios, es porque no tenían medios de ser otra cosa. En cuanto se pusieron en contacto con los Romanos fueron tan corrompidos como ellos. Muchos eran polígamos, otros se cambiaban las mujeres. El robo era cosa corriente en sus tribus. En cuanto á fuerza, si vencieron, más que por su valor fué por su número. Eran una avalancha de seres inconscientes, que se precipitaban sobre el imperio, como se precipita sobre una casa y la aplasta, una roca que se desgaja de una montaña. La irrupción de los bárbaros es en sí, más que un fenómeno histórico, un cataclismo natural. En cuanto á dignidad y á independencia, sólo la tenían los que dominaban. En los demás se había encarnado el espíritu del esclavo. Su fidelidad al más fuerte era un deber. El respeto de hombre á hombre les era casi desconocido. Como resultado, los bárbaros al mezclarse con la población latina, produjeron hijos de un nivel intelectual inferior, gracias á sus incultas inteligencias. Sólo dejaron á su progenie la herencia de sus instintos.

los bárbaros, para más degradación, adoptaron todos los vicios del Imperio, con la sola diferencia de practicarlos más brutalmente. Se asesinaban para heredarse el botín de la víspera, para arrebatarse las mujeres, para sucederse en el mando de las legiones. Se entronizó el derecho del más fuerte. La Razón fué la espada.

Creíanse originarios de los árboles. Sus primeros padres habían sido, á su decir, un fresno y un álamo; los dioses les infundieron un soplo y sus ramas volviéronse brazos, sus raíces tranformáronse en piernas, prolongóseles el tronco y surgió la cabeza; y empezaron á andar y á moverse, y tuvieron vida.

Su teogonía es dura y siniestra; todo, según ella, hasta el mundo, ha nacido de un carnaje. Odín, con sus dos hermanos Vili y Ve, vencieron al gigante Ymir, hijo de los hielos polares, eterno enemigo de la vida, y lo despedazaron. Las espesas nieblas que envuelven á sajones y á germanos, son los restos de su cerebro, que andan errantes diluídos por los espacios atmosféricos (137). El mundo acabará también en una lucha sangrienta, en la cual morirán sus divinidades; Odín, devorado por el lobo Fenries; Freyr, chafado por la maza de Sartúr; Thor, asfixiado por el hálito mortal de la serpiente que se enrosca alrededor del Mundo y lo limita (138). Los dioses del Bárbaro son dioses de guerra. Ayudado de Thor y de Bálder, el Odín escandinavo sostiene una lucha sin tregua contra los monstruos del invierno. Woden, entre los godos es el dios de las victorias; Thor, la potencia centelleante de las tempestades; Saxanot, el genio de la Espada.

Woden es también para los germanos el terrible cazador eterno, que guía el ejército furioso de los guerreros que han sucumbido en las batallas. La diosa principal de esta mitología es la siniestra Hela, la Hecate germánica, la que espera á los muertos en lo más profundo del infierno.

El ataque violento y el combate sin descanso, forman parte del carácter del Bárbaro. Su ideal es la eterna lucha, como si tuviera el presentimiento inconsciente de la ley de la existencia sobre la tierra. Su recompensa es el guerrear continuamente en la vida de ultratumba bajo las órdenes de Woden. No hay más que leer sus poemas; las gestas que cantan son una carnicería perpetua. Sus héroes desfilan blandiendo espadas y hachas, cubiertos de sangre, arremolinándose entre un torbellino de cadáveres. Diríase que el bardo septentrional no canta, sino cuando está poseído de un enorme furor de des-

---

(137) *Edda Vafthrudnismal. str.* 21.
(138) Volospa, 40 á 51.

trucción; su estilo rudo, respira el frenesí de la muerte. Pero la muerte en las teogonías bárbaras, no se presenta glacial y lacrimosa como en las orientales; al contrario, la muerte que de ellas se destaca es una muerte animada y valiente, que parece preludiar la belicosa muerte de las Macabras alemanas. Las descripciones de los cantos nos prestan una sucesión de degüellos encarnizados, continuos, ligeramente velados á intervalos por plomizos nubarrones, en medio de los cuales brillan las espadas cual relámpagos; y vense caer miembros cortados á cercén, desgarrar músculos, machacar huesos y llover sangre; pero en todas estas escenas mortíferas hay un no sé qué de movido, un vigor, un ánimo, que podríamos llamar *la vida de la muerte*. Los miembros que caen gesticulan después de separados del tronco, las cabezas cortadas profieren palabras, los cadáveres no se quedan rígidos é inmóviles; los difuntos no son pálidas sombras que se deslizan lentamente, al contrario: los muertos hablan y luchan con más valor que cuando estaban vivos. Esta segunda existencia fantástica, que empieza después de la muerte para el Bárbaro, es una vida más agitada que la que llevó sobre la tierra. Hasta los mismos dioses vuelven á vivir con toda la creación, después de haber perecido con el mundo entero.

En el fondo, lo que lleva al Bárbaro del Norte á la devastación y á la conquista, es un exceso de voluntad; y no obstante, la pone al servicio de su jefe para que le guíe; tiene la suficiente abnegación para subordinarla á la de otro con un fin que él no se explica. Poco le importa la vida. Nada sabe de ella, pero sí sabe bien morir. A través de esta brutalidad primitiva entrevése confusamente la idea del deber.

Todo entre estos pueblos es sombrío, como el cielo plomizo que en su país natal los cobijara; todo en su persona tiene el sello de su carácter triste y fiero. Mas en sus actos, hállase siempre un fondo serio, efecto del imperio que sobre ellos ejerce la vida interna, la concentración de espíritu. Son reconcentrados; no aprecian la expansión. Los placeres que se deslizan tranquilamente no les seducen. Se necesitan excitaciones fuertes, sacudidas violentas para interesarles. La noche no hace germinar en sus cerebros más que sueños fúnebres; no buscan la ternura; hasta la voluptuosidad toma entre ellos un tinte duro, y la alegría no se manifiesta sino con brutales carcajadas, excitadas por el fracaso del prójimo.

Los jefes bárbaros, después de haber invadido las comarcas con sus hordas, fabricaron sus guaridas en la cima de los picachos que dominaban el país conquistado, y allí se fortificaron con ellas, y en virtud del derecho de la fuerza convertíanse en señores de todo lo que en la

comarca había. Sus castillos parecían nidos de buitres feroces; sólo salían de ellos para devastar aquellas tierras y asesinar á capricho sus miserables siervos, ó para trabar entre sí luchas de exterminio, en las cuales se incendiaban mútuamente las cosechas de sus campos y se degollaban los pacíficos rebaños que en ellos pacían. El resultado era siempre el triunfo del más fuerte, pues en esta clase de luchas la inteligencia no intervenía casi para nada. Entonces el vencedor inmolaba sin compasión al vencido y á todos los que de él dependían. A consecuencia de esto, el robo se hizo legal y se generalizó el asesinato. La conquista volvió á ser un derecho. Los nobles, constituyéndose en señores absolutos de sus súbditos, creáronse derechos abominables que atacaban la vida y la honra del siervo y le cobraban las primicias lo mismo de su mujer que de sus frutos. A más, erigiéndose en árbitros administradores de justicia, plantaron horcas en sus almenas, y pusieron tajos en sus patios, y llegó á tal punto la cosa, que la palabra Justicia vino á ser sinónima de castigo y de tortura.

Estas razas tristes y duras, antipáticas á la vida expansiva, dispuestas al drama y á lo maravilloso, se encontraban ya naturalmente preparadas, en el momento de haber terminado la guerra de conquista, para recibir una religión melancólica tal cual la cristiana. Mientras las animó el furor de guerrear para hacerse con una nueva patria, sirviéronles sus dioses batalladores, pero del momento en que se calmaron sus ímpetus, dueños de un nuevo país y sin temor alguno, fácil les fué el trocarlos por el Cristo. Fundábase su religión primera sobre la muerte valiente y serena, la otra fundábase también sobre la muerte, pero triste y arrepentida. A los gritos del combate sucedieron los sollozos.

Comparaban la vida del Hombre sobre la tierra, al vuelo del ave que atravesara de noche en invierno una sala calentada por el fuego del hogar; vendría de la fría obscuridad y volvería á ella, habiendo permanecido en la estancia tan sólo el tiempo de atravesarla. «¿De dónde viene el Hombre antes de aparecer sobre la tierra?» se preguntaban, «¿adónde va cuando de ella sale?» El Cristianismo les dió una explicación que les pareció aceptable para resolver este problema y se convirtieron á él.

Siendo la religión cristiana la que adoptaron, practicáronla con fanatismo, y sin comprenderla. Muchos de estos nobles varones llenos como estaban de superstición é ignorancia, entregáronse ciegamente en brazos de la fe, y adquiriendo el vil espíritu del esclavo convirtiéronse en juguete de sus tiranos espirituales. El papa pesaba sobre el señor feudal lo mismo que éste sobre su súbdito.

La autoridad espiritual y el feudalismo, he aquí la forma que adopta la fatalidad en la Edad Media.

La observación y la experimentación fueron desechadas; la mente se abandonó á la especulación mística y sobrenatural, dejando por completo el campo de la realidad; y aun esta clase de actividad mental sólo se concentró en el interior de ermitas y conventos, donde se refugiaron algunos hombres que no estando exentos de sentido moral, no podían vivir entre los otros.

No tardaron en multiplicarse los conventos, pues cada día eran más los que sobrellevaban con disgusto la vida en medio de tales y tantos contratiempos. Combatidos por todas partes, forjáronse en su mente un centro de felicidad, allá en el cielo, y menospreciando al mundo, prefirieron vivir enterrados en el interior de una celda á buscar fuera de ella condiciones de existencia imposibles de encontrar. Así apartados del exterior, y pasando gran parte del día en éxtasis, les sobrevino un furor místico. Los servidores de Dios, despreciando su vida, se suicidaban lentamente, haciendo su cuerpo objeto de continuos tormentos.

Se trató de una manera refinada de arruinar la fuerza y la salud para dar preponderancia al espíritu. Monje hubo que llegó á tomar el aceite rancio por agua: tan paralizados tenía ya los sentidos á fuerza de no sentir. Los superiores de los conventos hacían sangrar con frecuencia á sus novicios, para poder dominar en ellos las pasiones en contra de las cuales eran impotentes la fustigación y el ayuno; y esto era con frecuencia causa de que en el interior del claustro no reinara la paz apetecida por los que allí se encerraban; reyertas continuas entre los religiosos y sus superiores tenían lugar dentro de sus muros, y no pocas veces el puñal ó el veneno venían á ser final de algún terrible drama (139).

En competencia entre sí, las diversas órdenes monásticas para ver cual haría más prodigios de penitencia, una vino á llevarse la palma. La idea de la Muerte la inspiró en tal propósito. Ella, dijeron, es la única que puede edificar al Hombre, ella es la única que puede apartarle de las mundanas tentaciones. Así, pues, á las privaciones de las demás órdenes añadieron el deber de abrirse la fosa con sus propias manos. Cada día el hermano iba al cementerio del convento, cogía el azadón, daba un golpe en el hoyo, después de lo cual volvía silencioso á su celda; y si al pasar por el claustro, iluminado tan sólo al resplandor de las estrellas veía

---

(139) Para ver lo que pasaba en los conventos en esta época no hay más que leer Mabillon, *Œuvres posthumes*, t. II, p. 321 á 336. Antes de Carlomagno, los superiores de los conventos para castigar á los monjes los mutilaban y les arrancaban los ojos.

una sombra que silenciosa también, se deslizaba junto al muro, la interpelaba diciéndole: *¡Morir habemos!* á lo cual respondía el otro hermano: *ya lo sabemos*, y continuaban ambos pausadamente su camino.

Y mientras los bárbaros se aclimataban en la Europa Occidental, allá en Oriente los cristianos, poseídos de un furor santo, después de haber pegado fuego al Partenón, se entregaban á la destrucción de las estatuas, á la demolición de los teatros y los circos, y fijaban su ideal en un Cristo demacrado, lívido y canoso; concebir al Cristo bello, hubiera sido para ellos un insigne sacrilegio, pues la belleza iba aneja tan sólo á lo pagano. La Grecia, después de haber sido la región en que floreciera el arte, vióla pisoteado por sus propios hijos, los cuales, abjurado el paganismo, destruyeron las efigies de sus antiguos dioses en ofrenda al Dios uno, hombre y mártir. Así los descendientes de los más grandes artistas, fueron los más terribles iconoclastas.

Después de esto se desparramaron por las llanuras de Mesopotamia una turba de santos los cuales se alimentaban tan sólo con la yerba de las praderas haciendo la competencia á los rebaños (140). Y cuando sobrevenía una tempestad, ó una sequía, cubiertos tan sólo de medio cuerpo abajo con asquerosos harapos, iban en procesión á través de los campos, desgarrándose las carnes con azotes cuyos cordeles terminaban en ovillos á los que habían implantado agudos clavos. Así creían desagraviar al Dios airado en contra los míseros mortales.

Fué tal el menosprecio que mostraron por su cuerpo estos desgraciados, que dormían sólo tres ó cuatro horas en el suelo húmedo apoyada la cabeza en una piedra, y como si esto no fuera aún bastante, al levantarse se daban con un canto contra el pecho. A tal extremo habían llegado, que los monjes de Occidente eran unos sibaritas en comparación de estos ascetas.

La idea de la Justicia había sido trasladada á la otra vida. Nuestro pecado innato la hacía acá imposible. Los cristianos primitivos habían dicho que la muerte castigaba en nosotros la falta de nuestros primeros padres. Y tras de la muerte se mostraba aún otro castigo en perspectiva para los réprobos. *Y vi un caballo blanco*—dice la Apocalipsis,—*lo montaba la Muerte y el infierno le seguía en pos.* Con tales predicciones la idea de la Muerte se apoderó de todos, de tal manera que todo se vió á través de este prisma funerario; las más extrañas profecías empezaron á circular entre los creyentes. Varias fueron las que se anunciaron á cual más desoladoras, pero entre

---

(140) A estos ascetas se les llamaba *boskoi*. San Efren hace su panegírico. Véase Tillemont, *Mem. eccles.*, t. VIII, p. 292.

todas sobresalió una, hija de las predicaciones de la segunda venida del Cristo, la cual produjo las más funestas consecuencias.

Se había anunciado, como ya hemos visto, por todos los Padres más ortodoxos, desde Justino é Ireneo hasta Lactancio, el cual vivió en tiempo de Constantino, que el Mesías volvería antes que acabara la generación que le vió morir, ó poco después, y que resucitando á los muertos pasaría á reinar entre los fieles por espacio de mil años, concluído lo cual, todo acabaría (141). Enunciado, y hecho popular tal aserto, la venida de los bárbaros fué considerada como un aviso que Dios enviaba del próximo fin del Mundo. Los más fervorosos se entregaron á un ocio místico; dados á la devoción sólo pensaron en morir. «¡Cada hora que transcurre es un paso más hacia el fin del Mundo!» se predicaba en todas partes. «¡Pensad en la Muerte, que esta vida es sólo un sueño!» se decía á los penitentes. Y las ciudades no tardaron mucho tiempo en tomar el aspecto fúnebre de los cementerios. Pero la segunda resurrección predicada para los siglos I, II, III y IV, no llegaba á pesar de haber transcurrido ya estos siglos. Por fin cansadas las gentes de esperar, dieron otra interpretación al texto de la profecía. Aquello de los mil años se dijo que quería indicar mil años de apostolado, y de consiguiente, se aplazó definitivamente el fin del mundo para el año mil.

Llegó el año 999, y con él sus últimos días. Las predicaciones se extremaron y el ascetismo se pronunció en alto grado. Los unos entregaban sus caudales á los mendigos; los otros abandonaban sus haciendas, para llevar una vida de abstinencia y obtener el perdón de sus pecados. Bandadas de penitentes recorrían la Europa mostrando sus cuerpos desgarrados por el azote y el cilicio; mientras otros que, aun no habían perdido su egoísmo terrestre, se apresuraban á gozar creyendo que les iba á faltar el tiempo. El siervo abandonó el trabajo, y el señor feudal no se cuidó de imponérselo. ¿Para qué trabajar si todo debía de acabar dentro de poco? Así halló el último día de este memorable año, á casi toda la Europa. El día tocaba á su fin y todos oraban creyendo ya llegada su última hora: á cada instante que transcurría aumentaba la ansiedad de los creyentes, de modo, que cerca ya la media noche, los corazones casi no palpitaban y la respiración se retenía para poder oir mejor la terrible señal que debía marcar el fin del universo. Por fin dieron las doce... y el mundo continuó siendo.

---

(141) Esta profecía ejerció en la Edad Media su influencia sobre Francia, Alemania, parte del Austria, y algo en Inglaterra. En los países más meridionales, como Italia y España no se dejaron sentir tanto sus terribles consecuencias.

Entonces las gentes llamáronse á engaño, pero ya era tarde. Los campos incultos, descuidados los hogares, los rebaños dispersos por los montes, el trabajo olvidado, las rentas disipadas, los capitales perdidos, abandonadas todas las fuentes del bienestar y de la riqueza, la miseria debía sobrevenir forzosamente, pues no en vano se interrumpe la eterna y universal ley del movimiento. No se hizo esperar mucho tiempo. El hambre empezó á hacerse sentir con toda su intensidad, hasta el punto que, agotados los pocos víveres que quedaban, exterminada la caza y devorados los animales domésticos, los hombres, famélicos, impelidos por la dura necesidad, llegaron á cazarse mutuamente, y la antropofagia estuvo á la orden del día.

En el siglo XI, de los primeros 65 años hubo 40 de hambre. Un monje de aquella época, llamado Raul Glaber, cuenta que se había puesto en uso el comer la carne humana, á pesar de los anatemas de la religión, que se opuso á ello; afirma que un mesonero fué quemado vivo por haberla servido en su posada (142), y que en el mercado de Tournos un carnicero la vendía públicamente. Hasta se llegó á desenterrar los cadáveres para comerlos. «Otra calamidad terrible sobrevino—dice el mismo cronista, —y es que los lobos atraídos por la multitud de difuntos que quedaban sin sepultura, invadieron los poblados y empezaron á atacar á los vivos. Las gentes entonces temieron á Dios, y empezaron á abrir fosas, á las cuales, el hijo llevaba arrastrando á su padre, el hermano al hermano, la madre á su hijo, cuando les veían desfallecer, y en ellas se precipitaban á veces el vivo tras el muerto.»

Los feudales diéronse al robo para vivir. Invadíanse mútuamente los dominios, ó desde sus madrigueras con sus hombres de armas acechaban al viandante para hacer presa en él. En esto apareció un ermitaño y les previno, en nombre de Dios, que fueran á rescatar el sepulcro del Redentor del mundo. Impulsados unos por su fe ciega, y otros por su sed de aventuras, con la cruz en el pecho y guiados por tan extraño caudillo, marcharon en tropel hacia Oriente (143).

Durante las cruzadas el hambre recrudeció. Detrás

---

(142) Algo parecido pasó al principio de las cruzadas. Véase el *Llibre de les Dones* de Mossen Jaume Roig de Valencia.

(143) Las cruzadas fueron un movimiento de una influencia altamente civilizadora, aunque este no fuese el objeto de los que las emprendieron. Las cruzadas no representan más que la resistencia que opone el Occidente á la invasión de Oriente; fueron la segunda parte, inconsciente si se quiere, de las guerras médicas.

Como adeptos de la filosofía positiva, la justicia es nuestro único guía, y no podemos aceptar para aquel gran hecho histórico la calificación de inútil, que le han atribuído los librepensadores del siglo pasado y algunos del presente.

del hambre compareció la peste provocada por el olvido de todas las reglas de policía y de higiene; y con la peste la lepra. Más de un santo hubo que se alabó de no lavarse ni tan siquiera las manos. El vestido interior era de lana, y la mayor parte no se lo mudaban, pues el mero hecho de desnudarse ya era tenido por pecado. Con la mala alimentación, la sangre empezó á carecer de principios reparadores del organismo; los humores predominaron y el temperamento escrofuloso se hizo general. La escrófula por dentro y la inmundicia por fuera no tardaron en producir eflorescencias purulentas por toda la superficie del cuerpo. Viciado así el organismo, la lepra (144) y la peste negra se hicieron endémicas, propagándose con una celeridad espantosa, y el contagio horrorizó de tal manera, que el infeliz apestado era abandonado en su casa, ó trasladado á un lazareto inmundo al borde del camino, en donde moría en la desesperación, si algún monje caritativo no acudía á prestarle los auxilios que su amor le inspirara, ya que no su ciencia. Y cuando el apestado era un leproso, entonces el infeliz ni tenía entrada en el templo, ni podía extender sus manos sobre la cabeza de sus hijos, ni beber en la fuente por no enturbiar el agua, ni morar en la población, ni tener trato alguno con sus semejantes; abandonado á la caridad del viandante que depositaba su óbolo en la caja de madera que tenía en la puerta de su albergue, esperaba tristemente la llegada de la muerte, tendido en el mísero lecho sobre del cual el sacerdote había vertido el polvo de los cementerios (145).

Fué tal la falta de salud y vida que alcanzó esta época desgraciada, que el cuerpo humano se modificó de un modo muy sensible. Las piernas se adelgazaron, el vientre adquirió más volumen y la capacidad del cráneo disminuyó sensiblemente (146). Toda la farmacopea ortodoxa estaba reducida al agua bendita, las reliquias de los santos y los sacramentos. Y si un clérigo os veía enfermo «esto es un castigo de Dios por vuestras culpas», os decía, «orad y arrepentíos, que si el mal os da la muerte

---

(144) Esta terrible plaga que tantos estragos causó en la Edad Media fué la *elefantiasis tuberculosa*, y no la enfermedad escamosa conocida hoy de los dermatólogos modernos con el nombre de *lepra*.

(145) Pi y Margall, *Estudios sobre la Edad Media*.

(146) Para que este aserto no parezca exagerado á los que no se han dedicado á profundos estudios de antropología, haremos constar que Mr. Broca ha encontrado que los cráneos extraídos de los cementerios de París, pertenecientes á individuos de nuestra época, son más grandes y más desarrollados en su región frontal que los muchos que ha investigado extraídos de tumbas del siglo XII. Los del siglo actual están con los de aquella época en la relación de 1,484 á 1,426.

Mr. Prichard, después de numerosas comparaciones de cráneos pertenecientes á nuestro siglo, extraídos de diversos cementerios de Inglaterra, con los de los osarios de la Edad Media, se ha convencido de que la capacidad craneana es en su país hoy día mucho mayor de lo que fué en los siglos IX, XII y XIII. Véase la obra de Mr. Prichard titulada *Phys. History of Mankind*.

la Iglesia ya os aplicará á vuestra alma su canto de difuntos».

La Edad Media es la edad de las antítesis. En su curso, cada movimiento provoca otro en sentido diamentralmente opuesto, cada tendencia viene contrarrestada por una tendencia contraria; todo es dual, como si en ella todo estuviera regido por la ley del péndulo que exige que á una oscilación en un sentido corresponda otra en sentido inverso. Mientras en medio de tanta desgracia y tanta miseria, los creyentes más fervorosos mortificábanse el cuerpo, para hacer prevalecer el espíritu; mientras no daban satisfacción alguna á la carne porque del polvo salió y á él ha de volver; mientras descuidaban completamente la vida, vanidad de vanidades, y menospreciaban el mundo, origen y fuente de todo pecado, otros mal avenidos con tanto sufrir, protestaban pidiendo para su persona, salud, vida ilimitada y oro, ó el goce anticipado de esta vida de la gloria que se les prometía para la otra.

Unos, para distraer el fastidio de la celda, por amor á la Madre Naturaleza otros, aprendían en Plotino, Olimpiadoro, Proclo, Jámblico, Porfirio, ó Zósimo las lecciones espargíricas, ó la hermética en alguna traducción griega del gran libro del Hermes trimegisto. Tales lecturas indujéronles á creer que combinando nombres, líneas y letras, formulando conjuros y mezclando substancias, podrían dar en tal combinación que atrajera el espíritu divino, ó diera por resultado un producto que les proporcionara una vida sana, feliz y prolongable á voluntad indefinidamente.

Los más místicos pasábanse las noches en vela para encontrar la fórmula cabalística, de la piedra filosofal del espíritu. Combinaban de distintas maneras el círculo, el triángulo y la cruz, con letras griegas, latinas y caldeas, é invocaban el nombre tres veces santo de la Santísima Trinidad, ó el del Santo de los Santos, para llamar á sí á los espíritus puros, á las almas sin cuerpo, á los ángeles benditos, y con ellos vivir acá en la tierra sumergidos en el alma del Mundo, gozando así de la gloria inefable en el seno de Dios, anticipadamente al día del juicio.

«Dios está en todas partes», decía el dogma; «luego está en el Mundo», deducían ellos; «y la parte que de Dios esté en él contenida es su grande alma. ¡Feliz el que logre sumergirse en ella!»

¡Querían substituir la corrupta atmósfera que respiraban, por una atmósfera de divinidades que les penetrara todos los poros, bañándoles hasta los átomos!

Pero estos primeros no eran los más numerosos; entre los que buscaban la felicidad acá en la Tierra eran los menos místicos los que predominaban. Dedicados con pa-

sión á la alquimia, á esa ciencia negra que parecía inspiración del diablo, pasábales el tiempo destilando substancias y calculando fórmulas para obtener el maravilloso elixir de larga vida. Cada alquimista tenía su receta predilecta, de Arquelao, de Salmanás, del Panopolitano, ó de algún otro doctor mago, y en consecuencia preparaba la grande obra á su manera. Todos, no obstante, convenían en que la base debía de ser un metal noble, y que la operación debía de verificarse en el plenilunio. Por la noche, cuando el reloj de la iglesia daba las doce, y á través de los pequeños cristales de la vidriera del ventanal de su estancia veía la luna bañar la ciudad y la campiña con su luz blanca, dando plateados reflejos á las pulidas pizarras de las casas y de los campanarios, unía el alquimista la sal y el vinagre con el mercurio, *principio andrógino, agua de plata, que no es agua, ni metal, ni cuerpo, y es flúido como el agua, pesa y brilla como el metal y tiene vida y espíritu como los cuerpos;* trazaba sobre el muro tres círculos concéntricos entre los cuales había varias palabras mágicas entrecortadas por cruces; dibujaba en medio, formando triángulo, el signo del oro, el sol; el signo de la plata, la luna; el signo del mercurio; y en el centro de ellos el signo del azufre; y envolvía toda la figura con la culebra, cuya cabeza con su carbunclo significa la vida y el bien, y cuya cola de punta de saeta significa el mal y la muerte. Trazado el pentágrama invocando á Astaroth fulgurante ponía fuego á la retorta y esperaba. Si durante la destilación el cielo se encapotaba, dejando á la ciudad sumida en las sombras, la operación había fracasado; pero si se terminaba sin que ni tan sólo una ligera nubecilla viniera á velar la pálida faz de la luna la grande obra estaba hecha. El líquido obtenido era el elixir filosofal, el alquimista era feliz, ya no tenía que temer ningún mal sobre la tierra, y podía desafiar á la muerte, pues tenía en su mano la universal panacea.

La Naturaleza siempre da al que la remueve, la investiga ó la trabaja, aunque obre impulsado por una vana quimera. Los discípulos de Hermes, si bien no hallaban la receta de la inmortalidad sobre la tierra, descubrían cuerpos hasta allí desconocidos, obtenían ácidos, perfeccionaban la destilación de varios líquidos y preparaban inconscientemente el advenimiento de la moderna química. Hallaban, en vez del elixir con tanto afán buscado, sólo disoluciones de sales áuricas, argénticas ó mercúricas, que no daban vida eterna, es verdad, pero secaban erupciones purulentas, mataban el ácaro de la sarna, cauterizaban exantemas, y eran, en fin, el antídoto anticipado de algunos siglos, á la terrible invasión de la sífilis en Europa.

Mientras tanto, los señores que tenían dominios de donde sacar con qué mantener sus gentes de armas, continuaban sus luchas intestinas, y los que no, ponían su espada á precio, yendo á servir á quien mejor se la pagara, ó convertidos en capitanes de bandoleros recorrían las comarcas saqueando las casas, violando las mujeres, asesinando á los que les resistían y robando todo lo que podía saciar su codicia.

Al empezar el siglo XIV el malestar de Europa era tal que, según un cronista de aquel siglo, la vida parecía un infierno anticipado. Era el pueblo tan mísero, tan desgraciado, que en todo creía ver el signo fatídico de alguna calamidad próxima. Y las calamidades se sucedían con tanta frecuencia, que casi siempre veía confirmadas sus tristes predicciones. Las pestes, las guerras, las sequías, ó las inundaciones, tenían sus correos, sus avisos. Antes de aparecer una plaga en una comarca, sus desdichados habitantes veían cruzar por el celeste espacio durante varias noches consecutivas, cometas de extrañas formas, meteoros de luz siniestra, y el pueblo piadoso creía que la Providencia se servía de aquella escritura cósmica para anunciarle las nuevas plagas con que pensaba castigar en ellos las demasías de sus príncipes.

Las herejías, ya asaz numerosas en el siglo XII y en el XIII, progresaron al empezar el XIV, á pesar de su represión sangrienta. Interdíjose á los excomulgados la tierra sagrada. Mandóse que se les sepultara en la basura ó en tierras pantanosas. Entonces se propagó la creencia de que los *Broculacos* continuaban viviendo, aún estando muertos, dentro de sus fosas, y que allí llevaban una existencia semiparalizada; inmóviles de día, sufrían asquerosa tortura roídos por los gusanos, pero en sonando las doce de la noche se levantaban de la tierra, y envueltos en sus sudarios, iban á cortar la cuerda á los ahorcados y con ellos se marchaban al aquelarre á ejercer mil maleficios.

Apenas había transcurrido un tercio de siglo, que la más horrible de las pestes, de que había memoria, vino á devastar la Europa. Como si fuera un castigo del cielo, empezó atacando las ciudades heréticas y las comarcas excomulgadas. Los dominicos huyeron pasando por encima de los cadáveres que cubrían las calles apestadas; exclamando: «¡La excomunión del Papa produce su efecto!» Los clérigos les siguieron; algunos buenos religiosos, en cuyo corazón predominaba el amor al prójimo, desafiando la muerte, se quedaron para cuidar á los míseros enfermos, pero pagaron su abnegación con la vida. Los pueblos de Alemania perdieron el sesenta por ciento de sus habitantes. A medida que la peste se propagaba hacia el Mediodía, sus efectos eran más terribles. Provenza y

Cataluña vieron perecer el ochenta por ciento de su población. Pronto la celeste plaga no se contentó con los heréticos y empezó á cebarse en los países ortodoxos. Ciego de cólera, el ángel exterminador no distinguía los buenos de los malos. Como si quisiera anticipar el Final Juicio, segaba todo lo que encontraba al paso dejando á Dios que escogiera.

Entonces organizáronse en Holanda, en Alemania y en el Norte de Francia, fúnebres procesiones de disciplinantes. Los penitentes andaban llorando, precedidos de una cruz, errantes de pueblo en pueblo, sin saber adónde dirigirse. El Papa les había rehusado los sacramentos y se creían perdidos; por esto es que los infelices imploraban directamente su perdón á la divina misericordia.

Y mientras esto sucedía en el Norte, en el Mediodía se acusaba á los moros y á los judíos de haber producido tal calamidad. Los mendigantes le dijeron al populacho devoto que el rey moro de Granada, viendo á los cristianos ganar terreno cada día sobre sus dominios, por vengarse encargó á los judíos el envenenar las aguas, y que éstos, aconsejados por el diablo, se habían dirigido á los leprosos, los cuales habían celebrado conciliábulos al objeto. Y entonces á los míseros atacados de lepra se les quemó vivos después de haberlos martirizado horriblemente.

En el tormento algunos cantaron. El pueblo piadoso se estremeció al oir los medios de que se habían servido para producir la peste. Mezclaban varias yerbas con sangre humana, orines y hostias consagradas!!! y luego tostaban la mezcla, la pulverizaban, la metían en un saco y con la ayuda de una piedra la echaban en los pozos, en los estanques, en las fuentes. A veces era otra la horrible receta. ¡La cabeza de una culebra, los pies de una rana, cabellos y sangre impura de mujer, constituían el pestífero brebaje! (147).

¡Todos se horrorizaron ante tanta maldad! los monjes llamaron á la venganza á las turbas creyentes. Pintáronles con colores vivos el deicidio del pueblo judío; mostráronles un enemigo del género humano en cada israelita, y algunos nobles, para saldar sus deudas, condujeron las masas al asalto de las juderías, y sus habitantes fueron degollados ó quemados vivos con sus papeles y sus libros, mientras los más ávidos saciaban su sed de rapiña en sus tesoros.

Entonces surgió una leyenda extraña, cuyo personaje

---

(147) «Fiebant de sanguine humano et urina, de tribus herbis... ponebatur etiam corpus Christi, et cum essent omnia dissecata, usque ad pulverem terebantur... caput colubri, pedes bufonis, et capili quasi mulieris, infecti quodam liquore nigerrimo...» (*Cout. g. de Nang.* año 1321, p. 78).

vino á ser la encarnación de la desgracia perpetua, del castigo eterno, del sufrimiento inmortal. ¿Se puede dar nada más desolador que la inmortalidad del sufrimiento? Este ser imperecedero, mensajero de desastres, testigo permanente de horrores, viajante de la Muerte, era EL JUDÍO ERRANTE. Estaba condenado á andar y á vivir hasta que el mundo acabara, viendo como todo continuamente perecía. Leyenda engendrada por algún poeta apocalíptico, ó por algún predicador iluminado, fué desde su origen la personificación simbólica del pueblo judaico que vive sin hogar ni patria después de la destrucción de Jerusalén por Tito, y pronto en la mente del pueblo tomó el carácter de creencia positiva en un ser viviente.

En la Edad Media se aplicaban con frecuencia al individuo los caracteres de la colectividad y aun del todo. Así vemos la eternidad del alma humana, la del castigo, la del premio, ó tipos que duran á través de los tiempos como si fueran una raza, etc., etc. Esto daba por resultado, dogmas pavorosos, leyendas aterradoras, personificaciones que eran una pesadilla continua, aumentando así la pusilanimidad y el tedio á los míseros creyentes.

Los Judíos habían pedido la crucificación del Nazareno. Se les ofreció un indulto y en escarnio lo aplicaron á un malvado. Fallaron la causa y ejecutaron la sentencia con las profanaciones más horribles de la divina persona. Bien pronto sus sangrientas sublevaciones les valieron la destrucción de su ciudad santa, y la justa expulsión de sus hogares. Desde aquel entonces, pueblo errante en el seno de los otros, es espoliado, desechado, burlado, maltratado en todas partes; y no obstante, atraviesa las sociedades, sufriendo todas sus crisis, sus convulsiones, sus revoluciones, sin perder su carácter, sin cambiar de religión, sin modificar sus ritos, esperando impertérrito la venida del Mesías. Estas consideraciones dieron lugar á la formación del mito del Judío Errante, el cual representa al pueblo deicida expiando su inmenso crimen hasta la consumación de los siglos.

Su primitiva leyenda fué importada de Oriente, y probablemente la trajeron los cruzados (148). A principios

(148) Ch. Schœbel, en su estudio la *Leyenda del Judío Errante* piensa que este personaje no fué considerado como judío hasta la época del Renacimiento. Los argumentos en que se funda no son más que meras conjeturas. Dice que la leyenda contada por Matthieu de París es una leyenda romana. Insiste, por ejemplo, en el hecho de que el portero de Pilatos no podía ser judío, y se funda en que en la época de Tiberio no se confería á los Judíos ningún cargo público. Este argumento no tiene valor alguno, pues que esta leyenda fué inventada en la Edad Media, y en esta época se cuidaban muy poco de la exactitud histórica. Los conocimientos sobre el mundo antiguo eran asaz esca-os para que el inventor de la leyenda fuera á mirar si el portero de Pilatos debía ser judío ó romano. En esto Schœbel, con una inocencia inconcebible, juzga la leyenda como si fuera un hecho histórico real. Más acertado está al dar su parecer sobre la formación de la personalidad del Judío Errante. La opi-

del siglo XIII Europa aún no había visto tal personaje, y no obstante, hacía ya algún tiempo que se creía formalmente en su existencia. He aquí lo que de él se contaba.

Era un tal Josef, judío, zapatero de oficio, casado y con hijos, habitante en Jerusalén durante el reinado de Tiberio. El día en que el Salvador fué conducido al Calvario, asomóse al portal de su casa para verle pasar. Rendido el buen Jesús por la fatiga, quiso descansar en el umbral de la puerta del israelita, y al intentarlo recibió de éste un empujón que le hizo tambalear y caer en el arroyo, mientras con voz despiadada le gritaba: *¡Anda, anda que poco te falta! ¡Yo descansaré pronto y tú andarás eternamente!* le respondió el Maestro con semblante severo y enérgica mirada. Y desde aquel día, al impío judío el reposo le está vedado; ni siquiera podrá tener el descanso que la muerte proporciona á los vivientes.

Cuando esto aconteció, tenía un niño en brazos; y apenas el Hombre-Dios le hubo dictado tan terrible sentencia, que impulsado por una fuerza misteriosa, extraña á su voluntad, dejó su hijo en el suelo y empezó á andar á grandes pasos. Dirigióse al Calvario y allí, vió crucificar al Redentor del linaje humano. Cogiéronle andando las perturbaciones universales que coincidieron con la muerte del Cristo, y al ver apagarse el sol, enrojecerse la luna, caer estrellas, abrirse el suelo, y resucitar los muertos, conoció la terrible falta que había cometido y comprendió que aquel andar era el castigo de su tremendo pecado. Al atravesar el Jordán, se hizo cristiano recibiendo el bautismo del apóstol Ananio, y siguió andando. Deseando hallar la muerte con los suyos, entró en Jerusalén el día en que el romano la incendiaba. Caían los muros, se desplomaban los edificios aplastando á los que querían escapar de aquella hecatombe; y á él, que se había metido allí para perecer, ni una piedra le tocó en su trayecto. Al cruzar una de aquellas calles, oyó que de una casa ardiendo salían gemidos desgarradores, miró, y vió á sus nietos retorciéndose entre las candentes ruinas y tuvo que andar sin poder entrar á socorrerlos.

Pasó por Roma el día en que los bárbaros entraron en su recinto, y á pesar de haber cruzado el torbellino de combatientes, tampoco allí pudo hallar la muerte. Atravesó el agro romano, y andando, andando, llegó á una costa. La costa era montuosa: en una de las cimas más altas había una roca que estaba suspendida sobre las

---

nión la creemos justa. No cabe duda que el Judío Errante reune las cualidades de *Cartaphilus, que debe vivir hasta la segunda venida del Mesías;* del *Portero de Pilatos, alma criminal y condenada,* y del *Cazador salvaje,* tipo-indo-germánico, *que marcha día y noche y simboliza el viento.*

aguas. Aceleró su paso y por fin trepó á su cúspide. La tempestad rugía, rasgaba el serpenteado rayo el negro cielo, y las olas bramaban con furor alzándose encrespadas, cual si se impacientaran por tragarlo. Entonces se regocijó. «Voy á morir», se dijo, y precipitóse al profundo. ¡Vana esperanza! era más ligero que el agua: las olas le llevaron á flote y le arrojaron á lejanas playas, y apenas tocado había la arena que ya continuaba andando.

Cruzó por Francia cuando francos y latinos se estaban disputando aquella tierra. Pasó al través de bosques de lanzas y lluvias de flechas; nubes de piedras y bodoques pasaron disparados rozando su cabeza, y ni un bodoque le abrió el cráneo, ni una flecha se clavó en su pecho, ni una lanza le atravesó el cuerpo. La guerra asoló luego la Germánica; bosques seculares fueron pasto de las llamas, precipitóse en aquellas selvas ardiendo y mientras los árboles más corpulentos eran reducidos á pavesas, él era respetado por el incendio. La maldición de Dios le había vuelto más ligero que el agua, invulnerable al hierro y refractario al fuego.

Guió sus pasos á Sicilia y remontó el Etna cuando sulfurosos chispazos anunciaban una erupción cercana. Puso el pie en el borde del cráter y se lanzó dentro. Las entrañas de la tierra se horrorizaron de tenerlo en su seno y lo arrojaron por donde había entrado. El volcán lo vomitó bramando entre una nube de humo y un río de lava que lo llevó al mar; y el mar lo condujo á las riberas españolas. Luchábase en España con valor para arrojar á la morisma fiera. «¡Tal vez á manos de infieles hallaré la muerte!» pensó, y recorrió toda la península en busca de combates. Mil veces se metió en la pelea embistiendo de frente al sarraceno: muchas se encontró dentro un torbellino de alfanjes y espadas: las cabezas caían cortadas á cercén, y la suya se mantenía firme sobre sus hombros; las férreas hachas de los agigantados africanos, se rompían cual si fueran de frágil vidrio contra su cabeza, y las cimitarras damasquinas se embotaban en su cuello. En la batalla del Salado, frente á los muros de Tarifa púsose delante de las bocas de las bombardas. Las pelotas de hierro resbalaron silbando sobre su cuerpo, y continuaron su camino.

Un somatén municipal sitió un día á un señor en su castillo. Viéndose el feudal acorralado en su madriguera, y próximo á cumplirse en su persona la tremenda justicia del pueblo, preparó una mina y decidió volar antes que entregarse en manos de pecheros. En busca de la muerte, el infeliz judío marchó al asalto con las huestes plebeyas. Trepó á una almena; apenas había subido explotó la mina. La explosión fué horrible. Voló al aire mezclado

con las piedras y maderos del castillo y los miembros de los combatientes, y fué á caer ileso en las llanuras de África. No podía morir. era inviolable.

Recorrió la arenosa llanura en busca de fieras. Los leones y los tigres huían al verle. Los cocodrilos torcían su marcha. Las serpientes corrían á esconderse en la maleza, y hasta los elefantes á cuyos pies se echaba rehusaban aplastarle. ¡Qué horrible le era el no poder morir jamás, siendo perpetuamente testigo de las desdichas humanas!

Insultó tiranos, retó á guerreros, se precipitó á los abismos, se arrojó á las llamas, cruzó comarcas apestadas, tragó venenos, provocó á las fieras, pero en vano. Para él la Muerte estaba muerta. La llamaba á voces, la buscaba en todas partes, mas no la encontraba nunca. ¡Siempre esa sed de perecer inextinguible! Y él sólo quedaba en pie mientras todo caía. ¡Y tenía que andar eternamente!

... ...

en el horizonte, se ensanchan, crecen, explotan en agua y viento y desaparecen volviendo á quedar el cielo limpio y claro, decían las buenas gentes del campo que el Judío Errante pasaba (151). De aquí el que llegara á ser proverbial el que su aparición coincidía con grandes tempestades, torbellinos é inundaciones; en su veloz carrera daba tal impulso al aire que arrancaba los árboles de cuajo y derribaba los tejados. Cada vez que una epidemia ó una lucha desolaban algún pueblo, recordando las gentes haber visto pasar algún mísero anciano de larga barba y cabello canoso, por aquella comarca--decían:—«Esto nos lo ha traído el Judío Errante». Lo cual nada tenía de extraño ya que se le atribuía el ir siempre á los puntos en que reinara la muerte; para ver si podía hallarla, producía, según creía el pueblo, luchas, pestes, temporales y toda clase de calamidades. La creencia en tal personaje fué prolongándose hasta el Renacimiento, en cuya época perdió bastante de su carácter fatídico, como todas las personificaciones que engendró la Edad Media. Faltóles la atmósfera que los creara y mantuviera, y poco á poco fueron desapareciendo como vagas sombras que al amanecer la luz del sol disipa.

*
* *

Para terminar el inventario de miserias de esta triste edad debemos ocuparnos de una enfermedad desoladora que vino á ser el *galop* final de esta saturnal inmensa de dolores. Esta fué la llamada danza de San Guy ó de San Vito. Sería por los años de 1350 cuando empezó á invadir las poblaciones de Europa, y en 1380 apenas había aldea en donde no fuera conocida. A los desgraciados á quienes picaba la infernal tarántula sobreveníales un verdadero furor por el baile. Las piernas se les movían involuntariamente, se daban las manos unos con otros, formaban grandes círculos en las plazas y explanadas, y se entregaban espontáneamente á un *galop* frenético, rabioso, convulsivo, delirante, que se iba acelerando por momentos cual si fueran arrastrados por una corriente galvánica. Los espectadores, primero se reían, después se entusiasmaban, y por fin, contagiados por completo, entraban á engrosar el infernal corro. Conforme iban rodando, los movimientos se hacían más descompasados, los gritos que lanzaban más agudos y las carcajadas no tardaban en ir acompañadas de un rechinamiento de dientes horroroso, cual si fueran á dislocárseles las mandíbulas. Luego abundante espuma salía de sus bocas,

(151) Aun hoy lo dicen los campesinos de Bretaña y Picardía.

hundíanseles los ojos, tambaleaban los cuerpos y por fin perdiendo el equilibrio, arrojados á distancia por la fuerza centrífuga, iban á estrellarse contra los cantos ó contra las paredes, lanzando gritos desgarradores é interjecciones sacrílegas. El pueblo atribuía esta danza á la maldición divina y creía seriamente que estaba dirigida por la Muerte é impulsada por el Diablo.

La idea mística de la muerte de Cristo que estaba latente en la conciencia de las masas dió un resultado práctico, y se erigieron las catedrales en torno de las que se agruparon los pueblos del llano. La catedral erigida por los moradores de la llanura, fué á su vez el núcleo que ofreció un punto de apoyo á la nueva población que iba surgiendo; proyectaba su sombra encima de las casas del entorno, como protegiéndolas de los ataques arbitrarios del señor de la montaña, y las buenas gentes plebeyas, estando ya más tranquilas por lo que toca á sus propiedades, se congregaban dentro de aquellas naves, para rogar al Dios crucificado por la salvación de sus almas. La catedral unió á los ciudadanos, y con un abrazo místico formó de ellos un conjunto; gracias á ella la solidaridad fué un hecho. Habiéndose ya unido para los fines espirituales poco les costó ya el juntarse para los fines temporales. A principios del siglo XIII la catedral era ya el signo de la constitución del municipio, y allí donde el municipio estaba constituído, el señor feudal no podía ejercer impunemente sus rapiñas. Al menor conato de ataque en contra la villa, el torreón de la iglesia llamaba con voz de bronce los villanos armados á la plaza. La campana retaba con su estentóreo sonido al castillo, y su eco, resonando por el artesonado de la cámara señorial helaba de espanto al barón y á sus secuaces. El castillo temblaba al oir la campana cual si aquel sonido le hiciera presentir la aparición no lejana del cañón que dentro de poco debía de venir á derribarlo.

En este momento histórico la opresión que ejercía el Papado sobre la conciencia y el feudalismo sobre la persona habían llegado al colmo. Con tanta fuerza pesaban sobre el Pueblo, que provocaron una insurrección en los ánimos, una sublevación espiritual, una venganza idealista contra los poderes de la tierra.

Como la catedral venía ya siendo desde algún tiempo el núcleo alrededor del cual se agrupaba la población del llano para protegerse del señor de la montaña, la conspiración se fraguó dentro de sus naves, su bandera de combate fué el sudario de la muerte. La vida era mísera, la jerarquía considerada inevitable, y por lo tanto todo conato de emancipación quimérico; el bienestar sólo se alcanzaba en la otra vida: en este valle de lágrimas era inconcebible. Lo más que podía hacer el pueblo era unirse

para contener al señor dentro de ciertos límites; rechazar el señorío era reputado imposible por los mismos á quienes vejaba. Pero el Pueblo y el bajo clero sobre quienes pesaban todas las jerarquías superpuestas, en su desesperación quisieron vengarse, y no pudiendo proclamar la igualdad en esta vida, donde no la creían realizable, la proclamaron en la muerte, y pronto el interior de los templos se llenó de turbas tan devotas como desesperadas. Enérgicas frases de sermones fúnebremente igualitarios retumbaron por las sagradas bóvedas, expresión fiel de los sentimientos de aquella demagogia mística que se complacía en acibarar los goces de los que los lograban..

«¡Ni las riquezas ni el poder privan á la muerte de ejercer su oficio. La púrpura y la tiara no son suficientes á detener su paso. Los que vivís en la opulencia, los que abusáis de la fuerza estáis igualmente condenados á morir como el más pobre de los mendigos, como el más ínfimo de los siervos. Un papa no vale más que un lego, un emperador que un villano, una duquesa que una mujer plebeya!» Y estos ó parecidos conceptos se repiten por todas partes y en todos los tonos: y el reinado de la Muerte llega á su apogeo al triunfar esta siniestra democracia.

«¡Nada hay que no me pertenezca!» exclama la Muerte, al decir de los predicadores. «Todos de buen ó de mal grado han de seguirme, que no hay fuero que contra mi poder á nadie valga, ni remedio alguno que de morir cure. ¡Sólo mi reinado es imperecedero!»

«Levantad los puentes de vuestros castillos, poned guardias en las almenas, cerrad las puertas y las ventanas, tapiad hasta las rendijas, yo burlaré la vigilancia de vuestros centinelas, atravesaré los fosos, y entraré en vuestras estancias como si las puertas estuvieran de par en par abiertas».

«¡Todos sois iguales; y si no lo fuérais yo os igualaría!»

«Tú, trabajador, tú pesas lo mismo en mi balanza que el señor del castillo que te cobra el feudo. Tú, rey, que sólo supiste ser fuerte para ser tirano, que esquilmaste tus vasallos á fuerza de gabelas para llenar tus arcas reales, sin curarte para nada de hacerles justicia, tú pararás á mis manos lo mismo que el más infeliz de ellos. Tú, conquistador ambicioso, que para satisfacer tu inmenso egoísmo haces perecer á los hombres á millares en los campos de batalla; tú también morirás como el último de tus soldados. Tú, arzobispo, que tan mal riges á tus súbditos laicos y clérigos; en revancha de los exquisitos manjares con que sacias tu gula, prepárate á catar mis amarguras. Tú, señor aventurero, que vives sólo del pillaje, apréstate á seguirme, que pronto has de ver cómo

castigo á los de tu banda que roban lo ajeno. Tú, abad gordo, *folgador vicioso*, que soportas los ayunos del convento gracias á los manjares que escondes en tu celda; tú, que en lugar de ceñir cilicio te haces ceñir por los brazos de tus barraganas, abrázame á mí, ténme por tuya, que de hoy más voy á ser tu esposa. Tú, deán opulento, que convertiste las ofrendas y oblaciones del pie del altar en oro, cerrando la mano á viudas y á pobres; tú, que conmoviste toda la diócesis en pos de un arzobispado, tú tendrás también que seguirme lo mismo que el monaguillo que te ayuda la misa. ¡Ven, cortesano infatuado! yo soy quien ha de castigar tu insolencia. ¡Ah, rico avariento que rehusas la limosna á los pobres, tú ni siquiera has de tener la de las lágrimas de los que sigan tu fúnebre cortejo! ¡Basta, mujer impúdica! Este tu hermoso cuerpo que les cuesta cien escudos por noche á los que quieren gozarlo, yo voy á obtenerlo de balde á la postre. ¡Juez malvado, que vendiste al mayor postor la justicia, no te envanezcas con el armiño que te cubre, que presto te cubrirá la podredumbre!»

Y en esto la Muerte personificada en el esqueleto se hace la compañera inseparable del Hombre, al cual trata siempre según su condición y carácter (152).

Se presenta al papa mientras corona al emperador, y en el momento en que en el nombre de Dios le instituye árbitro de sus vasallos, le advierte que su poder es mucho mayor, arrebatándole todas sus prerrogativas con la vida. Quita la corona al emperador y la entrega al que ha de sucederle. En traje de copero escancia al rey en el festín el brebaje que ha de ser su última bebida. Con el manto de grana y el capelo en la cabeza, detiene al cardenal en el momento en que va á subir al solio pontificio, y le obliga á bajar al sepulcro. Con la mitra y el báculo de abate se aparece al monje que está abstraído en la lectura del Breviario para anunciarle que ya ha rezado lo bastante. Castiga la falta de castidad de la abadesa, haciendo notar, maliciosamente, al llevársela, lo significativo que es el bulto extraordinario de su vientre (153). Viola la

(152) Al llegar al siglo XIV, la Humanidad estuvo convencida de que la Muerte era un personaje real y efectivo, aunque invisible. Se representó su efigie en forma de esqueleto que empuña la guadaña y lleva el reloj de arena del tiempo. Escritor místico hubo que afirmó muy seriamente haberla visto cernerse en esta forma sobre una ciudad afligida por la peste, acompañada del Angel Exterminador. En el siglo XIII y á principios del XIV se representa á la Muerte por un esqueleto cubierto por la piel, ó sea una especie de momia. La anatomía del cuerpo humano aun no había sido estudiada suficientemente para saberse la forma precisa que tenían los huesos. Así viene representada en las viñetas de los libros religiosos de los mencionados siglos.

(153) Para que no se crea que estas descripciones que hacemos, de las formas que se atribuían á la Muerte, son arbitrarias, debemos hacer constar que todas están inspiradas en las escenas de las danzas macabras más notables de esta época. La de la abadesa, por ejemplo, la tomamos de la de Basilea, cuadro 22.

clausura para robar á la monja del convento. Toma la vara de juez para hacer justicia en él y vengar á los que por sus fallos han sido ajusticiados. Confunde al deudor y al acreedor en un común abrazo. Entra en casa del judío prestamista mientras está contando lo que importa el valor de tantas bolsas como se han vaciado en su arca, diciéndole: *Aun no has pagado mi deuda;* y sin darle tiempo para más se lo lleva consigo. Penetra en el escondrijo del avaro, y en vez de cogerle á él, le coge sus tesoros, segura de que en pos de ellos va á seguirla. Sorprende á los tahures en el juego, y ni tan sólo les deja recoger la apuesta. Prende al ladrón que está robando en el camino y lo estrangula. Se cala el bonete del predicador, que improvisa un sermón sobre la vanidad de la vida, y señalándole un reloj de arena que tiene encima del púlpito, le demuestra en su persona cuánta es la verdad de sus argumentos. A guisa de monaguillo acompaña el Viático con la linterna en la mano. Al astrólogo que tantas cosas predice contemplando la celeste esfera, muéstrale un cráneo, y le pregunta cuándo será el fin de sus días. Sorprende á los mercaderes en el puerto saliendo de entre los fardos que les han llegado en las galeras de Oriente, y con su hedor pestífero mata á algunos y ahuyenta al resto. Sirve al glotón insalubres manjares condimentados con especias incendiarias. Sale al encuentro del guerrero cuando en lo más recio del combate con su formidable espadón derriba hombres como quien troncha espigas, y enarbolando un hueso le hace morder el polvo al primer golpe que descarga sobre su cabeza. Reta al jurisconsulto que imagina argumentos para eludir las leyes á que encuentre uno para evadir la suya. Dícele al siervo que trabaja en el campo: «Yo sólo puedo proporcionarte el descanso á tanta fatiga». Da compasiva la mano al viejo para descender á la tumba. Se lleva con amor al niño entre sus descarnados brazos. Vestida como una elegante dama y cubierta la huesosa faz con risueña máscara, se presenta en el sarao y arrebata al joven galán en lo más florido de sus días. Tocando alegre gaita va con el loco que la acompaña bailando. Guía al ciego y le conduce al cementerio. De noche, embozada en larga capa, da fúnebre serenata á la dama para que le abra la ventana. Atiza fuego al hornillo del alquimista y hace que la retorta estalle y que la explosión le mate. Interrumpe al sabio en sus meditaciones. Une indisolublemente á los amantes en lo más apasionado de sus amorosos transportes. Vela á la cabecera del enfermo y se burla del médico. Da hospitalidad al caminante en la hostería diciéndole: «Entra en tu última posada». Gobierna el timón del buque para conducir la tripulación al naufragio. Marcha con los soldados al combate. Acompaña á los romeros en sus peregrinaciones. Su-

bleva á los vasallos en las plazas. Es músico en los saraos, comensal en las mesas, campanero en los conventos, encapuchado en las ermitas, catedrático en las aulas, magistrado en los tribunales, verdugo en los patíbulos; en fin, ríe, baila, patea y gesticula cual si sus huesos estuvieran movidos por músculos invisibles. La poesía le sueña en sus delirios; la pintura representa su repugnante estampa por doquier; la moral le muestra como objeto de edificación á los creyentes; los ascetas la ven en sus alucinaciones; por todas partes se respira su hálito fétido; á todas horas se oye el crujido seco de sus huesos; á todos hiela el estridente rechinar de sus mandíbulas. Su cetro está por encima del de todos los soberanos. Su sudario cobija á toda la comunión cristiana.

X

LA DANZA MACABRA Y EL DIES IRÆ

Los lúgubres relatos de este género impresionaron á los artistas, y apareció la danza Macabra (154). Cuál fué la primera que se pintó y á quién fué debida se ignora por completo. Se sabe de una ejecutada en 1398 por Antonio de la Salle. Afirman algunos arqueólogos que en 1349 Nicasio de Cambray pintó otra danza de esta clase por encargo de Felipe el Bueno, duque de Borgoña. Dicen otros que Renato de Anjou ya la había hecho representar antes de esta fecha por cómicos, cuyo vestuario dirigió un conocido pintor de la época. No falta quien sostenga que

---

(154) En el *Diccionario de la Lengua Francesa*, de Littré, Art. *Macabre*, se lee:

«Macabre (Ma-ka-br') adj. f. usité dans cette locution: Danse Macabre suite d'images en peinture qui representent la mort, entraînant avec elle, en dansant, des personnages de toutes les conditions, rois, prêtres, chevaliers, moines, hommes du commun; ce genre de peinture eut la vogue aux XIV et XV siècles dans les Eglises et autres monuments publics. La Danse Macabre de l'Eglise de Kermaria dans le département des Cotes-du-Nord.

Hist. XV^e^, s. Peintures notables de la danse Macabre et autres (aux Innocents à Paris en 1407). Hist. litt. de la France, t. XXIV, pág. 716. A Paris vers les Charniers en contre la charronérie à l'endroit de la Danse Macabre. *Journal du Paris* sous Charles VI, an 1420, pág. 120, dans Lacurne.

Etym. Lorrain. Macaibré se dit d'une configuration fantastique des nuages. Du Cange. Chorea Machabœorum (danse des Machabeens) qu'il définit ainsi: Ceremonie plaisante, pieusement institué par les ecclésiastiques et dans laquelle des dignataires, tant de l'Eglise que du monde conduisant ensemble la danse sortaient tour a tour de la danse por exprimer que chacun d'eux doit subir la mort. On lit, en effet, dans un texte de 1453: *Quator Simasias vini exhibitas illis qui choream Machabœorum fecerunt.* On ne peut douter que la danse Macabre et la danse des Machabeens ne soit une seule et meme chose. On peut supposer que les sept frères Machabeens, avec Eleazar et leus Mère souffrant successivement le martyre, donnerent l'idée de cette danse où chacun des personnages s'éclipsait tour à tour, et qu'en suite, pour rendre l'idée encore plus frappante, on chargea la mort de conduire cette danse fantastique. Devant *chorea Machabœorum* on ne peut faire compte de l'arabe *mak bara*, chambre funeraire.»

Hipólito Fourtoul afirma que Macabra, viene de San Macario. Véase *Essais sur les formes et les images de la danse des morts.* Otros autores creen que dicha palabra deriva del nombre del poeta Macaber, el cual compuso para una de estas danzas los versos en alemán, los cuales fueron traducidos en latín por P. Desroy de Troyes en 1460. Por fin, hay quien asegura que el nombre de dicha danza proviene del Trovador provenzal Macabrus, el cual escribió un poema sobre este asunto.

la primera es la de Minden en Westfalia, cuya fecha se remonta á 1383. Cítanse también como de las primeras, la de la iglesia de Chaise-Dieu en Auvergne, y la del convento de Kligenthal en el cantón de Bale-Champagne, la cual lleva el milésimo del año 1312; pero Mr. Francis-Douce, en su libro titulado *The dance of Death*, recopila una multitud de datos, de los cuales resulta que ninguna de estas danzas fué la primera que se representara.

M. Champfleury afirma que en Bretaña y Suiza, existen unos osarios cuyo origen se remonta á principios de la segunda mitad de la Edad Media, en los cuales se esculpió encima de la losa que los cubría, una escena extraña, de la que se puede ver aún algún ejemplar, en los que se conservan en buen estado (155). La Muerte está de pie delante de unos timbales que golpea frenéticamente con dos huesos. A tal redoble responde una banda de esqueletos dando al aire los agudos y penetrantes sonidos de sus largas trompetas, á cuyo estruendo levántanse despavoridos de las tumbas una infinidad de muertos que, corriendo en tropel, van á desparramarse por toda la superficie de la tierra á fin de buscar lo que les falta para reconstituir íntegros sus cuerpos. Esta es, pues, según la opinión de autorizados arqueólogos, la sinfonía que precedió á tan tétrica danza.

Suiza es el país que cuenta con mayor número de danzas Macabras, entre las que se hallan las más antiguas que se conocen. Apenas hay ciudad ni villa que no tenga alguna. Las hay en Basilea, Berna, Fribourg, Lucerna, Coira, etc., y todas ellas notables. Estudiando el por qué estas danzas aparecieron primero en Suiza que en los demás países, lo hemos hallado en la historia y en el carácter del pueblo helvético. La danza Macabra en Suiza, significa la anticipación del sentimiento democrático, debida á dos causas: el carácter independiente de los suizos de una parte, y de otra la opresión del poder austriaco que les vejaba de una manera horrible, unida á las demás opresiones que en la Edad Media sufría el Pueblo en Europa. Esto produjo la explosión de la cólera popular, allí antes que en otros puntos. Las condiciones generales de la época, hicieron que se manifestara á través del prisma de la muerte. Para anular las irritantes desigualdades, se sirvieron de ella; con ella impusieron á sus opresores la ineludible fraternidad de la tumba. Los sucesos políticos de aquel país, vienen en confirmación de nuestro aserto. La revolución estalló allí mucho antes que en Holanda, que en Inglaterra, y que en Francia. En París, en el siglo XV, el Pueblo la representaba públicamente para ma-

(155) Ultimamente he tenido ocasión de ver alguno en Suiza, bastante bien conservado.

nifestar sus sentimientos hostiles á los feudales, en los días de Carnaval ó de regocijo público (156).

Varios otros historiadores suponen que los artistas compusieron esta danza, impresionados por la de San Vito, mientras que algunos afirman que tomó origen en una leyenda espantosa que en aquel entonces se había popularizado en casi toda la Europa Central. Díjose que en Darmsted una turba de impíos fueron á danzar frente á una iglesia el día de Pascua, en el momento mismo en que los sacerdotes estaban celebrando los divinos oficios, por lo cual Dios irritado les maldijo. La maldición divina produjo su efecto instantáneamente; poseídos de un vértigo infernal empezaron á dar vueltas y más vueltas alrededor del templo con furia asombrosa, sin que pudieran dejarse de la mano un sólo instante. Oyendo el sacristán el estrépito de tan espantosa danza, salió fuera del templo, y como viese á su hija que andaba en ella con los demás, asióla de un brazo para separala del círculo, pero el brazo se le quedó entre las manos y su hija continuó dando vueltas con una celeridad espantosa. Tal era la velocidad de que estaban impulsados, que con los pies iban abriendo un foso. Danzaron todo un año sin parar; al cabo del cual, á la misma hora que habían empezado, cayeron muertos en el foso que sus propios pies habían abierto.

Nada de extraño tendría que esta leyenda hubiera sido una de las causas que contribuyeran á la producción de la danza Macabra, pero las principales fueron á nuestro entender las siguientes: La primera fué el sentimiento de desesperación general de la vida que reinó en la Edad Media, sobre todo á partir del siglo XIII. La segunda fué la sobreexcitación histérica del siglo XIV, en el cual todo baila; bailan los brujos en el aquelarre, báilase en las iglesias durante la fiesta de los inocentes; los epilépticos bailan en las plazas públicas; hasta los reyes y los príncipes vuélvense locos y bailan por las calles. La tercera causa y la principal es la necesidad de igualdad que animaba á los plebeyos oprimidos por todos los poderes de la Tierra, lo mismo que al bajo clero vejado por las altas jerarquías eclesiásticas. La idea revolucionaria tomando la forma que le dió el carácter del siglo en particu-

(156) En apoyo de esto, podemos citar una danza Macabra muy especial que tuvo lugar en París en la plaza de la Gréve, por los años de 1418. La plebe se reunió para regocijarse de que *Juan sin miedo*, duque de Borgoña, hubiera caído en desgracia del rey Carlos VI, el cual en un momento de razón lo había despedido. Los *cabochiens*, ó sea el cuerpo de carniceros que mandaba *Caboche* y que los *armagnachs* habían organizado como una sociedad democrática, representaron una danza Macabra, en la cual estaban caricaturizados los principales personajes de la época. Un esqueleto adornado de los atributos legendarios dirigía la danza, la cual formaba un círculo alrededor de una efigie del duque de Borgoña colgado por los pies. En medio de la fiesta, los borgoñeses, á las órdenes de Perrinet Leclerc, invadieron la plaza y los acuchillaron á todos.

lar y la Edad Media en general, se presentó bajo la forma de danza, en la cual, la Muerte lo nivela todo.

Esto dió lugar á cantos populares, á refranes y proverbios, y hasta á que sobre tan tétrico asunto, se escribieran poemas, después de lo cual vinieron las representaciones plásticas de la danza.

La más notable y la más intencionada de que se tiene noticia, fué sin duda la que se representó en París en el año de 1424. Perdida la batalla de Verneuil por Francia, los ingleses, con el duque de Bedford á la cabeza, marcharon sobre la capital rápidamente. Entraron en ella abriéndose paso por entre los cadáveres, que la peste y la guerra habían amontonado en las calles, y al llegar al claustro de los Inocentes, un extraño espectáculo turbóles la feroz alegría de la victoria. Francia talada, desolada y vencida, apeló á una representación pictórica de la muerte, para amargar la dicha del conquistador triunfante. Un pintor, profundamente inspirado por la sombría idea de la igualdad en la muerte, había ejecutado en el osario de los Inocentes una serie de frescos, en los cuales advertía al vencedor que tendría el mismo fin que el vencido (157).

Aquella fúnebre exposición de pinturas, hizo reflexionar al enemigo; tanto, que hallando en todas ellas un gran pensamiento, las respetó y las reprodujo en sus iglesias de Inglaterra (158). A partir de esta representación, la danza Macabra inunda á Europa entera. Lo mismo invade el convento y la iglesia, que el castillo y el palacio. Se decora con ella el muro de la calle, la pared de la casa, el frontispicio del puente, el interior de la capilla, el salón del municipio; y se pinta sobre tabla, sobre tela, sobre plancha metálica, sobre marfil y sobre pergamino, á la par que se esculpe en mármol, se talla en madera, se embute en cuero, se graba en cobre, se chapea sobre hierro, se vacía en bronce, se modela en barro, se borda en los pendones, se teje con lana y seda en los tapices, se es-

---

(157) Hipólito Fourtoul, dice que esta danza Macabra fué representada sobre un catafalco levantado detrás del muro del cementerio de los Inocentes. Thomas Wrigt asegura que fué una especie de mascarada ejecutada en las calles de París por danzantes disfrazados. Otros pretenden que la escena de este baile fúnebre, fué el patio interior del dicho cementerio. Pero Champ-Fleury prueba que fué una exposición de pinturas murales. Littré es de la misma opinión. Véase también el *Journal de Charles VI*, en Lacurne, año 1420, pág. 120. Peignot cree lo mismo y cita en su apoyo infinidad de pruebas. Véase su obra «*Recherches sur les danses des morts et sur les origines des cartes à jouer*». Ultimamente se han publicado unos grabados, con una noticia histórica sobre la dicha danza, escrita por un bibliotecario de la Nacional de París. Los grabados están hechos sobre unas miniaturas, los cuales fueron pintados en vista de los frescos del cementerio de los Inocentes. Los versos que figuraban al pie de cada cuadro, y que vienen transcritos en dicho opúsculo, fueron compuestos por Gerson, el supuesto autor de la Imitación de Jesucristo.

(158) La primera la pintaron en el cementerio de San Pablo de Londres.

malta en la vidriera, se incrusta en la vaina de la espada y se minia en diversas tintas en el misal y en el libro de horas.

Desde la notable danza del Cementerio de los Inocentes hasta la del Puente de Lucerna, se representaron una multitud, en todas las cuales «el insaciable glotón de todos los hombres, adopta la forma según el cliente». Ya se presenta con la esbeltez de un estudiante, ya afecta la postura maliciosa y burlona de un truhán refinado, ya sus huesos adquieren la forma de un esqueleto burgués de pura raza, ya se divisa á través de aquellas órbitas cóncavas y obscuras, la fría y escrutadora mirada del filósofo escéptico, ó anima aquella máscara huesosa un cierto sentimiento de compasión y de hombría de bien. A los que han dominado durante toda su vida, á los que han acaparado riquezas ú honores, á los obispos opulentos, á los conquistadores, á los reyes, á los señores feudales, á los avaros, á los usureros, en una palabra, á todos los que han vivido explotando ú oprimiendo á sus semejantes, se les aparece poseída de una alegría salvaje. En todas las danzas la pinta el artista presentándoseles como de improviso en el momento mismo en que están en toda la plenitud de su fuerza. Al glotón le sorprende en lo mejor del banquete, al bandido en el momento mismo que ejecuta el robo, al rey cuando ejerce el poder desde lo alto del trono, etc., etc. Al terror y al pasmo que su presencia les causa, contesta ella soltando una carcajada mefistofélica, y sin darles siquiera tiempo para reponerse, se los lleva consigo al otro mundo. Mas cuando se trata de un pobre ó de un siervo, de un monje estudioso, de una mujer desgraciada ó de un tierno adolescente, entonces la Muerte se humaniza, y adoptando un aspecto tranquilo y apacible, les invita á abandonar las miserias humanas diciéndoles: *¡Mors melior vita!*

La danza Macabra también fué objeto de verdaderas composiciones literarias, y á la par que de representaciones plásticas. Como ejemplo podemos citar un poema contemporáneo de las primeras representaciones pictóricas, anterior de mucho al siglo XV, escrito en español, titulado *Danza general de la Muerte*. Se ignora en qué año á punto fijo fué escrito, y quién fué su autor. Sólo se conjetura que sea del mismo que escribió *La revelación del ermitaño*, por hallarse ambas composiciones en un mismo códice, y por la analogía de la dicción y del estilo (159). Pero como el autor de *La revelación* sólo sabemos que

(159) En la misma época ó poco más ó menos, encuéntrase una danza parecida en un códice del Archivo de la Corona de Aragón, en Barcelona, escrita en catalán por Pedro Miguel Carbonell. Véase la *Colección de documentos inéditos de los Archivos de la Corona de Aragón*. Tomo XXVIII.

era un ermitaño que escribía en rimas *porque era sabidor en esta ciencia gaya*, tal conjetura nos deja también sin sacar nada en claro. Es un poema notable desde el punto de vista de la ingenuidad con que está escrito, merced a lo cual podemos aprender en él que los prototipos de la religión y del poder, los representantes de la autoridad divina y humana, ejercíanla en aquellos tiempos sólo en provecho propio de la manera más arbitraria que imaginarse pueda. Con tal brutal franqueza, el autor del poema pone en boca de la Muerte la descarnada crítica de los vicios de los personajes á quienes ésta llama á la danza, que quien sepa leer, por fuerza deducir debe que la tan decantada acción moralizadora, que sobre las costumbres ejercían el altar y el trono, es sólo una mera figura retórica.

Después de una exhortación á la penitencia que el predicador dirige á todos los mortales, la Muerte aparece llamando á su danza y les obliga á que bailen de grado ó de mal grado. Laméntanse los llamados, y entonces la Muerte les consuela si sus obras fueron buenas, ó con satisfacción sarcástica les echa en cara sus faltas ó sus crímenes, si es que mal obraron.

Salen mal parados de su severo juicio el papa, el emperador, el rey, el arzobispo, el obispo, el caballero, el abad, el deán, el mercader, el arcediano, el abogado, el canónigo, el cura, el usurero, el fraile, el contador, el recaudador, el subdiácono, el sacristán y el santero, y absuelve ó trata con mayor benignidad por su manera de vivir al escudero, al físico, al labrador, al ermitaño, al rabino y al alfaquí. La moral que se desprende del poema es esencialmente cristiana: *Ya que todo lo del mundo sólo es vanidad, hagamos penitencia á encontrar la felicidad en otra vida.* Sin embargo, esto no obsta para que el autor ponga de relieve en toda su asquerosa realidad los vicios y la corrupción de las jerarquías de la sociedad en que vivía.

También el poeta inglés Pedro Plowman publicó un poema por el estilo, en el cual, valiéndose del medio de contar una visión que dice haber tenido, presenta á la Muerte igualándolo todo con su terrible guadaña. Lo mismo derriba al fuerte que al débil, al opresor que al oprimido, al que se esconde que al que se le presenta impávido sin temerla, al que está sano que al que está enfermo; á nadie respeta, pues dice que *tan sólo ella lo domina todo, y sólo su reinado es universal y eterno.*

Del poema se pasó luego al romance, y de éste al refrán y á la trova, viniendo á generalizarse de tal manera el tema y á dividirse tanto, que casi podemos decir que llegó á pulverizarse. Y esta literatura popular ó elevada, contribuyó á su vez más á la representación

plástica de tan fúnebre asunto. El pintor británico Geoffroy Tory, inspirado en la leyenda de Plowman, ilustró un magnífico libro de horas análogo á los que aún hoy día en Inglaterra llevan su nombre. La lámina representa la Muerte con corona real montada en un caballo negro, blandiendo en la mano la sentencia de la humana especie. Los esqueletos que la acompañan ejecutan el fallo, derribando con sus guadañas á todos los mortales que encuentran en el camino. Estas figuras se destacan sobre un cielo, en el cual revolotean varios cuervos que acuden de lejos á cebarse en los cadáveres que cubren el terreno. Así como Tory se inspiró en un poema, Holbein fué á buscar el asunto en unas cuartetas y pareados que sobre el triunfo de la Muerte circulaban entre la gente del pueblo á manera de refranes ya desde el siglo XIII (160). Ampliando sus conceptos, dió lugar á su incomparable Danza de la Muerte, la cual es, artísticamente hablando, lo mejor que se conoce (161). En ella la Muerte coge al hombre ya desde el momento en que comió la fruta prohibida en el Paraíso, y no se separa de él un instante; de modo que Holbein, al dibujar á la Muerte acompañando al Hombre bajo distintos aspectos, nos presenta á la Humanidad entera sujeta á esa ley necesaria. El único error de ese ciclo que en esta grande obra existe, no es del artista, sino de la idea religiosa predominante en la época; pues si Holbein indica que la muerte es el resultado del pecado original y no la consecuencia fatal de la vida misma, es porque en aquel entonces sólo el dogma era el que daba la explicación del origen de todas las cosas, y con él se acaba así el origen de la Muerte.

Considerada seriamente, como concepción artística, la Danza de la muerte es verdaderamente el primer ejemplo que de pintura crítica hallamos en la historia. En ella el artista siempre obra al impulso de una idea docente que quiere hacer sentir en toda su intensidad á sus contemporáneos; las formas sólo las busca como medios de expresión, y las subordina siempre al pensamiento gene-

---

(160) Atribúyese á Holbein, aunque sin fundamento, la danza de la muerte de Basilea. Hoy está plenamente demostrado que es anterior á ese pintor. Fué ejecutada en 1441. Ignóra e su autor. Emmanuel Büchel copió á la acuarela y esta copia se conserva en la Biblioteca de Basilea.

(161) La que Nicolás Manuel, llamado *el alemán* (Deutsch), pintor y poeta, pintó y escribió sobre los muros del convento de los Dominicanos de Berna es, sobre todo por sus tendencias igualitarias, una de las más notables, aunque no sea superior á la de Holbein. Se compone de 46 grandes cuadros al óleo que fueron copiados á la acuarela por Albert Kauw y Guillermo Hettler, contemporáneo del autor, cuyas aguadas estaban hace seis años expuestas en la sala de sesiones de la Academia de Berna. La ejecución de los cuadros fué terminada en 1520.

Es igualmente muy digna de atención la que Juan de Vries pintó en los muros del cementerio de los Dominicanos de Friburgo. Los trozos que están en mejor estado consérvanse en la catedral de Basilea, á donde fueron llevados hace pocos años.

rador de la obra. Si la idea es desoladora, si la consecuencia que de ella se saca es contraria al espíritu de libertad y de vida, cúlpese á las tendencias de la época; pues los artistas no podían sustraerse á ellas. No obstante, casi siempre en todas estas representaciones vemos atacar el orgullo, la opulencia, el vicio y hasta la jerarquía: si el pintor para atacarlas acudía al recurso de la desesperación, es decir, á la muerte, era porque dada la mala constitución de la sociedad, en cuyo seno vivía, no podía creer posible la justicia en esta vida, en la cual sólo veía un valle de lágrimas.

Champfleury pretende que la danza Macabra no es la representación de un sentimiento que pertenezca única y exclusivamente á la Edad Media, ó sea al período álgido del Cristianismo, y á este propósito dice: «La danza de los muertos, símbolo de la igualdad, podría ser reclamada también por la revolución de 1789». Nada más equivocado que tal aserto; aquí Champfleury no ve más que la mitad de la cuestión. La danza de los muertos formula por medio de la personificación de la Muerte en el esqueleto, la igualdad, es cierto; pero la igualdad que formula, es la igualdad en la muerte, la igualdad en la otra vida, es decir, la igualdad en el no ser, la igualdad negativa; y la igualdad formulada por la Revolución francesa del siglo pasado, es la igualdad en la vida, la igualdad en dignidad, en derecho, en libertad, es decir, la igualdad positiva. En la Edad Media el bajo clero en sus sermones y los artistas con sus obras, dijeron al rey, al papa, al señor feudal, al explotador y al tirano que tendrían igual fin que el súbdito, que el siervo, que el trabajador y que el pobre; pero la Revolución afirmó más, pues poco le importaba al pueblo igualarles en la muerte, si tenía que sufrirlos durante toda la vida. La Revolución dijo al papa, al rey y al noble que su jerarquía no tenían razón de ser, y que por tanto había de desaparecer su posición privilegiada aquí en la tierra, debiéndose igualar con los simples ciudadanos. Así es que mal puede ser el símbolo de la Revolución francesa una concepción artística, que si bien formula la igualdad aplazándola para otra vida, proclama su imposibilidad en la presente. Que hubo progreso de la Edad Media á la Edad Antigua es innegable; pues la Edad Antigua no creía posible la igualdad ni aun en la muerte, y la Edad Media la afirmó; pero la Edad Moderna, trasladándola de la otra vida á la presente, ha cambiado la faz del problema de la emancipación del Hombre, haciéndola posible de imposible que era.

La danza Macabra es, pues, hija del cúmulo de circunstancias negativas de la vida que se concentraran en la Edad Media; así al empezar el Renacimiento, época en que el bienestar es relativamente mayor, vemos ya á

la Muerte representada en tales danzas bajo un aspecto menos terrorífico, como si los artistas le hubieran perdido el miedo; y andando el tiempo, degenera tanto, que de visión terrible que era, se convierte en personaje bufo más propio para hacer reir con sus contorsiones apayasadas, que para inspirar tristes y profundas meditaciones. Y no podía dejar de suceder. Toda obra artística es el resultado del medio moral y material en cuyo seno se produce, lo mismo que la planta es el resultado de la atmósfera y del terreno en que vive. Cambiad el ambiente y la tierra, y la planta cambiará también para morir luego ó dar lugar por su transformación á una especie nueva más apropiada á las nuevas condiciones de vida. Cambióse la corriente de las ideas en el Renacimiento al par que las instituciones; y las concepciones artísticas de la Edad Media degenararon y murieron como vegetal transplantado á una atmósfera y un terreno que no era el suyo, para dar lugar á las magníficas producciones del Renacimiento. Si posteriormente en la época moderna vemos algunas danzas de los muertos, sólo son obras medianas, notables algunas de ellas por su forma, mas no por la profunda inspiración que tener debiera. ¿Cómo habían de inspirarse otros artistas viviendo en una sociedad que ha cambiado por completo la idea que de la Muerte se tenía en la Edad Media, la cual era la causa que determinaba la producción de tales obras? Así vemos en la danza de Grand-Ville los que los franceses llaman *une charge;* y en la de Rethel un sangriento sarcasmo contra la democracia. Las láminas que componen esta última danza política están verdaderamente inspiradas; pero lo están por el sentimiento del pasado que se defiende para no desaparecer. No es hija de las ideas que más privan en los cerebros de los modernos pensadores, ni de los sentimientos que animan á las masas. Su autor es un pintor escéptico del progreso que tembló ante las nuevas ideas igualitarias que, como torrente impetuoso, habían invadido á Europa en general y á Alemania en particular en 1848.

*
* *

Hemos determinado el origen y carácter de la obra de arte que encerraba el concepto que de la Muerte se tenía en la Edad Media; pasemos á ocuparnos de otra obra menos popular, menos generalizada que ésta, pero más grande si cabe, por la fuerza con que expresa las ideas que sobre la inmortalidad del Hombre había hecho concebir el dogma en aquella sociedad desgraciada.

El pavoroso canto de la prosa nos da una idea exacta

del terror que debía embargar al Hombre de aquella época en sus últimos momentos, lo mismo que la danza Macabra nos revela sus pocas condiciones de vida. La danza Macabra fué una manifestación espontánea de los artistas, y como la mayor parte de éstos pertenecían al pueblo vejado y oprimido continuamente por señores y prelados, lleva en sí un carácter más democrático, más igualitario, y se halla expresado bajo mil formas diversas por una multitud de autores distintos que, componiendo sobre el mismo tema lo hicieron variar al infinito. Mas en el *Dies Iræ* sucede todo lo contrario; especie de poema oficial del Cristianismo, en el cual había formulado la Iglesia Católica varios de sus dogmas en el lenguaje de los símbolos, se conservó único, sin que tuviera imitaciones, ni ulteriores desarrollos (161). Encerrando sagradas profecías, sólo en los templos podía ser cantado. Hablaba de Dios, y toda versión profana hubiera sido herética. Fué compuesto y adoptado para impresionar la imaginación de los fieles, á fin de que se edificaran; no fué un producto de la espontaneidad colectiva de éstos. Si en la *Danza de los Muertos* el Hombre se declara igual al Hombre delante de la Muerte, en la prosa se declara á la Humanidad entera indigna delante de Dios. Por esto el primero tiene un carácter democrático, al paso que el del segundo es eminentemente autoritario. Hijo legítimo de las ideas apocalípticas, las concentró en sí con tanta fuerza y las expresó con tan enérgicos colores, que no tardó en aumentar la melancolía y en difundir la pusilanimidad y el miedo.

Como obra de arte el *Dies Iræ* es un monumento, una obra maestra. No se puede hacer sentir con más intensidad un sentimiento dado ni presentar mejor una perspectiva cualquiera. *El Fin del Mundo*, *la Resurrección de la carne*, *el Juicio final*, *la Divina Gracia*, las penas terribles del infierno reservadas á los réprobos y la eterna beatitud de los justos en el cielo, están descritas en él de tal manera, que ya nadie puede tratar tales asuntos sin que se quede inmensamente inferior al sacro canto. Aquellos tercetos compuestos de palabras latinas en estilo bárbaro, la monotonía que engendran la repetición de los tres

---

(162) Hay autores que atribuyen el *Dies Iræ* á Gregorio el Grande, que vivió en el siglo VI. Otros dicen que lo escribió San Bernardo de Clairvaux, que vivió en el siglo XII. Suponen algunos que fué compuesto por dos dominicanos, Humberto y Frangipani, poetas religiosos muy populares en el siglo XIII. También hay quien afirma que es la obra de un condenado á muerte en su última noche. La hipótesis más probable, es que el *Dies Iræ* es debido á Tomás de Celano, monje italiano que murió en 1255. Créese que lo produjo en el convento de Maguncia entre los años de 1221 y 1226. La Iglesia Católica lo adoptó y lo añadió á su oficio de difuntos, no sin haberlo modificado y corregido antes. El texto primitivo halióse grabado en una lápida de mármol en la iglesia de San Francisco de Mantua.

consonantes, la entonación de las notas graves alternando con las agudas, el acompañamiento del órgano, en una palabra, no hay detalle en él que no conspire á producir el efecto que el pensamiento generador requiere. En él se lleva al colmo la desolación y el espanto con una ferocidad exuberante (163)

Su idea consiste en presentar al mortal indigno delante la inmensa majestad de Dios, el cual, si bien en su justicia es terrible, puede en virtud de su gracia salvar al *hombre reo*. Analicemos el canto y veamos cómo viene desarrollada esta teoría en sus principales estrofas, para poder así formar un juicio claro de la moralidad de la idea y de las consecuencias que podía determinar llevada á la práctica:

1.ª

Dies iræ, Dies illa
Solvet seculum in favilla
Teste David cum Sibilla.

Día de ira será aquel en que los siglos serán disueltos en polvo. Quién será el airado, ¿Dios ó el Hombre? No cabe duda que la ira debe ser divina, pues sólo El es el que puede reducir los siglos, es decir, la obra de los siglos, á polvo, según el dogma. Y para que no le quepa duda alguna al cristiano de que todo el producto de las civilizaciones humanas va á desaparecer como un soplo, añade el canto: «testigos David y la Sibila»; lo que equivale á decir el paganismo y el judaísmo lo afirman de consuno por medio de su profeta el primero, y por medio de su oráculo el segundo. ¿Qué espíritu religioso podrá dudar de una profecía en la cual convienen tres religiones distintas?

2.ª

¡Quantus tremor est futurus
Quando Judex es venturus
Cuncte stricte discursurus!

Cuán grande será el espanto cuando venga el Juez Supremo á tomar estrechas cuentas. En el primer terceto se nos anuncia la ira de Dios y en el segundo se nos

(163) Dudo que haya nada que pueda impresionar más profundamente que el oir acompañar el canto de la prosa por el magnífico órgano de San Nicolás de Fribourg. Cuando los tiples dan las últimas notas agudas y estridentes, siente uno helársele la sangre en las venas y erizársele los cabellos. La música que le han puesto Verdi y otros maestros notables queda pálida al lado de la del canto llano.

profetiza el espanto del Hombre. ¿Cuál es, pues, la causa de la ira del Juez? ¿Cuál la del temor del reo? Para responder á esto preciso nos será entrar de lleno á examinar de qué manera había formulado la Iglesia el problema de la culpa.

Habiendo visto los cristianos en la Edad Antigua que la Naturaleza había inspirado pasiones al Hombre, muchas de las cuales le habían sido funestas, y por haberlas satisfecho en detrimento de sus semejantes, ya por haber abusado de su satisfacción en detrimento de su persona, comprendieron que esto era injusto y degradante, y protestaron con toda la energía que les inspiró su espíritu de justicia. Pero en vez de protestar en contra de la extralimitación, protestaron en contra de las tendencias naturales, y declararon al Mundo origen del pecado y enemigo irreconciliable del Hombre. Como consecuencia de esto, la materia fué considerada vil é infame, y la carne de nuestro propio cuerpo antitética y contraria al espíritu. Dios se comunicaba al Hombre dirigiéndose á su alma; el Diablo luchaba en contra de Dios valiéndose de la carne. Así se planteó el problema.

Además se había dicho al Hombre que era libre de escoger entre el bien y el mal, y por lo tanto que era también responsable de todos sus actos.

Ahora bien: el Hombre que, como todos, es un ser corporal y que tan sólo en su cuerpo recibe las impresiones; impresiones que viviendo él en el seno de la Naturaleza tan sólo de ella proceder pueden, por fuerza si el obedecer á los impulsos naturales era pecar, pecar debía, ya que en algo había de seguir las tendencias que toman origen en las sensaciones del medio ambiente. Por más que se mortificara y por más que se sustrajera á la acción del mundo y sus atractivos, sus tentaciones habían de seguirle á pesar suyo hasta en su aislamiento, dentro del claustro, en la celda, en la ermita, en fin, en cualquier parte en que se encerrara. *El más justo peca siete veces al día*, había dicho un santo. Así era lógico que Dios se irritara contra una colectividad cuyos individuos le habían sido enteramente infieles, porque era natural que el Hombre temblara al considerar que habiendo sido libre se presentaba al Supremo Juez encorvado bajo el peso de sus muchos pecados.

En el tercero, cuarto, quinto y sexto terceto se describe la resurrección de los cuerpos y la presentación del Hombre ante el Supremo Juez con un lujo de detalles que aterra, para poner en boca del Hombre en el séptimo las siguientes palabras:

7.º

¿Quid sum miser tunc dicturus?
¿Quem patronum rogaturus?
Cum vir justus sit securus.

¿Qué he de responderle, mísero de mí, al Supremo Señor? ¿Quién me defenderá, si ni el mismo varón justo podrá estar seguro de su salvación? Efectivamente, el Hombre, convencido de su miseria moral, sólo podía confesarla y desconfiar de hallar un abogado que se encargara de su causa, pues era una causa perdida. Había pecado siendo libre, y el Juez no podía menos de condenarle. Pero la Humanidad no podía resignarse á ser condenada en masa, y como en todo desastre general sucede lo de *sálvese quien pueda*, cada uno de sus individuos, impulsado por su egoismo particular, apela á la misericordia del Juez para que le dé el perdón, aunque sea arbitrario; así exclama en el Canto VIII:

8.º

Rex tremenda Majestatis,
Qui salvando salvas gratis,
Salva me fons pietatis.

Rey de Majestad tremenda, que cuando salvas lo haces en virtud de tu gracia, (no porque yo lo merezca), sálvame, ¡oh fuente de piedad!

Aquí la injusticia no puede ser más flagrante, pues se pide al Juez que revoque un fallo, que se supone justo. Una de dos: ó el Hombre es criminal, ó no lo es. Si al pecar procedió en virtud de su voluntad, de una manera libre y deliberada, en pleno uso de todas sus facultades, es criminal, y por lo tanto debe ser condenado, y debe apurar su condena sin apelación de ninguna especie; aquí el perdón sería una gracia otorgada al crimen. Pero si fué arrastrado á la tentación por causas superiores á su voluntad ó determinantes de la misma, sean éstas instintos ó pasiones, sean condiciones sociales, etc., etc., si al pecar no estuvo en pleno uso de su libertad, es decir, si no fué árbitro enteramente de hacer lo que hizo, ó de no hacerlo, debe ser absuelto, pues si pecó, pecó fatal y necesariamente. Fuera de este dilema sólo puede haber arbitrariedad é injusticia.

Podrá ser la gracia el complemento de la omnipotencia, no lo negamos, pero es una prerrogativa que, al unirla á la personificación de la Justicia, hace á ésta imposible. Para esto no había necesidad alguna de apelar al Juicio. Con decir que el Supremo Señor en el día

último obraría como mejor le pareciera, había lo bastante y se ahorraba á los teólogos el que se devanaran los sesos ergotizando sobre tan sublime teoría.

Se comprende, pues, que con semejante perspectiva el Hombre temiera presentarse á juicio. ¿Cómo no había de temblar el infeliz mortal ante la decisión de un juez que sabía de antemano que no podía serle favorable sino en virtud de una intercesión de la Virgen ó de un santo, intercesión que no estando sujeta á ley alguna, era por naturaleza casual y arbitraria? ¿Cómo no temer un resultado tan dudoso como el de la gracia?

Y continúan los tercetos noveno, décimo, undécimo y duodécimo recordando á Jesús la dolorosa pasión y muerte que sufrió por redimir al linaje humano, pidiéndole en nombre de la misma la remisión de nuestras culpas.

12

... ...

Culpa rubet vultus meus
Suplicante parce Deus.

La culpa me confunde. ¡Perdóname, Dios mío!

13

Qui Mariam absolvisti
Quem latronem exaudisti
Mii quoque spem dedisti.

Tú que absolviste á María y que escuchaste al ladrón y que á mí también me diste esperanza.

Expresando este terceto el por qué de la esperanza en el perdón, ésta se hace más racional y se pone de manifiesto el error de cálculo que entraña el dogma que funde en un solo Ser absoluto á Jesús y á Iahveh, de cuya fusión derivan todas las contradicciones que aparecen en el canto.

Así, fijándonos en lo que dice este terceto, se nos ocurre preguntar: ¿Por qué perdonó Jesús á gentes que habían faltado á la ley de la justicia, como eran el ladrón que se apoderaba de lo que no había producido, y que por tanto no le pertenecía, y la mujer impúdica que lucraba con su cuerpo? ¿Por qué los perdonaba El, que era el justo po rexcelencia; El, que por la justicia arrostró luego tormentos terribles y una muerte infamatoria? Cuando Jesús perdonó á la mujer liviana y absolvió al hombre que había robado, lo hizo porque reconoció que aquellos crímenes habían tenido causas determinantes exteriores al individuo que los había cometido. Por esto al dar el

perdón exigía el arrepentimiento y la penitencia, lo cual equivalía á decirles que se sustrajeran á las causas que habían producido en ellos tales consecuencias, y que domaran el hábito que de obrar mal habían adquirido (164).

Jesús absolvía á los culpables considerando, que habiendo vivido en el seno de una sociedad fundamentalmente mala, no era extraño que sólo el mal hubieran practicado, con lo que levantaba la responsabilidad al individuo y se la echaba al principio fundamental de la sociedad en que vivían. Por esto predicaba que no había existido la justicia hasta su venida, y que él era el enviado para prepararnos á su práctica. Por lo mismo retó á los individuos de aquel pueblo corrompido, que el que de entre ellos estuviera libre de manchas, arrojara la primera piedra sobre la mujer adúltera. Como con la ley del amor creyó haber destruído la fatalidad, para de allí en adelante proclamó la responsabilidad humana. Era, pues, lógico que declarara al Hombre responsable á partir de su predicación, si creía con ella haberlo hecho libre.

Pero todo esto que nos parece altamente racional, considerando al Cristo de la leyenda como un reformador humano, se nos presenta contradictorio y desprovisto de sentido desde el momento en que se le cree Dios personificado. ¿Cómo se comprende que un Señor Omnipotente cree al Hombre, le ponga en condiciones de practicar el mal, le condene por sus pecados, y le levante después la condena ó no, según le acomode? ¿Cómo se comprende que un Dios haga una obra corruptible, y que truene después en contra de una corrupción que él mismo ha permitido? ¿No hubiera sido mejor que hubiera creado al Hombre incorruptible ya desde su origen? Para contestar á estas preguntas fué necesario poblar la Europa de seminarios, y llenar bibliotecas enteras con las sutilezas escolásticas que á este propósito hubieron de inventarse durante muchos siglos.

14

Preces mea non sunt dignæ
Sed tu bonus fac benigne
Ne perenne cremer igne.

Mis preces no merecen ser escuchadas; sólo tu inmensa bondad puede hacer que yo no arda eternamente.

---

(164) Si el cristianismo no ha logrado hacer mucho mejor al Hombre con tal sistema no es porque esté éste equivocado, sino por los medios quietistas y místicos que empleó para corregir en nosotros los malos hábitos. Si hubiera empleado medios activos en vez de los ayunos, plegarias y la divina gracia, á buen seguro habría salido mejor de su empresa. Pero el ser una religión se lo impedía, pues todo debía de esperarlo de la influencia divina y nada del Hombre, indigno y decaído de origen.

Otra vez la negación de la dignidad humana en boca del Hombre mismo, y otra vez la súplica al Dios bondadoso. ¡La bondad infinita de una Majestad tremenda! Ved aquí al Dios de la Edad Media, mitad Brahma y mitad Siva; Dios de paz y de perdón, y Dios Señor de los ejércitos, enviando pestes, exterminando pueblos, y maldiciendo al homicida; desencadenando la tempestad que hunde la flota y salvando parte de los náufragos; retrato fiel de aquella época de escisión y de dualismo que llevaron á la infeliz Humanidad al colmo de la miseria. Dios y mundo, alma y cuerpo, cielo é infierno, espíritu y materia, ángeles y diablos, luz y tinieblas, todo en contraposición perpetua, todo en lucha feroz é irreconciliable, todo declarado antitético é irreductible, y el Hombre fluctuando en este todo. ¿Puede ya llevarse la desolación á más alto grado? ¿Puede haber moral, justicia, orden, ni tan sólo condiciones de existencia en una sociedad basada en semejantes contradicciones? A haberse prolongado dos siglos más el estado de cosas que originaron estas ideas, la Humanidad hubiera desaparecido de la superficie de los países europeos eliminada por sí misma. Por fortuna no continuó, pues cuando un sistema es contrario á la Naturaleza, ni llega á plantearse en todas sus partes, ni lo que de él se plantea produce todas sus consecuencias. No obstante, de todas estas contradicciones y luchas ha salido la civilización moderna.

Continúa el penitente en las estrofas 15, 16 y 17 pidiendo á Dios que cuide de su fin, y que en el supremo día le separe de los culpables, colocándole á su diestra con los bienaventurados, y por fin, la estrofa 18, que por su forma difiere de las demás, viene á condensar en cuatro versos este lúgubre poema:

18

Lacrimose dies illa
Qua resurget ex favilla
Judicandus Homo reus
Huic ergo parce Deus.

Día de llanto será aquél en que el Hombre reo resucite de sus cenizas para presentarse á juicio: así, perdóname, Señor.

Aquí el canto descubre de una manera harto clara la idea fundamental del dogma. EL HOMBRE ES REO, dice; lo que equivale á afirmar su criminalidad innata en virtud del pecado original. Por lo tanto deduce, y con mucha lógica, debe temblar al levantarse de sus cenizas para ser juzgado: último recurso, pedir perdón individualmente.

¿Qué me importa que se pierdan los demás, con tal que yo me salve?

Como habrá podido verse por la descripción que llevamos hecha, el Hombre de la Edad Media era un ser desgraciado, tan desgraciado que sus pocas condiciones de de existencia le llevaron á amar la soledad y buscar el aislamiento. Cuando solo y en silencio lograba alcanzar la voluptuosidad del éxtasis místico, era feliz; y la verdad era que, falto como estaba de condiciones de vida, no podía creer en otra felicidad posible que ésta. Además, arruinada su salud por ayunos y cilicios ó por azotes y abstinencias; viviendo en medio de guerras y pestes; visitado frecuentemente por el hambre; con la imaginación exaltada por los relatos exuberantes en detalles de la muerte y pasión de Jesucristo y del martirio de los santos; falto de impresiones favorables; retraído de la observación y del análisis, no tardó su razón en adquirir el carácter quimérico que en las mujeres y en los niños, y la excitabilidad de los enfermos y los presos.

Calcúlese ahora el efecto desastroso que el terrible *Dies iræ* debía de producir en el Hombre de la Edad Media susceptible de exaltación y abatimiento, de melancolía y entusiasmo, de estupor é iluminismo, en más alto grado que otro hombre de otra época alguna. Se le enseñaba la muerte, no como una transformación necesaria, sino como una ruptura completa con el mundo del cual formaba parte y se le presentaba un juicio, del cual no sabía si saldría para la gloria ó para el infierno, si bien tenía muchísimas más probabilidades para lo último que para lo primero. La imaginación enferma de los santos había comparado el camino del cielo á un cabello ó al filo de una espada, para ponderar lo difícil que le era al Hombre el poder salvarse. ¿Cómo no temblar, pues, en frente de la Muerte el creyente que hubiera oído una sola vez el fúnebre canto? Considerándose insolidario con lo que dejaba, la idea de la Humanidad desaparecía á su vista; fija su mente tan sólo en lo que le podía suceder después de muerto, no pensaba más que en su salvación individual; si se acordaba de los demás, tan sólo era para pedirles sufragios. Su egoismo transcendental le trasladaba al otro mundo y le impedía el ver éste. Había vivido entre cilicios, forzosamente había de morir entre responsos.

De aquí la necesidad de los sufragios, de las misas, de las oraciones; de aquí el que el vivo viviera tan sólo para el muerto, como en la civilización decadente de la India. La humanidad no puede dejar de ser solidaria; si los que mueren no dejan su pensamiento aquí en la tierra, el de los que les sobreviven les sigue con la mente

en su viaje de ultratumba. Si no nos legan obras, nosotros se las mandamos; si emigran de entre nosotros, emigramos también en pos de ellos. Podría decirse que al marcharse nos arrastran fatalmente, en virtud de la necesaria unión que entre ellos y nosotros existir debe. Después de esto, las evocaciones y apariciones de muertos son enteramente lógicas. No pudiendo el vivo estar impresionado por las ideas sino por las obras que el muerto haya dejado; no existiendo esta especie de confabulación espiritual entre uno y otro, se comprende que la imaginación del que le sucede evoque su figura con todos los caracteres d realidad. O los que nos preceden viven para nosotro. nosotros vivimos para ellos, ó, lo que es lo mismo, o trabajamos por los que han sido ó por los que han de venir.

El Cristianismo proclamó la inmortalidad para todos, la extendió á todas las clases, lo mismo al siervo que al señor, lo mismo al mendigo que al papa. Pero la hizo transcendente con la escisión que adoptó en el Hombre. Al morir le traslada á un cielo invisible para hacerle gozar en él por toda una eternidad de un estado de beatitud completa fuera de toda condición de espacio movimiento, absorbido tan sólo en la contemplación a un Dios infinito é impasible. Mas esto tan sólo podí obtenerse después de haber soportado la mortificación y las más tremendas privaciones; es decir, después de haber consumado el sacrificio. Para el que no hubiere podido soportarlo, para el que se hubiese demandado el por qué de tanta pena, en una palabra, para el réprobo, las penas eternas del infierno. Y en el día del Juicio el alma debía venir á buscar el cuerpo, unirse á él, subir al cielo ó bajar al infierno para permanecer allá unidos por toda una eternidad en gloria ó en pena.

Descifremos la alta concepción que se esconde dentro de esta alegoría. Yo afirmo que toda la teoría revolucionaria viene envuelta en ella y que la revolución no ha hecho más que formularla en términos claros. La expiación y el sufrimiento sólo indican el esfuerzo que el Hombre debía de hacer para dominar á sus impulsos instintivos y á la Naturaleza, á fin de ponerlos al servicio de su conciencia. El alma abandonando al cuerpo para elevarse al cielo, á la vista de Dios, ¿es otra cosa que el exclusivo cultivo de la idea, ó la preponderancia de las funciones intelectuales dirigidas á la adquisición y á la posesión de la justicia, único medio que tiene el Hombre para emanciparse? ¿Tiene, por ventura, otra significación la corriente espiritualista de la Edad Media, á pesar de venir envuelta por los misterios de una religión transcendental, que la mente sobreponiéndose al cuerpo para rescatar á la personalidad humana toda entera? Viene después la resu-

..cción de la carne y aquí tenemos la síntesis. La carne, esto es, el cuerpo ó los sentidos predominaron sobre todo en la Edad Antigua, y sobre ellos predominaba la Naturaleza ó sea la fatalidad de las fuerzas brutales que tenían al Hombre oprimido y como sin libertad, pues había castas y esclavos y no podía emanciparse en ningún sentido. En la Edad Media predominó el espíritu, esto es, la acción, el movimiento, y para emancipar al Hombre de lo fatal, hubo choques y guerras, conmociones y miserias, insurrecciones y degüellos, dogmas y herejías; meros resultados de las primeras protestas en contra de la fa- ..dad. Mas esto sólo fué la preparación necesaria de síntesis que después vino. ¿Hicieron otra cosa los ..póstoles al profetizar la resurrección de la carne después de la muerte del cuerpo y del triunfo del alma que anun- ..ar que un día volvería el Hombre á ser considerado uno, que esta división arbitraria, que en él se había hecho por pura necesidad, cesaría, y que la inteligencia, habiendo dominado á la Naturaleza exterior y á los instintos bes- ..tiales del cuerpo, gracias á haber sabido prescindir por algún tiempo de la cómoda satisfacción de sus necesidades y de sus apetitos sensuales, sería considerada como la ..ón superior del cuerpo, se armonizaría con éste, y Hombre uno é indivisible, más dueño de sí mismo go- ..aría de la felicidad que á su propia costa habría adquirido? ¿Es otra cosa lo que la filosofía moderna proclama? ¿Han formulado otra idea Proudhon, Feuerbach ó Spencer al intentar darnos la solución de este problema? La diferencia sólo está en la manera de estar formulada: la fórmula, aunque velada por el símbolo, es la misma. La Revolución sólo ha hecho descorrer el velo que la Iglesia se obstinaba en mantener corrido. Al aparecer la fórmula desnuda, los mismos que la patrocinaban vestida se han espantado de ella.

Ateniéndose á la materialidad de la letra, se creyó efectivamente que el alma separada del cuerpo como una cosa tenue, separada de su envoltura grosera, volvería á buscarlo el día del Juicio. Se aplicó la idea al Hombre individualmente en vez de aplicarla á la Humanidad y resultó un dogma formidable. Al Hombre del momento sólo la debía pasarle así, al Hombre colectivo que dura en la serie de los tiempos debía de sucederle lo que la filosofía moderna ha determinado.

Esto engendró una práctica especial. Antiguamente se quemaba el cadáver: con la idea de la resurrección de la carne aplicada al individuo humano, esta práctica hubiera sido una profanación. Era preciso que el cuerpo permaneciera guardado hasta que el ángel le llamara á juicio. ¿Cómo había de hallarlo el alma si sus moléculas habían sido diseminadas en el seno de la atmósfera? Para

esto se idearon los cementerios; para esto se cavaron las fosas; para esto se abrieron las tumbas y se labraron los sepulcros. La losa se cerraba tras el cadáver para no abrirse sino cuando el espíritu unido de nuevo al cuerpo le comunicara la fuerza para levantarla. Así para el creyente el castigo mayor era el ser quemado. Ser quemado equivalía á dificultar la resurrección, á obligar al alma á andar errante por el mundo en busca de sus moléculas dispersas. Por esta razón se quemaba el cuerpo de los regicidas; por esta razón el Santo Oficio hizo de la hoguera el suplicio común de los herejes y de los relapsos.

XI

EL RENACIMIENTO Y LA ESPAÑA CATÓLICA

A la noche obscura de la Edad Media, sucedió la brillante aurora del Renacimiento. La belleza, hasta allí proscrita, volvió á tener ardientes defensores; las estátuas paganas que yacían bajo el suelo, resucitaron con mayor vida de la que habían tenido; los papas cayeron de rodillas ante ellas; el poder cristiano pidió perdón al Paganismo, y en desagravio paseólo bajo palio. Se grabaron caracteres sueltos, apareció la imprenta y se generalizó el libro, estancado hasta allí en seminarios y conventos. Se aplicó el método inductivo al estudio, y nacieron las ciencias. Se construyó el telescopio, y los astros fueron sorprendidos en su marcha á través de los espacios siderales. Se inventó la brújula y el alambique. Se estudió la anatomía, y la escultura reprodujo movimientos; la pintura, expresiones y formas naturales; el Hombre pudo perpetuarse en el retrato. Un genovés seguido de un puñado de españoles descubrió un Mundo nuevo, y el antiguo vióse inundado por todos los prodigios de la organización de una naturaleza exuberante. Se desarrolló el comercio; la ciudad cobró mayor vida; se edificó el palacio; se multiplicaron los teatros; la literatura tomó formas elegantes; en una palabra, parecía que la Humanidad quería reparar en un momento su esterilidad de tantos siglos.

Entonces Alemania empezó á derramar herejías sobre los pueblos, al paso que Roma enviaba corrientes de corrupción á todas las cortes. La teocracia y el poder real se unieron en contra del común enemigo. Lutero predicaba el libre examen. Herasmo de Rotterdam trataba de locura al Cristianismo. El español Servet negaba los dogmas. El judío Spinoza escribía una filosofía propia para emancipar la conciencia de toda traba arbitraria. Galileo había desacreditado el Génesis; Maquiavelo revelado los secretos de la política de los autócratas. Precisaba, pues, el precaverse para que el pueblo no se emancipara, era necesario que el proletario continuara creyendo para que acatara con resignación la monarquía y el papado. Así centralizóse en las cortes todo elemento de ciencia y de arte, de

cultura y de riqueza, en beneficio de reyes y papas, de validos y prelados. El poder real y el clero obraban de común acuerdo para castigar al hereje insurrecto. El uno le torturaba el cuerpo, el otro le condenaba el alma. El Estado tenía para él sus calabozos, la Iglesia sus anatemas. La Inquisición había alcanzado sus mejores días.

Así es que la civilización sólo penetró las capas superiores de la sociedad, y el pobre pueblo permaneció á poca diferencia en el mismo estado que en la Edad Media. Bien es verdad que algunos de sus hijos lograron brillar y abrirse paso en las cortes de Europa. Pero esto era reservado sólo á la aristocracia del genio; para el que tenía la desgracia de no nacer una eminencia no había emancipación posible. Además, estas eminencias debían de brillar sólo para los príncipes y los papas; se podía ser sabio en palacio; en la plaza pública sólo se era heresiarca.

En los primeros momentos del Renacimiento, la idea que en la Edad Media se tenía de la muerte y de la inmortalidad del Hombre, estuvo á punto de cambiar.

Varios poetas en Inglaterra, algunos pensadores en Italia y Alemania, que el amor á la Naturaleza había divorciado del Cristianismo, no vieron en la vida humana más que un sueño; y más allá un dormir continuo eterno, sin conciencia, del cual nunca se ha de despertar. La muerte era para ellos tan sólo el límite, el fin del ser; consideraban lo que viene después de ella, como una noche obscura en la actual se sumerge el Hombre sin ver á donde irá á parar ni si parará en parte alguna. Después de la muerte, nadie veía el alma espiritual remontándose al cielo; sólo veían el cadáver que vuelve á la tierra. Comparaban la vida á un río que va al mar, así el Hombre va á la muerte (165), y de esta manera devuelve á la Naturaleza lo que ella le prestara. Algunos, en los que por un caso de atavismo reaparecían las creencias de sus antepasados germanos ó sajones, creían divisar las sombras

---

(165) En el siglo XV, Jorge Manrique, ya preludió esta tendencia, aunque sin emanciparse del Cristianismo, en aquellos versos tan conocidos que compuso á la muerte de su padre, versos llenos de una observación y de una naturalidad de que carecen la mayor parte de los autores castellanos de los siglos posteriores. Así dice:

«Nuestras vidas son los ríos
que van á dar en el mar,
que es el morir,
allí van los señoríos
derechos á se acabar
y confundir.
Allí los ríos caudales
allí los ríos medianos
y los chicos.
Allegados son iguales
los que viven por sus manos
y los ricos.»

de los muertos vagando errantes alrededor de los cementerios. Tendían estos genios los unos á la incredulidad, al Paganismo clásico ó bárbaro los otros, ninguno al Cristianismo. Y estas tendencias hallaban el apoyo en los más altos personajes. El papa León X, oyendo una disputa sobre la inmortalidad del alma, dió su opinión en contra, porque á su decir, sería harto terrible creer en una vida futura (166).

La Reforma vino á protestar de la crápula papal que desde Roma amenazaba contagiar á toda la comunión cristiana. Pero como una protesta no es una idea positiva, los protestantes sólo atacaron los efectos, no se elevaron á las causas ocasionadas, y permanecieron aún dentro del Cristianismo. No saliéndose de los principios fundamentales de éste, nada dijeron de nuevo sobre la muerte y la inmortalidad del Hombre. Y era lógico, pues ellos, lo mismo que los católicos, partían del principio de la dualidad de substancias; al igual que éstos consideraban al Hombre compuesto, aceptando, en consecuencia, la justicia trascendental y ultramundana. El libre examen apenas proclamado, no podía dar aún sus frutos: era preciso que la Humanidad estuviera algún tiempo examinando, para que la razón se desarrollara. Lutero, suavizando las asperezas del dogma, proscribiendo formalidades litúrgicas, y movilizando la religión con la Biblia; y Calvino purificando el Cristianismo hasta rechazar la Iconología y emplear la hoguera, y remontándose al Judaísmo con sus teorías sobre la predestinación humana, no hicieron más que preparar el terreno sobre el cual debía arraigarse la corriente filosófica que se mostró dos siglos más tarde.

Los predicadores cotólicos continuaron narrando apariciones de muertos y condenados para fomentar la pusilanimidad del pueblo, como á medio de conservar privilegios y perpetuar tiranías insoportables á todo hombre que tenga el juicio sano. Pero pronto la Iglesia triunfante vió que podían poco sus predicaciones, pues la razón no estaba de su parte, y acentuó el terror para sujetar al pueblo en medio de los embates de la Reforma y de la naciente filosofía. «Al hereje no se le convence—se dijo,—se le extermina».

A poco de iniciada la Reforma protestante, el Catolicismo combatido en toda Europa, derrotado en varios Estados, halló su refugio en España. Aquí después de haber sido arrojados los últimos musulmanes en nombre de la fe, las libertades de los antiguos reinos eran ahogadas por el monarca para someter á su poder absoluto las

---

(166) A León X (citado por Lutero), atribúyesele también lo de «*La conscience est une mechante bête qui arme l'homme contre lui-même*».

diversas razas que formaban la nación. El Catolicismo en derrota halló un terreno á propósito para atrincherarse, y la unidad religiosa nos cayó encima como una plaga; mientras la vida renacía por todas partes, con ella nos entraba aquí la muerte.

En España, la Edad Media no había presentado el carácter terrible que en las demás naciones del Centro y del Norte de Europa. La idea milenaria apenas había hecho prosélitos en nuestros antiguos reinos. La danza de San Vito no había conmovido con sus trágicos espectáculos las comarcas de la península (167). El señor y el pechero vivían aquí en menor lucha que en otras naciones, ya que ambos tenían una aspiración superior en la reconquista. Además, Cataluña y Aragón estuvieron dotadas de instituciones democráticas (168), de sabios códigos mercantiles y de consejos del pueblo que imponían su soberana voluntad á los reyes. Barcelona, más que capital de monarquía, era una república comercial como las repúblicas marítimas de Italia. Navarra y la tierra vasca gobernábanse con su régimen patriarcal; refugio de la patria independencia, allí todos habían luchado para la reconquista, y habiendo luchado todos, todos eran beneméritos y nobles. Ambas Castillas, en guerra continua con los árabes, acabaron por adquirir su galantería y su carácter imaginativo. Y las provincias meridionales, subdivididas en califatos, formaban una confederación árabe, en la cual se practicaban mil industrias y artes útiles, y se enseñaban conocimientos que, por adquirirlos, acudían á sus aulas gentes de todas las ciudades de Europa. La Filosofía griega brillaba de nuevo en Andalucía, anticipando el Renacimiento de cuatro siglos.

No es esto decir que en España, como en Francia y Alemania, el siervo y el pechero no fueran víctimas de abominables derechos de señores y prelados, ni que no desolasen sus comarcas hambres y pestes, guerras y miserias; pero esto fué en menor escala que en las demás regiones europeas; pues como dijo muy bien Castelar, «aquí la libertad es lo antiguo, y lo moderno la tiranía».

Pero, vino la monarquía austríaca con Carlos V, y con la centralización nos introdujo el negro terror germánico.

---

(167) Tampoco la danza macabra fué común en nuestro país. Sus representaciones plásticas no contristaron los ánimos en España. Sólo existen los dos escritos de esta clase, que hemos citado en el capítulo precedente, obras puramente individuales y que jamás llegaron á popularizarse.

(168) La primera Constitución (del siglo XIII) prohibe el que al monarca se le llame rey en Cataluña; sólo le permite dar, y usar el dictado de príncipe.—Se le permite también la coronación por ser signo de valía personal, no de supremacía y mando sobre los demás, haciéndose notar en los considerandos, que ha habido tiranos que no se coronaron, y que en cambio se coronan genios y talentos, esforzados caballeros y jefes de república, como el Dux de Venecia.

El absolutismo monárquico importado á nuestro meridional suelo de España, fué cual planta venenosa que, creciendo en el Norte raquítica y sin virus, envuelta por fría atmósfera, desarrollara sus principios tóxicos al arraigar en una tierra ardiente á que se trasplantara. La planta monárquica se convirtió en árbol de muerte; el vegetal del Norte se metamorfoseó en gigantesco manzanillo. Implantado en el centro de la nación, pronto sus raíces se extendieron á todas las provincias para chuparles el jugo y crecer á sus expensas. La dinastía austríaca, para dar fuerza á la monarquía y para consolidar una unidad uniforme, imposible, comenzó por destruir las libertades en los antiguos reinos. El monstruo, para comerse su presa, la mataba primero. Al mismo tiempo la Iglesia indujo á los reyes de la casa de Austria á que impusieran la unidad religiosa absoluta en España, y después á que con los españoles se la impusiera al mundo.

Antes de los reyes austríacos, cerca de la tercera parte de españoles profesaban el islamismo ó el judaísmo (169). Entre los restantes había habido durante la Edad Media graves disidencias. Si bien todos eran más ó menos cristianos, predominaron primero los arrianos, luego muchos negaron la obediencia á la Santa Sede. En Aragón y en Cataluña los reyes se reían de las excomuniones é interdictos; y de entre ellos varios se distinguieron por hacer la guerra al papado. Un Pedro murió combatiendo á los cruzados de Montfort al lado de los albigenses (170). Otro Pedro provocó las vísperas sicilianas contra el ejército bendecido por el Pontífice (171). Barcelona fué durante largo tiempo asilo de sabios judíos ó excomulgados (172); Arnaldo de Villanueva floreció en su recinto y escribió

---

(169) Durante la Edad Media, judíos, moros y cristianos gozaban de derechos iguales en varios puntos de España, y especialmente en Cataluña. Jaime el Conquistador hizo grandes concesiones á las aljamas de Barcelona y de Lérida; una de ellas es la de que las disposiciones que en ellas se tomen por sus autoridades tengan fuerza como leyes del reino de Aragón. El barrio de los sarracenos de Lérida tenía su alcalde, el cual administraba justicia á los suyos según el derecho musulmán, con iguales prerrogativas que el juez cristiano. En todo el reino de Aragón era permitido al súbdito israelita el casarse en segundas nupcias, en vida de la primera mujer, si ésta había sido estéril.

(170) Pedro II.

(171) El mismo Pedro III, llamado el Grande en la Edad Media, no sólo fué el que hizo las vísperas sicilianas, sino que con sus almogávares y sus ballesteros árabes derrotó cerca de Gerona al ejército de cruzados de todas las naciones, que á las órdenes del rey de Francia venía á apoderarse de Cataluña y Aragón, por orden del Papa. Al comunicarle el legado la bula en que se le ordenaba que abandonara su reino bajo pena de excomunión mayor, respondió: «Caro le ha de costar al que quiera tomarlo».

(172) Cuando Francia expulsaba á los judíos, Jaime II los socorría dándoles casas donde vivir. En 1307 varios médicos judíos fueron acogidos por la ciudad de Barcelona. También fué Barcelona la que diera refugio en el siglo X al célebre Gerberto, después de Silvestre II, cuando expulsado de Aurillac no se encontraba seguro en Francia.

en ella su teoría herética de que *más valè el bien obrar que la oración y la misa.* La ciudad de Reus, antes *Mas dels arreus*, debió su origen á una sublevación contra un obispo. Cuando los antipapas, uno de ellos era catalán y abrió un Congreso en Tortosa, en donde se discutió pública y libremente el Judaísmo, el Cristianismo y el Islamismo. El tan tradicional espíritu católico y monárquico de la España no es más que una teoría forjada en nuestros días.

No le costó poco al poder teocrático el imponerse, á pesar de que iba apoyado por el Trono. Pedro Arbués, á quien santificó la Iglesia, fué acuchillado por el pueblo al establecer la Inquisición de Zaragoza. El Santo Oficio no imperó en Andalucía hasta que se decapitó en Sevilla al marqués de Priego, que se había levantado en contra de él, al frente de algunos miles de paisanos. Cataluña sólo vió autos de fe después de estar por mucho tiempo subyugada al poder monárquico central.

La unidad religiosa y el poder real se implantaban en España á un tiempo. La monarquía en ella había venido limitada más bien por el derecho popular que por el feudalismo. Las Cortes y las cartaspueblas limitaban el poder de la corona en Castilla. Barcelona tenía un Consejo de Ciento superior al Rey; éste no se titulaba tal, sino príncipe, y estaba subordinado por juramento al Consejo. Más tarde las diputaciones catalanas y el Justicia de Aragón representaron lo que hoy se llamaría la *soberanía de la Nación sobre la del monarca.* La fidelidad incondicional al soberano era aquí ignorada antes de que nos la importaran de Alemania. Sólo destruyendo estas instituciones nacionales, sólo después de haber muerto sus defensores, pudo arraigar aquí el poder católico-monárquico. Para ello el Rey hizo decapitar en Castilla á los Comuneros; para ello el Rey ajustició en Zaragoza al Justicia; para ello el Rey hizo quemar en Barcelona los derechos del pueblo por mano del verdugo; para ello el Rey mandó expulsar de sus hogares en las provincias del Sud á millones de moriscos y judíos.

Después de esta nefasta expulsión, el monarca dió carta blanca al clero para que mandara en todo y todo se lo apropiara.

La monarquía que vino á dominarnos con Carlos I es algo que no soñó la Edad Media, es la monarquía elevada á Imperio universal, es el Imperio que no surge de la República para plantear los principios que ésta hubiere formulado, es el Imperio por el afán de imperar sin ninguna otra idea, sin otro fin ni otro móvil. No representa el imperio de la casa de Austria, como el de Alejandro, el predominio del humanismo indo-germánico sobre el elemento asiático religioso y absolutista, que se aprestaba

para invadir la Europa entrando por Grecia; no representa el poder de un pueblo centralizado en un César, como en Roma, para poner por encima de todos los demás pueblos declarados iguales, la unidad suprema del derecho y la justicia; no representa tampoco lo que el Imperio de Carlo-Magno, la organización del país y de los limítrofes para rechazar las invasiones extranjeras, las bárbaras del Noroeste y la musulmana del Sud; no representa ni siquiera la lucha del poder real laico, en contra del poder religioso del Pontífice romano, como representaba el Imperio germánico de los siglos XII y XIII; no, nada de eso representa el Imperio de Austria. El Imperio de Austria es una idea muerta personificada por un desatentado. La idea, es el cesarismo romano, el desatentado, Carlos V.

Carlos V, el gran emperador, no es un hombre único, es un hombre sincrético; su ser lo mismo que su Imperio, no es más que una unidad forzada. Reasume en sí razas distintas que aún no están en él bien fundidas. Las diversas sangres de que proviene aun no se han combinado todavía en su persona. Es su hijo Felipe II, la naturaleza ya ha producido la unificación de los diversos elementos; en Carlos V, estos elementos aun están en lucha por aunarse. Y de esto se resintió todo su Imperio (173).

El abuelo del gran emperador, *Carlos el Temerario*, llevó en sí una triple herencia de tragedias; la de *Juan sin miedo*, que entregó Francia á los ingleses; la de York y la de Lancastre, en la que dos hermanos en lucha fratricida exterminaron el tercio de su reino; y la de Montiel, en la cual un bastardo fundó una dinastía apoyado por un traidor, clavando alevosamente su puñal en el corazón de su hermano. ¡Cuántas luchas morales no reasumía en sí el Temerario! Su yerno *Maximiliano*, *el gran cazador*, pasó la vida entre el furor y el vértigo. *Felipe el Hermoso* no pudo resistir la herencia de locuras y desórdenes, y un vaso de agua bastó para quitarle la vida

---

(173) La teoría darwinista de *la adaptación* y *la herencia*, nos ha venido á dar la clave para explicarnos el carácter de diversos personajes históricos ó contemporáneos, y hallar el por qué de muchos de sus actos, hasta aquí incomprensibles. Á veces se han buscado razones morales ó lógicas, allí donde sólo había resultados fisiológicos ó patológicos. Un individuo puede tener una herencia múltiple de caracteres encontrados, y é tos manifestarse sucesivamente según la edad del individuo, según su situación moral ó según un sin fin de influencias fisiológicas que desconocemos. Así ha habido personaje al cual no se le ha desarrollado su carácter triste más que en los países húmedos, ó que no ha tenido una gran imaginación más que en los países del Mediodía, etc., etc. También estos caracteres divergentes pueden á veces aparecer de una manera simultánea. En este caso vemos al individuo contradecirse á cada momento en sus actos; tanto está en contradicción consigo mismo que se podría creer que en su cuerpo se alojan varias almas enemigas. Esta clase de luchas no son más que el resultado de una herencia compleja de aptitudes contradictorias.

Carlos V es un caso marcadísimo de un atavismo de esta especie.

en el juego de pelota. Deja un hijo, engendro de su organización sobreexcitada, y de una mujer histérica y celosa hasta la monomanía, que á la primera adversidad formal que en su pasión sufre, se le descompone el cerebro y para loca. ¡Pobre *Juana!* Fruto del casamiento forzado de los diversos pueblos que forman España, á ella es á quien le toca poner en el mundo al que ha de ser el rey más poderoso de cuantos hayan visto los nacidos. ¡Carlos V! Ved aquí el vástago que recopila en sí la ambición de D. Enrique, la insensatez del cazador Max, el temperamento valeroso del Temerario, la frívola frialdad del Hermoso flamenco, la terquedad y la doblez del aragonés Fernando, la impetuosidad y el fanatismo de la castellana Isabel, la sobreexitación y el extravío mental de su pobre madre. Este es el soberano que fundó la monarquía absoluta universal, la monarquía que dominó las cuatro partes del mundo, en cuyos dominios jamás el sol se puso. ¡Cuántas herencias de crímenes, de desórdenes, de fanatismos y de locuras! ¡Qué funcionalismo tan sobrexcitado y tan divergente, el de su cerebro! Podría explicarse por un alma múltiple en la lucha consigo misma, un alma caótica, compuesta de diversas hipóstasis; un alma á la vez portuguesa, inglesa, borgoñesa, walona, flamenca, germana, castellana y aragonesa, cuyos elementos batallan entre sí, y según el que predomina, tal salen los actos, tales son las determinaciones. A veces domina en su carácter la terquedad del *rey Católico*, á veces la astucia del de *Trastamara;* ya es la impetuosidad de Isabel, ó la caballerosidad nimia del Flamenco, ó por fin, predominan las temeridades de su abuelo Carlos, cuando no se arrepiente de lo que hizo la víspera, cayendo en melancolía religiosa que dominara á su madre en sus últimos momentos.

Vedle agitarse y dictar desde su gabinete mensajes que van á decidir de la suerte de los Estados. Vedle correr de Madrid á Túnez, de Flandes á Barcelona, de Valladolid á Viena. Negocia, pacta, guerrea, dicta órdenes terminantes, ineludibles; decapita á los defensores de los municipios; arma tercios y más tercios; tripula flotas; envía capitanes á las Américas y á Africa; derrota á la Francia y á su rey; saquea la ciudad del Pontífice; cede la corona de Alemania á su hermano y luego se arrepiente; hace contraer á su hijo un matrimonio de razón de Estado, y todo ¿por qué?

¡Sal, oh gran Carlos de tu tumba, y di tu secreta idea, si es que la tuviste! Di, ¿por qué te agitaste de tal manera? ¿Qué vértigo inmenso conmovió tu cerebro y transportó tu cuerpo de un confín á otro de Europa? ¿Por qué dictaste en tantas lenguas sin saber ninguna? ¿Por qué uniste á tantos pueblos ahogándolos en el inmenso abrazo de

tu poder? ¿Por qué combatiste los Comuneros en Castilla, mientras fuiste modelo de reyes constitucionales en Cataluña? ¿Por qué asaltaste Roma mandando hacer al mismo tiempo rogativas por el Pontífice? ¿Por qué tomaste á Argel? ¿Por qué enviaste la flota de Cortés á las Américas? ¿Por qué te hiciste llamar majestad, cual otro Dios sobre la tierra? ¿Por qué tanto tratado? ¿A qué tanta carta, tanta embajada y tanto pacto? Dilo, ¡oh gran rey! si tú lo sabes, si tu obra no fué sólo un furor inconsciente de actividad acaparadora, si no fué una colosal locura estéril, una inmensa megalo-manía, ya que el desastroso resultado de tu inmenso Imperio así induce á la posteridad á creerlo!

Con Carlos I la monarquía española adquirió la omnipotencia á expensas de la nación: con Felipe II personalizóse en el monarca, y éste, para mantener su dominio en todos los continentes, esterilizó España, haciendo de ella una nación de frailes y soldados que poco pensaban y nada producían. Desde entonces la teocracia se apoderó de la voluntad del rey, haciendo presión sobre su conciencia, y el rey la transmitió á su vez á todos sus súbditos. Así como los reyes de Babilonia tenían por primer ministro un astrólogo mago que les dictaba lo que el dios solar prescribía que hicieran, Felipe III y Carlos II, estos infelices coronados, tuvieron un sacerdote que en nombre de Dios les imponía la conducta que tenían que seguir en su gobierno.

La monarquía hereditaria tiene el grave inconveniente de que, si el fundador de la dinastía es un imbécil, la imbecilidad se perpetúa entre sus sucesores, y que si tiene talento su talento se anula y perdiéndose completamente en su descendencia, la cual llega á un grado de estupidez máximo. El célebre alienista francés M. Esquirol, ha demostrado que en las familias reales el alienismo y la demencia están en la razón de un 60 por 100 de más que entre las familias de sus súbditos respectivos. Hœkel hace constar que las enfermedades mentales son más frecuentes entre los reyes que entre los simples particulares, transmitiéndose por la herencia con más facilidad, entre los primeros que entre los segundos. El doctor Jacobi ha probado que apenas hay familia reinante que á la vuelta de un siglo sus descendientes no hayan parado en un estado mental lamentable. No hay más que leer el capítulo en que trata de la *excitación maniaca* el sabio profesor Ball, en su reciente tratado *de las enfermedades mentales;* el cuadro de los prodromos que anuncian la *parálisis general* progresiva, es el que presentan la mayor parte de los fundadores de dinastías, por sus emociones, por su excesiva concentración, por su ambición desmesurada. La razón de la degeneración en la especie, que sufren

las familias reinantes, estriba en lo siguiente: La vida que llevan, y la manera como se unen. Desde su infancia se atrofia la inteligencia de los príncipes con una educación estrecha y formalista. Como no tienen necesidad de trabajar, ni de instruirse para vivir, reciben una suma de impresiones menor á la del resto de los hombres, y de consiguiente, adquieren un número más restringido de conceptos y éstos resultan más estrechos que los de los demás. Luego los conocimientos que asimilan no los rectifican y no sacan de ellos las consecuencias que sacan los demás, á impulsos de la necesidad. Como se consideran seres superiores, y aparte de los otros, no se comunican frecuentemente sino con cierta clase de personas que llevan una vida análoga á la de ellos; y la etiqueta real les priva de tener con éstas la confianza y el cambio franco de ideas que se tienen entre iguales. Las ideas que se forman los monarcas sobre las cosas, son, á causa de este régimen, erróneas ó insuficientes; y nadie se atreve á modificárselas, ni á corregir sus errores. El monarca por lo regular vive en una atmósfera de adulación ó de disimulo. Además, su voluntad no encuentra apenas obstáculos. De esta manera se acostumbra á perder la noción de la justicia, que frecuentemente confunde con la de autoridad, cuando no con la de beneficio suyo particular. El medio en el cual están condenados á moverse los reyes es artificial y uniforme; todo está reglamentado á su alrededor; hasta los detalles más minuciosos. El resultado de todo esto, es que vengan á ser por lo general, inferiores al promedio de sus súbditos. Estas causas, repitiéndose á través de algunas generaciones, y sumadas al gasto nervioso que supone la sobrexitación del fundador de una dinastía, producen siempre tristes ejemplos de inepcia, de idiotismo ó de demencia. La adaptación sucesiva, y la herencia de esta adaptación acumulada no pueden menos de dar este resultado. Una segunda serie de concausas viene á agravar el mal; como los reyes deben casarse con personas de familia real, la generación se cumple entre seres sujetos á las mismas condiciones y no hay renovación posible, ni aminoración de los efectos. Esta selección artificial exigida por la jerarquía desarrolla en la descendencia inferioridades de todo género.

Cuando uno de esos monarcas de cerebro atrofiado sube al trono, la nación pasa á ser el patrimonio de sus favoritos y de las camarillas de éstos. Y si por desgracia, como sucedió en España con la dinastía austríaca, el monarca vive en una atmósfera religiosa, la nación presa de la teocracia, llega á la suprema miseria á que llegó España con el Hechizado. La muerte reinó en toda la península de tal manera, que la población quedó reducida al cuarto de lo que había sido, y los pocos habitantes

que quedaron, se abandonaron á un estado de indolencia tal, que desaparecieron de nuestro suelo, no sólo la cultura, sino hasta la vegetación. La península se transformó en un destierro. Parecía que los páramos del Africa se hubieran prolongado hasta los Pirineos.

Al adquirir el monarca la omnipotencia, la monarquía se identificó con la religión hasta el punto de ser absorbida por ella: hubo más: llegó á ser su instrumento. Pero en cambio la persona del rey fué declarada por la religión, sagrada, y se la rodeó de una etiqueta idólatra, de un ceremonial que rayaba en rito. Se le dió á semejanza de un Dios, el tratamiento de Majestad, y se le colocó por encima de la justicia. Aquella independencia del juez castellano sentenciando á su rey D. Pedro, la del *Conceller* de Cataluña declarando la ley superior al rey, hubieran sido un sacrilegio en esos tiempos. El rey podía impunemente apoderarse de la mujer ajena, pues honraba todo lo que tocaba: los mismos autores dramáticos lo hacen constar así en sus producciones. Al rey se le hablaba de rodillas, y podía no dignarse contestar, ó hacer responder por él á su valido. En cambio el rey no perdonaba sacrificio en favor de la Iglesia. Por ella derramaba generosamente el dinero y la sangre de sus súbditos á raudales. Por ella nos abrió las venas y nos agotó las minas. Por ella quedaron exhaustas las arcas, despobladas las comarcas, incultos los campos y arruinadas las ciudades.

La tendencia católico-monárquica nos llevó á no considerar dignas y nobles sino las profesiones de las armas ó del culto: es decir, á los que se dedicaban á matar ó á vivir para fines de otra vida. Los principales ingenios españoles fueron soldados ó religiosos, cuando nó ambas cosas. Calderón, Cervantes, Lope de Vega, Ercilla, Melo, Hurtado, Rojas y Garcilaso habían sido militares. Moreto, y aun el mismo Cervantes, vistieron hábito los últimos días de su vida. Lope de Vega, Montalván, Rioja y Villaviciosa eran inquisidores. Tárrega, Tirso de Molina, Góngora, Calderón, Solís y Danvila fueron curas: Argensola y Carrillo, canónigos de Zaragoza: Gracián y Mariana, jesuítas: Zamora y Sandoval, benedictinos.

Todo lo que se escribía en esta época era en provecho de la religión. Los asuntos casi siempre lo eran de ultratumba. Jamás la perspectiva del morir se pintó con más negros colores. Hay ascetas de esta época, al lado de cuyas descripciones las del Apocalipsis parecen alegres. Los escritores dramáticos pasaban su vida escribiendo autos sacramentales, inspirándose en la muerte y pasión de Cristo ó en el martirio de los santos. La literatura mortuoria alcanzó una fecundidad exorbitante. Llenáronse por religiosos y láicos bibliotecas enteras de infolios para probar

que habíamos de vivir mortificados para alcanzar después la gloria del cielo. Todos los actos de la Iglesia hallaron encomiadores; hasta sus crímenes tuvieron panegiristas. Se apuraron todas las argucias escolásticas, todas las sutilezas teológicas, para ensalzar lo benéfico del expurgo, y lo saludable del tormento aún para los mismos atormentados. El espionaje fué santificado hasta en el seno de la familia. A la Inquisición se le llamó el *Santo Oficio*.

¡Con qué ardor se combatía á las herejías y se exterminaban los herejes! La muerte era el único castigo que se les destinaba, pero no la muerte súbita, sino una muerte lenta por el fuego y precedida de las torturas más refinadas. A este propósito comparábase la que se debía de dar á los impíos con la que sufrieron Jesucristo y los santos mártires para salvarnos, y bordábase y afiligranábase, la de éstos, con mil torturas imaginarias. Los obispos cada día excitaban á aquellos reyes á que hicieran quemas ó carnicerías. «El cielo airado no permitirá la prosperidad de la patria—les decían,—hasta que no hayamos limpiado la España de herejes enemigos de Dios y de la religión santa»; y los más fervorosos, entre ellos un cardenal arzobispo de Toledo, le excitaban á que ni á los niños se dejara con vida, para que con el tiempo los fieles no se vieran expuestos á mezclar su sangre con sangre de moros ó judíos.

Un clero feroz exportó la cruz y la hoguera á todos los países que conquistaban los ejércitos del rey de las Españas; y las Indias, Flandes, Holanda (174), Italia, Lombardía y la costa de Africa, vieron incensar al Dios de los católicos con el humo de la carne de los que no estaban sujetos á la ley de su Iglesia. Así para honrar á Cristo, ennegrecíanle de hollín humano. Pronto la purificación por el fuego llegó también á los católicos sospechosos; la sacra hoguera los quemaba á centenares en

(174) Es horrible el número de autos de fe que hubo en los Países Bajos. Los autores y actores de comedias que no versaran sobre asuntos religiosos y en sentido laudatorio para el catolicismo, estaban condenados á muerte en Flandes por orden de Felipe II. Las cámaras de retórica fueron disueltas y sus individuos condenados á igual pena por el duque de Alba. Después de las quemas en masa y de las matanzas ordenadas por éste, once mil habitantes de Gante emigraron, y cuatro mil tejedores de tapices de Amberes se fueron á Londres por no morir quemados á causa de ser suspectos al clero católico porque fabricaban tapices con asuntos paganos. Amberes había perdido la mitad de sus habitantes, Brujas los dos tercios. Al poco tiempo de la toma de estas ciudades los conventos se establecieron en ellas por veintenas. Un contemporáneo dice que en un momento se hicieron más fundaciones que en doscientos años. Bajo el imperio de Carlos V, los Países Bajos cuentan con cincuenta mil mártires; bajo la gobernación del duque de Alba diez y ocho mil fueron al suplicio por sus ideas suspectas. Recaséns vino á calmar tantos horrores; bajo su mando la Inquisición sólo hizo ajusticiar 58 personas, y aun en contra de lo que él había dispuesto; pero era tarde. Los Países Bajos estaban ya desvastados, y las provincias del Norte, después de una heroica resistencia preparábanse ya á emanciparse.

España; para salvarles el alma se les tostaba el cuerpo; para castigar la carne se la carbonizaba. La llama del Santo Oficio desecó el suelo castellano. El ángel exterminador se había hecho corchete. El quemadero vino á ser una necesidad pública; allí el pueblo, los hidalgos, y aun las damas, se blindaban el corazón y se petrificaban la conciencia. ¡Singular caso de atavismo! en el castellano reaparecía el semita; al adorar á Jesucristo, inconscientemente volvía á rendir culto al baal Ammon de Cartago.

Y mientras el fuego purificaba las almas de los malos cristianos, las de los buenos ardían en el de un amor mezcla del divino y del humano. Las manifestaciones amatorias adquirieron un carácter fúnebre. El amor y la muerte se juntaron. En las visitaciones del Viernes Santo las señoras de la Corte citaban á sus galanes para que las vieran lucir sus gracias místicas. Los caballeros celebraban verdaderas justas de disciplinantes, en las cuales el más macerado recibía en premio de tanta devoción los favores de su dama por la Pascua. Para hacerse amar era preciso enternecer. La concupiscencia y la devoción marchaban juntas. La orgía se celebraba al pie del Golgotha. La Virgen de los Dolores transparentaba á Zirbanit. La piadosa corrupción de Biblos al morir Adonis reaparecía en Madrid al morir Cristo; la Semana Santa fenicia repercutía en España después de veinticuatro siglos (175).

En tanto la religión aumentaba y la población disminuía.

El clero se enriquecía de una manera exorbitante. Para él los legados hechos al confesor ó á su convento, en la hora de la muerte, despojando á propios y deudos. Para él las haciendas de los herejes y relapsos que morían en la hoguera. En tiempo de Felipe IV llegó á tal extremo la cosa, que se presentó á las Córtes un documento en que se pedía se pusiese coto á esto. En él se declaraba que eran «los religiosos muchos, los mendigantes en exceso y el clero en gran multitud; que había en España 9,088 monasterios, aun no contando los de monjas, y que iban

---

(175) En confirmación de lo que decimos, no hay más que leer la carta que el cardenal Pacheco de Toledo, arzobispo de Burgos, dirigió al rey Felipe II (Biblioteca Nacional de Madrid, legajo R. 75).

En dicha carta, el cardenal pide al rey que prohiba á clérigos y á seglares el hacer comidas en las iglesias los días del Jueves y del Viernes Santo; que ordene iluminar las iglesias de una manera conveniente á fin que la claridad impida las demasías y escándalos que en ellas se verifican; que se encargue á algunas personas de vigilar, á fin de que las damas no entren *arrebozadas* á guardar el Santísimo Sacramento, porque se prevalen de ello para dar citas allí á sus galanes. Y se queja de que en el momento de las *tinieblas*, á merced del gran ruido que se hace y de la obscuridad que reina en la Iglesia se cometan *excesos de todo género*.

Además, sabido es que las damas de esta época llevaban aún en los días de Semana Santa abanicos en los que estaban pintados Venus, Cupidos y sátiros, en posiciones bien poco edificantes por cierto.

metiendo poco á poco con dotaciones, cofradías, capellanías ó con compras, todo el reino en su poder (176).» Y el brazo seglar tenía que soportar todas las gabelas del clero y de la corona.

Todo lo provechoso era del rey y del clero, todo lo gravoso de la nación. Del rey era el patrimonio, del rey eran los museos, los archivos, las armerías, los ejércitos, las galeras, los palacios, los bosques y las minas; del clero las almas, y con ellas las haciendas de los fieles, y las de los infieles; y del pueblo la deuda, los alojamientos, las gabelas, las levas, las contribuciones, los diezmos, las primicias y toda clase de vejámenes. Cada día los particulares veíanse desposeídos por el rey ó por la Iglesia. Para los tercios reales se sacaban hijos del pueblo en suficiente número para dar guarnición en casi todas las ciudades del mundo. Y el clero absorbía también por su parte muchos de los hijos de la nación. En el obispado de Calahorra había 18,000 curas, en el de Sevilla 14,000; su catedral tenía para su servicio más de 100 clérigos, sin contar con los canónigos. Los franciscanos y dominicanos contaban en España con más de 32,000 profesos (177). La universidad de Toledo en 1620, en un documento, hace constar que «hay doblados religiosos, clérigos y estudiantes, pues que no hallan otro medio de vivir y poder sustentarse (178).» Y se consideró una herejía poner traba ú objeción alguna al crecimiento de la Iglesia y al de sus posesiones.

La Iglesia y la Monarquía de consuno iban eliminando del país todos los caracteres susceptibles de actividad y de progreso. El clero tomaba para sí en las universidades todos los que pensaban algo; y éstos, luego, viviendo en celibato la mayor parte, no se reproducían. De otro lado la Inquisición, en su afán de exterminar todo lo que fructificara fuera del campo de la fe ciega, condenaba continuamente á la hoguera á los que cometían el sacrilegio de pensar disintiendo del dogma ó de la disciplina de la Iglesia. Todo el que era condenado por tal motivo, por lo regular valía más que los ortodoxos, pues disentía; y el mero hecho de disentir supone ya un raciocinio, supone que la inteligencia del que disiente funciona más que la del que tan sólo cree y se conforma, ya que para disentir es preciso comparar. Así es que la Inquisición iba eliminando los más inteligentes. En fin, los ejércitos del rey llevábanse lo más fuerte y lo más distinguido de la juventud española; hidalgos que por su posición habían tenido más medios que los simples plebeyos para educarse.

---

(176) Céspedes, *Historia de D. Felipe IV*, Barcelona, 1634, lib. VII, capítulo IX, pág. 272 v.

(177) Danvila, *Historia de D. Felipe III*, lib. II, pág. 215.

(178) Campomanes, *Apéndice á la Educación*, tomo I, pág. 465, y tomo IV, pág. 219.

No es necesario decir cuántos se embarcaban y no volvían jamás á las playas españolas.

Gracias, pues, á esta selección verificada en provecho del Altar y del Trono, llegó España á no tener más que 5 millones de habitantes, y éstos eran, en su gran mayoría, inteligencias estrechas, cuando no obtusas, y caracteres apocados, los cuales se reproducían exiguamente y daban á la patria generaciones ineptas para el pensar y para el trabajo. El numero de los inteligentes disminuía en proporcion geométrica, pues que cada generación sufría á su vez el mismo expurgo. Así fué quedándose España sin pensadores, sin obreros distinguidos, sin artífices hábiles. Las sedas, los tapices, los brocados, los cueros de Córdoba, las armas de fuego, el hierro forjado, las industrias de joyería, platería, filigrana y repujar metales, todo fué abandonado. Los que las ejercían eran moriscos ó judíos, y habían sido expulsados, destruídas sus máquinas y útiles, y quemados sus libros. En Barcelona se pegó fuego al libro de dibujos de los plateros porque eran Israelitas. Sevilla tenía en la sola industria del arte mayor y menor de la seda 16,000 telares, que mantenían holgadamente 130,000 personas, y en tiempo de Felipe IV quedaron reducidos á menos de 300; la población disminuyó en tres cuartas partes (179). Madrid, de 400,000 habitantes que tenía, quedóse con 200,000. Toledo perdió sus industrias de lana y seda, y su población menguó en más de un cuarto: más de 40,000 tejedores de velos quedaron sin trabajo. Burgos, ciudad que contenía más de 60,000 habitantes, pronto no contó más que 6,000, y Segovia siguió igual suerte (180). Barcelona disminuyó sensiblemente de población, lo mismo que las demas ciudades y villas marítimas de la costa catalana; á sus hijos se les había prohibido el que fueran á hacer el comercio con las Américas; los vinos catalanes tenían que ser conducidos á Francia, ó á Lisboa (después de la emancipación de Portugal), para ser exportados á las Américas, cubiertos con un pabellón extranjero. Los marinos más expertos se consumían de miseria en sus casas ó emigraban á Levante en busca de quien utilizara sus servicios, mientras los buques carcomíanse anclados en los puertos.

En la segunda mitad del siglo XVII las gentes moríanse materialmente de hambre en las ciudades y en los pueblos. Los campesinos no querían ya vender sus frutos, pues preferían consumirlos a tener monedas y no poder comer. Entonces, por orden de las autoridades reales, salió de Madrid una siniestra comitiva, de la que formaba parte

---

(179) Ustáriz, *Teoría y práctica de comercio*, pág. 243.

(180) *Mémoire du duc de Saint Simón*, t. XXXVII, pág. 230. Confirma también estos datos Campomanes en su *Apéndice á la Educación popular*.

el verdugo y sus corchetes, para hacer á viva fuerza una requisa de víveres en los pueblos de ambas Castillas. El rey y su corte no tenían ni provisiones ni dinero, y debían de proporcionárselas aunque fuera salteando los poblados. En la lucha para la vida la sacra majestad se comía á sus súbditos.

Los infelices campesinos desposeídos fueron en número de 20,000 á mendigar á la corte, mientras los restantes andaban, á bandadas, errantes por las poblaciones, pidiendo limosna cuando no morían de inanición, ya sin fuerzas para andar, dentro de sus casas saqueadas, sin ajuar ni comestibles. Villas enteras quedaron desiertas. En sólo Andalucía contáronse 5,000 casas vacías. Un refrán de la época decía que la alondra para atravesar las Castillas debía de llevarse el grano en el pico. Los padres ya no podían darles á sus hijos más que las entrañas (181).

Por fin, Madrid llegó á sentir también el hambre con todos sus horrores. Los pobres moríanse literalmente de necesidad en medio de la calle. Muchas eran las familias que no tenían más carne para echar en el puchero que un trozo de tocino metido en una especie de jaula de alambre, que cada día sumergían en la olla para dar substancia al caldo. Frecuentemente las gentes se acuchillaban á las puertas de las tahonas para alcanzar un pan. Quevedo, en vista de tanta miseria, exclama:

Perdieron su fuerza pechos españoles
Porque se alimentan de tronchos de coles.
... ...
El anciano pobre y el buen caballero,
Si enferman no alcanzan á pan y á carnero (182).

En Madrid sobraban los caballeros de industria á falta de industrias con que vivir. Los estudiantes, más que á estudiar, se dedicaban á aguzar la astucia para hurtar con que comer, y los soldados sin paga, lo hacían sin astucia con sólo su arcabuz ó su espada. En 1680 los alguaciles y corchetes, que hacía ya mucho tiempo que no cobraban, asaltaron varias casas de la capital á la luz del día, robando y asesinando á sus moradores (183). Tanta era el hambre de las provincias andaluzas, que el consulado de Sevilla envió una diputación á la corte para hacérselo presente. Pero la corte nada podía darles; vacío el Tesoro, nadie sabía cómo llenarlo. La corte era tan pobre ya como las provincias, y había llegado al extremo de no poder pagar ni á sus criados. Al mismo rey le faltaba con qué pagar los gastos más precisos de su casa. Fe-

(181) Fernández de los Ríos, *Guía de Madrid.*
(182) Quevedo, *Memorial al rey D. Felipe IV.*
(183) Álvarez Osorio y Redín, *Discursos*, 1686.

pe III había tenido que confiscar varias veces el oro
le los galeones traían de América para los particulares,
indoles en cambio un papel cuya renta no se pagó
unca; Felipe IV tenía que pedir, aun cuando prestado,
ara poder proteger exiguamente á los ingenios que le ro-
eaban; y con Carlos II llegó á tal extremo la miseria,
ue en cierta ocasión tuvo que mudarle un par de mangas
un jubón de terciopelo negro por no tener con que com-
rar otro. Se había creído que podíamos vivir del oro
ue nos venía de las Américas, y como nadie trabajaba
las fincas rurales estaban estancadas en las manos muer-
s del clero y la nobleza, el oro no entraba aquí más que
e paso para las arcas de los holandeses y franceses
ue hacían el comercio. España era cual un tamiz; por
nero que en él cayera, siempre quedaba en seco.

El hambre y la miseria de aquella sociedad no hay que
uscarla en los documentos oficiales, de cuya redacción
ice Quevedo:

Las plumas compradas á Dios jurarán
Que el palo es regalo y que las piedras pan (184).

no en las obras de arte de la época. Leed los escritos
e sus poetas, ved los cuadros de sus pintores; sus poetas
sus pintores, los primeros del mundo en su siglo, nos
etratan con un realismo que horroriza, la miseria fúnebre
e aquella sociedad católico-monárquica. Id al Museo del
rado, subid al de la calle de Alcalá ó al Ministerio de
omento, dirigíos á Toledo ó al Escorial, visitad todas
stas galerías, y allí hallaréis frailes de Zurbarán que
spantan, santos de Rivera que vivos aterran y muertos
an asco, cenobitas de Carducho tísicos ó paralíticos y
onjas anémicas, retratos y ángeles del Greco que parecen
esenterrados los primeros y momias con alas los segundos,
ersonajes de Carreño ante los cuales exclama uno con el
ante: *¡Non raggionar di lor ma guarda é pasa!*

Y si pasamos revista á los escritores veremos que Que-
edo, el más festivo de entre ellos (aunque tal vez también
más profundo), escribe libros como el *Gran Tacaño*, en
cual nos presenta personificadas en un solo tipo la
uhanería y la miseria; *Las cartas del caballero de la
naza*, que rebosan indigencia por todos sus cuatro cos-
dos; bromas de ultratumba como *El sueño de las cala-
ras*, en el cual hace un inventario de cohechos; y docu-
entos como el *Memorial* que dirigió *Al Rey Felipe IV*,
e es el grito de angustia de la nación agonizante, lan-
do por boca de un hombre honrado. El hambre que campea
los *entremeses de Cervantes* y en las *Cartas de Hurtado*

(184) Quevedo, *Memorial al rey D. Felipe IV.*

de Mendoza, espeluzna. Varios son los escritores que presentan confundido el tipo del militar con el del bandido y el del mendigo. Hay de esta época, obras como *El escudero Marcos de Obregón*, *El pícaro Guzmán de Alfarache*, *Rinconete y Cortadillo*, que son sólo un muestrario de artería. Proverbial es el hambre del estudiante español. El ilustre manco de Lepanto pone en boca de dos de sus personajes aquello de:—*¿Metafísico estáis?—Es que no como;* de lo cual puede deducirse que aquí no se pensaba sino á impulsos del hambre, ó que el hambre era el único patrimonio y premio de los pensadores. No hay más que ver á los personajes que presentan los literatos de esta época: jueces crueles de corazón duro, que confunden la justicia con la persecución y la tortura, y al acusado con el criminal; bachilleres disputadores, cuyo bello ideal es el puchero; estudiantes encanijados, que ya han olvidado el cómo han de meterse el pan á la boca; curas de misa y olla, de *bonete de mugre con forros de caspa;* hormigueos de mendigos asquerosos, que sólo vivir pueden de sus llagas y estropicios; galanes de monjas, que lo son sólo para recoger la pitanza; Tenorios para quienes no hay vida ni honra segura; dueñas que venden honras que debieran guardar; padres y hermanos que todo lo lavan con sangre; enjambres de alguaciles, corchetes y familiares del Santo Oficio; plagas de caballeros de industria; ejércitos de aventureros en el exterior (185), y bandas de salteadores en la Península; frailes tan empedernidos de corazón como obtusos de intelecto; hidalgos honrados, pero de capa rota; damas tan devotas como licenciosas; y los grandes pintores, los escritores insignes, los pocos sabios que había, vémosles cambiar sus obras por unos cuantos escudos, cuando no tienen que mendigar el favor de un grande ó acogerse á la mísera sopa de un convento.

(185) Para formarse una idea exacta de la plaga que eran para un país aquellos ejércitos abigarrados compuestos de españoles, walones, italianos, suizos, etc., no hay más que leer las crónicas y los documentos de la época que se encuentran en Amsterdam, en Leyden y en Haarlem. Aquellos soldados vivían sobre el país, saqueando las casas, torturando á los maridos, violando las mujeres, llevándose en carros los cofres y los muebles. Así se les representa en todos los grabados de la época. Cuando la paga les faltaba, y esto acontecía con frecuencia, se acantonaban en una ciudad ó en un pueblo, elegían un jefe y formaban una república de bandidos que devastaba el país con sus correrías. No hay más que leer á Karl Van Mander, el historiador de los pintores. Un día volviendo del campo encontróse su casa entregada al pillaje de la soldadesca española. Ni las sábanas le dejaron á su suegro que estaba en cama enfermo. A él lo desnudaron, le ataron una soga al cuello, y ya lo iban á ahorcar cuando lo salvó un soldado de á caballo, italiano. Otra vez yendo de viaje con su mujer y un hijo suyo de pocos meses, otra patulea de los tercios se lo robó todo, dejándoles á los tres casi desnudos. A su mujer sólo le permitieron quedarse con unas enaguas y á él con una capa vieja hecha girones. Así tuvieron que llegar á pie hasta Brujas. Después de haberse comido el país y de haber secado sus fuentes de producción, los tercios morían de hambre. El duque de Parma escribió á Felipe II que si no enviaba recursos el ejército estaba perdido, pues no podía vivir sin comer y ya no hallaba en el país ni víveres.

La dinastía que encontró con Carlos V una España grande, que había traído á sus puertos un mundo á remolque de sus carabelas, la dejó aniquilada y embrutecida á la muerte del joven decrépito Carlos II; hasta la raza hispana estuvo á punto de bajar con él al sepulcro envuelta en los exorcismos de Portocarrero. Toda aquella genealogía de monarcas poderosos, síntesis y retrato cada uno de ellos de su época respectiva, parece herida en el fondo por el soplo de la muerte. Carlos V ordena hacerse los funerales en vida. Felipe II se encierra en el mausoleo del Escorial, y muere en un camaranchón pegado al altar mayor. Felipe III tiéndese con frecuencia en su sepulcro para probar cómo estará en él después de muerto. Felipe IV sostiene amores con monjas, en celdas cuyo único mobiliario es un ataúd y una cruz negra. Y por fin, el hechizado, muerto ya en vida, cuya existencia pasa entre espergis y conjuros, revista en la cripta del Escorial los cadáveres de todos sus regios antecesores, y les promete hacerles compañía antes de un año.

Da horror esa devota España de los Felipes, de esos reyes enlutados que hacían temblar el mundo desde su gabinete. El monumento que perpetúa su memoria y guarda sus restos, es un edificio funerario, un mausoleo colosal, de aspecto siniestro, cuyo plano tiene la forma de un instrumento de tortura (186), con jardines simétricos de sombríos cipreses; un monumento gigantesco que se levanta sobre un terreno árido, como la Arabia Petrea, en el cual parece que la muerte se ha tragado hasta las ruinas. ¡Qué triste grandeza la que nos cupo con el predominio del Catolicismo y la monarquía absoluta! Al exterior el robo de los virreyes, el pillaje de la soldadesca, la calamidad de la Inquisición, y la esclavitud por legado. En América dejamos la raza á cambio del oro que nos llevamos; en Europa, ¡ni una idea, ni un invento, ni un beneficio! (187). Y en la Península, una pereza triste nos invadió como una epidemia; la despoblación fué tan espantosa, como si los páramos de Africa hubieran venido á extenderse sobre nuestras comarcas; el hambre nos dejó tan vacía la cabeza como el estómago; la miseria llevó á los nobles á mendigar

---

(186) Las parrillas de San Lorenzo.

(187) Efectivamente, la España de los Austrias no llevó más que la intolerancia religiosa al resto de Europa. No por esto se debe opinar, como algún historiador extranjero, que Europa nada debe á España. Sí la debe y mucho, pero es á la España de la Edad Media, á esa España que luchó por arrojar la invasión musulmana, berberisca ó sarracena en su mayor parte. Sin el esfuerzo de los castellanos en la parte central y sin el de los catalanes y aragoneses, del Pirineo á Murcia, y de sus costas á Oriente, limpiando el Mediterráneo de los navíos muslimes, la Europa estaría hoy aún en poder de las razas semíticas y tártaras, y en lugar de las libres ciudades modernas, tendríamos tan sólo las sucias barriadas que hoy se ven en las poblaciones levantinas.

y á los reyes á vivir de prestado; desarrollóse una literatura mística sensual que pronto degeneró en grosera (188); la industria y el comercio se consideraron ocupaciones de extranjeros; el trabajo creyóse propio sólo de villanos; *quien trabaja viene de mala sangre*, decía un refrán de la época. El saber era una herejía; el servilismo una virtud. Y sobre todo esto, levantábase la sombría omnipotencia de un clero feroz que intervenía en el hogar doméstico, en los caudales, en los territorios, en las haciendas, en el cuerpo, en la conciencia, en el amor, en el arte, en la enseñanza, en los tribunales, en las compras, en las ventas, en las cosechas, en los temporales, en las sequías, en las epidemias; un clero que os tomaba en la cuna y no os dejaba ni aun en el sepulcro; que daba la unción á los reyes y mandaba en ellos; que levantaba ejércitos, bendecía sus banderas, recorría con ellos los continentes, pasaba con ellos los mares, plantaba la cruz en las tierras conquistadas, las purgaba de infieles y marcaba los esclavos; un clero que os sellaba la palabra en los labios, os quemaba los escritos, os detenía el pensamiento en germen dentro de vuestro mismo cerebro con los terrores de ultratumba, y cuando no podía ya otra cosa, enviaba vuestra alma al cielo purificada por la confesión y por las llamas, ó, si no os convertíais, os la perseguía aún después de la muerte, con las eternas torturas del infierno.

Para propagar la fe extendimos el exterminio; pensando sólo en la otra vida olvidamos por completo la presente, y la miseria desoló nuestras comarcas por completo; para salvarnos el alma nos embrutecimos la inteligencia, y la ignorancia ortodoxa nos caló hasta la médula de los huesos.

---

(188) Véanse los comienzos de esta literatura en Santa Teresa de Jesús y la Beata María de Agreda, y cómo degenera en los místicos de fines del siglo XVII.

XII

LA REVOLUCION

Llegamos al siglo XVIII: La Revolución llama á la puerta.

La protestante Inglaterra había derribado la tiranía católica con la cabeza de un monarca, y al conquistar su libertad de examen, habíase dado unas instituciones civiles que hicieran posible todo progreso y toda reforma; libre la Holanda, emancipada de los soldados y los frailes del rey Felipe, desarrollaba, en medio de una paz patriarcal, sus artes y su comercio: cultivaba el Norte de América un pueblo recién llegado, un pueblo que el día anterior era tan sólo una caravana de emigrados que arribó á sus costas, huyendo de la persecución que en Inglaterra le causó su disidencia, y este pueblo, que apenas contaba un siglo de aclimatación, estaba ya organizado federativamente y tenía una industria y un comercio que eran la envidia de los reinos de la vieja Europa. Y Francia, que sostenía relaciones marítimas con la América del Norte, y que tan cerca estaba de Holanda y de Inglaterra, permanecía aún aplastada bajo el peso de la dominación de sus espléndidos monarcas.

Rodeaba al rey de Francia una corte sensual, enervada por sus elegantes orgías; una corte compuesta de nobles afeminados, damas corrompidas, abades escépticos, viejos licenciosos y literatos eróticos, en donde la fidelidad era silbada, el sentimiento cuestión de arte, y la galantería estaba reducida á la procacidad del ataque. Allí se divinizaba tan sólo el placer de los sentidos en pinturas, estatuas y poesías; allí la conversación estaba reducida al relato de escandalosas aventuras; allí se asediaba á la mujer con sabia estrategia, para tener el cínico placer de despreciarla una vez vencida; allí sólo podía hallarse arbitrariedad en el rey é intriga y bajeza en el cortesano.

En el campo, el poder señorial cada día progresaba en pretensiones vejatorias sobre el mísero labriego. Continuamente nuevos impuestos del noble y del clérigo, venían á mermar la ya esquilmada cosecha para que ambos pudieran continuar en su magnífico porte en París y en Versalles, viéndose el infeliz campesino reducido á trabajar casi de balde, sin que en sus cuitas encontrara amparo ni en iglesias ni en castillos. Lo poco que le quedaba del producto de sus campos, si era trigo tenía que molerlo y después

cocer el pan, en el molino y en el horno señoriales; si era vino el señor marcaba los barriles; si era fruta el señor daba el permiso para venderla en el mercado; y para cada una de estas operaciones tenía que dejar parte entre las manos del señor, en pago del feudo.

Y algo parecido á lo del campo sucedía también en las ciudades. Allí la industria estaba trabada por todas partes y de todas las maneras posibles. El gobierno del rey fijaba y reglamentaba el personal, enumeraba los artículos fabricables, determinaba los materiales á emplear, prescribía los procedimientos, é indicaba la calidad de los productos y aun sus precios. Los comisarios de la corona prohibían las industrias, cerraban los establecimientos, y quemaban las mercancías que no estaban conformes con las ordenanzas reales. Hasta se llegó á imponer la enmienda correccional á los que perfeccionaban ó inventaban algo. Los empresarios y los agiotistas del Estado iban comiéndose el país con sus tráficos, y la corte les apoyaba. Y el productor, siendo el único que pagaba el impuesto, se veía imposibilitado de obtener justicia, siempre que su deudor ó vejador fuera un prelado, un noble, algún funcionario de la corte ó una favorita. A más, el poder se sostenía empleando el más vil espionaje, ejercido por una policía soez que violaba el hogar y atropellaba los ciudadanos; y para dar un viso de razón á las *razzias* arbitrarias que se practicaban, en los ministerios se fingía un complot en contra la seguridad del Estado ó en contra la persona del monarca. Bastaba una delación de una prostituta de la corte ó de cualquier privado de un alto personaje, para verse encarcelado por todos los días de la vida. Las cárceles de provincias tenían plétora de presos, la Bastilla, ya no podía contenerlos.

Y como la administración pública estaba cimentada en el robo, y la córte cada día gastaba más en fastuosos banquetes, y soberbias queridas, el déficit crecía, y la deuda aumentaba por momentos, y aumentando la deuda debía de ser por fuerza cada día más gravoso el impuesto.

En frente de esta córte corrompida, de estos funcionarios desmoralizados, de estos nobles y de estos prelados, estaba la clase media que habiendo trabajado continuamente, y cambiado en valores sus productos, había adquirido lo suficiente para alcanzar el desahogo material que se necesita para cultivar la inteligencia. La clase media que tenía en sus manos la poca riqueza que en la nación había, la inteligencia de que carecían los señores, y que era potente por el número y por la solidaridad, no podía soportar ya por más tiempo, la desvergonzada tiranía de los otros estados que sólo vivían de los feudos y gabelas que el pueblo les pagaba.

Apoyaban el espíritu revolucionario de la clase media ciertos individuos de las clases altas. La filosofía se había aclimatado en los salones, las ciencias estaban de moda, el ser católico era de mal tono. Toda idea exagerada tenía partidarios. No faltaban nobles que declamaran contra sus propios privilegios, ni abates que se rieran de la inocencia de ciertos dogmas, ni damas que por hacerse el *sprit fort* se complacieran en espantar con exageraciones radicales á los *petits maitres* que frecuentaban sus salones.

Así se hallaba la sociedad francesa, cuando un día un librero concibió la idea de publicar una obra que lo abarcara todo y que todo lo explicara. A este fin congregó á algunos hombres estudiosos que dedicaban su vida al cultivo de las ciencias, y les encargó que hicieran el inventario del saber humano.

¡El buen librero no sabía la formidable conspiración que estaba fraguando!

Removiéronse las Sagradas Escrituras, y se les puso comentarios; reuniéronse todos los trabajos científicos dispersos y se formaron cuerpos de doctrina; filosofóse sobre las ruinas de las sociedades antiguas, y se vislumbró el origen de las religiones; investigóse la vida de Jesucristo, y se vió lo legendario de su relato; estudióse al Hombre, determináronse sus necesidades, fijáronse sus derechos, revindicóse su dignidad, subordinada hasta allí al dogma religioso y á la autoridad real; y los resultados de tanta investigación y tanto cálculo, se redactaron en lenguaje preciso y sencillo, al alcance de todas las inteligencias.

La *Enciclopedia* habló; pero no habló como habían hablado el *Ritual funerario* del Egipto, los Vedas, el Avesta, el Bundahesh, el Darmasastra, los oráculos griegos, el Antiguo Testamento y los Evangelios, envueltas las ideas en símbolos y parábolas; no habló como hasta allí se había hablado por todos los reformadores, en nombre de algo superior y anterior al Hombre; no habló para una casta, ni para un pueblo escogido, ni para un corto número de iniciados, sino que habló prescindiendo de la suprema hipótesis, y habló alto y claro, de modo que todos la oyeran y la comprendieran todos. Entonces fué cuando la Revolución penetró en las conciencias y el verbo se hizo carne.

Un día más, y la *Enciclopedia* había dado el fruto.

El plebeyo había sacudido el triple yugo del rey, el noble y el clérigo, había conquistado sus derechos, y al primer conato de conspiración de los realistas para volverle al pasado, hirió de muerte la monarquía en la persona del monarca, y en el lugar que ocupaba el Dios omnipotente, el Dios de los ejércitos, colocó á la Razón y la proclamó soberana. Revolución tan grande no podía menos de provocar una reacción violenta: ésta se manifestó fuera del

territorio, dentro del territorio, y en el seno de la Revolución misma. Fuera del territorio estaban los ejércitos realistas coaligados amenazando derribar á la naciente República; dentro del territorio, estaban los Bretones en armas combatiendo en pro de la Religión y la Monarquía; y en el seno de la Revolución misma, asomaban ya tendencias á refrenar su propio impulso. Esta era la reacción más temible. De la de fuera y de la de dentro del territorio, triunfó la República; la de su seno triunfó de ella. Robespierre, el discípulo del deísta Rousseau, hizo alianza con el bajo clero, proclamó el culto del Ser Supremo, sentó que no había moral posible sin derivarse de esta idea, y para moralizar la sociedad llevó los sabios librepensadores á la guillotina.

Entonces los místicos observaron un fenómeno que no pudieron explicarse. Se había deducido de común acuerdo con los católicos, que sólo á los creyentes les era dado el morir bien, ya que la moral sólo existía en el deísmo. Y los ateos de la Revolución, subían al cadalso, erguida la cabeza, serena la frente y morían con tanta dignidad que dejaban admirados á los mismos que su muerte habían decretado. El hecho no dejaba de ser extraordinario; á falta de explicación, se atribuyó á cinismo. La Revolución había ya degenerado tanto, que no se podía comprender que murieran con tal firmeza los que no esperaban recompensa alguna en la otra vida, los que no creían en más vida que la presente. Sí, morían como héroes, morían como mártires, ellos que ni esperaban ser semidioses, ni gozar fuera del mundo de una beatitud eterna; ellos que sabían que eran seres limitados que acababan, con la destrucción de su organismo, al devolver á la Naturaleza los elementos que de ella habían salido.

Pero la causa de tan grande resultado, no era el cinismo, que cinismo no cabe en el que muere por sus convicciones; la causa estaba en la Revolución que animaba sus cerebros, en aquella filosofía, que había eliminado de su ser hasta el último vestigio de egoísmo individual. El Héroe, el Cristiano, morían bien en virtud de su egoísmo. ¿De su egoísmo? Sí, de su egoísmo; no terrestre, pero sí trascendental, pues esperaban que su ser una vez fuera de la tierra, vería recompensados con usura los sacrificios que hiciera en ella. Pero los sabios de la Revolución tenían un concepto más alto: la solidaridad humana; creían en la inmortalidad en la especie, creían en el efecto que sus ideas y sus actos iban á producir en las generaciones venideras, é impulsados por esta tendencia habían vivido sólo por la Humanidad y sólo por ella habían trabajado. ¿Qué les importaba, pues, el morir habiendo dejado ya sus obras? La vida individual nada les significaba; nada, desde el momento que ya la habían vertido en la gran vida colec-

tiva y habían visto efectos inmediatos de la obra de emancipación que se habían propuesto. No podían dejar de morir como los héroes y como los mártires, hombres que obraban á impulsos de una idea más grande y más desinteresada que la de aquéllos.

Cansada la guillotina de funcionar en nombre del Ser Supremo, purgada la sociedad francesa de verdaderos revolucionarios, la reacción se acentuó rápidamente, pues ya no halló obstáculos que se opusieran á su marcha (189). Vinieron los termidorianos, el Directorio, y tras de éste el Consulado; y un día el cónsul de más ambición, más genio y más fortuna, se proclamó emperador y declaró la guerra á las viejas monarquías.

... ...

Parte filosófica

INTRODUCCION

Por el mero hecho de existir, todo ser tiende á la vida; la evolución necesaria de su organismo le impele á ello. De conformidad con esta ley, el Hombre, en todos tiempos, ha luchado para adquirir una mayor suma de vida, según hemos visto al estudiar la filiación de las principales series de las sociedades humanas en el transcurso de los tiempos. Sólo cuando las condiciones de la lucha por la existencia le han sido contrarias, ha querido dejarla creyendo que le era imposible el vivir acá en la tierra (190). Pero ha sido para dedicarse á alcanzar otra existencia completamente feliz y eterna que creyó posible; de modo que la tendencia á la vida ha existido siempre, sólo que á veces ha tomado direcciones erróneas. En virtud de esta tendencia, al imaginar la inmortalidad del alma, añadióle la idea de la resurrección de la carne, ó se forjó una metempsícosis para poder mudar de cuerpos y de formas á fin de alcanzar el máximum de perfección, como si presintiera el proceso del ascenso de la vida, por medio de la complicación orgánica, á través de las diversas series de seres, apuntado por Lamark y sabiamente desarrollado por Darwin y Hœckel.

Pero si el Hombre ha querido vivir no ha sido para su propia individualidad exclusivamente, aunque así, á veces, él lo haya creído; inconscientemente, ó con conciencia de ello, siempre ha tendido á que su vida personal sirviera á algo que no era él mismo. Este algo ha sido lo que ha llamado tribu ó Patria unas veces, y en las decadencias la ha personificado en un tirano; otras veces ha sido la Re-

---

(190) Aunque haya querido abandonar la lucha, nunca lo ha hecho por completo: las necesidades le han obligado á luchar incesantemente, sólo que algunas veces ha luchado con menor brío.

igión ó sea la subordinación á un mundo sobrenatural uperior; en fin, la especie ó la Humanidad, cuando ha legado el periodo consciente. Esta tendencia ha constiuido la aspiración á la inmortalidad, á la prolongación le la existencia más allá de los límites orgánicos individuales. En el primer caso ha producido héroes; en el segundo, santos; en el tercero, hombres ilustres, individualidades potentes que con sus ideas ó con sus actos han narcado el carácter á su descendencia.

Al estudiar cada civilización hemos visto vivir y morir l Hombre según las ideas que de la vida y de la muerte e había formado, respondiendo siempre su muerte á su vida ésta á aquélla. *Talis vita, finis vita.* Y al mismo tiempo hémosle visto también buscar su inmortalidad de distinta nanera y con diversas tendencias, según la sociedad á que ha pertenecido. Así, cuando ha querido vivir en otro spacio ha dedicado todos sus esfuerzos, todas sus obras, los seres que creyó que habían pasado á morar en él. Cuando se figuró que todos los seres después de la muerte ban á formar parte del Todo, se lo sacrificó todo á este *Todo* absorbente que lo reclamaba.

Hasta fines del siglo pasado, el Hombre ha vivido ubordinado á una religión; después del siglo XVIII, indeendiente ya del sobrenaturalismo y de todo *á priori*, sus nvestigaciones libres han producido no un dogma, sino n sistema, una tendencia filosófica. No es esto decir que a hayan creado, pues nada surge de repente; la misma losofía, que hoy prepondera, existía, al menos en tenencia, en la antigua Grecia; reapareció entre los árboles e Córdoba en la Edad Media, y volviéronla á acoger lgunos pensadores del Renacimiento, pero en nuestro siglo a han desarrollado los resultados de la investigación cienfica, y han formado con ella un cuerpo de doctrina defiido. Impera éste en la presente época, progresa en ella, ace cada día nuevas manifestaciones, ¡pero á través de uántos obstáculos! A cada nuevo adelanto, á cada idea eformadora, opónense un sin fin de instituciones viejas, esechos de dogmas que pasaron, desnudas unas, restauadas y guarnecidas otras con el aparato de la ciencia, ero todas reaccionarias. *El Absolutismo* bajo mil forias lucha con la Libertad; la ignorancia dogmática con Ciencia; si alguna vez se abraza á ella es para ahogarla. a barbarie disputa á cada momento el paso á la civiliación. Hay luchas morales, luchas intelectuales, luchas ateriales, pero luchas encarnizadas y á muerte, y lo eor es que los extremos luchan envueltos en un torbellino e formas intermedias que dificultan y complican la acción e entrambos. No obstante, los términos medios desaparerán como desaparecen en la Naturaleza todos los términos de transición y todas las formas provisionales; y al

desaparecer, la Humanidad entrará en la nueva Era que tantos pensadores han presentido. No es esto decir que no queden algunas representantes de las dichas tendencias como entre los organismos quedan siempre algunas variedades de las especies que han progresado; sólo queremos indicar que quedarán dominadas en la lucha y perderán su importancia.

En medio de la universal disputa, en medio de tanta confusión y lucha tanta, guiados por el método inductivo y apoyados en los datos seriados que nos suministran las ciencias, intentaremos formular qué es la Muerte, y cuál es la única inmortalidad positiva en la que hoy puede creer el Hombre. ..

I

LA VIDA Y LA MUERTE

¿Qué es la Muerte?

Por de pronto sólo podemos afirmar que al individuo e le presenta como una negación. Para afirmar algo más, ecesitamos investigar y formarnos una idea de lo que es n realidad su término antitético positivo, la Vida.

¿Qué es, pues, la Vida?

Apenas ha habido filósofo que no haya intentado de- nirla. Sthal, dijo: *es una de las maneras de funcionar el lma;* y con Sthal repitieron la misma definición, con igeras variantes, casi todos los metafísicos hasta Des- artes, el cual, después de haber definido el alma, *el prin- ipio superior que se manifiesta por el pensamiento*, separó a la vida de este principio abstracto, afirmando que *no s más que un efecto superior de las leyes de la mecánica.* Bichat la definió en estos términos: *La vida es el conjunto e funciones que resisten á la muerte.* Pero al dar mayor esarrollo á la idea, al querer aclararla, cayó en el error, aciendo en cierta manera de la vida y de la muerte dos eres, dos entidades siempre presentes y en lucha en el rganismo. Pelletán, cirujano de la Escuela de Medicina e París, siguiendo á Bichat, aunque estudiando ya más as condiciones vitales de los seres, definió la vida di- iendo: *es la resistencia que opone la materia organizada las causas que sin cesar tienden á destruirla.* Kant vino uego en apoyo de esta teoría asegurando que era *un prin- ipio interior de acción.* Y posteriormente Béclard reformó stas definiciones expresándose en los siguientes términos: *a vida es la organización en acción.*

Pero, ¿de dónde proviene esta *acción* de la *organización*, esta *resistencia de la materia organizada*, que constituye a vida? Kant, al menos, afirmaba que era un principio nterno, aunque no decía lo que era este principio, pero n la definición de Béclard, lo mismo puede suponerse que *a organización está en acción* á impulsos de una *archea* de un alma, entidades distintas del cuerpo organizado, ue en virtud de las propiedades de la propia organización. o incompleto de tales definiciones provenía de la falta e conocimientos fisiológicos de la época en que se escribían stas. La ciencia de las funciones del organismo estaba

aún en embrión, y para saber de dónde nacía esta fuerza de resistencia, ó á qué era debida, era preciso conocer muy á fondo la función fundamental de la vida, la nutrición. Apoyado ya en tal conocimiento, vino Blainville y dijo: *La vida es un movimiento de composición y de descomposición á la vez general y continuo.* Aquí ya se nos expresa el por qué de la fuerza, de la acción, de la resistencia; ésta proviene de la descomposición de los elementos que forman los tejidos á impulsos del oxígeno atmosférico, cuya descomposición reclama inmediatamente la recomposición de dichos elementos, para volverse á descomponer, y así sucesivamente.

Un filósofo, no recuerdo cuál, ha dicho: *La vida es la muerte.* No es la muerte, pero de ella sale y á ella conduce. No hay acto, no hay movimiento en ser organizado alguno, que se pueda verificar sin una oxidación que destruya alguno de sus tejidos, aparte de su substancia plasmática, sea este acto la creación de un genio, ó la simple contracción de las expansiones sarcódicas del *bathibius Hœbelii.* Partiendo de esto, C. Bernard ha formulado la siguiente ley: *Toda manifestación de un fenómeno en el ser viviente está necesariamente unida á una destrucción orgánica.* La nutrición, pues, no es más que una generación continua que repara la muerte de los elementos histológicos destruídos por la combustión que produce los fenómenos vitales. Si los repara con usura, el ser crece; si con escasez, el ser decrece y por fin muere. Así resulta que no se vive sino de la muerte; de la muerte de seres ó de parte de seres que suministran materiales con que formar tejidos, de una parte, y de otra, de la muerte de los elementos de los tejidos propios.

Dice Claudio Bernard que la vida *es la idea directriz ó la fuerza evolutiva del ser*, pero él mismo rechaza ya en parte, su propia definición, diciendo que esto sólo es un concepto metafísico de la vida, pero que en realidad se vive físicamente.

Herbert Spencer, uno de los sabios modernos que más han estudiado sobre el particular, empezó definiendo la vida *una coordinación de acciones.* Pronto juzgó su definición insuficiente y adoptó esta: *La vida es una combinación determinada de cambios heterogéneos á la vez simultáneos y sucesivos.* Luego quiso precisar más el primer término, y dijo *la combinación definida* en lugar de *una combinación determinada.* Pero no tardó en ver que no explicaba estos cambios heterogéneos y sucesivos (como no explicaba la desasimilación y asimilación Blainville), y fijándose en lo externo al individuo, añadió á su definición, *en correspondencia con coexistencias y sequencias externas;* es decir, con las condiciones que permiten que estos cambios se verifiquen en la lucha constante que el

ndividuo se ve obligado á sostener con lo exterior á él. or fin, creyendo complicada su definición, ha dado la guiente, más simple, si bien algo más metafísica: *La vida s el ajuste continuo de relaciones internas con relaciones xternas.*

Ha dicho Virchow, siguiendo á Descartes: *La vida es n caso particular de la mecánica, caso, empero, el más omplicado, en el cual las leyes de ésta se cumplen bajo as más variadas y extraordinarias condiciones, estando, or consiguiente, los resultados definitivos separados de s principios de la metamorfosis por una serie continua e términos medios, que desaparecen con tanta rapidez, que s muy difícil averiguar su seriación.* Con esta definición, irchow, sólo nos indica que la vida pertenece al mismo rden que los demás fenómenos del universo, diferenciánose de ellos sólo por su complicación, lo cual deja lugar que se pregunte aún: ¿En virtud de qué vive el ser rgánico? ¿Cuál es el fenómeno fundamental de la vida, in el cual ésta no puede verificarse? Pregunta á que responden más ó menos satisfactoriamente las definiciones de pencer y de Blainville.

El Dr. Letourneau, en su *Biología*, nos da la siguiente: *a vida*—dice,—*es un doble movimiento de composición de descomposición continuas y simultáneas, en el seno e substancias plasmáticas, ó de elementos anatómicos gurados que, bajo la influencia de este movimiento íntimo, funcionan conformemente á su estructura.* Sólo le alta á esta definición, para cumplir con el objeto, el que iciera mención del acuerdo que debe existir entre este ovimiento de substitución interno y lo exterior sin lo ual no hay vida posible. Todo ser, cuando cambia el medio n el cual vive y se ha formado, si no se transforma, erece, pues este es el sostén y la condición precisa de circulación de la materia que lo constituye, ya que todo rganismo consta tan sólo de los elementos que le proporiona el medio en cuyo seno se forma.

De todas estas definiciones podemos concluir que: el er vive en virtud del movimiento de substitución, ó sea e la asimilación y desasimilación, que en su cuerpo se erifica; y que es condición precisa de la vida, ó sea de continuación de este movimiento doble, el que éste esté armonía con las relaciones externas del medio ambiente, ues de lo contrario cesa, y el individuo muere. Ya ingún fisiólogo duda de que el fenómeno fundamental de vida de todo ser, sea el movimiento de substitución ntinuo que se verifica en todo el organismo, y que produce renovación de todas sus partes.

Partiendo de esto, podremos formular la siguiente ley: *odo fenómeno vital será tanto más intenso cuanto más ípido sea el movimiento de substitución que á su pro-*

ducción concurra; ó lo que es lo mismo: *De la rapidez del cambio de los elementos histológicos depende la vida del órgano en particular y la del organismo en general.* Los últimos descubrimientos fisiológicos nos enseñan que la intensidad de la vida corresponde siempre á la rapidez de la circulación de la materia. Previendo ya estas conclusiones científicas el gran Cuvier con su intuición rara escribía á principios de este siglo: *El ser viviente es un torbellino con dirección constante, en el cual la materia es menos esencial que la forma.*

Cada átomo sólo produce una unidad dada de fuerza en un mismo punto. Cuantos más pasen por una misma posición en un tiempo dado, más grande será la fuerza que allí se acumule y se manifieste. Y esta ley rige desde las moneras—protorganismos tan sencillos que ni llegan á la categoría de células,—hasta el Hombre, ser el más perfecto de cuantos pueblan la tierra. Y en tanto es así, que el vegetal, que apenas tiene movimiento, es el ser en el cual la substitución es más lenta. El vegetal sufre la oxidación en un grado muchísimo menor que el animal, tanto que hizo creer á los naturalistas, hasta hace poco, que su organización era opuesta á la de éste, pues reducía el carbón de sus combinaciones con el oxígeno, al paso que el animal lo convertía en ácido carbónico. Era tan poca la oxidación que sufría que no repararon en ella. Toda planta, cuando tiene que manifestarse en sus más altas funciones, para florecer, para germinar, se oxida. Y en el reino zoológico, las especies más activas, más vivaces, son las que vegetan menos, que aumentan menos sus tejidos adiposos, pero que los renuevan con mayor rapidez el tejido muscular y el nervioso, es decir, los tejidos superiores. Véase sino la desasimilación en el ave. Véase como ciertos mamíferos, engordan, cuando se les obliga á llevar una vida sedentaria. El Hombre, el ser cuya vida es más intensa, tiene un cambio tan rápido en sus elementos histológicos que en poco tiempo renueva todo su organismo, habiendo órganos en los que este fenómeno se verifica varias veces en el tiempo que en otros se verifica una, lo cual depende de la intensidad con que funcionan.

Por esto es que el que trabaja mucho necesita mucho alimento, sea el trabajo manual ó intelectual. El ser es como una máquina de vapor que exige el combustible en razón directa de la fuerza que desarrolla. Y esta ley se cumple lo mismo en el cerebro del sabio que en el músculo del peón, pues la ley de la acción animal descansa en la de la transformación de las fuerzas, ó mejor dicho, es sólo un caso particular de ésta. Toda acción es igual á la suma de las fuerzas químicas de las moléculas que se combinan en el acto de su producción. La fuerza quí-

mica se convierte en corriente eléctrica, en fuerza mecánica ó en acción inteligente según en qué organismo se verifica y en qué condiciones. Así, hasta en los organismos más complicados (en los cuales la vida, ó sea la rapidez de la asimilación y desasimilación es grande y da lugar á manifestaciones las más complejas), se verifican las leyes de la mecánica, de la física y de la química, al igual que en los seres que forman parte del limo amorfo del fondo de los mares constituídos por una mera porción de protoplasma, que vive sólo en virtud de una endosmose y exosmose continua, y lo mismo que en la pila eléctrica que de la combinación de sus elementos desarrolla la corriente. La diferencia entre estos diversos fenómenos no es esencial—como diría un metafísico,—ni sobrenatural—como afirmaría un teólogo,— es sólo diferencia de complicación, de estructura, de organización. Littré y Robin en su *Diccionario de Medicina* (edición 1873), vienen á confirmarlo afirmando que la palabra vida sirve para designar *un modo de actividad de la materia en el estado de organización, y que le es inmanente mientras dura este estado; estado tal que permite el más alto grado de utilización de las propiedades de la materia. Es tan sólo*—dicen.—*la manifestación de las propiedades inherentes y especiales de la substancia organizada, ya aparezcan á primera vista, ya se necesite de la investigación para hallarlas* (191). Y las propiedades de la substancia organizada no son más que la resultante de la concurrencia de las propiedades de las moléculas que obran de distinta manera según la organización á que están sujetas.

La vida, como todo movimiento natural, tiene su ascenso y su descenso, su acción y su reacción, producida lógica y fatalmente. El movimiento de ascenso, el crecimiento del ser y su desarrollo dependen de la preponderancia de la asimilación sobre la desasimilación, de entrar más de lo que sale; y su decrecimiento, ó sea su decrepitud, de lo contrario. El individuo adquiere por la nutrición substancias que transforma y absorbe, esto es, que asimila, las cuales pasan á formar parte integrante de su organismo, llenando las células, cuyas células se fraccionan, dan lugar á otras que crecen y que al llegar á ciertos límites se fraccionan á su vez y así sucesivamente. Toda substancia nutritiva sufre una serie de oxidaciones en el cuerpo del animal hasta que forma parte integrante del órgano; una vez en él, sirve á la función del órgano oxidándose, y después, ya inútil para la vida, es expelida al exterior en forma de secreción ó excreción del individuo. De modo que la misma serie de oxidaciones que la hace concurrir á la producción de la vida la vuelve inútil

(191) *Dictionnaire de Médecine et Pharmacie*, etc., p. 1672. *Vie.*

para ella. Advirtiendo que apenas se marcha una molécula, ó es ya reemplazada por otra, ó el órgano disminuye y su función es menos activa teniendo que alimentar sus funciones de su propia substancia. La intensidad de una función depende, como hemos dicho, de la rapidez de sustitución, ó sea de la velocidad de la circulación de la materia. En el período culminante de la vida, hay equilibrio entre lo que entra y lo que sale, entre las moléculas que se van y las que las reemplazan, llegando á su colmo la rapidez de sustitución. Esto no es decir que esto sea en todo el cuerpo, ni que se verifique igualmente en todos los seres. Hay órganos que tienen la plenitud de la vida antes que otros, y hay individuos en quienes en sus órganos existe mayor rapidez de sustitución que en el mismo órgano de otro de la misma especie, por lo cual el primero tendrá mayor vitalidad en él, que el segundo.

La muerte, pues, ó sea el fin de la vida, es, tan sólo, el paro de este movimiento de sustitución que se verifica en todos los tejidos de los seres organizados. Este paro puede provenir de su interrupción violenta ó de su decrecimiento paulatino. En el primer caso la causa es, ó una alteración repentina de las relaciones internas, ó un desacuerdo brusco entre las relaciones interiores del individuo y las exteriores, es decir, el resultado de un desequilibrio súbito con el medio ambiente. En el segundo resulta de un desacuerdo lento entre el medio y el ser, sea éste por variación de las condiciones de vida externa, sea por una variación del propio ser, como cuando los órganos envejecen y la asimilación es menor que la desasimilación.

Parado el movimiento de sustitución, las moléculas que sólo en virtud de este fenómeno formaban los tejidos, se disgregan y sobreviene la descomposición del cuerpo. Si éste contiene ciertas substancias acuosas, se descompone; y se conserva en ciertos seres, sobre todo en los vegetales leñosos, si contiene poca agua ó no contiene ya, ó si está en condiciones á propósito para secarse. En los animales superiores la putrefacción sobreviene siempre, á no ser que causas accidentales, como los hielos, ó la mano del hombre los conserven.

La destrucción del organismo muerto que devuelve á los medios ambientes minerales ú orgánicos los materiales que de ellos recibió, se verifica por medio de una serie de fenómenos químicos indirectos, ó de contacto: fermentaciones y putrefacciones. La Naturaleza en su flujo y reflujo constante, forma continuamente seres que luego, cuando dejan de ser, disuelve y reabsorbe, dando lugar á que con sus elementos otros se formen y se nutran, y así de una manera indefinida la substancia universal va cambiando sucesivamente de forma. En su inmenso laboratorio, Natura va disolviendo continuamente las formas que ha

creado, para dar vida á otras nuevas. Las substancias, las fuerzas, los movimientos se combinan de distinto modo para dar á cada momento productos nuevos, sin que dejen de ser en el fondo eternamente los mismos. Siempre nuevo y siempre igual; esta es la ley del Universo. Así, al morir vamos á animar con nuestros restos otros seres de los cuales pasamos á formar parte, como éstos luego formarán parte de otros, y como nosotros estamos formados por partes de los que fueron.

Un hombre deja de existir; su cuerpo yerto, sin circulación de la sangre, sin inervación, sin movimiento alguno posible, voluntario ó reflejo, se descompone, que es ley que los átomos no puedan permanecer en reposo formando compuestos tan complejos como los que constituyen el ser humano. La materia de sus órganos, una vez entrada en descomposición, parte, se esparce por la atmósfera en forma de gases, y parte es absorbida por la tierra, ó transformada en otros seres que en ella se forman ó que de ella se nutren. Errante por el espacio ó saturando los terrenos, formando la larva, alimentando la yerba, transformada en glúten en el grano de la espiga, en clorofila en la hoja del árbol, integrando en el músculo del ave de rapiña, constituyendo parte del agua en estado vesicular de la nube, vagando en el fuego fatuo por la atmósfera en una de las calurosas noches de verano, convertida en ácido nítrico por el rayo en el aire, ó en nitratos por las rocas porosas, ó bajo mil otras formas, la Naturaleza recobra la substancia de que nos hizo préstamo. Así los átomos que en nosotros han servido, reentran en la circulación universal, yendo á satisfacer las necesidades de una infinidad de cuerpos que los están esperando para servirse de ellos á su vez y dejarlos continuar su viaje de circulación indefinida en cuanto les hayan utilizado ya para satisfacer sus necesidades.

El ácido carbónico, el agua y el amoníaco, los fosfatos y las otras sales en que nos descomponemos, todo tiene su colocación directa. El gas carbónico lo absorbe el vegetal, asimila el carbono, que pasa á formar parte integrante de su leño y nos devuelve el oxígeno, purificado, electrizado, que oxidando la sangre de otros seres les da á ellos la nueva fuerza y vida que en su tiempo nos diera á nosotros. El agua, absorbida por la tierra, entra en el vegetal á formar parte de su savia primero, y después de sus tejidos; evaporada en la atmósfera, vaga errante en estado vesicular constituyendo nubes, hasta que cae, en forma de lluvia ó granizo; ó se disuelve en el aire y luego desciende en forma de rocío que vivifica las plantas secadas por los ardientes rayos del sol canicular, cuando á impulsos de un enfriamiento súbito no se precipita en copos de nieve, que derritiéndose en las cumbres de las montañas originan los

ríos y las fuentes, y posándose en las llanuras al fundirse fíltranse en la tierra y hacen germinar los granos en ella sembrados. Nuestra agua contribuye á hacer brotar la yerba, cubrir de hojas el árbol, abrir el capullo á la flor, para que llene de su embriagador perfume el ambiente en la primavera. El amoníaco, evaporado y arrastrado por las corrientes de aire permanece en la atmósfera hasta que cae disuelto en las gotas de la lluvia ó del rocío sobre la tierra; ó es absorbido por ésta directamente; en ambos casos se combina con el ácido crénico y apocrénico de los vegetales y forma el crenato y el apocrenato amónico, cuerpos que tienen una composición análoga á la albúmina y que absorbidos por el vegetal por medio de sus esponjiolas radicelarias, los asimila y en ella los transforma; y esta albúmina es la que luego proporciona por su transformación la fibrina á los animales. Los fosfatos, carbonatos y otras sales, que de nuestro cuerpo forman parte, una vez en la tierra, son también absorbidos por las plantas que en ella crecen, y gracias á ellos pueden éstas luego volver á dar el alimento indispensable al Hombre.

La planta vive á expensas de los animales en general (y entre ellos el Hombre), y convierte nuestro residuo en elementos histógenos que el animal come, y transforma á su vez en tejidos más ó menos análogos á los nuestros, de los cuales y de las plantas nos nutrimos. Es una ley, y por lo tanto es fatal, necesario, que debemos morir y descomponernos para que los que vienen después se constituyan con lo nuestro, y por lo tanto no hay que sentir el tener que abandonárselo. Nuestra vida es sólo una perpetua lucha con la Naturaleza exterior la que al fin triunfa. La cuestión está en retardar este triunfo final, y en habernos servido de ella durante la lucha á fin de legar una mejor organización material y moral á los que después de nosotros vengan para que su manera de funcionar, su vida, sea más perfecta que la nuestra (192). Lo mismo que nos hace vivir, el aire que nos oxida, por fin nos mata. Lo que produce en nosotros el ascenso también nos hace descender: sólo se vive muriéndose. Vive mejor, y prolonga más su existencia, quien sabe luchar más bien con la Naturaleza,

---

(192) Efectivamente, la vida implica ya en el homre el deber que tiene de aprovecharla, á fin de modificar su organismo en el sentido de su perfección progresiva, para legar así á sus descendientes unos sentidos más diferenciados y una inteligencia superior á la que heredara. Y no sólo debe el Hombre modificar su organismo directamente, cultivándolo en lo físico y en lo intelectual, sino que debe de aprovechar su existencia para legar obras, ideas, inventos ó instituciones que permitan á los que nazcan el luchar con mayores ventajas contra la Naturaleza para vivir conformemente á los fines que se propongan; es decir, moldes de perfección para las sociedades futuras. Este es el único título que tiene el Hombre para llamarse rey de la Creación, el perfeccionamiento voluntario y consciente de su sér, sin lo cual la vida humana se reduciría á una especie de vegetación superior.

quien sabe servirse de una manera más inteligente de sus elementos para su provecho, para protejerse, para fortificarse, para transformalos en su propia substancia ó en auxiliares de su persona; y si se para, si por un momento interrumpe su lucha, allí es vencido.

La idea que hasta aquí se había tenido de la muerte era incompleta, sólo presentaba un aspecto del fenómeno. Nos lo presentaba aislado, no en serie, y por tanto no le veíamos por entero.

¡Morir! no es sólo desaparecer, es algo más, es haber vivido, y dar elementos á la Naturaleza para que otros vengan á vivir después. ¿Qué hay de horrible en la Muerte? El individuo desaparece en cuanto ha cumplido con su objeto para ser sustituído por otro, como la molécula del organismo en cuanto ha contribuído á una función; primero nuestra vida, después la vida de otros; es decir, siempre la vida; ¿dónde está pues la Muerte? ¿Os duele el que otros vengan á ser? ¡Imposible! ¿Os duele el que llegue un día en que dejéis de existir? ¿Os habéis figurado vosotros, seres limitados, que habíais de ser eternos como el todo? Entonces el dolor de la Muerte sólo puede nacer de vuestro egoísmo, que os priva de conocer lo que sois y y lo que representáis en el seno de la Naturaleza. El dolor de dejar á las personas queridas, el de no haber podido acabar algo comenzado, esto nada de común tiene con el horror á la Muerte.

¿Pero, y el alma? se dirá. Esta cuestión vamos á tratarla en los dos capítulos siguientes. En el primero afirmaremos la unidad del ser humano haciendo ver qué es lo que ha llamado su alma, y en el segundo veremos cuál es su prolongación, es decir, la acción que dura más que el individuo, tratando de demostrar que de la misma manera que la Naturaleza nos recoge átomo por átomo, la Humanidad nos acoge acto por acto é idea por idea, y que nada se pierde en el mundo intelectual y social, como nada se pierde en el mundo físico.

II

EL CUERPO Y EL ALMA

¿El Hombre, es un ser simple ó un ser compuesto? ¿Concurren á su formación dos substancias ó está formado por una sola? ¿Es un ser aparte de la Creación, ó forma en alguna de las series de organismos que pueblan nuestro planeta? La Ciencia y la Filosofía, de común acuerdo, afirman hoy la unidad del ser humano, en cuanto á su naturaleza; y en cuanto á su puesto en el mundo, prueban que es el término superior de la principal de las series de los seres terrestres, ó sea el punto más elevado de la rama más perfecta del árbol genealógico de los organismos de la tierra.

Bien sabemos que los teólogos excomulgan esta proposición por herética y que los metafísicos la combaten por materialista, partiendo ambos, *á priori*, de la dualidad de substancias. Pero poco nos importa el calificativo que se dé á la cosa, pues hallamos más consoladora, más noble y más digna la aserción, que se desprende de las inducciones científicas, de que el Hombre camina del instinto á la razón, perfeccionándose más de día en día, que la que le supone haber caído de un estado de perfección inmensa y andar errante de degeneración en degeneración hasta el fin de los siglos.

Metafísicos y teólogos afirman la dualidad de substancias en el Hombre al cual aislan de los demás seres que forman la Naturaleza, haciendo de él un ser esencialmente distinto de los otros. No vamos á refutar á los teólogos que parten de la fe, y no conceden valor á la razón sino cuando discurre sobre los pies forzados, y según el formulario, que de antemano les han impuesto: pero trataremos de dirigir algunas observaciones á los metafísicos que tienden á probar las afirmaciones antes expuestas.

Supongamos por un momento que el Hombre está compuesto de dos substancias distintas. Observando los demás seres animados de la Naturaleza deberemos concluir que también son dobles, ó lo que es lo mismo, que están compuestos de cuerpo y alma también al igual que el Hombre. Hágase una psicología comparada, analícense las facultades intelectuales de cada tipo animal, de cada clase, de

cada orden, de cada familia, de cada género, y en fin, de cada especie y sus variedades, y se verá que todas estas funciones anímicas forman varias series, una de las cuales recorriéndola de lo inferior á lo superior, nos conducirá de escalón en escalón á la inteligencia humana. Queremos conceder más (y es mucho conceder), que haya saltos ó escalones en estas series; su consecuencia será que se habrán de admitir una infinidad de categorías de almas distintas seriables y clasificables al igual que los cuerpos. Podrán ser estas almas de una naturaleza inferior, comparadas con la del Hombre, podrán pertenecer á distintas jerarquías, pero al fin serán almas, y los seres que las posean serán también duales como el Hombre mismo. Será preciso, pues, en este caso, un número infinito de almas de toda especie, correspondiente, cada grupo de ellas, á cada uno de los grupos animales que la zoología registra. Su número irá aumentando sin cesar, pues cada día serán precisas nuevas almas para los nuevos cuerpos que nazcan, y éstas en armonía con las variedades que vayan surgiendo, mientras que la materia de los cuerpos, que por su circulación siempre se renueva, queda en suma la misma. Luego cada categoría de almas deberá tener su juicio especial, con sus castigos y recompensas adecuadas, su cielo y su infierno correspondientes á su grado de discernimiento. Si no pueden concederlo los espiritualistas, si no pueden conformarse con la afirmación de tal baraunda anímica entonces son ilógicos, y la razón se declara, á partir de la afirmación de las dos substancias por los panteístas, que suponen que un mismo espíritu en diverso estado de complicación es el que anima el Todo, de la mónera al Hombre, es decir, á toda la materia de sus diversos estados de organización. Vengan los metafísicos, estudien y comparen las facultades intelectuales de los diversos animales y vean después si se sienten con fueros para negar á todos los seres animados lo que al Hombre le conceden. Si lo niegan se divorcian de los hechos y no tienen derecho á pasar plaza de verídicos. Si lo conceden, preguntarémosles ¿por qué el alma corresponde á la organización y progresa con ella? Hecha esta concesión se va á parar á la afirmación del panteísmo: «El espíritu y la materia van evolucionando y perfeccionándose á un tiempo y de una manera indefinida.»

Ahora nos quedamos frente á frente de la afirmación panteísta. Si en el mundo hay espíritu y materia, si en la organización hay cuerpo y alma, es evidente que desde el espíritu simple, ó sea la causa del movimiento sarcódico, hasta la propia conciencia hay una ó varias series de almas, como hay series de cuerpos desde la célula al Hombre; almas que serán casos particulares del alma general, la que obra según la organización que la contiene tal como el líquido adapta la forma del vaso. Esta es la teoría pan-

teísta, según cuya teoría, al morir el ser, entra su cuerpo en la naturaleza, y su espíritu en Dios, del cual forma parte.

Vamos, pues, á contestar á la afirmación del panteísmo espiritualista puesto que contestando á ella contestamos á todas las escuelas dualistas en general.

Antes de todo debemos hacer notar que estos panteístas afirman la dualidad de substancias *á priori* y sin probarla, y de allí derivan sus desarrollos. Son más lógicos en su sistema que los espiritualistas. Entran en la serie, pero parten de una base puramente subjetiva.

La afirmación de Espíritu y Materia, y la de Cuerpo y Alma, proceden de conceptos puramente teológicos, de las relaciones inferiores ó superiores de todo lo existente. Los teólogos, en su ignorancia de los procesos de la Naturaleza, consideraron toda acción humana procedente de una especie de substancia interior y sutil que denominaron *Espíritu*, y á las relaciones más groseras de todo lo que caía bajo el dominio de sus sentidos, llamáronlas *Materia*. Así se figuraron á la Naturaleza compuesta de una parte activa y de un substractum inerte que sólo se movía á impulsos de ésta; y al igual creyeron al Hombre. Hízose una abstracción de su funcionalismo superior, á lo que se dió un nombre sustantivo, *alma*, haciendo de esta manera de ello una entidad, y luego llamóse cuerpo todo el conjunto de los órganos; y así separaron, la función del organismo como si aquélla no fuera la manera de ser de éste.

Spencer y Tylor han descrito como se forma la idea del alma en los individuos de las razas primitivas. Los sueños y las alucinaciones, presentando á su cerebro imágenes de seres que ya han muerto, ó que están á distancia, les han sugerido la idea de un dualismo humano haciéndoles creer en un fantasma que se aloja en nuestro cuerpo, gracias á no saber distinguir las impresiones reales de las ilusorias. Nada más natural que esta creencia en las civilizaciones desprovistas de experiencia metódica, pues explica hechos psicológicos inexplicables sin el auxilio de las observaciones científicas. La idea de varias entidades anímicas, en especial la del *desdoble* del cuerpo de los Egipcios, nació de una causa análoga, lo mismo que la de las *sombras* en Grecia la de los *manes* en Roma y la de los *refaim* entre los Hebreos. Estas ideas concurrieron por diversos caminos á la idea que del alma se formaron los primitivos teólogos cristianos y aunque muy distinta de la de los metafísicos de la Edad Media, no hay duda que ésta dimana de aquéllas por evolución lenta y progresiva.

Luego la escolástica, en los siglos medios, explicó todo el Universo por un sistema de entidades substanciales, misteriosas, ocultas detrás de cada serie de fenómenos, al

igual que las teologías lo habían explicado por personificaciones. Todo acontecimiento fué atribuído á un sujeto quimérico, providencia, alma, fuerza vital, fuerza medicatriz, alma vegetativa, energías, arqueas, etc., agentes misteriosos, árbitros, no sujetos á ley alguna.

La ciencia moderna ha desvanecido ya todos esos fantasmas de la inteligencia, y hoy afirma, al observar las universales relaciones, la unidad de la Naturaleza; esta unidad se resuelve en movimiento. Todo lo que impresiona nuestros sentidos, todo lo que á nuestro conocimiento viene, *movimiento* es, llámese calor, luz, electricidad, sonido, etcétera. Todo lo que produce en nosotros una idea, todo lo que llega á nuestra inteligencia, todo lo que se presenta á nuestra conciencia no es más que movimiento en último resultado. La propia Inteligencia humana siendo un caso particular del movimiento, no puede estar afectada, no puede ponderar más que movimientos.

El calor, la luz, la electricidad, el sonido, la resistencia, no son más que vibraciones ó movimientos, como lo han probado los físicos más eminentes. La extensión no se presenta á nosotros sino como una cualidad del movimiento, la *coexistencia*. Así la idea de extensión no es más que la de *la coexistencia de resistencias*, ó sea de movimientos opuestos á nuestras corrientes nerviosas. La concepción del movimiento implica los conceptos de *coexistencia* y de *sequencia*. El de *extensión* nace de la abstracción de la coexistencia. La sucesión ó la *sequencia*, es la cualidad esencial del movimiento, y á su vez da origen á la idea de *duración*. *Sequencia* y *coexistencia* tienen por ideas correspondientes *duración* y *extensión*, y sus conceptos contingentes *tiempo* y *espacio*.

Pues bien, todo lo que se consideró desde el punto de vista de la extensión, es decir, de la coexistencia (haciendo abstracción de los movimientos que coexisten, calor, color, resistencia, etc., etc.), fué llamado *Cuerpo* ó *Materia;* y todo lo que se estudió desde el punto de vista del movimiento, *Fuerza*, *Espíritu*, *Alma*, etc. Así todo lo que aun hoy día en la ciencia viene denominado con el nombre sustantivo de *fuerza*, por pura conveniencia del discurso, en el cual se emplea impropiamente como un sujeto, no es más que un sujeto verbal, que como entidad agente no tiene más existencia real que en la Gramática; es tan sólo una palabra que viene á expresar una relación pura. La fuerza es la particularidad que tiene un hecho de estar constantemente seguido por otro. Y esta particularidad puesta aparte por el espíritu, como si fuera un ser distinto de los hechos, fué considerada como generador y causa de los mismos, gracias á una impropiedad del lenguaje, y se hizo de ella el factor hipotético del movimiento.

Hasta en nuestros tiempos ciertos hombres de ciencia la consideran de tal manera.

Lo mismo pasó con lo que se denomina *Materia*. Cuando consideramos la materia, cuando la analizamos, tan sólo hallamos: la gravitación, si es en los espacios siderales, ó la atracción molecular si es en la tierra, lo cual son dos casos particulares del movimiento; la luz, ó el color, por refracción ó por reflexión, que también es tan sólo un movimiento vibratorio; el calor, lo mismo; la impenetrabilidad, ó sea noción de extensión aplicada á resistencia, que en último término no es más que un movimiento de repulsión; y así sucesivamente. Los sabios más eminentes y profundos, al considerar los átomos, los consideran sólo meros puntos geométricos, es decir, hipótesis; otros considéranlos como meros centros ó focos de movimiento. Así es que no nos restan como realidades sensibles, más que movimientos, ó sean relaciones simultáneas y sucesivas. Si debajo del movimiento hay algo, si la relación supone términos que no sean otras relaciones, si existe este substractum de la fenomenalidad, la ciencia no puede afirmarlo, ni lo que es más, lo afirmará ni lo negará nunca, puesto que no cae bajo los dominios de la observación y la experimentación (193). El admitir gratuitamente la

---

(193) Escribíamos esto á fines del año de 1870 como tesis filosófica, antes de que pensáramos en componer este libro. Posteriormente á esta fecha, estando en prensa nuestra edición francesa, vino á nuestras manos la traducción en francés de la gran obra de Spencer, *Los Primeros Principios*. Como en dicha obra la demostración de la imposibilidad de conocer el *en sí* de las cosas era muy análoga á la que dábamos nosotros, siendo mayores su desarrollo y sus apoyos, hemos creido conveniente suprimir nuestro pasaje para que en manera alguna se pudiera suponer inspirado en aquél. Además como la demostración de Spencer es más completa que la nuestra, recomendamos al lector cuya inteligencia se interese en esta cuestión filosófica fundamental, que la lea en la primera parte del capítulo III de dicho libro.

En cuanto á las conclusiones de Spencer sobre lo cognoscible, sentimos el no participar de las mismas opiniones que el ilustre filósofo inglés. (Véase la segunda parte del cap. III de *Los Primeros Principios*).

Spencer supone que no conocemos la materia más que por experimentos de fuerza. «*Concebimos la materia*—dice—*tan sólo como posiciones coexistentes que oponen resistencia*»; de manera que la materia, según se deduce de esto, no llega á nuestra conciencia más que como coexistencia de movimientos opuestos á los nuestros, transmitidos por nuestros sentidos; la resistencia de un cuerpo no es más que el resultado de un movimiento contrario al movimiento muscular (y en definitiva al movimiento nervioso) que le oponemos. Una parte del movimiento que resiste al movimiento muscular se transforma en corriente nerviosa, comunicándose á los nervios sensitivos, y en sensación de resistencia al llegar al cerebro. Según la propia expresión de Spencer en último resultado de análisis no se halla más que movimiento en la materia.

Pero el error especulativo de Spencer consiste, á nuestro entender, en querer reducir el movimiento á un elemento más simple aun; y éste para él es la *Fuerza*. Para Spencer la fuerza es un elemento primordial, factor del movimiento. Vamos á tratar de refutar una tal idea metafísica.

La fuerza muscular que dicho autor menciona, causa del movimiento de las partes de nuestro organismo, y que, según él, es la primera que comparece á nuestra conciencia, y que transformándose en sensación, nos proporciona la idea de movimiento, esta fuerza, en suma, no es más que un movimiento mecánico resultante del movimiento químico, de la

hipótesis de un Absoluto, ó de un Incognoscible, nada nos explica; al contrario, más bien dificulta el cálculo científico, que sólo en relaciones se apoya, ya que todo conocimiento no es más que una relación más ó menos compleja.

Pero se objetará que el movimiento supone algo que se mueve. Esto no pasa de ser un vicio del cálculo, un error de dialéctica, que cometemos por rutina, al igual que cuando queremos aplicar al Universo lo de que *todo efecto supone una causa*. Por lo que toca á la sucesión de las cosas, dícese que no hay efecto sin causa, como resultado de la observación, que nos demuestra que en todo lo que del universo podemos apreciar hallamos siempre fenómenos que engendran fenómenos y que á su vez son engendro de otros. Es decir, antecedentes y consiguientes que también son antecedentes de otros. Pero esta ley, que es verdadera para el caso particular, para lo limitado, para lo finito, resulta desprovista de sentido si la quiere aplicar á todo el universal conjunto, aplicación que empieza por ser imposible puesto que nuestra inteligencia no puede abarcarlo.

Este raciocinio que, por lo que toca á la *sequencia*, resulta falso, lo resulta también al querer aplicarlo á la *coexistencia*, cuando se supone que el movimiento implica una cosa movida. Esta suposición, que es del todo exacta cuando se trata de un fenómeno ó de un grupo de fenómenos de movimiento en particular, no lo es cuando se trata del movimiento en general, del movimiento en sí, porque como no percibimos el movimiento más que por medio de sus casos particulares, ó de sus modos, no po-

---

combinación de los elementos que forman los tejidos con el oxígeno atmosférico. La fuerza no se presenta á nuestra conciencia más que como la intensidad del movimiento, ponderada por la impresión que nos causan sus efectos directos, ó por los que causan sobre otras personas ú objetos. Así lo irreductible es el movimiento, no la fuerza, puesto que lo que llamamos tal, no es más que la impresión de intensidad que el movimiento transmitido por nuestros nervios presenta á nuestra conciencia, y que la inteligencia reduce á fórmula abstracta. Y en tanto es verdad que el movimiento es indescomponible, que si queremos descomponerlo, es decir, separar ó aislar las diferentes intensidades que se presentan á nuestra conciencia, simultánea ó sucesivamente, no podemos realizarlo en manera alguna, porque cada intensidad deja de ser tal si no está precedida, sucedida, ó acompañada de otra; sólo es tal, por su relación. Y al decir es, entendemos decir, en nosotros, puesto que nada podemos afirmar sobre la fenomenalidad si no en cuanto ésta llega á nosotros y en nosotros se modifica, ó nos modifica. Así no percibiríamos la intensidad del movimiento, si no percibíamos al mismo tiempo, ó no habíamos ya percibido otro movimiento diferente. Para que podamos decir que algo tiene un tono dado es preciso que procedamos por comparación con otro tono distinto. Por su propia manera de ser, nuestro espíritu no puede percibir más que la dualidad ó la diferencia en el fenómeno, puesto que no podemos conocer de las cosas más que la relación, como lo demuestra el propio Spencer.

Así, pues, concebir la fuerza abstracta, como elemento primordial del movimiento, es dividir lo indivisible, es querer encontrar el elemento de la relación en la relación misma partiéndola en dos, y por tanto destruyéndola.

demos saber si los movimientos diversos que coexisten y se suceden, son en el fondo un accidente ó una manifestación de algo que no es movimiento.

Al considerar el movimiento y la cosa movida no hacemos más que hacer una abstracción de uno de los movimientos ó relaciones de un conjunto que coexisten, y al residuo llamarle *cosa movida,* indicando por un adjetivo el movimiento que consideramos, y el resto por un sustantivo. Así en un trozo de cobre caliente, el calor no es más que un movimiento que coexiste con los que, impresionando nuestra mente, nos dan la noción del cobre. Estos son su color, su peso específico, su atracción molecular ó dureza, su electricidad, su sonoridad, etc., quitados los cuales nada queda. La manera como este movimiento se verifica coexistiendo con los otros es lo que llamamos conductibilidad del calórico del cobre, y si consideramos su color, haremos la misma operación intelectual. Si estos movimientos vienen alterados por otros y dan una resultante entonces llamamos á esto combinación química y decimos que resulta un cuerpo nuevo. Así la palabra cuerpo no indica más que un conjunto de movimientos, y como la palabra fuerza, se usa puramente para mayor comodidad del lenguaje (194).

La dualidad de substancias, ó de esencias, es una idea que ya no cabe en la ciencia. Sólo debemos ver en ello la consideración de la Naturaleza bajo dos aspectos, y esto tan sólo como cuestión de método para el estudio.

*
* *

Formulada la unidad de la Naturaleza, vamos á reducir á una síntesis común la antinomia de cuerpo y alma. Lógicamente, demostrada la primera, no sería necesario demostrar la segunda. Pero como es éste el terreno en el cual se hacen toda clase de objeciones en contra de la teoría monista, y á favor del dualismo, ya que las funciones intelectuales del Hombre, por ser la serie de fenómenos los más complejos de la Naturaleza, han dado pie á que para ser explicados (cuando no podían serlo naturalmente á falta de observación), se les supusiera una entidad agente, un sujeto interno, entraremos á demostrar la unidad del cuerpo y del alma ó lo que es igual, en el terreno científico, que ésta no es más que una función de aquél.

El alma, ó sea el conjunto de las funciones que se de-

(194) Si se nos dice que los átomos de la materia como los del éter, son considerados tan sólo como *substractum* del movimiento, ó de la fuerza, por pura comodidad del cálculo científico, estamos dispuestos á admitirlos, pero siempre á título de mera hipótesis.

nominan con este nombre, está en relación con la organización corporal, siendo tanto más perfecta cuanto más perfeccionado está el organismo. Esta es una ley perfectamente demostrada hoy día, cuyas pruebas científicas vamos á exponer luego. Hay una serie de animaciones que son la propiedad característica de una serie de organizaciones, desde la célula al Hombre, desde la sencilla contractilidad á la voluntad libre de una inteligencia ilustrada. Así pueden establecerse una larga serie de grados de espontaneidad en el reino animal desde los seres que no tienen aún distinto el sistema muscular del nervioso y que son sólo una porción de protoplasma, hasta aquellos que tienen los dos sistemas muy perfeccionados.

Y la misma relación que se observa entre la organización ascendente y el crecimiento de las facultades anímicas, se manifiesta en los diversos grados de perfección orgánica entre los individuos de un mismo tipo, sobre todo en el tipo humano cuyos individuos alcanzan la mayor divergencia. Esto (prescindiendo de otros argumentos apoyados en datos fisiológicos y patológicos con relación á actos psicológicos), es lo que induce á creer que el alma es una función de la substancia nerviosa, entendiendo por alma el conjunto de funciones intelectuales y afectivas con sus medios de adquisición, y de reflexión de las impresiones, y los de emisión de los actos reflejos ó reflexionados: es decir, con los movimientos aferentes y eferentes, reflejos y reflexivos. El grupo superior de estas funciones, ó sean las intelectuales y las afectivas, más ó menos simples, ó más ó menos elevadas, como son las facultades de sentir, recordar, pensar, querer y determinar actos, residen en el cerebro, y están en razón directa de la complicación é irregularidad de sus circunvoluciones, del grosor de la capa gris, del grandor relativo de su masa propiamente tal en relación con los nervios cefálicos, de su forma general y de su estructura íntima, de su composición química, de su peso, de su volumen, y de la rapidez de la circulación, ó sea de la sustitución de sus moléculas, y de la proporción total de sus dimensiones en relación con el cuerpo del ser.

Revelan esta ley todos los datos suministrados por la fisiología, por la anatomía comparada, por la zooquímica y por la observación de los fenómenos psíquicos en relación con el cerebro.

Por lo que toca á su estructura ú organización:

Los animales que no tienen un verdadero cerebro ó que lo tienen muy sencillo, ejecutan funciones más sencillas y tienen instintos más simples que aquellos que lo tienen más complicado. Y lo mismo sucede entre los animales que en lugar de cerebro tienen ganglios. Por lo mismo se ve que la mayor complicación de los tejidos cere-

brales y el mayor número de circunvoluciones junto con su irregularidad corresponde siempre á animales que son sociables y bastante inteligentes, como son el perro, el elefante, el mono, el loro, la foca, el carnero, el caballo, el buey, etc., etc. De todo lo cual Bibra, Valéntín, y otros fisiólogos, han deducido la siguiente ley: «El alma decrece á medida que disminuyen y se regularizan las circunvoluciones cerebrales.» Conforme con esto han observado los antedichos fisiólogos que entre varios cerebros de igual peso y volumen, los que tenían los surcos y las circunvoluciones más complicadas correspondían á hombres que fueron más inteligentes.

No obstante, esto viene á veces modificado por la cantidad de substancia cinérea ó gris, la cual tiene mayor grosor siempre en los cerebros cuyos individuos han tenido más bien organizadas las funciones intelectuales, según resulta de los trabajos anatómicos de Geist, Hoffmann, Bibra, Luys, Ball, Mosso y otros anatómicos célebres.

El desarrollo de los lóbulos frontales y la posición de la parte posterior del cerebro cubriendo el cerebelo está en razón directa de la superioridad de las facultades intelectuales, entendiéndose como en los demás casos á igualdad de circunstancias. Así todos los cerebros que corresponden á salvajes ó á idiotas tienen los lóbulos frontales poco desarrollados. Frere, ha hecho constar, después de muchas investigaciones, que la civilización ha abovedado la frente y complanado la parte occipital (195).

En tanto es un hecho cierto que la inteligencia está en razón directa de la complicación de la estructura del órgano que ejecuta las funciones intelectuales, que hay ciertos insectos que tienen instintos tan perfectos que casi podríamos llamarlos verdaderas facultades intelectuales, pues son superiores á los de muchos vertebrados, por ejemplo, la mayor parte de los peces, cuyos insectos tienen los ganglios mucho más complicados que los cerebros de los dichos vertebrados (196), según han demostrado los anatómicos más célebres.

Entre varios cerebros de hombres eminentes, puede citarse el de Beethoven, el cual fué examinado por Wagner. Según refiere éste, tenía las circunvoluciones cerebrales doble profundas y complicadas que la generalidad de las de los demás hombres. Con esto sólo el cerebro demuestra la ley universal de la relación de los organismos con el cumplimiento de sus funciones.

Littré afirma en su diccionario que en la mayor parte de los casos de locura se encuentran lesiones de la estruc-

---

(195) Véase Abendroth, *El origen del Hombre*.

(196) Véanse los trabajos de Gegenbaur y en especial su *Anatomía comparada*, y el libro de Darwin *La descendencia del hombre*.

tura íntima del encéfalo (197). En la locura la inspección anatómica á simple vista á veces no descubre la lesión, por esto se afirmó que podrá haber locura sin lesión alguna.—Hoy día, con el perfeccionamiento del microscopio, esto no es ya sostenible. El análisis de la substancia cerebral de un loco que con este instrumento se practique, da casi siempre por resultado el descubrimiento de una lesión ó alteración en algún punto de la masa encefálica.

Resulta esto plenamente probado de las reseñas que de sus análisis practicados en Alemania, en cerebros de enajenados hace Reind-fleisch y de los trabajos del profesor Ball (198). Este juzga que «los desórdenes intelectuales son la expresión sintomática de un gran número de estados diversos del cerebro», y si bien no afirma que á cada clase de locura corresponda una lesión determinada, sienta que «no se puede hablar de la locura como de una enfermedad sin lesión».

Por lo que toca á la composición:

Háse observado que el cerebro del feto tiene menos grasa que la del niño, y el del niño que el del hombre. Bibra ha demostrado que la grasa cerebral crece con el desarrollo del cerebro, y lo mismo ha demostrado Schlossberger. En prueba de que la grasa sirve de algo en el mecanismo que ejecuta las funciones intelectuales, que los animales (comprendido el Hombre), que están algún tiempo sin comer, pierden su grasa cerebral en menor cantidad que los demás elementos histógenos, y su grasa del cuerpo con mayor rapidez, y es que á expensas de ella se nutre su cerebro. Lo cual indica, que si la grasa cerebral no disminuye, no es porque no se gaste tal vez en más cantidad que los demás elementos, sino porque es reparada más continuamente á expensas de la del organismo.

Esta relación del aumento de la grasa cerebral se observa también en los vertebrados, en los cuales se encuentra en mayor cantidad á medida que sus facultades se elevan.

Aquí mencionaremos el que la grasa cerebral contiene el ácido fosfoglicérico, á lo cual se referían Moleschott y antes que él Bibra, cuando dijeron lo de «sin fósforo no hay pensamiento posible».

Otra prueba de que la composición química del cerebro influye notablemente sobre las facultades intelectuales, está en que los hombres afectados de alguna dolencia que tenga por origen una alteración de la sangre sufren una perturbación en sus actos psicológicos. Todas las enfermedades producidas por microbios que ocasionen una fer-

---

(197) Véase Littré y Robin, *Dictionnaire de médecine.*
(198) Véase su libro *Leçons sur les maladies mentales.*

mentación en la sangre dan por resultado el delirio. Una cosa parecida les sucede á los que se nutren mal y poco, los cuales vuélvense irritables, visionarios y no pueden soportar tan bien las fatigas intelectuales como los que se nutren de una manera cumplida, lo cual reconoce por causa pobreza de elementos histógenos en la sangre; este fenómeno se verifica también en los que el empobrecimiento de la sangre y consiguiente debilidad del cerebro les viene de hemorragias, derrames seminales, etc., etc.

Wachsmuth, ha probado que todas las perturbaciones de la composición química normal del cerebro, causan perturbaciones graves en las funciones intelectuales. A esto se debe las modificaciones que en las funciones psíquicas, producen ciertos medicamentos ó substancias alimenticias. La vejez produciendo el empobrecimiento de la sangre, debilita la memoria y da pocas ideas; ciertos envenenamientos retardan el pensamiento. Conocidos son los efectos producidos sobre el cerebro y la manera como modifican las funciones intelectuales, el thé, el café, el tabaco, el opio, el haschisk, el alcohol, la absenta, el estramonio, la belladona, la mandrágora, los velerianatos, los bromuros, y una infinidad de medicamentos, para que vayamos á describirlos en apoyo de nuestra tesis; basta con enumerarlos.

Por lo que se refiere á su peso y volumen, ó lo que es lo mismo á su densidad, el cerebro del Hombre es relativamente mucho más grande que el de los animales. En la especie humana á igualdad de circunstancias, todo cerebro que sea compacto, pesado y grande indica siempre buenas disposiciones intelectuales. Así en el común de los hombres su peso es de tres libras á tres y media, siendo así que en los idiotas sólo es de una á dos libras. El de algunos grandes hombres es de gran tamaño y mucho peso; por ejemplo, el de Cuvier que pesaba cuatro libras, el de Schiller, que según Broca es el mayor de cuantos se han medido. La densidad del de Dupuytren y la del de lord Byron, eran también muy considerables.

Hofmann, ha encontrado el cerebro de la mujer más ligero que el de hombre, de unas 2 onzas, como término medio. Lauret, en 2,000 cerebros que midió encontró menor circunferencia en los de mujer.

No obstante y eso, no es de la magnitud del cerebro el carácter más esencial que indique la inteligencia, pues hombres muy célebres ha habido de cerebro relativamente pequeño. Un ejemplo reciente es el cerebro de Gambetta, el cual era de un volumen bastante reducido, si bien de gran complicación en las circunvoluciones. El carácter que casi nunca falla es su estructura general, y el que la indica siempre es la estructura de la capa gris. No obstante, hemos de hacer notar que la ciencia no está tan

adelantada como sería de desear en la cuestión de anatomía y fisiología cerebral, pues hasta hoy día había sido poco menos que descuidada la investigación de este órgano, sobre todo en sus partes íntimas. «Según las mediciones de Davis—dice el Dr. Abendroth en su obra *Origen del hombre*,—la capacidad proporcional del cráneo en los europeos es de 92 3 pulgadas cúbicas, en los americanos de 87'5; en los asiáticos de 87'1; en los oceánicos de 81'9; y en los negros de Africa, según du Chaillu, desciende á 75.»

Resulta de las mediciones de cráneos hechas por Broca, en Francia, y Prichard, en Inglaterra, que la capacidad craneana en la Edad Media, época intelectualmente inferior á la nuestra á todas luces, era mucho menor que la actual. La relación que guardan los cráneos del siglo XII con los actuales es de 713 á 743 (199).

Los animales, á medida que descienden en la escala zoológica, van teniendo menos cerebro; el cerebro humano es mayor que el de otro animal alguno, pues si bien el del elefante, por ejemplo, es más voluminoso, no lo es en su parte propia sino por el número y grosor de los cordones nerviosos que allí se reunen. Así es que las partes que son órgano de las funciones anímicas, son más grandes en el Hombre que en los demás animales.

Sœmmering afirma, en virtud de los resultados de muchas disecciones practicadas en animales pertenecientes á diversas especies de los vertebrados, que el cerebro de un hombre comparado con la masa de los nervios cefálicos, es más grande que el cerebro de cualquier otro animal.

Los lóbulos cerebrales de cada individuo, afirma Vulpian, que crecen á medida que la inteligencia se desarrolla. Afirman, con el mismo autor, otros anatómicos que el Hombre, de entre todos los animales, es el que tiene el encéfalo de mayores dimensiones, relativamente á la masa de su cuerpo. Si se evalúa la superficie de sus circunvoluciones, no hay cerebro de animal alguno que pueda compararse en superficie con el Hombre, y la gran diferencia que hay entre el del sabio y el del ignorante, se pone de manifiesto, aunque el de éste tenga al parecer más volumen que el de aquél.

Además—según Vulpian,—hay que tener en cuenta la cantidad de substancia gris que hay, con relación á la blanca, su cantidad de núcleos libres, la de las células y su forma, el número de ramificaciones de éstas, la cantidad de substancia granulosa interpuesta entre las células, la riqueza vascular, etc., y teniendo en cuenta todo esto, el

---

(199) Véanse los estudios que sobre el particular hizo Paul Broca en las *Memoires d'anthropologie*, y el libro de Prychard *Phys. of man kind.*

volumen y el peso de la parte del organismo propia para la función de pensar estará siempre en relación directa con el desarrollo de esta función. En apoyo de esto, P. Broca, en su estudio sobre *El volumen y la forma del cerebro, según los individuos y según las razas*, hace notar que á medida que el animal sube en la escala zoológica, la parte gris que forma la corteza de su cerebro, aumenta, más que en volumen, en protuberancias y anfractuosidades, que lo pliegan y forman circunvoluciones en él. A los individuos que mueren locos en los manicomios, según Littré, se les encuentra constantemente una disminución notable de peso en el cerebro, que puede elevarse hasta 148 gramos. «Todo cerebro que baje de su cierto peso y volumen, dice Broca en la antedicha obra, necesariamente ha pertenecido á un individuo afectado de imbecilidad», y al comparar en conjunto las diversas razas humanas exclama «el volumen del encéfalo está en relación con el grado de su inteligencia.»

Respecto á la circulación de la sangre en el cerebro, ó sea á la sustitución de sus moléculas, haremos notar que dicho órgano en el Hombre, como promedio, recibe una cantidad de sangre en un tiempo dado, que puede evaluarse en el quinto de la circulación total, circunstancia que indica una actividad muy grande en sus funciones.

Según todos los fisiólogos modernos, la vida del cerebro, al igual que la de los otros órganos, está en razón directa de la rapidez de la circulación en él, pues tanto cuanto más funciona un órgano, más pronto deben ser reparadas sus pérdidas por la sangre. En esto puede afirmarse que la circulación no da más que la medida de la intensidad de las funciones cerebrales, no la de su calidad y extensión. Así los hombres de cuello corto tienen el genio más fuerte. Cuando sobreviene un síncope, la sangre llega en pequeña cantidad al cerebro, por lo cual se pierde el conocimiento. El cerebro de los decapitados no muere hasta que ha perdido toda su sangre, según opina Moleschott en vista de experimentos efectuados en animales. Por la compresión de la vena yugular pueden hacerse pasar, en ciertos casos, los accesos de locura, y según experimentó Fleming, por la misma compresión se puede hacer dormir con sueños febriles á individuos sanos.

Esto demuestra que las funciones cerebrales están en razón directa de las acciones mecánicas y de las reacciones químicas que el cerebro experimenta.

Recapitulando puede decirse que el cerebro es mayor, más compacto, tiene más substancia gris, su estructura es más complicada, más desarrollada su parte frontal, contiene más grasa fosforada, la sustitución de sus mo-

léculas es más rápida, en la Humanidad que en los demás animales, y en el hombre más que en el niño, en éste más que en el feto, en el varón más que en la hembra, en el blanco más que en el amarillo, y en éste más que en el negro, en el sabio más que en el hombre vulgar, y en éste más que en el idiota.

Estos datos que nos suministran la fisiología, la patología y la química, y que nos sirven para formular la ley de la dependencia en que están los fenómenos intelectuales del gran centro nervioso, nos indica claramente que lo que ha venido denominándose con la palabra alma, es sólo una función del organismo nervioso, función que es más elevada en cuanto la organización es más perfecta. El cerebro será, pues, el órgano de las funciones anímicas (200), como los nervios son los medios de transmisión,

---

(200) Aquí creemos que pueden servir de mucho al lector algunos datos sobre el mecanismo de la inteligencia.

La mera sensación es un movimiento molecular del tejido de la protuberancia anular de los tubérculos quadrigéminos (proviniente de una excitación interna), transmitida por los nervios aferentes, la cual transformaráse en imagen al propagarse á los elementos de la capa cortical del cerebro. Todo fenómeno intelectual implica un movimiento molecular determinado de las células nerviosas de la parte gris.

La substancia gris de la médula recibe las excitaciones transmitidas por los nervios y á su vez las vuelve á enviar por los nervios motores. Cada segmento de la médula es un verdadero centro de inervación, un cerebro en pequeño, como el cerebro no es más que una eflorescencia medular.

Cuando un cordón blanco conductor lleva una excitación á un núcleo central de substancia gris, se produce un movimiento molecular y una excitación es enviada á los músculos por otro cordón blanco conductor. Lo mismo sucede esto en la médula que en el cerebro, que en el bulbo. ¿Se producen fenómenos morales en cada sección de médula? No lo sabemos. Si se producen, no son conscientes; sólo en los lóbulos la sensación es capaz de revivir, y entonces se llama imagen. En el mismo cerebro hay acciones intelectuales que no llegan á la conciencia. En el lóbulo la sensación queda en bruto, pero se tiene conciencia de ella; en las secciones de la médula no. En la médula, la excitación se convierte en sensación elemental nula á la conciencia. En la protuberancia, las acciones se acumulan en una acción total que provoca la sensación total ordinaria. En los lóbulos, esta acción total transmitida segunda vez, es repetida indefinidamente por la serie de elementos cerebrales mutuamente excitables, provocando entonces estas sensaciones consecutivas y revivientes que llamamos imágenes. De los acontecimientos intelectuales conscientes á los inconscientes, hay una gradación.

Como acabamos de decir, en el cerebro se operan muchos actos intelectuales inconscientes de un puro automatismo; el trabajo cerebral puede ser latente para el mismo sujeto en cuyo cerebro se verifica al igual que lo es para los que le rodean. El andar es muchas veces una acción puramente automática. ¿Cuántas veces un sujeto que se muda de casa, abstraído en otras ideas, vuelve maquinalmente á la casa antigua? A veces buscamos en nuestra mente un nombre que no comparece sino en el momento en que menos lo esperamos. Una lección leída por la noche al día siguiente es frecuentemente una lección aprendida. ¿Qué sabe, de cómo se verificó ello, la conciencia? Nada. Muchos pensadores buscan la solución de un problema que se han planteado, y que no hallan hasta pasado algún tiempo y en un momento en que no se lo esperaban. Es que la inteligencia continuó trabajando de una manera latente, fuera del campo de la conciencia, hasta que presentó á ésta el resultado. ¿Qué conocimiento tiene muchas veces el poeta de cómo se le forman las imágenes? Lamartine decía: «yo no pienso, son mis ideas la que piensan por mí», y tenía razón. Y es que la conciencia no registra más que resultados ó acumula-

y los músculos los de ejecución. A más de los datos expuestos, relativos á la organización del cerebro, comprueban este aserto, los siguientes, que se refieren especialmente al funcionalismo del sistema nervioso cerebral.

Según Flourens, con la mutilación parcial del cerebro, se observa la reducción, sobre todo en intensidad de diversas facultades, lo cual viene aseverado por Valentín y otros. Todos los fisiólogos saben bien, que mediante la ablación de los hemisferios cerebrales, cesa todo acto voluntario propiamente dicho, es decir, todo acto intencional. Taine, apoyándose en los experimentos de Broca, hace constar que todo animal que pueda soportar que le quiten los lóbulos cerebrales, vive sin inteligencia alguna. Recibe impresiones, ejecuta movimientos, come, se nutre y aun se desarrolla, pero *como durmiendo sin la facultad de soñar.*

Vulpian, cree poder deducir de sus estudios anatómico-fisiológicos, que los fenómenos instintivos, sobre todo los que se refieren á la nutrición, proceden de los cuerpos estriados y de los tálamos ópticos. Afirma el mismo autor que la perversión de las facultades afectivas es ordinariamente efecto de lesiones cerebrales. Según resulta de los trabajos de todos los fisiólogos que se han dedicado al estudio del sistema nervioso, los fenómenos de la emoción residen en la protuberancia y en el bulbo raquídeo, y todos los procesos intelectuales, propiamente dichos, se verifican en la substancia cortical gris, como dijeron anteriormente Wilis y Viessens.

Las lesiones del cerebro, en los cuerpos estriados, en los tálamos ópticos, y en la substancia blanca de los hemisferios, no determinan perturbaciones marcadas en las funciones intelectuales. Las alteraciones de la substancia gris son las que engendran necesariamente debilidad ó exaltación en las funciones intelectuales. En todo caso de demencia ó locura se reconoce una excitación morbosa de la substancia gris. Los fenómenos de las pasiones tienen lugar asimismo en el cerebro—según afirman Vulpian, C. Bernard y otros fisiólogos célebres,—sólo que reaccionan sobre otros órganos, por medio de los nervios, principalmente del gran simpático y del pneumogástrico, y dichos órganos á su vez devuelven la impresión que reciben al cerebro, y así el individuo se equivoca juzgándolos sitio de pasiones.

«Así, pues, las emociones morales, los sentimientos, las inclinaciones, las pasiones, todos estos fenómenos—dice

---

ciones; los procedimientos muchas veces le escapan. Se necesita que haya una suma de trabajo para que éste le sea apreciable. La cerebración inconsciente dará algún día la clave de muchos fenómenos hasta hoy inexplicables.

Vulpian,—tienen por origen una modificación de la substancia gris cerebral. Su modificación, ya es instantánea, nace de pronto y se desvanece rápidamente, constituyendo en tal caso una emoción; ya es más ó menos duradera y produce las inclinaciones, los sentimientos y las pasiones.» «La substancia gris—añade,—es el medio en que se forman las ideas y se graban los recuerdos; por medio de ella se forman tan maravillosas operaciones como la atención, la reflexión, la concepción, el juicio, el razonamiento, etc., etc. De esta substancia dimanan todas las voliciones.»

La memoria, según todos los datos fisiológicos, no es más que la reproducción de una vibración que sufrió el cerebro á impulsos de una impresión, es decir, de un movimiento externo á él. La impresión puede ser evocada ó reproducida al recibir el cerebro un movimiento igual á otro con el cual la antedicha impresión estuviera ligada. Así al oler esencia de rosa podemos recordar la impresión de color y forma de la rosa, pues la impresión de este olor la recibimos por vez primera unida á aquellas otras impresiones.

Los elementos de la substancia gris del cerebro no entran espontáneamente en actividad: es necesario que sobrevenga una excitación inicial, y ésta de ordinario la determinan las sensaciones actuales engendrando ideas, ó modificaciones parciales ó generales de la circulación cerebral. La substancia cortical, una vez puesta en actividad, tiene la facultad maravillosa de evocar con sus relaciones recíprocas las ideas anteriormente formadas, y entonces pueden desarrollarse todos los procesos de la inervación cerebral con el grado de actividad y la dirección que les comunican las disposiciones heredadas ó los hábitos que imprime la educación que uno adquiere. El doctor Longet, hace notar que cuando un hemisferio sufre una lesión que se cura completamente, no sobrevienen desarreglos, pero sí mayor fatiga en las operaciones intelectuales.

«Todos los órganos, excepto el cerebro—dice Mueller,—pueden salir lentamente del círculo de la economía animal ó morir en poco tiempo, sin que las facultades del alma sufran cambio alguno. Todo lo contrario sucede con el cerebro. Cualquier perturbación lenta ó súbita de sus funciones, cambia de igual manera las aptitudes intelectuales.» La inflamación de este órgano y aun la de sus membranas protectoras, se presenta siempre con delirio sobreviniendo al fin el estupor. En el delirio de la anemia y en el de la meningitis, á más de los cambios del estado normal de repleción de los vasos, del curso de la sangre, etc., sobrevienen modificaciones, bien notables por cierto, en la estructura de las células nerviosas, vistas al

microscopio. Hay modificaciones notabilísimas, asimismo, en la estructura de las dichas células, en el delirio producido por el alcohol y en el del envenenamiento por la atropina.

Una presión ejercida sobre el cerebro, propiamente dicho, produce siempre delirio ó estupor, según tenga lugar con ó sin irritación. El resultado es igual que la presión provenga de un trozo de hueso hundido, de un cuerpo extraño, de la serosidad, de la sangre, ó de pus. Las mismas causas, según el sitio en que se ejerza la acción, llevan consigo la pérdida del movimiento voluntario de la memoria. Desde el momento en que la presión cesa, desde el momento en que se levanta el trozo de hueso ó el cuerpo extraño, el conocimiento y la memoria reaparecen frecuentemente. Hasta se han visto enfermos que han vuelto á continuar la serie de sus ideas en el mismo punto en que la lesión se las había interrumpido.

Dice Vidal en su patología externa: «Después de una conmoción cerebral, frecuentemente se pierde la inteligencia.» «El olvido completo de alguna lengua extranjera es uno de los efectos más comunes de la conmoción; los enfermos no acostumbran á acordarse de la manera como les sobrevino el accidente.» «En ciertos casos los enfermos no pueden servirse del nombre propio relativo para expresar cada una de sus ideas: frecuentemente se les debilita el juicio.»

Opina Taine en su libro de *La Inteligencia*, que: «Toda alteración en los lóbulos cerebrales da por resultado la alteración de nuestras imágenes. Si la alteración es contraria á tal sistema de acciones, tal sistema de imágenes, y por tanto tal grupo de ideas ó de conocimientos, se debilita ó es anulado. Si es favorable, exagera la acción, las imágenes se hacen más intensas y escapan á la represión que de ordinario las sensaciones les imponen, convirtiéndose en alucinaciones. Si desconcierta la acción, las imágenes pierden sus asociaciones ordinarias y se declara el delirio.»

Esto lo podríamos formular diciendo que la acción perturbatriz puede ser en la misma dirección que tal sistema de imágenes; en la misma línea y en dirección opuesta; y en dirección secante al curso de las imágenes.

Los instintos son un modo de funcionar, una manera de coordinar movimientos del cerebro, una manera de apreciar imágenes heredada ó adquirida; cuando es adquirida se llama comúnmente hábito.

A un animal que se le quite la parte del cerebro denominado quadrigémenos no ve.

Las vivisecciones de Flourens prueban que en los animales cuyas disposiciones corporales permiten soportar

graves lesiones en el cerebro, se les debilitan y aún anulan ciertas facultades cortándoles ciertas partes de dicho órgano. Valentín demuestra que la razón disminuye en los mamíferos á medida que se les va separando porciones de la masa cerebral, empezando por su superficie; al llegar á los ventrículos el animal pierde toda clase de conocimiento.

A algunos individuos que se les ha trepanado el cráneo, por efecto de la pérdida de cierta parte del cerebro, han estado, por espacio de algunos años, ó en ciertas épocas de su vida, privados de memoria.

El hombre que no piensa más que con un hemisferio, se fatiga más fácilmente. Vulpian ha probado que las imágenes se forman en la corteza gris. La substancia blanca es sólo una substancia conductiva. Las alteraciones de la primera alteran las funciones psíquicas casi siempre: los de la segunda no, al menos de una manera permanente y definida. En las enfermedades que destruyen las células de la capa cortical gris, vénse desaparecer sucesivamente de la memoria las palabras y los nombres que corresponden á las cosas, á medida que la destrucción invade nuevas regiones.

Una alteración en los tálamos ópticos, da por resultado el trastorno ó la desaparición de las facultades intelectuales. Se comprende por qué, considerando que este sitio es el centro de toda la sensibilidad. Así, si se altera, pueden suceder dos cosas: que deje de transmitir los movimientos que los sentidos envían á las células corticales, ó que los transmita alterados, y por lo tanto, resulten imágenes falsas. Cuando este centro sensitivo no transmite movimiento alguno á las células grises, éstas se alteran, sufriendo la degeneración grasienta, y mueren, pues no pueden permanecer inactivas. Luys encontró en los cerebros de dos imbéciles, los tálamos ópticos materialmente acribillados de agujeros, los cuales habían producido una completa desasociación de los elementos nerviosos que los componen.

La inteligencia mengua siempre que por efecto de cualquier enfermedad ó de la edad degeneran los hemisferios á causa del aumento del líquido encefalo-raquídeo. En el reblandecimiento y en la demencia las células grises sucumben las unas tras las otras. A la par se va desvaneciendo poco á poco la memoria, la reproducción de los movimientos recibidos por los sentidos es imposible, mucho menos su coordinación.

El eretismo de las células de la corteza gris, produce un automatismo irregular que perturba la asociación de las ideas, ó una persistencia de las vibraciones de un mismo grupo de células, que engendra una idea fija (cuyo caso patológico es el de la monomanía, ó una amplitud de las

vibraciones la cual da lugar á una imaginación que traspasa los límites de lo posible. Siempre este eretismo ocasiona á las células cerebrales un trabajo excesivo que las gasta y conduce á su degeneración grasienta. Entonces la impotencia absoluta sucede á la exaltación funcional. Como una vela que ardiendo demasiado, se consume y apaga pronto, la locura ó el delirio conducen á la demencia. El eretismo da también por resultado perturbaciones graves en las funciones de la voluntad.

Siempre que en las células grises se presentan granulaciones de grasa sustituyendo á las normales se pierde el entendimiento.

La esclerose produce siempre alteraciones intelectuales como son: anulación gradual de la memoria, melancolía, determinaciones inmotivadas, impresionabilidad emocional excesiva y algunas veces un delirio ambicioso (201).

Jaccoud dice que en razón del enlace funcional que existe entre los tálamos ópticos y el cerebro, las perversiones intelectuales que han sido precedidas de perturbaciones sensoriales, pueden coincidir con la integridad de la capa cortical. La alteración de la capa óptica basta para producirlas y explicarlas. Mas las perturbaciones de la inteligencia que han aparecido antes, ó que existen sin los síntomas de la sensibilidad alterada, indican siempre una modificación material ó vascular de esta capa cortical. En todo caso de locura, como hace notar Rindfleich, y como hemos dicho ya, según Littré, Ball y Luys, el microscopio ha demostrado alteraciones en los tejidos cerebrales, lo que ha hecho decir á un sabio alienista que la locura es sólo el mal trabajo que produce una máquina en mal estado.

En todo caso de idiotismo se halla un cerebro poco desarrollado. Esta atrofia cerebral viene determinada á veces por el excesivo desarrollo de los huesos del cráneo en su grosor, lo cual se opone al desarrollo del contenido.

Prueban además que el alma es una función y no una entidad distinta del cuerpo, los experimentos que sobre la localización de ciertas facultades y movimientos han hecho Fristch, Hitzig, Ferrier, Carville, Duret y Broca (202). Este último ha demostrado la localización de la facultad del lenguaje en la tercera circunvolución frontal del hemisferio cerebral izquierdo. Anteriormente á esta afirmación, se había observado en diversas autopsias, que siempre la pérdida de la facultad del habla (afasia), correspondía á una lesión material (tumor, apoplegía ó reblandeci-

---

(201) Véanse las observaciones clínicas del Dr. Charcot.

(202) Véase la interesante tesis que el Dr. Lepine sostuvo ante la Facultad de Medicina de París, sobre la localización de las enfermedades cerebrales.

miento), de un lóbulo, ó de los dos á la vez, de la parte anterior del cerebro. Broca hizo notar que la alteración se limitaba á la tercera circunvolución frontal izquierda, y que sólo en rarísimos casos excepcionales, podía dar lugar á la afasia una alteración de la parte derecha. Se reconoció que el origen acostumbraba á ser el reblandecimiento á causa de la embolia de la arteria silviana (203)). La razón de que sea la parte izquierda y no la derecha es la siguiente: la parte izquierda corresponde á la parte derecha del cuerpo, y como la parte derecha es la que más se ejercita, la izquierda se desarrolla más. En el niño este lóbulo es siempre el primero en desarrollarse. En el hombre tiene más peso y las circunvoluciones mayores. Cuando por una causa accidental, desde la infancia, se pierde ó se atrofia el lóbulo frontal izquierdo, el niño educa el derecho para expresar lo que concibe, y habla á impulsos de éste.

Cuando la circulación se acelera en el cerebro, los sentimientos son más fuertes, las ideas se producen con más rapidez, la voluntad adquiere mayor energía. Si la rapidez de la circulación traspasa ciertos límites, sobreviene el delirio. Así dice Poincaré, con mucha razón, que de la poesía á la locura hay sólo un paso. Una imaginación poética, un genio, suponen un cerebro congestionado, y de la congestión se pasa á la inflamación muy fácilmente.

Cuando el cerebro no recibe sangre arterial, no pudiendo renovarse sus elementos con la sangre venosa no oxidada, sobrevienen alucinaciones, vértigos y la pérdida del conocimiento. Cuando la sangre está alterada hasta estar afectada por la fiebre, su circulación en el cerebro produce el delirio. La mala alimentación, produciendo una sangre incapaz de reparar las pérdidas que las funciones intelectuales causan en el cerebro, produce también alucinaciones y tras perturbaciones intelectuales, hijas siempre de la debilidad cerebral, como ya hemos dicho.

Durante el primer período de la eterización, el individuo pierde la inteligencia, la voluntad, los instintos, en una palabra, todas las facultades menos la de recibir meras sensaciones; en este período el éter afecta los lóbulos cerebrales y demás partes encefálicas, excepto la protu-

---

(203) A pesar de esta localización especial, los fisiólogos que están trabajando hoy día sobre el cerebro creen que las funciones intelectuales dependen de toda la masa cerebral. Prueba que es una función, un movimiento de todo el cerebro no localizado, en manera alguna, el que á un cerebro se le pueda quitar un hemisferio, ó una parte anterior ó posterior, sin que se pierda facultad alguna. Lo que resulta es que el sér se cansa más pronto. La modificación, como dice Flogts, es sobre la cantidad y no sobre la calidad de las funciones. Lo que demuestra que la calidad está ligada con la estructura íntima del órgano, estructura que á su vez depende y se origina de la complicación de los movimientos que el órgano ejecuta.

berancia y el bulbo. En el período siguiente, el animal pierde las sensaciones al eterizarse la protuberancia anular.

Hemos indicado que el opio, el atchis, las bebidas alcohólicas, el té, el café, la mandrágora, etc., alteran ó modifican las funciones intelectuales. Los efectos excitantes ó calmantes de estas substancias han sido explicados hoy día por los fisiólogos ingleses, que han estudiado las reacciones químicas de estos agentes sobre los glóbulos sanguíneos y sobre la substancia nerviosa, y el resultado que su alteración producía en las funciones según la estructura de la dicha substancia nerviosa (204).

La variación que dichas substancias producen en nuestras funciones anímicas es debida á la acción que ejerce sobre la substancia protéica en general y en particular sobre la de las fibras y de los corpúsculos nerviosos. Dada la estructura y funciones de las fibras y células nerviosas, al combinarse una molécula de substancia narcótica con una de substancia nerviosa y convertirla en inerte, ocasiona una descarga de fluido, ó movimiento nervioso, en el mismo acto que produce la modificación molecular. Esta descarga es transmitida al centro. Por esto los narcóticos, antes de producir la estupefacción, determinan una excitación en la inteligencia, pues las moléculas, á medida que van siendo incapacitadas, van comunicando ondulaciones que se suman en el centro; pero á medida que van transmitiendo las descargas que se producen al combinarse con el narcótico ó excitante, van paralizándose haciéndose incapaces de transmitir los movimientos, y entonces sobreviene la estupidez; esto es lo que pasa también en la borrachera.

Mas cuando la substancia que produce estos efectos sobre las células y fibras nerviosas tiene la propiedad de facilitar y acelerar la circulación de la sangre, y de consiguiente de reparar en gran abundancia los materiales del sistema nervioso que se vayan gastando; entonces las ondulaciones nerviosas sobrepujarán de mucho á la disminución del poder transmisivo de los nervios. Las células serán reemplazadas á medida que vayan dando su respectiva ondulación y se queden inútiles, y siempre el excitante irá hallando células nuevas que poder inutilizar, produciendo nuevas ondulaciones; así la excitación será permanente, y así irá viniendo la exaltación mental y la fluidez en las ideas. Esto es lo que sucede en el café y en menor escala en el té. De aquí el efecto excitante de estas substancias, y el calmante de los narcóticos.

Otras mil observaciones científicas podríamos exponer,

---

(204) La teoría que vamos á exponer viene magistralmente desarrollada en la obra de Herbert Spencer: *Principes du Psicologie. Apéndice, effets des anesthésiques et des narcothiques.*

en apoyo de nuestra tésis, todas ellas suministradas por la fisiología y patología del sistema nervioso cerebral, pero basta con las apuntadas.

*
* *

Cuando se tienen delante datos como los que acabamos de exponer, cuando se siguen los resultados de la fisiología y de la patología del sistema nervioso, y de la psiquiatría, se pregunta uno: ¿Cuál es esta entidad distinta del cuerpo, existente de por sí, y eterna, que en el niño sale con las predisposiciones que hereda de los padres estando sujeta á la ley de la selección y la herencia; que necesita de las impresiones para venir en conocimiento de los objetos, para formar ideas sobre los mismos; que no tiene noción, idea, tendencia, hábito ó instinto que analizado no se halien sus elementos en impresiones que recibió de lo externo, ó en maneras de funcionar que heredó de otros seres anteriores á él en la serie; que se aberra durante el sueño y el delirio, que se vuelve quimérica cuando le falta el alimento ó las sensaciones; que se modifica por el té, el café, el opio, el atchisk, los licores y todos los tóxicos; que se anula con la irrupción de la sangre en el cerebro; que disminuye y se aniquila á medida que se le quitan ciertas partes á la masa encefálica; que desaparece con la substancia nerviosa y reaparece con ella; que está siempre en razón directa de la organización de ésta, y dicha organización del grado que el ser ocupa en la escala de los organismos; que está en suspenso cuando el cuerpo descansa; y en fin, que no tiene conciencia de haber sido antes de ser, ni se nos manifiesta ya después que el individuo se ha desorganizado? ¿Dónde se aloja esta entidad? ¿Quién la vió, ó la percibió jamás por separado? ¿Qué es? ¿Una substancia inmaterial? Nunca la filosofía inductiva tan tachada de materialismo por sus contrarios, ha caído en uno tan grosero, como el de los sedicentes espiritualistas. Materializar el alma en una substancia es el producto de una función intelectual asaz primitiva. Si se me permitiera la frase diría que es un concepto salvaje. La noción que la ciencia nos da de lo que se llamó *alma*, por una inexactitud del lenguaje, como si fuera un sujeto, es la de una función, un modo de ser compuesto de diversos actos simultáneos y sucesivos, el resultado superior de la organización en relación continua con lo externo.

Todos los que parten de la inducción y que afirman que no hay dato real alguno que nos pueda demostrar esta entidad detrás del ser; que las funciones intelectuales y morales, los fenómenos del sentimiento, del pensamiento

y de la conciencia, residen en el sistema nervioso cuyo foco es el cerebro, que todos estos fenómenos son una función de su mecanismo, en virtud de su estructura y de la sustitución molecular que en él se verifica por la circulación de la sangre: todos convergen hoy día á afirmar esta idea, cualesquiera que sean los ramos de la ciencia á que se dediquen; psicólogos, fisiólogos, patólogos, zoólogos, anatómicos, sociólogos, en una palabra, todos los que se ocupan en la investigación de algo que se relacione con seres inteligentes, cada día suministran nuevos datos en favor de esta opinión.

Y los que afirman que el alma es una entidad simple y distinta del cuerpo la cual funciona de por sí, no han podido convenir nunca en lo que es ni dónde se aloja. Platón, más conforme con el buen sentido que otros idealistas, viendo que sin cerebro no había función intelectual que fuera posible, le fijó allí su residencia. Aristóteles creyóla en el corazón, en virtud de lo que por relación sufre este órgano en las afecciones morales. Heráclito, Critias, y la mayor parte de los Judíos dijeron que residía en la sangre, ya que á sus impulsos el Hombre piensa y obra con mayor ó menor violencia y con más ó menos rapidez. Epicuro, considerando que la respiración daba animación y vida, pensó que el alma se alojaba en el interior del pecho. Ficinius volvió á afirmar, más modernamente, que el sitio de ella era el corazón. Descartes quiso hallarla en la glándula pineal (!). Sœmmering en los ventrículos del cerebro. Kant en el agua contenida en las cavidades cerebrales. Ennemoser dijo que ya que todo el cuerpo tenía animación, el alma debía estar en todo el cuerpo, y Fischer, más cerca de la verdad, pero considerándola aún como una entidad metafísica, la ha creído alojada en todo el sistema nervioso.

A más no ha faltado quien pretendiera que el alma podía cambiar de puesto y situarse accidentalmente en el complejo solar, este cruzamiento del gran simpático que está situado en el bajo vientre, al cual la gente supersticiosa le ha atribuído la facultad de leer lo que á uno se le pone encima del abdómen. Pero el resultado es que los partidarios del dualismo substancial no han podido ponerse de acuerdo sobre el sitio que ocupa el alma ni de si está fija en un punto ó anda errante por todo el individuo, al paso que todos los naturalistas están conformes en que es una función cuyo foco es el cerebro y cuyos medios de emitir y de adquirir son los nervios. Y no se diga que hubo materialistas del siglo pasado, como Diderot, que dijeron que la materia de por sí podía sentir, y que otros, como Voltaire y Loke, añadieron que hasta podía pensar, ni que en nuestro siglo Schopenhauer ha defendido lo mismo; porque ni las ciencias naturales—y

sobre todo la fisiología y la anatomía microscópica cerebral comparada,—existían en aquella época, ni los modernos naturalistas se hacen solidarios de tales afirmaciones; muy al contrario, las refutan sentando que el sentir y el pensar dependen de la complicación y estructura del mecanismo cerebral, é indirectamente de la delicadeza de los órganos receptores de las impresiones, y que en ningún modo son propiedad de la simple materia que lo forma, aunque esta influya más ó menos por sus propiedades químicas dada ya la estructura del mecanismo. Sentar tal, sería como afirmar que el telescopio y el microscopio nos presentan los objetos amplificados en virtud de las propiedades del latón y del cristal y no en virtud de su construcción y forma adecuadas al objeto. Cójase un cristal plano y una plancha de latón y véase si nos presentarán los objetos de mayor tamaño, á pesar de ser los mismos materiales que con una organización conveniente nos producen tales efectos.

Mientras la metafísica no ha podido darnos una teoría satisfactoria sobre los fenómenos mentales, la psicología inductiva, basada en la fisiología, va dándonos cada día explicación de mayor número de hechos psíquicos. Ella nos demuestra que el cerebro, gracias al gran número de fibras blancas, que unen entre sí las diversas partes de un mismo lóbulo, las de un lóbulo á otro, y las que ligan á toda la superficie de la corteza gris con los cuerpos estriados y los tálamos ópticos, es un órgano repetidor y multiplicador y que á esto pueden reducirse todas sus funciones. Conocida la estructura de la corteza gris del cerebro se ha visto que es una masa de células muy susceptibles de movimiento, y que por lo tanto vibran al impulso de las impresiones diversas que reciben. Al moverse en un sentido, adquieren la facultad de repetir el mismo movimiento (aunque á veces con menor intensidad), cuando algo análogo al que lo produjo se lo provoca de nuevo, lo cual explica la memoria. Estas células tienen también la facultad de moverse mejor en un sentido que en otro, y en esto consisten las aptitudes adquiridas; además tienen la facultad de vibrar como vibraron las células análogas de un ser antecesor al individuo, y esto explica los instintos, etc. De modo que con la psicología positiva, sólo damos explicaciones que se funden en los resultados de la ciencia que es su base. No explicamos lo que no hay datos para explicar, pero no lo declaramos inexplicable *a priori*, ni recurrimos á entidades ficticias improbables para explicarlo, cuya explicación al fin y al cabo tampoco satisface.

¿Para qué admitir otra causa de nuestras funciones anímicas que la organización de la substancia nerviosa? Mientras no se demuestre que el pensamiento, el senti-

miento y la voluntad no pueden depender de la organización, no es lógico ni racional el hacer hoy la hipótesis de una entidad distinta, que de otra parte, ningún hecho, ninguna observación científica atestigua y muchas contradicen. Todos los argumentos que en favor de una entidad espiritual se han invocado, fueron elaborados en épocas de escasa observación y muy pobres en conocimientos, partiendo todas de la suposición gratuita de que hay una materia inerte, que forma nuestro cuerpo, y que por lo tanto, el pensar debe provenir de algo que no sea ella. Hoy, conocido el poder de la organización y su funcionalismo, ó sea de la multiplicidad de las relaciones, todos los argumentos que se hicieron en pro de la teoría dualista, pueden volvérseles en contra.

III

INMORTALIDAD

La unidad del ser humano afirmada, queda ya de por sí negada la inmortalidad del alma como entidad individual distinta del cuerpo y separable de él en cuanto muere. ¿Niega por esto nuestra afirmación la inmortalidad del Hombre? De ningún modo.

La inmortalidad del alma, entidad simple, que han afirmado varias religiones, y la del cuerpo con ella en otro espacio, para allá después del juicio, que han prometido los cristianos, han sido sólo egoísmos trascendentales que han aparecido (como hemos visto en la parte histórica), en aquellas épocas en que el Hombre no ha tenido condiciones de vida acá en la tierra; el propio instinto de vivir se las ha hecho aceptar. Siempre que ha habido un período de tiranía, de dictadura arbitraria, de miserias y desastres, el Hombre ha querido vivir y gozar lo que aquí no podía, en otros tiempos ó en otros lugares. Reputada la tierra valle de lágrimas, morada de desterrados, etc., lógico es que se haya querido vivir en otro lugar que no sea este mundo.

Los Indos después del predominio brahamínico y oprimidos por la dura ley de las castas, adoptaron el dogma de la transmigración. El Egipcio creyó en el tribunal infernal de las almas presidido por Osiris-Khent-Ament, y anheló confundirse en la turba de las divinidades para llegar á ver á Dios cara á cara y abismarse en él, en la época del predominio teocrático; durante las primeras dinastías sólo creyó en la vuelta á la vida. Los Hebreos concibieron su teoría de la inmortalidad del alma en el cautiverio de Babilonia bajo la opresión tiránica de aquellos monarcas absolutos. Pensóla Platón en la Grecia decadente sobre la que habían hecho mella los desoladores cultos asiáticos. Los neoplatónicos elucubraron sobre la misma idea, en el Imperio, y en contacto con todas las decadencias orientales. Los cristianos bajo el mismo régimen arbitrario predicaron á la plebe y á los esclavos la resurrección de la carne, y éstos la aceptaron al desesperar de la Libertad y del Derecho. Dominó la misma teoría entre los bárbaros. La mísera Edad Media entre hambres y pestes, ignorancia, feudalismo y tiranía eclesiástica pensó constantemente en una vida de ultratumba;

y en el Renacimiento, cuando el espíritu humano dispertó de su letargo, duró esta creencia gracias á la intolerancia dogmática y á la tiranía monárquica que se imponían por el hierro y por el fuego, como lo prueba la España de los Austrias.

Siempre esta tendencia se concibió en la opresión, siempre fué signo de una decadencia.

El que vive bien, el que desarrolla su ser sin grandes obstáculos ó con condiciones para vencerlos, el que cree posible el Progreso y la Justicia en la Humanidad, el hombre libre ó el que no desespera de poder emanciparse un día, no necesita inventar un lugar fuera de la tierra para ir á vivir allá después que aquí ya haya concluído. Siempre que un pueblo es libre y fuerte ó siempre que quiere luchar y emanciparse, aparece la negación de la inmortalidad trascendental que las religiones nos ofrecen en cambio de nuestra sumisión á sus poderes.

Así en la época moderna, época de verdadera lucha por la libertad, y por la emancipación de todas las fatalidades, ha aparecido la idea de la inmortalidad del Hombre entre sus semejantes, negándose toda inmortalidad ultramundana.

Y es porque hoy día la lucha por la existencia se verifica en condiciones de libertad y con garantías de triunfo para el Hombre más que otra época alguna. Así hoy su evolución tiende á ser cada día más libre, á proporcionar esa libertad y condiciones de desarrollo á los demás. Por esto el Hombre vive ya más y mejor de lo que en otras épocas ha vivido. Y como esto tal vez no parezca evidente á todos, para demostrarlo venimos obligados á hacer unas breves consideraciones sobre la cantidad y la calidad de la vida.

No todos vivimos lo mismo, aunque vivamos durante la misma cantidad de tiempo, pues la vida no puede medirse por la duración del individuo. El que un hombre dure muchos años, sólo supone que ha tenido todo aquel tiempo para vivir; en modo alguno significa que le haya vivido. Uno recibe, por ejemplo, veinte impresiones distintas en un día, al cabo del día no ha vivido sino la mitad de lo que aquel que ha recibido cuarenta, y ha vivido el doble del que ha recibido diez. El que reciba sesenta impresiones, de las cuales muchas sean iguales ó parecidas, ese tampoco habrá vivido tanto como el que las haya recibido todas distintas; aquél podrá formar más juicios y más diversos que éste. Y lo que se dice de las impresiones decimos de las funciones internas y externas, ó sean de los pensamientos y de las obras. Así un hombre de ochenta años ignorante, no habrá vivido lo que uno de veinticinco, ilustrado, pues este en cada año habrá vivido más que el otro en toda su vida. El que no ha recorrido el espacio y el tiempo por medio de la ciencia,

el que no se ha movido de un punto, el que sólo ha ejecutado siempre lo mismo, no ha vivido tanto como el que investigado lo pasado y lo lejano, ni tanto como el que ha viajado, ó ejecutado actos muy diversos. Todos los hombres vivimos sobre la tierra, muchos en una misma sociedad, varios somos los que estamos sometidos á las mismas condiciones externas, los que observamos los mismos sucesos, y no obstante, no á todos nos impresionan los mismos objetos ni de la misma manera, ni en todos, dichas impresiones, producen las mismas consecuencias, en intensidad ni en número. De esto, pues, es de lo que depende la vida; de lo que sentimos, pensamos y hacemos, y de la manera como lo verificamos, según las condiciones á que estamos sujetos y los resultados que obtenemos de ello. El tiempo que duramos, de ningún modo indica lo que vivimos. No puede medirse la vida de cada hombre por las revoluciones que la tierra da alrededor del sol; tantas revoluciones no suponen sino una cantidad de tiempo relativo en el cual se ha podido contener una suma muy distinta de actos, pero no indican la cantidad de éstos; menos de su intensidad.

La vida es movimiento; y vivimos en razón directa de nuestro movimiento interno y externo; el que se para se muere, al que le paran le matan; así el derecho á la vida implica el derecho á la libertad, pues sólo de la libertad y de la potencia y dirección de nuestro movimiento enfrente de la Naturaleza depende nuestra vida, ya que sólo vivimos en virtud de la lucha que con ella sostenemos; lucha sin tregua ni descanso, pues si nos cansamos, si dejamos de luchar un solo instante, sucumbimos y somos anulados al momento. El Hombre, la parte más perfecta de la Naturaleza, sostiene un duelo con ella, duelo á muerte, pues que sólo vive de dominarla. Por esto al que le quitan la libertad, al que le quitan las condiciones de la lucha, al que le encierran ó le privan las comunicaciones, le quitan la vida, le matan. Por esto es racional el que se muera por la libertad, pues que vivir sin ella es vegetar muerto. El esclavo, el siervo, el súbdito ó el proletario que trata de conquistar su emancipación, es el muerto que se levanta para conquistar la vida, la nada que lucha para ser, y en la lucha siempre va á ganar, pues si sucumbe ó muere queda como antes, y si triunfa obtiene en premio lo que se había propuesto.

¿Quién, pues, se atreverá á negar que hoy el hombre de las sociedades civilizadas lucha con mejores condiciones que en los pasados siglos, una vez adquirida la garantía de su libre evolución? ¿quién duda ya de que tenemos más comunicación de todo género, con nuestros semejantes, con los diversos confines de la tierra, con el espacio y con el pasado? ¿quién afirmará que hoy nuestra vida

no es más extensa y más intensa de lo que fué en otros tiempos la de nuestros antecesores?

Y si hoy día poseemos tal suma de vida es porque en la nuestra está la de nuestros antepasados, porque en nosotros recopilamos todas las existencias anteriores, porque el Hombre en un instante dado de la Historia, es la suma, el compendio viviente de todos los seres que le precedieron. Seriando los hechos históricos vése que la evolución humana en suma da por resultado el progreso, aunque en detalle resulten retrocesos parciales y vaivenes. Si á una época sucede otra que parece inferior es para dar lugar á otra muy superior, es el paso hacia atrás para dar el salto; y en esta época que parece peor que la que le precedió, no se ha perdido nada de lo que aquella le legara; la herencia ha quedado latente, para resucitar y hacerse manifiesta luego. Partiendo de esto podemos afirmar que cada día que transcurrirá viviremos más y mejor, al igual que hemos ido mejorando en el transcurso de los tiempos. Las condiciones de vida se adquieren por la lucha que para vivir necesitamos sostener; los que las adquieren predominan por selección, y la herencia las perpetúa. En virtud de estas leyes comunes á todos los organismos, todas las razas humanas convergen á procurarse mutuamente una suma mayor de vida moral, intelectual y material.

El Ario primitivo vivía poco y mal, pero siempre vivía mejor que el hombre que le precediera, casi sin civilización, simple cazador, pescador ó agrícola, pues á los esfuerzos de éste añadió los suyos. Los Semitas del Asia Menor y los Egipcios vivieron más también que los pueblos que les precedieran, pues los unos habían extendido el comercio, reglamentado el cambio, descubierto un sistema de numeración y un alfabeto y estudiado las revoluciones de los astros, y poseían la geometría y la química sagrada. El griego vivió más y mejor que el Ario Persa ó Indo, que el Asirio, Sirio, Fenicio ó Hebreo, y que el Egipcio; ya no inmolaba al vencido; la esclavitud fué una forma más móvil de la tiranía que la ley de las razas. Roma alcanzó mayor suma de vida que Grecia. Se anexionó todo el mundo conocido y declaró á todos los pueblos iguales, extendiendo á todos el derecho de ciudadanía, es decir, la vida civil; é hizo posible que el esclavo se libertara y que el liberto ocupara los altos puestos del Estado. Vino el bárbaro y trajo el elemento germánico, pero hundió á la civilización en la ruina: un paréntesis, un compás de espera; ¿desapareció la civilización? No; fué triturada, pero con la trituración quedó homogénea. De la homogeneidad de la barbarie ha salido la homogeneidad de la civilización moderna, el que la libertad de los unos no se funde sobre la esclavitud de los otros, el que la luz de la ciencia no sea como la del dogma que

necesite la obscuridad para brillar cual las luciérnagas. El Renacimiento demostró que los bárbaros no habían pasado en vano. La Antigüedad resucitó mejorada. Copérnico y Galileo superaron á Arquímedes. Grecia no tuvo un Colón, ni Roma imprenta.

De esta manera por adquisición individual, por adaptación sucesiva y por herencia acumulada, el Hombre va ganando vida y se perpetúa á pesar de la muerte.

Así el Hombre de hoy es lo que las series convergentes de sus antepasados han sido sucesivamente en la Historia (205). Es Ario, Persa, Egipcio, Accadiano, Caldeo, Sirio, Fenicio, Griego, Romano, Hebreo, Celta, Germano, cristiano y filósofo. Nuestro funcionalismo intelectual es un producto de estratificación; todas las civilizaciones están en él presentes. Así, si analizamos atentamente nuestra inteligencia, idea por idea, concepto por concepto, predisposición por predisposición, facultad por facultad, tendencia por tendencia; si separamos las verdades que acumuladas forman nuestra ciencia, los procedimientos todos de nuestras artes, el mecanismo de nuestros cálculos y la manera de ser de todo lo que pensamos, sentimos y hacemos, encontraremos en ellos fundidos, combinados ó superpuestos, los modos de pensar y de sentir de cada uno de estos tipos humanos, cuyo conjunto forma lo que se llama nuestro espíritu.

Cuando comparamos la limitada acción que sobre este suelo tenían nuestros antepasados, con lo muy extensa que es la nuestra sobre el tiempo y el espacio, no podemos menos que reconocer el inmenso servicio que nos han prestado todos aquellos que con sus esfuerzos inventaron los medios de vivir más y mejor, los procedimientos y las máquinas para hacer asequibles á nuestro ser, más tiempo y más espacio. Nosotros los que vivimos á últimos del siglo XIX, al ver lo que les debemos, á ellos, sin los cuales no seríamos lo que somos, ni valdríamos lo que valemos, nos sentimos poseídos de inmensa gratitud hacia todos los que con sus inventos nos han trillado el camino de la vida. Desde lo profundo de nuestro corazón damos las gracias al que de un tosco pedernal hizo el primer instrumento contundente; al primero que halló el medio de encender el fuego; al que con él logró fundir el primer metal; al que produjo una melodía con una caña agujereada; al que entrelazó las fibras textiles de los vege-

(205) Hay más: en el Hombre, hállanse reunidas (medio borradas ya o las que se les superpusieron) las almas confusas, imperfectas, rudimentarias de todos los seres anteriores á él en la serie zoológica. Los instintos animales son un legado, que el Hombre ha recibido de organismos anteriores, que lleva en sí latente y que á veces se le manifiesta. Sólo la educación ha podido domarlos y el objeto principal de la civilización es ocultar esta herencia en nuestra organización. A eso aludía inconscientemente De Maistre cuando decía que en el Hombre hay siempre la bestia.

tales, ó trenzó la lana del carnero; al que extendió y desecó la piel de un cuadrúpedo para abrigarse; al que cortó un árbol, excavóle y construyó así la primera canoa; al que la implantó un palo con un lienzo que recogiera el aire que debía impulsarla; al que se le ocurrió la triangulación del terreno para hallar los límites de un territorio borrados por la periódica avenida de un río; al que con la mente trazó el primero una línea entre dos astros para averiguar la dirección de su marcha en el espacio; al que inventó el carro para transportar algo con mayor facilidad y menor fatiga; al que con un carbón trazó en la pared la silueta de la sombra de un ser querido para poder retener allí su imagen; al que concibió el alfabeto representando en él á cada sonido simple por un signo determinado; al que ideó los números para poder fijar las cantidades; al que halló la manera de hacer el vidrio; al que ideó la retorta; al autor del alambique; al del crisol; al inventor del timón que guía al buque; al de la brújula, que guía al piloto; al de la carta geográfica que fija la arquitectura de la tierra; al del reloj que mide el tiempo; á los descubridores de la imprenta que ha verificado en la Humanidad la sagrada comunión del pensamiento; al que moliendo un día azufre y nitro, pagó con la vida el invento de aquel terrible polvo que remató el feudalismo; al que comunicó el mundo antiguo con otro de ultramar hasta allí desconocido; al que hizo construir el telescopio para àproximarse los espacios siderales; al que descubrió la ley de la fuerza del vapor; á todos los que después le han aplicado á la locomoción y á la fábrica; á los que dieron á conocer la electricidad y la han aplicado á la transmisión de la palabra; al que reprodujo las formas de la Naturaleza por medio de luz en una placa sensibilizada; al que aplicó los gases de la hulla al alumbrado; al inventor del microscopio, que nos facilitó con él la doble vista; á todos los que en los tiempos antiguos y modernos han predicado en contra las inicuas leyes de la raza, la casta, la esclavitud y la servidumbre; á los que han inventado el silogismo, la inducción, la antinomia y la serie; á todo el que, en fin, ha producido algo nuevo ó ha perfeccionado lo inventado ya por otros; á todo el que ha legado un medio para descubrir, un método para pensar, ó un instrumento para hacer algo; á todos los que han pintado, escrito ó edificado; á todos los que con la experimentación y el cálculo han contribuído á formar las matemáticas, la mecánica, la física, la química, la zoología, la botánica, la geología, la paleontología, la cosmografía, la antropología, la historia, la filosofía y todos los demás ramos del saber humano. Si á todos ellos, desde lo más íntimo de nuestro ser les bendecimos, porque gracias á ellos y por sus esfuerzos

podemos vivir en todas partes y en todos los tiempos; merced á sus inventos podemos trasladarnos á los espacios y observar millones de soles y de sistemas en evolución perpetua, podemos penetrar lo íntimo de la materia y sorprenderla en sus procedimientos fortuitos de su organización continua, el secreto del ser, la mecánica de sus moléculas; podemos remontarnos á tiempos que pasaron y asistir á los que aun han de venir; podemos ver la formación del Universo, la solidificación de la tierra, la condensación de su atmósfera, la aparición de los organismos sobre su superficie, la transformación y progreso de las especies, el advenimiento del Hombre, la evolución de las sociedades humanas, los preludios de nuestra época, y lo que la Humanidad llegará á ser en lejanos tiempos. Sí, gracias á ellos pueden nuestras ideas ser oídas, leídas, examinadas y refutadas por infinidad de seres distantes de nosotros, los que viven lejos y los que aun han de venir. Por ellos las distancias se han acortado, los procedimientos se han hecho más sencillos, las vallas se han roto, los diques han venido al suelo, los obstáculos han desaparecido, la Naturaleza va siendo dominada en beneficio nuestro.

Por lo que ellos han hecho vivimos en el universo y somos casi infinitos; nuestro ser les recopila, somos la suma de todos ellos, más un instante más en la serie de los tiempos. Estos nobles antepasados no han muerto, no; no han desaparecido, los veo á mi alrededor inmanentes en todos los objetos que me impresionan, y los siento latir en mí, sí, formando parte integrante de mi ser, del mismo modo que nosotros pasaremos á formar parte integrante de las generaciones que después de nosotros vendrán á poblar la superficie de la tierra.

¡Oh vosotros los escépticos de la Humanidad y de la ciencia, creyentes en lo indemostrable é incrédulos con lo demostrado, vosotros los que afirmáis la inmortalidad de esa alma, substancia insubstancial, entidad de por sí, concepto incomprensible, y que negáis toda solidaridad humana, ¿creéis que Coster, Fausto ó Gutenberg, han muerto para la tierra? No, viven. ¿Dónde? En cada imprenta, allí está su espíritu inmanente. Cada impresor les encarna en sus funciones pues obra como ellos, y aunque con mayor perfección sigue su impulso póstumo. Y lo que es de los inventores de la imprenta, lo es de Zoroastro, Demócrito, Aristóteles, Sócrates, Epicuro, Séneca, Lucrecio, Alfonso el Sabio, Averroes, Avicena, Lull, Arnaldo de Vilanova, Bacon, Galileo, Spinosa, Hobbes, Copérnico, Shakespeare, Cervantes, Voltaire, Papin, Newton, Priestley, Franklin, Scheele, Wat, Fulton, Darwin, etc., etc.

Y si un día, ¡oh generaciones venideras que aun estáis en la penumbra del presentimiento! cuando venga un

nuevo período glaciario y los hielos del polo ártico lleguen á la zona de Cádiz (Apén. III), encontráis al practicar exploraciones polares, en busca de los restos de las sociedades que os habrán precedido, nuestros cráneos petrificados por la incansable acción del tiempo, pensad que dentro de ellos germinaron ideas, se fraguaron inventos, se concibieron teorías, que contribuyeron á formar una parte de la suma de vida que alcancéis y de la felicidad relativa que obtengáis. Pensad que nosotros adelantamos un paso más en la vía del progreso, pensad que hicimos por vosotros lo que por nosotros hicieron nuestros abuelos; pensad que cubrimos el mundo de una red de rails y alambres poniendo en comunicación á todos sus habitantes, que separamos el Asia del Africa para abrirnos un paso más directo, hacia Oriente; que dividimos las Américas; que perfeccionamos la navegación, aplicamos y extendimos la mecánica á muchas funciones fatigosas, tendiendo á la emancipación del peón por la máquina; que perfeccionamos la locomoción, y la transmisión del pensamiento; que fundamos ciencias, que descubrimos leyes, que dimos nueva dirección á la filosofía, que generalizamos el arte, que contribuímos á la organización de la industria, que combatimos las idolatrías dogmáticas y políticas, que extendimos la instrucción, luchamos por la libertad, tendimos á la emancipación del proletariado, borramos los últimos restos de la esclavitud en las Américas, y que trabajamos sin cesar para realizar cada día el ideal siempre creciente de la Justicia!

¿Y aun habrá quién pregunte, cuál es la inmortalidad que le está reservada al Hombre?

*
* *

El hombre, cuando muere, cuando concluye su existencia individual, halla su inmortalidad en la Humanidad, acá en la Tierra. Ella le recoge todos sus actos, de la misma manera que la Naturaleza se incauta de todos sus átomos.

De lo que el Hombre produce, nada se pierde; ni el menor pensamiento, ni la menor idea, ni la última de nuestras acciones, como no se pierde la más mínima de las vibraciones en el seno de la Naturaleza. Al morir, aunque desaparezca nuestro cuerpo, nosotros quedamos en la Humanidad, en razón directa de nuestros actos, los cuales se propagan en la gran serie de la impulsión humana. La idea, el acto, la tendencia llegan á las generaciones futuras como las ondulaciones del Océano repercuten en las playas lejanas, como los sonidos de un concierto vienen á nuestro oído, como las vibraciones de la luz llegan á nuestros ojos, por distantes que estemos del punto lumi-

noso. Así es como se funde la vida del individuo en la inmensa vida de la especie. «¿Dónde están los muertos? Entre nosotros—dice Schopenhauer;—á pesar de la muerte y de la putrefacción, estamos juntos.»

Así se armonizan lo que podríamos llamar la perpetuidad de la materia y la perpetuidad del espíritu, la una produciendo cada día formas más perfectas, el otro, dando cada día productos más grandes. La herencia de las capacidades da á cada nueva generación seres más aptos para pensar, más susceptibles de un gran nivel intelectual, pues á la capacidad y aptitud que recibieran reunen la perfección que ellos se procuran por la observación y el cálculo, y así por herencia conservativa y por progreso individual, vamos perfeccionándonos progresivamente.

La inmortalidad del alma, como substancia distinta del cuerpo, sólo fué un error de cálculo de las inteligencias primitivas de hombres desgraciados. La noble inmortalidad de la acción, ó sea la perpetuación del Hombre, por sus hijos, por sus actos, ó por sus ideas, es la única inmortalidad verdaderamente positiva. Ser inmortal es prolongar la existencia más allá de la corta duración del individuo, y la existencia, ó sea nuestro modo de ser tan sólo se prolonga haciendo que los demás que nos suceden nos deban algo, que estén bajo el dominio de nuestras acciones, bajo nuestra influencia póstuma.

El que vive en comunión con sus semejantes, el que se ha puesto en relación con la Naturaleza, el que está dentro del gran orden moral y ha concebido la Justicia, el que deja hijos ú obras, discípulos, ó emancipados, éste no muere, y su inmortalidad es de tal género que no se la puede ofrecer igual religión alguna. Así confirman esta teoría la mayoría de los grandes filósofos que desde el Renacimiento acá han sido.

«La esencia del alma — dice Spinoza, — consiste en el conocimiento, por consiguiente, á medida que conoce más cosas bajo el carácter de la eternidad, subsiste mayor parte de ella. El alma del sabio tiene la conciencia de sí misma y de las cosas y jamás cesa de ser.» Schleiermacher exclama, en confirmación de esta idea: «Sentirse uno con el infinito, en medio del mundo finito, y ser eterno en cada instante, he aquí la inmortalidad... aquel que ha comprendido que es superior á su propia individualidad limitada, sabe que perdiéndose ésta pierde bien poco. Sólo tiene derecho á ser inmortal, aquel que haya experimentado un deseo mayor que el de durar como individuo.» Y Fichte añade: «Soy inmortal por la resolución que tengo de obedecer la ley moral. Yo poseo la vida futura en la vida presente, pues que yo vivo de la vida propia del orden moral.»

Entre los modernos filósofos hallamos también la misma

idea de la inmortalidad; algunos difieren en la forma pero en el fondo están de común acuerdo.

Oigamos á Proudhon. Se dirige al obispo de Besanzon, en sus estudios de una filosofía popular, y le dice: «¿Qué es lo que vuestra inmortalidad puede añadir á mi felicidad y á mi virtud? ¿No soy ahora inmortal (hablando en vuestro lenguaje), pues vivo en el pasado, en el presente, en el porvenir, en el infinito? Vos no podríais darme nada más más allá de lo sublime, ya en amor, ya en producción, ya en el cumplimiento de la Justicia. Esta sublimidad, pues, la poseo; depende de mí, y del uso que yo haga de mis facultades: vuestra inmortalidad jamás podrá sobrepujarla. Si esto es lo que llamáis ser inmortal, yo lo soy: si se trata de otra cosa, no os comprendo; mi entendimiento no puede concebir ni desear nada más allá de lo sublime.»

Renán exclama: «El alma y el cuerpo no son dos substancias, sino dos órdenes de fenómenos. El alma es una resultante de las fuerzas del cuerpo. El alma es inmortal porque crea en esta vida su propia inmortalidad.» «Vivimos en proporción de la parte que hemos tomado en la edificación del ideal. La obra de la Humanidad es el bien; los que á ella habrán contribuído *fulgebunt sicut stellæ*. Ni que la Tierra estuviera destinada á no servir más que de nucleo para la construcción de un edificio futuro, nosotros seríamos en ella lo que la concha geológica es en el seno de un bloc destinado á la construcción de un templo... El Hombre vive donde obró. Esta vida nos es más cara que la vida del cuerpo, puesto que sacrificamos voluntariamente la última á la primera.» «Sólo el estúpido y el malvado mueren por entero.»

Augusto Comte decía algunos años antes que Renán: «La Humanidad se regenera á cada generación nueva. Las criaturas tomadas aisladamente no son sino órganos pasajeros. El sólo medio de ser un órgano permanente, el único medio de ser inmortal, está en las grandes ideas y en las grandes acciones. La existencia que constituye la vida, es la existencia directa, la indirecta empieza después de la muerte, no fuera de nosotros, en la quietud de un cielo glacial, sino en nosotros mismos. Así se obtiene una vida más larga cuanto más grande y de mayor trascendencia hayan sido los actos. Los vivos están bajo el dominio de los muertos que constituyen la mejor parte de la Humanidad, la que ha vivido por y con ella.»

«Tal es—añade el Dr. Robinet,—la noble perpetuidad que el positivismo reconoce al alma humana, entendiendo por tal, el conjunto de facultades morales é intelectuales que caracterizan á cada servidor de la Humanidad.» Y afirman lo mismo Feuerbach, Vacherot, Strauss, Buchner, Moleschott, Schopenhauer, Hartmann, Spencer, etc., etc.

Todos los primeros filósofos modernos convienen en que la muerte sólo es una metamorfosis necesaria á la perpetuación de la especie; que el alma del individuo la constituyen una serie de fenómenos más ó menos extensos é intensos, y más ó menos complicados; y que nuestra inmortalidad no está fuera de nosotros sino en nosotros, en la asociación intelectual y moral, con los que fueron antes que nosotros y con los que aun han de venir. Por la historia y por la suma de vida que tenemos estamos ligados con los que pasaron, con lo que hacemos, nos ligamos á los futuros. Esta es la gran recompensa de los muertos, y el consuelo de los vivos. Así debemos vivir para los otros, que después viviremos en los otros y por medio de los otros, según la fórmula del positivismo.

Con esta inmortalidad positiva, las penas y las recompensas que las religiones han trasladado en otro espacio, en el centro de la tierra, en el cuerpo de otros seres, ó en otros planetas, vienen á realizarse en la vida presente, sobre la Tierra en la Historia; y cada cual viene á tener la inmortalidad que se merece, pues lo que nos determina esta inmortalidad, lo que nos produce la prolongación de la existencia, es precisamente el grado de perfección á que nos hemos elevado. Es plenamente inmortal aquel que realiza en sí la mayor suma de ideal posible por la Ciencia, por la Justicia y por el Arte. El bien que realiza con sus actos y las verdades que concibe en su inteligencia, son precisamente lo que le llevan más allá de los límites de su duración individual. La cantidad y la cualidad de sus ideas y de sus obras, son lo que da la medida exacta de su inmortalidad. Y en contraposición quedan totalmente excluídos de la vida eterna sobre nuestro suelo, todos aquellos que se dedican por entero á sí mismos separándose de la Humanidad por la bajeza de sus conceptos, lo grosero de sus procedimientos y lo interesado y mezquino de sus actos, todos los que pasan la vida entera entregándose á las inclinaciones vulgares, á pasatiempos fútiles, á la mera satisfacción de sus necesidades corporales, ó á un puro utilitarismo del momento. ¿Son por ventura, los tales, dignos de la inmortalidad de ningún género?

Y los que logran sobrevivir, tan sólo por el predominio, ó desarrollo de una cualidad aislada, como los que se inmortalizan por su talento ó por su ciencia, sin virtud en los actos, sin amor en el corazón, sin fe en el porvenir, prevaleciéndose de sus facultades intelectuales ó de sus medios adquiridos para tiranizar á los demás en beneficio de su individualidad ó de una clase privilegiada, éstos, si pasan á la historia, es para hallar en ella su correspondiente castigo: su expiación ante las generaciones futuras es proporcional á la magnitud de su delito. Ya puede la si-

tuación política que crearon presentarlos como héroes, ya puede la religión á que pertenecieron hacer de ellos santos ó semidioses, la situación política concluye, la religión pasa, y la crítica entonces les arroja de su pedestal y los presenta á la ignominia de las generaciones futuras.

Hoy la Humanidad, llegada ya á la conciencia de sí misma, recuerda y rectifica lo que comprendiera mal en otros tiempos. ¡Ved sino como han comparecido en la Historia, desde que concluyó el Imperio Romano, esta serie de abyectos Césares de la capital latina! ¡Ved si Felipe II, acabado el absolutismo monárquico, no será ya eternamente repugnante á toda conciencia honrada! ¡Ved si Torquemada no horrorizará á todo el que esté fuera de la influencia del despotismo teocrático! Calvino comparecerá siempre manchado con el crimen de la muerte de Servet; Monch será eternamente un traidor á su República; Pedro Arbués, un criminal impulsado por su fe al dogma católico. Y cuando los que pasan á la Historia son seres cuya única cualidad es un desinterés inútil, á causa de un error especulativo, estos sólo son mirados con indiferencia por las sociedades que les suceden y que no han recibido legado alguno de ellos. ¿Qué nos importan á nosotros los que se sacrificaron por sostener una mitología bárbara ó inútil? ¿qué agradecimiento les debemos á los que se sacrificaron por el Baal Ammon, por Iagrenat, ó Vitzliputzli, ni á esa turba de santos que llevó allá en la Tebaida la vida insolidaria del salvaje?

Y así como los que fueron injustamente ensalzados serán destituídos de los puestos de honor á que sus parciales les elevaron en la Historia, algunos que se nos han presentado como tipos indignos y malvados tendrán su reivindicación de las generaciones al pasar el período en que dominaron aquellos á quienes les convino presentárnoslos de tal manera. Las almas en la Historia tienen también su limbo, del cual la crítica las va sacando. Esquilo, Alcibiades, Aristágoras, Demonax, etc., y todos los Griegos que se opusieron al predominio de lo divino sobre lo humano calumniados en la época en que lo absoluto dominó, reivindícalos hoy día la ciencia histórica; y lo mismo pasa con tanto sabio y tanto filósofo perseguido y excomulgado por la Iglesia, justificado hoy por las investigaciones científicas.

Orgullo superior de nuestra época es esta realización de la Justicia por la diferenciación creciente de los actos en la Historia, puesto que la Crítica universal es el carácter del pensamiento en los tiempos presentes. Hasta los enemigos de la Crítica de ella usan al querer negarla. Si algo sus obras valen, débenlo á ella. Ponderar el valor real de las acciones humanas y su influencia en la obra de las civilizaciones; he aquí la reivindicación de los que

fueron; he aquí su triunfo. Lo que jamás pudo hacer individuo alguno, el espíritu humano lo realiza, porque éste no muere, sino que vive de lo que todos en él vierten. La Erudición, esta ciencia de los productos del espíritu, haciendo presente á todos lo que estaba lejos por el tiempo y por el espacio, ha venido á hacer posible la justificación en la inmortalidad. En pos de los detalles más insignificantes de la producción del talento ó del genio, ha hecho que ninguna creación se nos escapara. Hasta las locuras han tenido por ella su premio, cuando en algo útil han contribuído. Por ella y por la Crítica, la Humanidad tiene hoy conciencia de sus mejores partes integrantes presentes ó pasadas.

No deja de haber á quienes no satisface esta inmortalidad. Discípulos de escuelas subjetivas que si bien dan á la razón debido culto, raciocinan sólo sobre principios admitidos *a priori*, ó partidarios del espiritualismo dogmático, protestan y dicen que tal inmortalidad no satisface á la naturaleza humana. Han creído vislumbrar el infinito allá en lo interior de su conciencia y se figuran que esta abstracción, pura obra suya, es una de las cualidades esenciales de la personalidad del Hombre, y de aquí deducen su duración perpetua.

Unos acusan á esta doctrina de aristocrática y depresiva y dicen de ella que es una exclusión y un privilegio; exclusión para las almas vulgares, á las cuales se niega toda participación en la vida futura, y privilegio para las almas grandes y doctas. Efectivamente, si sólo se es inmortal en razón directa de lo que se ha sentido, concebido y hecho, de la inteligencia y de la moralidad, es claro y evidente que las almas vulgares ó nulas, que los que sólo han vivido y producido para sí propios, no tendrán la inmortalidad que los que han desarrollado su inteligencia y sacrificado su persona en beneficio de sus semejantes. «El cielo de Renán sería una sucursal del Instituto», dice Caro para poner en ridículo la teoría de este ilustre filósofo sobre la inmortalidad del Hombre; y por este tenor se expresan otros críticos que pretenden presentar esta doctrina como contraria á las tendencias liberales y democráticas del siglo. ¿Es justa esta apreciación?

Examinémosla. Nadie se atreverá á decir, á buen seguro, que sea injusto el que se quede sin producto aquel que nada ha producido, ni que quepa desigualdad en que la recompensa sea proporcional al esfuerzo útil, ó el resultado obtenido al trabajo adecuado. Desigualdad habría, y mucha, si sostuviéramos que los individuos de tal raza, de tal secta, partido ó escuela, clase social ó jerarquía no pueden llegar á la inmortalidad por más que hicieren, pero sentar que todos la obtienen en proporción de lo que verifican, ni cabe desigualdad en esto ni injusticia. La

igualdad que han formulado los filósofos, la igualdad de la democracia, es la igualdad de condiciones para llegar á ser, la equivalencia en derechos, no la identidad de productos, no la uniformidad de vida. Esta igualdad á que se alude, es la igualdad de los místicos, la igualdad del comunismo autoritario, la igualdad que da lo mismo al que huelga que al que trabaja, al que produce, que al que sólo consume, es la igualdad que mata la personalidad humana, la que conduce á la misantropía y á la holganza, la igualdad que todo lo esteriliza; es la igualdad en la injusticia. ¿Qué derecho hay ni puede haber nunca para que el holgazán obtenga lo que obtiene el que trabaja y produce? ¿Qué agradecimiento deben las generaciones al que nada les ha legado? ¿Hay injusticia en esto? Mostrádmela y demostrarme luego la razón para que sea inmortal un hombre vulgar ó nulo. ¿Hay nada más justo y más digno, en materia de inmortalidad, que el que cada ser se la conquiste? ¿Dónde encontráis esa depresiva aristocracia? ¿dónde la exclusión y el privilegio? La aristocracia insoportable, la injusticia que subleva, el privilegio y la exclusión sólo residen en la teoría trascendental de la predestinación y de la gracia; en la que sostenemos, sólo hay justicia, pues que sólo á su luz fué concebida, y si de ella protestan, los que tal hacen impulsados están por su egoismo trascendental no satisfecho, no por tendencias democráticas y justicieras. La verdadera justicia estriba en dar á cada cual lo suyo. Aquel que haya hecho un trabajo individual merece que su paga sea individual y proporcional al servicio prestado. Aquel que lo haya verificado tan grande que trascienda á la especie, éste sólo es acreedor á vivir en ella.

Otros atacan esta idea desde el punto de vista de la justicia. «¿Qué recompensa les cabe—exclaman,—á los seres no eminentes ni sabios, pero sí justos y buenos? ¿qué recompensa tiene el que sufre por la justicia, el que sucumbe en defensa de una idea noble, el que es víctima de una tiranía? Si suprimís el cielo ¿qué les queda á los pobres proletarios? ¡Ah! no les quitéis el consuelo de hallar el bien en la otra vida, porque les sumiríais en la más horrible de las desesperaciones.» Aquí hemos de contestarles que el que deba haber Justicia no indica en modo alguno que la haya. ¡Tantas cosas deberían ser y no son hasta que las realizamos!

Hay ciertas clases como ciertos individuos que son víctimas de injusticias sociales ó individuales, y esto todos lo reconocemos. ¿Pero por ventura se les hace Justicia diciéndoles que se resignen, que allá para después de muertos la van á alcanzar en otro espacio? Con esta teoría se les hace creer que las injusticias de que son víctimas son necesarias, y que ellos por lo tanto, son seres indignos

de ser justificados en esta vida, y luego viene en consecuencia el que esperando la justicia en otra, no tienden al universal progreso por la perfección del trabajo, sino que lo cumplan como una condena, deseen la muerte como el único medio de emancipación posible, dejen perpetuar todas las tiranías, continúe la miseria y su emancipación sobre la tierra no llegue nunca ni para ellos ni para sus hijos, ni para sus descendientes. La reivindicación positiva sólo cabe en la teoría monista, que le dice al Hombre que sólo espere su justificación de su esfuerzo propio.

Este cielo concebido en la Edad Media, en cuyo centro figura un dios tripersonal, alrededor del que están colocados por orden jerárquico, formando círculos concéntricos los ángeles, los profetas, los patriarcas, los santos y los justos, inmóviles sumidos por toda la eternidad en un éxtasis beatífico, no puede satisfacer ya la conciencia de las masas de nuestro siglo, que no apetecen la concepción teológica de la Justicia, esa entidad absoluta trascendental, sino la realización próxima, cuando no inmediata, de la mayor suma posible de esa Justicia que es equivalencia, que estriba en las relaciones sociales, de esa Justicia que cada día se va realizando en proporción mayor, y que á proporción que la vemos realizada, concebimos una mayor suma de ella, de esa Justicia que como el horizonte la vamos descubriendo á medida que nos dirigimos á ella y cuyo ideal se nos presenta como la razón de ser del progreso moral indefinido. Este es el cielo de nuestra época; y lo tenemos aquí abajo entre nosotros y delante de nosotros. Ya hoy los desheredados conciben que no es justo que un trabajo finito tenga una recompensa indefinida, á expensas del trabajo de otro, que no es justo que nadie goce y viva de la explotación de los demás, ó sobre lo que él no trabaja, y por lo tanto reclaman el producto ó el valor íntegro de lo que hacen para entrar á participar de los goces de la vida en razón directa de lo que produzcan. Este es el cielo que el proletariado ve delante y que conquistará con sus esfuerzos, y penetrará en él más ó menos tarde, arrollando todos los obstáculos que se opongan á su camino.

La Belleza que el Griego imaginó en sus dioses, en los etéreos espacios de su Olimpo; la Justicia que la Edad Media vió sólo en la otra vida realizarse en el juicio final, por mano del Todopoderoso; la Sabiduría que los neoplatónicos y los cristianos sólo concibieron como un reflejo de la del Omnipotente, las va realizando ya el Hombre en su persona; para ello trabaja, para ello lucha y sufre, para llegar á un día en que todos podamos reunir en nuestra persona una cantidad tal de Belleza, de Ciencia y de Justicia, que podamos exclamar: *¡Eureka*, ya hemos entrado en el cielo!

IV

CONSECUENCIAS PRACTICAS

Entremos en la parte moral de nuestras investigaciones, ó sea en la cuestión práctica, ya que hemos visto lo que es la Muerte, y la inmortalidad que le está reservada al Hombre. Toda la cuestión de este capítulo estriba en saber el resultado que en las costumbres y actos pueden dar los conceptos que hemos formulado, y en qué relación están con el terminar con dignidad la vida.

Morir, ya lo hemos dicho, no es sólo dejar de ser ó de vivir, sino haber vivido; así, pues, la muerte será tan dichosa como activa y desinteresada haya sido la existencia. El que haya vivido luchando bravamente con lo exterior, sin dualismo en su ser, sin remordimientos, sin oposición entre la conciencia y el acto; en una palabra, la existencia que se haya realizado conforme á los fines altruistas que se hubiese propuesto el individuo, sin obstáculos subjetivos de ninguna especie, el fin de esta existencia no podrá dejar de ser tranquilo y digno. Cuando más haya pensado el Hombre, cuantas más ideas haya vertido, cuanto más haya inventado, edificado esparramado su alma, cuanto más se haya aproximado á la realización práctica del ideal de *Ciencia*, de *Arte* y de *Justicia*, más tranquilo puede morir. El que así haya vivido, casi no ha de sentir la muerte: su vida habrá sido un perpetuo entusiasmo y su muerte más que tal será un éxtasis.

La muerte es el resultado del cumplimiento de la vida: así en lo más brillante de la existencia, en su período álgido, en el entusiasmo de una idea, el éxtasis llega á confundirse con la muerte. Por esto en el éxtasis del amor se dice que se muere; por esto la Antigüedad deificaba al que moría en toda su robustez luchando con ardimiento contra el enemigo de la patria, al que moría en la *plenitud de sus días*, como decían los griegos. Los que parecían en el punto culminante de su empresa, los héroes, eran declarados *semi-dioses* para indicar que participaban del carácter divino por ser inmortales, y del carácter humano por serlo entre los hombres.

Y como tal muerte, más que muerte, es el colmo del apogeo de la vida, no da pena morir después de la victoria, ó después de un gran invento, á los grandes caracteres,

á las grandes inteligencias. Ya hemos dicho que la vida no puede medirse por los días de su duración. Hay días en que se vive una eternidad. *Nimirum hac una die plus vixi, mii quam vivendum fuit*, decía Laberius en una de sus *pasquinadas*, expresión altamente filosófica, aunque salida de la boca de un autor cómico. Pues bien, en estos días, la muerte no se teme; tan bella y apacible se nos presenta, que hasta puede decirse que se desea, de miedo á que lo que nos resta vivir haga inferior lo que ya hemos vivido. Así lo comprendió el gran Demócrito, el cual por no contradecirse en la decadencia mental que la decrepitud produce, después de haber terminado una de sus mejores teorías, al sentir que aquélla se le aproximaba, resolvió dejar la vida. Sólo á instancias de su hermana consintió en vivir hasta después de las fiestas de la divina Céres. Attico, amigo de Cicerón, consejero de Pompeyo, por igual motivo y con circunstancias análogas, renunció á comer, y se abandonó á la muerte alegremente. La decadencia es espantosa, sobre todo para el que no sabe retirarse á tiempo de la escena pública; en la decadencia podemos destruir nuestra propia obra. Morir no es nada cuando se ha vivido, cuando se ha llevado á cabo una grande empresa, cuando se ha cumplido con los deberes de la vida ó á lo menos cuando se ha amado y se deja quien nos suceda. Cuando hemos alcanzado la plenitud del ser, pasamos á existir en otros á quienes hemos comunicado la vida por la generación orgánica ó por la generación intelectual infinitamente superior á aquella. La muerte sólo es temible cuando no hemos dado todo lo que podemos dar, cuando no hemos sentido todo lo que somos susceptibles de sentir, cuando no hemos terminado nuestra evolución, y cuando nos morimos fríamente, sin vínculo alguno con los que nos rodean. Morir en familia, morir en la patria, morir en la Humanidad, es morir en la dicha.

Así los antiguos que ya vislumbraron lo que hoy afirma la filosofía, sabían bien morir á tiempo y dignamente. La *Eutanasia* pertenece al período de sus repúblicas. Diágoras pereció de gozo en brazos de sus hijos el día en que los vió á los tres coronados y aclamados por el pueblo en los Juegos Olímpicos. Epaminondas, herido de muerte, arrancóse el dardo para acabar dichoso al saber que había ganado la batalla y salvado la libertad de su patria, y sería cosa de nunca acabar el citar los ciudadanos que terminaron bien su vida. Por esta razón han finado dignamente todos los que han estado poseídos de la sublime fiebre de la idea, todos los que han planteado una reforma ó llevado á cabo una revolución con sus esfuerzos; Juan Huss, Giordano Bruno, Servet, mueren en las llamas compadeciendo á sus verdugos. El sabio Lucilio Vanini, conducido á la hoguera por ateísmo, por orden del Parlamento de

Tolosa, exclama sobre el montón de leña al decirle un fraile que pensara en Jesucristo: *Jesucristo temió la muerte, yo no la temo.* Dantón subió al cadalso, asimismo con una dignidad que envidiarían los héroes griegos y los repúblicos romanos. Había contribuído poderosamente á la fundación del derecho moderno: podía morir tranquilo.

El amor, esa tendencia á la propagación de la vida, que lleva á dos seres á sintetizarse en un tercero, como toda tendencia desinteresada, conduce á no temer la muerte. ¡Cuántos amantes le han pedido á su amada una noche sin importarles nada el morir después! (206). Y esto sucede lo mismo en el amor sensual que en el amor platónico, lo mismo si el objeto amado es un ser humano que una personificación divina. Teresa de Jesús, esta mujer sublime que para definir al diablo decía: «El desgraciado no ama», en esto se hallaba de acuerdo con Eloisa, con Lucrecia y con Cleopatra. En este punto los amores de estas grandes mujeres, tan diversos, se confunden. Todos consideraban un bien el morir por el objeto amado. Embargada por el goce sensual la amada de Marco Antonio, ardiendo en amor divino la esposa de Cristo, apasionada por la inteligencia de su amante la sabia amiga de Abelardo, poseída de la dignidad de su marido la heroina romana, poco les importaba la muerte si esta era por el ser á quien adoraban.

Mlle. de Ackermann, la poetisa del positivismo, exclama, poseída de esta tendencia:

Durer n'est rien. Nature, ô creatrice, ô mère!
Quand sous ton œil divin un couple s'est uni
Qu' importe á leur amour qu'il se sache éphémère
S'il se sent infini?

Aimer, c'est s'anéantir l'un dans l'autre, ha dicho una una mujer de gran talento, pero á la definición le falta una parte, el por qué, el fin de este aniquilamiento. Efectivamente, amar es anularse, perder la personalidad, fundirla en la del ser amado pero para sintetizarnos en un tercero ó en varios, cuyos elementos en nosotros preexisten y pugnan para unirse y producir nuevos seres. Así si el amor nos impulsa á anularnos, si nos lleva algunas veces al sacrificio, es porque inconscientemente sabemos que morimos para dar la vida á otros. Así es que el amor platónico ó sensual, cuando es estéril, es la mayor de las aberraciones.

Y aquí debemos hacer notar que el amor, más que el desinterés por la justicia, por la patria ó por la ciencia,

(206) Véanse los bellos versos de Petronio *Qualis nox fuit illa*, etc.

tiende á la muerte (207). ¿Por qué? porque el amor es una pasión cuyo fin es puramente individual. El que ama sólo tiende á la posesión del objeto amado, sólo por él se sacrifica, lo demás desaparece á su vista. Como su objetivo es exclusivo y por lo tanto difícil de alcanzar, no alcanzándole, ó en hallándole inferior al ideal que de él se ha formado, cuales cosas suceden en la mayoría de los casos, se desea morir, pues se acabó el objetivo de la vida, lo que considerábamos como única felicidad posible. En cambio, cuando nos desinteresamos por un ideal de justicia, ó de ciencia, como dicho objetivo implica progreso, como lo alcanzamos siempre sin acabar de alcanzarlo nunca, como á cada posesión crece el deseo, como á medida que se adquiere se va viendo un más allá, como este ideal se desarrolla á medida que lo vamos realizando, nos impulsa constantemente á la vida, pues siempre deseamos vivir para poder ver realizada una mayor suma de él. Por esto morir por la Ciencia, por la Libertad, por la Justicia, es infinitamente más grande que morir de amor; por esto sólo pueden posponer los primeros ideales al segundo las mujeres, seres más egoístas por lo general, y por lo tanto inferiores al Hombre. El amor, aunque sea el deseo de vivir en el objeto amado, aunque sea la anulación del propio yo para agrandar el de otro ser, siempre es un egoísmo comparado con el desinterés por la Justicia ó por la Ciencia. Entre uno y otro hay la diferencia de sumergirse en un espíritu, á sumergirse en todos los que han sido son y serán sobre la Tierra. En prueba de ello véase como por lo general la Mujer (á no ser una gran mujer), al amar priva al ser amado de que se sacrifique por toda idea grande, ó al menos mírala con indiferencia (208).

Como la evolución va dando más vida á todos, haciendo á todos más extensivas las condiciones de existencia, cuanto más ésta se realice, teniendo más libertad, siendo mayor

---

(207) Como hemos visto en la parte histórica, en las sociedades decadentes, en la época en que ha reinado la Muerte, el Amor ha preponderado sobre todo llegando á la categoría de ley divina.—Esta recíproca—de que así como el Amor atiende á la Muerte, la Muerte acrecienta el Amor no deja de tener su explicación. Si el Amor prepondera en tales períodos es porque inconscientemente se tiende á propagar la especie en particular y en general la vida, tanto más cuanto ésta está más amenazada de desaparecer de la superficie de la Tierra.

(208) En las grandes mujeres el amor no es la pasión por sólo un hombre. Confusamente y sin saberlo, en él adoran algo colectivo y superior. Así de entre hombres y mujeres vulgares jamás salieron amores heroicos, ni grandes pasiones. Cleopatra se enamoró de César y de Marco Antonio, que representaban la República romana; no se enamoró de un lictor, ni de un decurio. Lucrecia se suicidó por vengar el derecho ultrajado. Eloisa entre mil condiscípulos adoró al Maestro. De seguro que no le hubiera amado á haber sido una vulgaridad ó una medianía, y Teresa de Jesús en Cristo era la divinidad lo que la enamoraba. Con el fuego de aquella alma, si no hubiera buscado la divinidad en su esposo, se habría perdido por algún hombre.

nuestra acción y viviendo más y mejor, nuestra muerte será más feliz, más tranquila, menos temida.

El asceta, tipo el más perfecto del cristianismo, partiendo de la idea de que aquí en el mundo sólo se está de paso, de que la tierra es tan sólo un valle de lágrimas, de que nuestra existencia sólo nos la dan para que nos preparemos por la *mortificación*, para ir á gozar allá en el cielo; el asceta, pues, se aislaba, se alimentaba mal, se administraba toda clase de vejaciones y suplicios lentos, para sucumbir al fin pidiendo á Dios sólo por su alma, sin acordarse de que los demás pudieran producir sobre la Tierra. Si de ellos se acordaba, era sólo para pedirles oraciones y sufragios. ¿Cómo había de acordarse, si nada había tenido que ver con ellos?

Y es que el catolicismo ha dicho al Hombre, «ya que has de morir, ya que tu cuerpo es perecedero, vive mal, no le des satisfacción alguna, al contrario mortifícale; es preciso que te anules la sensibilidad, que tus órganos nada apetezcan, y si apetecen algo, domínalos y no les satisfagas más sus necesidades; así y sólo así has de alcanzar tu salvación eterna.» Todos los escritos de los santos padres proclaman como ideal la pobreza. Todos ellos están llenos de escepticismo de la vida, y aconsejan que sólo se viva para un fin de ultratumba. La aniquilación del individuo, la mortificación (de *mors facere*), he aquí la consigna sacramental de la Edad Media. El estado perfecto, la esterilidad forzada, el celibato santificado con el nombre de estado virginal, como si hubiera nada más fuera de razón que el que la perfección del organismo estribara en el no funcionar de los órganos.

Así es que el cristiano perfecto ha vivido sin reciprocidad, sin mutualismo, sin experimentar, sin analizar, sin investigar, sin anatomizar, sin seriar nada, sin remontarse á síntesis que unieran elementos antitéticos bajo un carácter común, sin inventos, sin métodos; en una palabra, sin dominar la Naturaleza para ponerla á su servicio, pues para él la Naturaleza era el Diablo, y con el Diablo ningún trato era lícito. Para colmo de muerte, concentrado en sí mismo, se imaginó que el éxtasis sublime del amor ó del pensamiento podía adquirirlo aislado, sin relación con ser humano alguno, divorciado de la Naturaleza, en el supremo esfuerzo del quietismo.

De aquí la descomposición cerebral de tanto santo como ha caído en el iluminismo, la degeneración física del tipo humano en el enclaustrado, la despoblación de la Tebaida y la Mesopotomia cuando los ascetas, la de Alemania y Francia después del año mil, la de España cuando el último de los Felipes y el segundo de los Carlos en la dinastía de los Austrias. De aquí el que el asceta, no habiendo vivido en el verdadero sentido de la palabra, y

no habiendo dejado rastro de sí, vea la muerte, aun cuando la desee, bajo un aspecto triste.

Pero en la Edad Moderna la filosofía hase hecho inductiva; de inspirada que era hase vuelto investigadora; en lugar de remontarse al cielo ha profundizado la tierra. Reconciliada con la Naturaleza, ha visto que los hombres no debían someterse á ella como hicieron en ciertas sociedades orientales, que no debían huir de ella como hicieron los cristianos, puesto que la Naturaleza ni es Dios ni es Diablo, que debían de vivir con ella, pero dominándola y poniéndola á su servicio. La consecuencia ha sido el que hoy la filosofía evolucionista nos diga, invirtiendo los términos de la mística: «Ya que vivís hacedlo en provecho, no de vosotros mismos exclusivamente, sino en el vuestro y en el de los demás. Vivid cada día más y mejor, mitigando vuestro egoísmo por el altruísmo, lo que al fin, redundando en provecho de la especie repercute también en bien del individuo.» La filosofía hoy aconseja al Hombre que extienda su existencia tanto como pueda, que desparrame su alma, por decirlo así, emitiendo y propagando las ideas, multiplicando y facilitando la acción, pensando, ilustrando, inventando, civilizando á los que no lo están, reproduciendo lo de los demás, reproduciéndose á sí propio, pues que la grandeza del espíritu depende sólo (á más de la organización heredada), de la cantidad y de la calidad de las impresiones recibidas y del número y complicación de relaciones con ellas en nuestra mente formadas; como la vida depende de la cantidad y la calidad de la acción; y la moralidad de la dirección meramente humanitaria de las ideas, y de la conformidad de éstas con los actos. A este fin el Europeo y el Americano fundan colonias y extienden su dominio sobre los continentes no civilizados; para esto en los Estados más adelantados se aseguran los ciudadanos el derecho que á todas las manifestaciones del desarrollo de la vida tienen. En virtud de esto ha sido destruído el poder de la Iglesia al oponerse á la evolución de aquellos sobre quienes imperaba; en virtud de esto los cesarismos se han venido abajo; en virtud de esto en los pueblos adelantados decaen las monarquías en unos, mientras en otros las repúblicas se organizan y prosperan.

Este es el motivo de que el Hombre de nuestra civilización haya llegado á ser, después de la Revolución francesa, tan inmensamente superior al que vivía sujeto al dogma puro. Este es el motivo de la riqueza de las naciones. Cuando no queda ni una sombra del escepticismo de la vida y la tendencia al perpetuo evolucionar esté aclimatada en todos los pueblos, cuando esté encarnada en todas las costumbres, cuando inspire á todos los que dirigen las sociedades, cuando sea la norma de todos

los códigos, cuando el Hombre en la plenitud de todos sus derechos organice sus agrupaciones en bases de justicia, es decir, en la apreciación exacta de la utilidad y alcance de sus esfuerzos, entonces, y estando en condiciones favorable en la lucha para la existencila y obteniendo una gran suma de vida, al luchar no hallándose en frente de un semejante sino en frente de la Naturaleza, podrá pasar por la Tierra tranquila la conciencia y terminar con dignidad sus días.

*
* *

Reasumamos:

Ya que hemos de morir, gocemos de la vida, decían los antiguos, y la idea de la muerte les impelía al provecho individual, á lo más al de la patria. Anacreonte llama á la orgía al Hombre presentándole su fin cercano é inventa nuevos placeres para consolarse de la muerte. El esqueleto en la mesa de Trimalcion es motivo de vida, é incita á disfrutar. Cátulo invita á Lesbia á gozar antes de que pase la juventud florida, pues la muerte lo acaba todo. Antonio Muret, comentando estos versos, observa que todos los poetas de la Antigüedad aconsejan á las jóvenes que se entreguen á la voluptuosidad, sirviéndose del argumento de lo pasajero de la vida. *Admonitus morti puellam ad fruendas secum voluptates cohartatur, est autem hoc argumentum Poetis perfamiliare.* La brevedad de la existencia es el argumento común de los galanes de la Roma Antigua para convencer á las damas de que es justo ceder á sus halagos (209). El mismo Horacio tiene pasajes inspirados en igual tendencia. *Que se me asegure que he de durar seis meses*—dice Cecilio,—*y tan bien he de vivirlos que no he de temer morirme el séptimo.* El marino Encolpo atravesando en alta mar una tempestad, en que cree hundirse, les dice á sus amigos: *Robémosle aún algunos goces á esa Fatalidad que se apresura á perdernos.* Y la hermosa Laís de Corinto, espira en el placer de que ha llenado su existencia (210).

Morir habemos—dijeron luego los cristianos llenos de sed de eternidad,—*por tanto, ¿para qué afanarnos por lo mundanal y pasajero? La vida es un soplo, vanidad de vanidades, no vale la pena que nos ocupemos de ella, lo mismo es morir hoy que mañana, enfrente la vida eterna que vamos á alcanzar en la gloria.* Y se mortificaron atro-

---

(209) Según Petronio.

(210) A dicha muerte aludía Ovidio cuando escribía los siguientes versos:

¡O utinam Veneris posse in langescere motu!
Cum moriar, medium solvar et inter opus.

fiando su ser, no satisfaciendo las mejores necesidades del Hombre, proporcionándose toda clase de privaciones y tormentos.

La idea de la Muerte, en la Filosofía moderna, impele á vivir como en la Antigüedad, pero no ya únicamente para el exclusivo provecho propio. Convencidos de lo relativo de todo lo que existe, no aspirando á la posesión de lo eterno ni de lo absoluto, la idea de lo pasajero de la vida no puede impelernos á despreciarla, pues es su condición esencial, debe impelernos á hacerla más extensa y más intensa; nos debe volver egoístas para conservarnos y altruístas para extender y perpetuar nuestros actos en beneficio de los demás. La idea de la Muerte sólo puede incitar hoy al trabajo, á pensar, á estudiar, á producir, á viajar, á relacionarse, para robarle á la Fatalidad todo lo que se pueda, para sacar del dominio de la inconsciencia toda la mayor suma de Naturaleza posible, para que la Muerte nos halle habiendo producido una suma tal de vida y de inteligencia, que nada pueda contra nosotros, como no puede nada con las grandes individualidades, que aunque su organismo se destruya, su manera de ser les sobrevive.

¡Despreciar hoy como en plena Edad Media la vida, porque es pasajera! ¡qué raciocinio más falto de sentido! y ¡qué error tan grande el de deducir de ello la vanidad de la ciencia, del arte, de la industria, del amor y de todo cuanto hay de bello y grande para el hombre sobre el suelo! Todo en el Universo es transitorio. El propio Universo no es más que una continuidad de momentos, una suma de actualidades. Cambiar, pasar, esta es la ley de la Naturaleza. Todo lo que es, no ha sido antes de ser, y es precisamente porque va á dejar de ser, es decir, á cambiar de modo, de forma. El hoy no existiría si el ayer no hubiera sido, y sin el hoy, el mañana no vendría. La eflorescencia no es más que un momento del vegetal, que fué semilla hundida en la tierra, y que tarde ó pronto, después de dar su fruto, vendrá á ser leño que arderá en el fuego, tejido celular que se descompondrá en el estiércol, jugos y gases. Mariposa ha de ser la sucia larva que se arrastra por el lodo y por el polvo; mariposa brillante que volará de flor en flor sorbiendo miel y embriagándose de aromas, para que después de su muerte otros insectos la devoren. El joven que corre á la virilidad, el hombre que se hunde en la vejez, han sido niños. Todo lo que existe bello ó feo, es sólo tal, por el momento que atraviesa. ¡Qué locura si los seres no cumplieran las funciones á que lógicamente les lleva su constitución so pretexto de que su organismo no es permanente, eterno! Precisamente en esto estriba el vivir, en pasar, en no pararse. Tan sólo existe una teoría verdaderamente filosófica de

la vida, y es la que á nuestra efímera existencia le asigna un objetivo elevado: es la que nos hace vivir á fin de crearnos una personalidad moral, la que nos hace soportar las grandes pruebas, la que nos impele, en fin, á luchar incesantemente contra la ignorancia y las malas condiciones de existencia. Perseguir con bravura el ideal, esto es lo que nos hace sobrepujarnos á nosotros mismos, puesto que para vivir es preciso un fin, es decir, una idea, que valga la pena de que uno muera por ella. Comprendería se el desprecio de la vida si ésta no fuera un eterno llegar á ser. El propio Hartman, el más pesimista de los filósofos, después de haber sacado la conclusión de que la existencia es una gran desgracia, vuelve á la verdad, faltando á la lógica, cuando nos dice que debemos proseguir con todas nuestras fuerzas la obra de la evolución aunque no sea más que para agotar más pronto el sufrimiento.

El Hombre se halla entre dos términos fatales, el Nacimiento y la Muerte. Nace sin querer y naturalmente muere sin que su voluntad intervenga en ello (salvo en los casos de suicidio). Lo único que puede hacer es procurar que estos dos términos estén lo más distantes posible, y en el tiempo que entre ellos vaya comprendido acumular sobre su persona el mayor número de impresiones, verificar la mayor suma de cálculos, rectificarlos lo más posible, corregirse de las tendencias erróneas ó perversas adquiridas, modificar las heredadas para legar una mejor naturaleza á sus descendientes (211), y multiplicar su acción lo más posible en provecho de todos. El que tal haya hecho relativamente á sus facultades y aptitudes, el que por lo menos haya armonizado el beneficio propio con el ajeno, el que haya tendido á un ideal de arte, de ciencia ó de justicia, éste podrá morir tranquilo, pues habrá cumplido su misión sobre la tierra. Y al contrario, aquel que no haya amado, el que no haya reconocido otro móvil que el impulso de un bajo egoísmo, el que no haya sentido el placer que da el hacer una acción buena, el que haya vivido sumido en el egoísmo trascendental ó terrestre, sin mutualismo de ningún genero, sin amor en el corazón, sin justicia en la conciencia, el que no deje hijos ni obras, el que ni siquiera haya contribuído con un acto al universal

---

(211) Muchas veces el individuo no puede vencer las aptitudes heredadas, para vencerlas frecuentemente se necesita el esfuerzo consecutivo de varias generaciones. Puede uno luchar con sus malas tendencias, malas tendencias que en nosotros forman segunda naturaleza, y ser impotente para dominarlas. Pero sus hijos ya no lo serán tanto, si continúan la lucha por el padre comenzada, pues habrán recibido á su vez también como herencia el resultado de los esfuerzos de éste y como consecuencia una naturaleza más dominada. Así las tendencias perversas pueden ser eliminadas, como las enfermedades, al cabo de algunas generaciones y si reaparecen será sólo como caso de atavismo pasajero.

adelanto, ¡cuán triste debe de ser su muerte! Cuando esté tendido en lecho de dolor y sienta aproximarse su última hora, «llame á un sacerdote—como dice Proudhon,—para ver si por medio de sus alegorías puede hacerle comprender la justicia y vislumbrar lo infinito para después morir tranquilo.»

*
* *

En el capítulo anterior hemos contestado al argumento que en favor de la vida futura se hace diciendo que debe de existir para que tengan premio en otro mundo los que aquí no lo tuvieron. Apoyándose en la misma teoría del castigo y del premio objétase que sin ellos no es posible la virtud en este suelo. La teoría de los filósofos modernos, si se generalizara, produciría la inmoralidad sobre la tierra, se dice. Sin la perspectiva de una recompensa para la virtud y de un castigo para el crimen, todos serían criminales, nadie obraría sino por puro egoísmo y pronto la tierra, se convertiría en un infierno. Aunque no fuera verdad, lo del castigo y premio siempre sería á la vez un freno y un estímulo, es decir, una garantía para la moralidad de los pueblos.

Como esta acusación, á ser fundada destruiría todo lo que de práctica tiene la teoría que hemos formulado, venimos obligados á rebatirla en este capítulo.

La perpetuación de una parte del Hombre llamada alma, como imaginó Platón, ó la de esta con el desdoble del cuerpo, cual pensaron los Egipcios, como medio de hacer realizable la justicia, las ciencias naturales demuestran plenamente que es una quimera como hecho posible, y la Sociología su falta de influencia favorable en las costumbres de los que tal creen.

En una época de decadencia como cuando apareció el Cristianismo, época en que el nivel moral había bajado tanto, compréndese que se opinara de esta manera por los mismos propagadores de la teoría que ellos creían salvadora, pues todos vivían en la misma atmósfera social y el nivel moral de unos no diferiría mucho del de los otros. Así San Pablo dice «que si los muertos no resucitaran, él y sus semejantes serían harto insensatos de no darse á comer y beber en lugar de exponerse á los peligros por la firmeza de sus convicciones.» Efectivamente, de una parte el estado de la plebe del Imperio reclamaba móviles egoístas, y de otra tampoco podía acudir á otros argumentos un judío de la época como Pablo. Cuando fué á predicar su teoría de la resurrección á Atenas, sólo obtuvo por resultado la sonrisa de los oyentes.

Pero esta argumentación no tiene hoy día efecto al-

guno. El sentido moral está más alto, y ya nadie considera hombre moral al que necesita un móvil egoísta para ser virtuoso.

Para ser justo se ha de querer la Justicia por ella misma, como de Dios dice aquel conocido soneto atribuído á San Francisco Xavier:

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido;
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.
... ...
... ...
Que, aunque no hubiera cielo, yo te amara,
Y, aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera;
Pues, aunque lo que espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

El que obre por la recompensa, ó el castigo, el día en que dude ó no crea será un criminal desenfrenado. Al contrario, el que se acostumbre al fallo de su propia conciencia obrará bien, pues en sí llevará el castigo ó la recompensa de sus actos. No se detienen los males de esta vida con la creencia en otra. La inmortalidad católica, va unida á la creencia en el perdón, el culpable sabe que Dios puede perdonarle el mal que á los hombres haya hecho. A más el Hombre es culpable sólo delante de Dios; si falta sólo se le castiga porque faltó al precepto divino aunque su faltar sea relativo á lo humano. Así al cristiano poco ha de importarle el faltar al Hombre si sólo con Dios es con quien ha de saldar cuentas, y de aquí el que el día que si en nombre de Dios se le predica un crimen, lo cometa.

A más ya hemos visto lo antisocial de una teoría que que tiende á la mortificación del Hombre declarando la vida despreciable y la persona humana indigna y criminal de origen.

El Hombre obra mal, ó invade el derecho de los demás, por necesidad, por instinto ó por falta de conocimiento de lo que practica. Cuando sucede esto último, lo cual es en infinidad de casos, los que obran mal, al hacerla créense obrar bien. El número de éstos será tanto menor cuanto más se difundan los conocimientos científicos, pues sus faltas reconocen por móvil la ignorancia. Cuando el obrar mal proviene de una aptitud heredada, la única represión posible en el Hombre, es el desarrollo de la Inteligencia, y por lo tanto, el conocimiento de las cosas y su justipreciación. Al cabo de algunos años de lucha consigo mismo, el individuo consciente y pensante, por lo general, se

domina, y si no llega á dominarse por completo al menos borra algo de la herencia perversa, y á sus sucesores les cuesta ya menos trabajo el dominarse. Si el Hombre obra mal al impulso de necesidades apremiantes, no hay más que colocarle en un estado en que pueda satisfacerlas sin recurrir al crimen. En este caso el mal estriba en un defecto de organización social que puede remediarse estudiándolo.

En ninguno de estos casos producen resultado alguno lo sobrenatural y la perspectiva de una vida de ultratumba. En un estado en que el producto obtenido por cada uno fuera proporcional á la calidad y á la cantidad de su trabajo y por consiguiente á sus aptitudes y al ejercicio de las mismas, en el que la ilustración fuera general, y en el que todos tuvieran verdadera conciencia de sus propios actos, los crímenes no figurarían para nada, en todo caso sólo se cometerían leves faltas hijas de errores especulativos. cuanto más se civilizan y humanizan las sociedades, cuanta mayor suma de bienestar adquieren más morales van siendo. En los períodos primitivos en que las razas civilizadas estaban en un estado de salvajismo análogo al de los *Papuas*, la antropofagia, la promiscuidad, y la bestialidad eran cosas corrientes. En las civilizaciones caldeo-asiria, y siro-fenicia, encontramos el incesto sagrado y los sacrificios humanos individuales y colectivos lo mismo que en el Egipto. En el politeísmo del Asia Menor y de la Grecia, preséntansenos la sodomía tolerada, el incesto prescrito por la religión, la esclavitud sancionada por la ley. En el monoteísmo judáico vemos maldecir hasta la quinta de las generaciones, mandar no socorrer al apestado, anatematizar el vencido considerándole culpable, asesinar á individuos y á colectividades en nombre de Dios, y en nombre del mismo legitimarse la cohabitación de las hijas con el padre y otras enormidades semejantes. Los degüellos y las quemas caracterizan al Cristianismo en la Edad Media y en el Renacimiento. Pero vemos desaparecer estos crímenes de entre los hombres á medida que la sociedad va evolucionando y organizándose. El grado de religión es una resultante del estado social en que se produce. No son hijos estos crímenes de la religión, como se pretendió, pero tampoco la religión los suprime. El estudio de la evolución de las sociedades humanas demuestra que el crimen proviene de las malas condiciones de existencia en que el Hombre se halla en lo físico y en lo intelectual, y que la teoría sobrenaturalista coincide con ellas y con ellas va desapareciendo. Poco se preocupaban de la vida futura los ciudadanos de Grecia y Roma, para que influyera ésta en sus actos, y nadie negará los ejemplos de honradez y de alta moralidad que dieron muchos de ellos. El mismo Cicerón, que escribe ya á principios del período espiri-

tualista, dice que sus conciudadanos no se curaban mucho de lo que podía sucederles después de esta vida. Los conatos de una vida de ultratumba de ciertos seudo-filósofos, no alteraban en lo más mínimo sus actos públicos y privados.

En cumplimiento del deber, el hacer el bien ó el mal depende de la conciencia. Si yo creo que una cosa es mala ni que me la prescriba quien quiera no la haré, y si se me figura que tal otra es justa y tengo derecho á ella ni que me la prohiban me privarán de hacerla, y si por la fuerza material me lo prohiben, protestaré desde mi fuero interno, y conspiraré contra la fuerza que se me oponga. Esto ha sido lo que la Humanidad ha hecho en todos tiempos. Y si no ha practicado siempre la justicia ha sido porque muchas veces se ha figurado ser justo lo que no era y viceversa (212).

Entregarse á un dogma que á uno le diga esto es bueno ó esto es malo, cual dogma y cuya iglesia siempre subordinarán la moral, relación puramente humana, á la adoración divina, el acto justo al acto religioso, y aun á la conveniencia del rito y de sus funcionarios, es falsear la moral por su base abdicando de la propia conciencia; es declararse impotente para conocer la justicia, y en una sociedad cuyos individuos no sean aptos del sentimiento de justicia á buen seguro que no ha de haber moral posible.

Objétase por algunos, que el escepticismo de la época, que las vacilaciones de los últimos momentos, son indicio seguro de la inmoralidad de la teoría; «si el Hombre hoy no es feliz, si vacila y duda—dícese,—es porque se apartó de la fe, así la reconocen muchos en su hora postrera.»

Es preciso considerar que estamos en un período de transición. Muchos adoptan teorías filosóficas sin seguir sus consecuencias sociológicas ó sin poder practicarlas. Además llevamos la herencia de muchas generaciones sobrenaturalistas y en cuanto por debilidad cerebral ó por otra causa disminuye la razón, ó lo adquirido por la ciencia, la herencia triunfa y reaparece el fondo sobrenaturalista que en nosotros llevamos y que nuestros conocimientos superponiéndose habían borrado. Este fenómeno de cambiar de tendencias en los últimos momentos de la vida, presentóse también en la época en que el paganismo moría para dar paso á las ideas cristianas.

El malestar, la vacilación y la tristeza que se nota en los ánimos, la desesperación de algunos que no creyendo ya en el pasado ven aún obscuro el porvenir para esperar en él, la inmoralidad de otros que se han emancipado

(212) Véase el Apéndice y en el tomo II, el desarrollo de la idea de la Justicia, en el capítulo XI, *De la idea del mal filosóficamente considerada.*

de la religión, antes de tener un fondo de conocimientos científicos con que nutrir la propia conciencia, son fenómenos que cesarán el día en que las nuevas ideas reinen por completo y la sociedad se haya organizado según ellos. Un eminente crítico de la escuela espiritualista francesa, E. Caro, lo afirma: «Si más adelante—dice,—triunfaran estos sistemas, el conflicto cesaría, y con él el estado violento y patético de los espíritus (favorable á las inspiraciones del poeta). Si estas doctrinas encerraran la verdad, toda la verdad, no tendríamos para Jeovah ninguna clase de odio ni enojo, de la misma manera que no se lo tenemos á Júpiter. La Física sería á la vez filosofía, religión y poesía; la tristeza, la sombría inspiradora de estos poemas (213), no sería posible en manera alguna pues que sólo puede resultar de la comparación entre los nuevos dogmas y los antiguos; se sabe lo que se deja pero no se sabe lo que se va á encontrar en su lugar. Ved de dónde viene esta perturbación horrible del espíritu. Renacerá la calma, aun más la tranquilidad irremediable y definitivamente reinará, si los nuevos dogmas pueden llegar alguna vez á establecer su imperio.»

Los que hacen un argumento en contra de la teoría positivista, del estado de tristeza y malestar en que se hallan los ánimos á consecuencia de ésta, pueden ver como no son consecuencias que se la puedan achacar á ella, sino meras resultantes de la transición y de la lucha. No pretendemos que las teorías que hemos expuesto nos hagan felices en absoluto, pues harto sabemos que no hay absoluto alguno que sea realizable, pero lo que sí afirmamos es que están conformes con lo que nos enseña la ciencia, y que no sólo no impedirán la Justicia sobre el suelo, sino que, viendo el Hombre que sólo aquí debe realizarla tenderá á ella con todas sus fuerzas, para ir cada día alcanzando de ella mayor suma.

---

(213) E. Caro hace estas consideraciones á propósito de un poeta positivista. *Revista de Ambos Mundos*, 17 Mayo 1874. *La poesía filosófica en las nuevas escuelas.*

APÉNDICES

I

Apéndice al cap. II La India

Imprimióse el capítulo de la India antes de que asistiéramos en representación de España al *Congreso de Orientalistas* celebrado en Leyden. Allí pudimos tomar numerosos datos, entre los cuales, los que nos facilitó el sabio historiador del Budhismo, prof. Kern, confirman todas las teorías expuestas en dicho capítulo; sólo un punto nos es preciso corregir y es el en que afirmamos que Condragrupta halló apoyo en las comunidades budhistas. Al entronizarse este emperador indio, éstas, según la opinión de dicho sabio profesor, no existían aún. El apoyo que el emperador sudra hallara sería entre mendigantes y ascetas de tendencias análogas, que precedieron á las comunidades budhistas. Estas, á quien apoyaron, y por quien fueron altamente protegidas, fué por Asoca, nieto del antedicho monarca, el cual era de pura raza de esclavos como el fundador de la dinastía.

Esto demuestra la opinión que sobre la antigüedad de las religiones de la India hace ya unos cuantos años tenían los orientalistas mejor informados. Excepto una parte de los ritos descritos en el Rig-Veda, según los cuales hemos formulado los cultos índicos primitivos, los demás resultan relativamente modernos. Por lo que toca al Budhismo, es anterior de muy poco al Cristianismo; al igual de la religión de Khrisnha, siendo la leyenda de Rama y su poema el *Remayana*, contemporánea de nuestros poemas caballerescos de la Edad Media, tales como la *Canción de Roldán*, el *Poema del Cid*, *Tristán é Iseult*, etc., etc. Siva, como Dios de la Muerte y del Mal, con las terribles cualidades que Kali-Durga le prestara, corresponde también al Diablo cristiano de los siglos medios; sólo durante éstos se le representa con su tridente, cuchillos, collar de cabezas cortadas, cintura de llamas, y pisando condenados ó calaveras. Es digno de notarse este paralelismo de las dos ramas arias, la Europea y la Indica; en iguales períodos presentan ambas fenómenos análogos en el desarrollo de sus religiones, debidos, quizás á las causas de decadencia que apuntamos en el apéndice III, que obrando sobre la misma raza debían de producir los mismos efectos.

II

De las sombras

Apéndice al cap. VII Grecia

La idea de las sombras sufrió una gran evolución entre los Griegos. Según un sistema escatológico la sombra iba á morar en el éter en la corte de Zeus; el Hades sólo era el lugar á que iban á parar los cuerpos y era sinónimo de la tierra que guarda los cadáveres. Según otro, el Cielo y el Elíseo estaban situados en el imperio de Hades y recibían los

muertos (no las sombras) según su grado de mérito. Imaginaron algunos que las sombras de los muertos eran transportadas entre los dioses, en medio de las esferas consteladas, ebrias del néctar que se vierte en el festín de los inmortales; así gozaban dicha perpetua viendo la luz increada; creencia análoga á la de los primitivos Arios y á la Mazdeista. De aquí el nombre de *buenos* ó de *cristos* que se daba á los difuntos (xrestoi). La misma acepción de *bueno*, era la que correspondió en un principio á los *manes* (*manis manuus*). El concepto que se tenía de la *sombra* humana era aún vago é indeterminado. No era aún el del alma que definió Platón. La teoría de las penas y de las recompensas es posterior á las que hemos expuesto. Antes de enviar los culpables al Tártaro, los escatólogos antiguos se limitaban á creer que, las sombras de aquéllos, andaban errantes por la atmósfera, ó que llevaban sobre la tierra una segunda vida vagabunda y miserable, no siendo estas sombras aun bien distintas de la individualidad. La célebre inscripción del joven marino de Marsella, citada por Jacobs (*Analecta*, t. XIII, pág. 779) y Lobek (*Aglaophamus*, página 1293) es el texto que mejor resume esta antigua creencia griega. «Los muertos—dice—se dividen en dos pueblos. El uno es el de los que vuelven para andar errantes sobre la tierra; el otro lo forman los que danzan con los astros en el cielo; y yo soy de estos últimos porque tomé á Zeus por guía».

Y nótese que dice, los *muertos* y *yo*, no las *sombras* ni las *almas*, ni mi *sombra* ó mi *alma*. A esta teoría aludía también Virgilio cuando dijo:

Aliæ panduntur inanes
Suspensæ ad ventos; aliis suo gurgite vasto
infestum eluitur Scelus.

III

De las influencias cósmicas consideradas como factores de la evolución humana

Apéndice al cap. VIII La Decadencia

En un trabajo titulado *El Ascetismo en la Tebaida*, traté de demostrar la influencia que tuvo el cambio de clima de nuestro hemisferio en la decadencia de la Antigüedad, y por consiguiente en el triunfo del Ascetismo.

Por extraña que pueda parecer esta conclusión, me fué sugerida por numerosos datos científicos. Indújela de los trabajos del geómetra Adhémar (el cual fué el primero en relacionar los períodos glaciarios con el cambio de temperatura que debía producir la precesión de los equinoccios), de las conclusiones astronómicas del sabio marino F. Julien, y de los del reformador de la Geología, el ilustre Lyell.

La suma de los días de primavera y de verano en el hemisferio boreal alcanza su máximo en la época en que el perihelio coincide con el solsticio de invierno; entonces resultan para el hemisferio Sud otoños é inviernos que alcanzan un rigor sumo, y que tienen tantos días de más sobre la primavera y el verano, cuantos estas dos estaciones tienen de más sobre las otras en el hemisferio Norte. Pero cuando el perihelio coincide con el solsticio de verano, sucede todo lo contrario. Entonces, en el hemisferio que ocupamos, los inviernos son largos y fríos; la cantidad de nieve que cae es considerable, y los *glaciers* bajan y se extienden. Cada uno de estos períodos, calientes ó glaciales, se repite cada 21,000 años. La precesión de los equinoccios y el movimiento de la línea de los ábsides han determinado, pues, en cada uno de los hemisferios terrestres, períodos fríos ó calientes que alternativamente se han sucedido cada 10,500 años.

A más; la variación de la excentricidad de la órbita que recorre nuestro planeta alrededor del sol, ha ejercido su influencia sobre las temperaturas terrestres. El efecto producido por esta variación en una diferencia de estaciones, se acentúa en razón directa de la mayor excentricidad. Esta diferencia, que en el período actual es sólo de 8 días, puede llegar á ser de 36. Tal fenómeno se produjo hace 850,000 años, según lo induce Lyell de los cálculos de Stone, James Croll, y Carrich Moore (Véase *Principles of geology*, 10.ª edic.)

La variación de la oblicuidad del plano de la eclíptica, también tiene, á lo que parece, una influencia tan sensible en la temperatura de la tierra que es capaz de producir, en la época en que se presente el mínimum de oblicuidad del plano, una temperatura media tal, que haya podido determinar la vegetación arborescente y vigorosa de la Groenlandia septentrional en el período mioceno. Este hecho se remonta, según Lagrange, á 16,300 años. (Preciso es el hacer notar aquí el que tal dato parece un tanto aventurado).

Todo esto nos demuestra que los diversos países de nuestro globo no han tenido siempre la misma temperatura que hoy día tienen, puesto que como consecuencia de los diversos fenómenos de atracción sideral, la temperatura, en lugar de ser fija, va evolucionando lentamente de conformidad con las variaciones de los movimientos de la tierra.

M. Hirsch, director del Observatorio de Neuchatel, cree que las temperaturas extremas pueden llegar á una gran diferencia. En el año de 1248 el perihelio coincidió con el solsticio de invierno; entonces fué la época más caliente por que haya atravesado la Europa. La diferencia era de 8 días en favor de la primavera y del verano. 10,500 años antes de esta época, es decir, hace 11,136 años, Europa y Asia atravesaban la época fría; el invierno era más largo que el verano y esto daba por resultado el que descendieran los *glaciers*, muy por debajo de los límites que hoy tienen. Apoyándome, pues, en todas estas conclusiones, afirmé que en el Egipto y en el Asia Anterior en su período de las grandes civilizaciones, reinaba una temperatura mucho más elevada que la que hoy día tienen sus comarcas. Hacía notar al mismo tiempo que la decadencia de esos imperios, la cual se acelera á medida que se aproxima de los tiempos en que aparecen civilizaciones más al Norte, como la griega y la persa, debía coincidir con un aumento de calor.

Esos pueblos veíanse sucesivamente dominados por razas que venían de países más septentrionales; los Asirios y los Babilonios lo fueron por los Persas; los Egipcios por los Semitas primero y por los Griegos después. ¿No vemos también mucho más tarde en nuestro Occidente, á una época ya más cercana del máximum de calor, al Imperio romano caer vencido por los bárbaros del Norte? La decadencia en cada uno de estos imperios venía acompañada de la evolución de las ideas filosóficas ó religiosas que se iban acentuando en el sentido del absolutismo y del misticismo. Una negra melancolía se apoderaba de los pueblos, y entre las gentes superiores aparecían filosofías pesimistas cuyo fondo era la laxitud que proviene de la desesperación. El Estoicismo y el Epicurismo datan de la decadencia greco-romana, la cual acontecía en una época ya muy próxima al máximum del calor. La Humanidad proclamaba en Europa, paralelamente con la India, que su fin no era de este mundo, en el cual no sabía ver condiciones de existencia. A medida que el calor iba subiendo aparecían sistemas que eran verdaderos delirios, sobre todo en las ciudades del Africa y del Asia Anterior. Los iluminados estaban á la orden del día. Las imaginaciones se desbordaron, y las gentes, tomando lo que pasaba en su magín, por lo que había pasado en la creación del Universo, llegaron á afirmar que el mundo era la obra del delirio de la Divinidad. «Es preciso hacer notar—escribía yo en el antes indicado trabajo,—que la época de más calor fué para nuestro hemisferio el año de 1248, y que el misticismo y el ascetismo, se amparan completamente del mundo civilizado unos ocho siglos antes de esa fecha, á partir de la cual van aumentando hasta el siglo XIII, época en que el poder teocrático adquiere toda su omnipotencia, triunfando de todas las herejías existentes. Y es de advertir que éstas por lo general son místicas, más místicas que la Iglesia ortodoxa, como lo atestiguan las de los *Valdenses* ó *Ensabatz*, etc., etc. El siglo XIV viene después, y es ya un siglo de locura delirante, furiosa, epiléptica, con la cual toman cuerpo las quimeras más extravagantes, como las de la Alquimia y la Hechicería, al par que las protestas más apasionadas. Van llegando luego el Renacimiento, la Enciclopedia y la Revolución en Francia, la Filosofía en Alemania, y la ciencia moderna con sus tendencias positivas, á medida que nos alejamos de este calor máximo. Las protestaciones de la libertad de pensar, la Filosofía, y los inventos empiezan por los países civilizados del Norte... etc., etc.»

El Dr. Charbonnier-Debatty dice en su trabajo titulado ENFERMEDADES Y FACULTADES DIVERSAS DE LOS MÍSTICOS *(Acad. Royal de Médecine de Belgique, 1875)* que los prodigios del misticismo sólo son posibles á partir de cierta latitud. En aquellos países en que el frío hace indispensable al cuerpo una gran cantidad de carbono, la abstinencia es imposible.

En el Norte es difícil el misticismo é imposible el ascetismo; nulo en los países glaciales, muy raro en los climas frescos, apunta en los climas templados y va haciéndose más común á medida que se avanza hacia el Mediodía, siendo ya frecuentísimo en los países que se acercan á los trópicos, en los que la temperatura del medio ambiente suple el calor que da al cuerpo humano la combustión del carbono que en él entra con los alimentos. Conocidos son los efectos del calor sobre nuestro funcionalismo intelectual. Esas naturalezas soñadoras, espíritus contemplativos, imaginaciones desbordadas que rechazan toda disciplina y toda observación precisa, son siempre hijas de climas calientes. El misticismo, pues, y el ascetismo, vienen determinados por la latitud. Hay una *línea isotermomística* que el Hombre no puede traspasar. Pero esta línea varía, por las razones que hemos expuesto, de conformidad con la variación de los movimientos de la Tierra. Si calculamos de una manera aproximativa y según los datos precedentes, la temperatura de nuestro hemisferio al fin de la decadencia romana (siglo III), veremos que esta zona debía de empezar al Norte, hacia el paralelo 43, comprendiendo la Grecia, el Lacio, la Iberia, etc. Anteriormente á esta época, á fines del siglo V antes de Jesucristo, su límite Norte debía ser el paralelo 38, pasando por el Asia Menor, el Peloponeso, Sicilia y la Iberia inferior que los romanos llamaron Bética, y que hoy día conocemos con el nombre de Andalucía. En la Edad Media el calor aumentó y con él subió el límite superior de la zona mística llegando hasta el paralelo 52, esto es, pasando al Norte del Rhin. Por esto vemos en los siglos XII y XIII aparecer el misticismo en Alemania, en el Norte de Francia y aun en Holanda. A partir de 1248, disminuyendo el calor van bajando los *glaciers*, entonces el misticismo va siendo imposible en estos puntos. Las naciones septentrionales son las primeras en emanciparse de los poderes teocráticos; en Holanda, Erasmo y Spinoza fueron posibles; los reformadores se sucedieron en Alemania; Inglaterra sacudió el yugo de los papas cuando en el Mediodía de Europa pululaban los milagros. Santa Teresa florecía en España con toda la literatura mística y visionaria, mientras que Hobbes escribía en Inglaterra. Hoy día estos estados ya no son frecuentes más que en los pueblos muy al Sud de Europa, ó en el Asia meridional y en el Africa; y aun en alguno de los países Sud de Europa, disminuyen de pocos años á esta parte los casos de ascetismo, lo cual es debido á la influencia de las ideas científicas, más que al descenso de la zona.

Es preciso hacer notar que los grandes efectos del máximum de estas variaciones de temperaturas débense haber hecho sentir de una manera más acentuada un siglo ó dos más tarde, por ser entonces cuando obraron las causas todas acumuladas. El mes más caluroso del año es el mes de Julio y aun el de Agosto, y no el de Junio; la hora del día en que hace más calor la de las dos de la tarde y no la del medio día. Por esto es por lo que atribuímos en el tomo II, cap. IX, la locura que se apodera de toda la Europa en el siglo XIV, al máximo de calor que sufrió ésta, á causa de haber sumado el propio al del siglo XIII. Es preciso hacer notar que muchas otras influencias, aparte de la climatológica, deben de haber concurrido á un tal resultado; pero en este apéndice sólo nos ocupamos de ésta, que á nuestro ver es la principal.

Posteriormente á la redacción de lo que antecede, para la edición francesa, leímos un trabajo inserto en la *Revue scientifique* (número del 26 de Julio 1879) debido á M. Jean d'Assier, el cual relacionaba, como nosotros, los períodos glaciarios con la evolución de la Humanidad.

Dicho autor, apoyándose en la cronología egipcia de Manethon, conservada en los escritos de Julio el Africano, Josefo, Eusebio y Jorge el Syncelo, en lo que recita Herodoto, y en los últimos descubrimientos de la egiptología moderna, atribuye una antigüedad de 15,000 años á las antiguas civilizaciones del Egipto; después de lo cual formula esta pregunta: «¿Por qué ciertos pueblos de Oriente se han revelado á la Historia hace ya ciento cincuenta siglos, mientras que apenas hace siete ú ocho mil años las razas europeas no estaban representadas más que por tribus troglodítas?» A lo cual responde diciendo que «la explicación debe buscarse en la teoría de las épocas glaciarias. Privado de altas montañas y tocando por su extremidad meridional con el trópico de Cáncer, el Egipto ha estado siempre al abrigo de los fenómenos glaciarios; lo mismo les ha pasado á las vastas llanuras que se extienden al Sud de Asia desde las costas del Mediterráneo á las de China. Todo lo contrario sucede con la posición y la estructura geográfica de Europa. Situada á gran distancia de los trópicos y confinando con los mares boreales es, por decirlo así, la la tierra clásica de los períodos fríos. Durante éstos la grandísima capa

de nieve que cubre la mayor parte de su superficie detiene todo desarrollo, de cualquiera especie que éste sea. Efectivamente, los vestigios de pueblos prehistóricos que se encuentran en los lagos, las grutas y los depósitos de turba, parten tan sólo de la época en que empiezan á retirarse las neveras. De épocas anteriores sólo se encuentran algunos fragmentos de huesos humanos, cuyos fragmentos son ya rarísimos á medida que la investigación se aproxima de la base de los terrenos cuaternarios».

El autor explica de igual manera que nosotros los fenómenos de la decadencia de las civilizaciones de la India, del Irán, de Babilonia, de Nínive y de la Grecia.

El último gran invierno que heló el hemisferio boreal, haciendo sentir sus rigores extremos á los habitantes de las altas mesetas del Asia, debió obligarles á refugiarse hacia las llanuras que se extendían hasta los bordes del Mediterráneo, del golfo pérsico y del mar de las Indias. Mientras duró la influencia del frío, estos nuevos países ocupados por las razas bajadas de las alturas, mantuviéronse frescos y estas razas pudieron desarrollar en ellos su actividad, conservando su energía. Tal temperatura, obligándoles á nutrirse de carnes y llevando consigo lluvias y una vegetación frondosa que llenaba de oxígeno la atmósfera, permitíales un trabajo cerebral continuo, una tensión de espíritu superior, sólo posible hoy en las razas fuertes de los países del Norte.

Precisamente coincide con este período el verdadero desarrollo de las grandes civilizaciones orientales. A medida que los hielos en nuestro hemisferio se retiraron, la temperatura de estos países fué aumentando sensiblemente. Sucesivamente las civilizaciones allí establecidas fueron reñándose, hasta que por fin se afeminaron y perecieron á manos de razas más fuertes, cediendo por fin su lugar á la civilización europea, más fuerte por estar más al Norte que ellas y por tanto menos sujeta á las influencias enervadoras de los trópicos. Pero llegó un momento de polo mínimo en el hemisferio boreal, y por tanto de calor máximo, calor que á pesar de todo ejerció su influencia en los países del Norte de Europa. Bien es verdad que la civilización europea sufrió menos que las asiáticas y africanas de estos calores. Por esto es por lo que aquí la decadencia de los siglos medios duró poco. Apenas el calor máximo de los siglos XIII y XIV hubo pasado, vemos á la Europa levantarse y renacer en ella la civilización antigua mejorada. Pero si el calor casi no hizo mella en nuestra civilización, el frío la obligará á cambiar de espacio. Dentro un período de tiempo no muy lejano, los países del Norte ya no serán habitables: nuestros países del Mediodía, teniendo la temperatura que hoy tienen Holanda y Alemania, serán países reflexivos y de un vigor hasta entonces desconocido. Más tarde, de aquí á unos 10,000 años, las grandes ciudades septentrionales y del centro de Europa, se hallarán debajo de una espesísima capa de hielo; las europeas del Sud, como son las grandes poblaciones de la Grecia meridional, las de la Sicilia y de Andalucía, tendrán una gran vegetación y vendrán á representar en el mundo lo que representan hoy Dublín, Kristianía, Estokolmo y las capitales de la Siberia. El Mediterráneo será un mar apenas navegable por los inmensos bloks de hielo que nadarán por su superficie, y nuestros descendientes, apoyándose sobre ciudades tales como Sevilla, Málaga y Palermo, extenderán su civilización al Africa, ó la mezclarán con la que hayan alcanzado los habitantes de aquellos países, al mismo tiempo que los americanos del Norte habrán tenido que confundirse con nuestros hermanos de las Américas españolas que en esta época habrán alcanzado el máximum de civilización posible, y el Asia Inferior verá como otra vez (aunque con un carácter más humano), brillar una cultura esplendorosa en sus comarcas.

Preciso es advertir que estas leyes cosmológicas sólo pueden influir sobre la civilización, produciendo el desarrollo ó la decadencia en el tipo general de esta civilización misma. Si, por ejemplo, según lo que resulta de las investigaciones antropológicas, la Humanidad ha atravesado ya dos otros períodos de 21,000 años antes del último período glacial, el cambio de territorio de las razas, en estas épocas en que aun no había más que rudimentos de sociedad, sin civilización alguna, no pudo producir los efectos que produjo luego en este último período en que los hielos cayeron sobre razas que tenían ya una civilización naciente. En el período que seguirá al actual, es casi seguro que el Hombre, con los medios de locomoción y de comunicación que hoy tiene, y con los grandes inventos que existirán en dicha época, podrá habitar en climas mucho más próximos al polo, que no hubiera habitado hace 9,200 años, de la misma manera ó mucho mejor de lo que hoy puede soportar los grandes fríos de la Siberia y desarrollar en ella la civilización y aun perfeccionarla. Estos inventos

estos medios de defensa le permitirán el ir aclimatándose y trasladando su cultura á las regiones más próximas de los trópicos, obligando á tomarla á sus habitantes ó haciéndolos desaparecer de aquellas comarcas. Y cuando vuelva el período del calor no tendrá que perder la dicha civilización, pues los grandes medios de comunicación y de defensa que poseerá le permitirán otra vez remontarse en nuestro hemisferio, protegiéndose de los rigores de los trópicos en cuanto éstos se hagan sentir. Antiguamente, en la infancia de las civilizaciones, una civilización desplazada era una civilización muerta; así es que muchas perecieron sin invertar ni siquiera el cambio de espacio. Hoy día se transporta la civilización moderna de un pueblo á países y á climas totalmente distintos y allí se fija, se desarrolla y fructifica. ¿Qué no será en esos tiempos venideros, en que la ciencia contará tantos siglos de experimentación y de inventos útiles?

IV

La Voluntad y la Conciencia

Apéndice á la pág. 237. «*El grupo superior de estas funciones, ó sean las intelectuales y afectivas, más ó menos simples, más ó menos elevadas, como son las facultades de sentir, recordar, pensar, querer y determinar actos...*»

En el fondo, la voluntad no es más que la resultante lógica de los fenómenos de la ideación. Consiste en la transformación de un fenómeno ó de una serie de fenómenos de movimiento ideal ó representativo, en fenómenos de movimiento real, es decir, en actos. Cuando un fenómeno de impresión más ó menos complejo ocasiona una serie de fenómenos representativos, prodúcese inmediatamente un conflicto, una lucha entre esta serie y otras series que se forman al mismo tiempo con impresiones adquiridas, reproducidas en virtud de una asociación con la impresión que originó la primera serie. La serie más enérgica, la más poderosa, es la que triunfa en esta lucha y de su triunfo emana la volición al transformarse la serie ideal vencedora en acto, pasando el movimiento de la substancia gris á la substancia blanca del cerebro y de ésta á los nervios motores y á los músculos. Este fenómeno es como el mandato imperativo del vencedor.

La diferencia que hay entre las simples acciones reflejas y la voluntad consiste en que en la voluntad existe siempre el precedente de su representación en la conciencia cerebral, mientras que en las acciones reflejas el fenómeno de actividad se produce sin la intervención de la conciencia cerebral. Es la mera transformación del movimiento sensitivo en movimiento motor. Y decimos conciencia cerebral, porque debe de existir también una conciencia inferior, confusa, si se quiere, en los ganglios del gran simpático y sobre todo en las diversas partes de la médula espinal. Las equivalencias morfológicas del cerebro y de la médula espinal implican, lógicamente, otras equivalencias fisiológicas. Además, en el reino animal existen diversos grados de conciencia correspondientes á los diversos grados de organización, habiéndola en los animales que en lugar de cerebro poseen sólo ganglios más ó menos comparables á nuestros ganglios nerviosos; así, por lo que toca la conciencia existe una serie que marcha progresando con la organización y cuyo término superior es el hombre inteligente de nuestras razas superiores.

Algo análogo á eso pasa con la memoria. Esta no es más que una propiedad común á toda la substancia organizada, cuyo origen si se quiere buscar, lo encontraremos en la propia substancia inorgánica. Es la tendencia que tiene la dicha substancia á la reproducción de un movimiento que ha recibido ó de un estado que ha afectado. Existen también diversos grados de memoria relativos á los diversos grados de organización. Los efectos permanentes de ciertos virus, la reproducción de ciertos estados patológicos de los tejidos, la modificación periódica de ciertas funciones no son más que casos de un estado rudimentario de memoria orgánica; la curación de ciertas enfermedades sin medicamento de ninguna clase, no es más que el resultado de la tendencia que tienen los tejidos orgánicos á funcionar de una manera idéntica á la que funcionaban antes del estado patológico, ó lo que es lo mismo, una especie de memoria inconsciente. El instinto no es tampoco en último resultado otra cosa que una memoria hereditaria, es la tendencia á la reproducción de los actos

ejercidos por los antepasados, sin clara conciencia de ello. El atavismo, es otro de los estados de memoria orgánica—la serie de individuos reproduce en uno de ellos un caso individual que existió antes, tal como un cerebro puede reproducir una imagen.—Y si vamos á buscar las raíces inorgánicas de este fenómeno de la substancia organizada, las hallaremos en la cristalización, pudiendo presentarse como fenómeno elemental de esta serie, el de una combinación de cuerpos simples, ó un cuerpo simple, reproduciendo siempre idénticas cristalizaciones, cada vez que cesan las circunstancias que pueden impedírselas.

V

Del sentido en qué empleamos la palabra «conciencia» en la moral

Apéndice á las páginas 219 á 222

Usamos la palabra conciencia en el sentido de *el grado más inteligente de la conciencia actual*, ó del conocimiento exacto del valor de las cosas. Como no existe ningún estado de conciencia desprovisto por completo del elemento intelectual, la conciencia supone ya de por sí un estado superior ó inferior de inteligencia. Cuando se toma la conciencia sin tener en cuenta la inteligencia, se subordina el elemento de juicio al elemento de sensibilidad. Como la conciencia no puede estar desprovista del todo del elemento intelectual, lo que sucede es que cuando no se hace predominar éste, lo que predomina es un estado inferior de la inteligencia. Por esto es por lo que si no se añade la justicia á la conciencia, si no se exige que esta conciencia lo sea de estados intelectuales lo más ajustados posibles á la moralidad, la conciencia por sí sola es impotente para producir la moral tal como se entiende entre los pueblos cultos. Una serie de antecedentes y de consiguientes, aceptados de antemano, puede conducir al hombre á prácticas las más abominables é inmorales de perfecto acuerdo con su conciencia y sin ninguna perturbación de la misma ni remordimiento alguno de ninguna especie. Al contrario, todo acto que lleve á cabo y que se oponga á dichos antecedentes y consiguientes preaceptados, producirá en él un estado de conciencia discordante, y por tanto doloroso, que es lo que se llama *remordimiento*, aunque el dicho acto que haya efectuado nada tenga de malo. Un católico que falta á cualquiera de los preceptos de la Iglesia, si cree en ellos, sufre remordimientos, lo mismo que un buen musulmán que en un momento de olvido caiga en la tentación de comer tocino. Estos actos, en efecto, violando la ley particular de la conciencia de cada uno, producen un estado de malestar ó de remordimiento, sin que en el sentido humanitario tengan nada de inmorales. La conciencia no puede servir de base á la moral, sino en tanto que su ley sea la idea de la justicia, la justipreciación de las cosas y de sus relaciones, el conocimiento exacto de los valores. La condición única para que la moral sea posible, es que la facultad de la sensibilidad se subordine á la facultad superior de la inteligencia á la determinación cada día más exacta de equivalencias y diferencias.

Véase todo lo relativo á la idea de la justicia en el capítulo último del libro segundo, *El Mal filosóficamente considerado*.

FIN DEL TOMO PRIMERO

Compuesto con las máquinas "Linotype"
en los talleres de

El Anuario de la Exportación
Industria y Comercio (S. A.)
Paseo S. Juan, 46 - Barcelona